
El Fuego del
LAIRD
SERIE LAS HERMANAS MACLEOD - I
Dama
D B
Beltrán

El Fuego del LAIRD

SERIE LAS HERMANAS MACLEOD - I

Dama DB Beltrán

©EL FUEGO DEL *LAIRD* (LAS HERMANAS MACLEOD 1)

© Dama Beltrán

Primera edición: mayo 2026

Diseño de portada: Pamela

S.C: 2605295821170

©Todos los derechos reservados.

Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de este libro, su tratamiento informático, transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopias, grabación u otro medio, sin el permiso previo del autor por escrito.

«Cada día sabemos más y entendemos menos».

Albert Einstein (1879—1955).

Mis queridas damitas, aquí tenéis el primer libro de Highlanders que he escrito, espero que os guste mucho, aunque es diferente. Sin embargo, en cuanto lo leáis vais a decir… ¡ya sé cuándo pensó Dama en esta serie! Y tendréis razón, en aquel tiempo la escribí deprisa, un borrador se llama. Luego, con el tiempo fui diseñando la historia de cada una y pensé: ainssss qué me gusta a mí un *sarao* de hermanas.

Aunque son distintas a las Moore, y ojo, no son cinco sino tres o me muero de cansancio, es cierto que veréis muchas similitudes (os voy a poner a jugar a buscar las diferencias, hahahahahahahah).

Bueno, tened piedad de mí porque trabajar en esta época ha sido muy arduo. Admiro a las compañeras de este género que… les guste ser tan realistas en la época como yo, porque es un trabajo lento y algunas veces frustrante.

No sé qué más deciros salvo muchas gracias por seguir leyéndome, que estoy muy feliz de volver y que TENGO A MI PUBLICISTA ENFADADA, PORQUE NO LE HAGO CASO CON LAS PUBLICACIONES DIARIAS DE LAS REDES SOCIALES.

Lo siento, me he vuelto una persona bastante ermitaña, pero vosotr@s sabéis que siempre estoy aquí.

Os quiero muchísimo, ya lo sabéis.

Dama Beltrán.

INICIO DE LA HISTORIA
PRÓLOGO
I
II
III
IV
V
VI
VII
VIII
IX
X
XI
XII
XIII
XIV
XV
XVI
XVII
XVIII
XIX
XX
XXI
XXII
XXIII
XXIV
XXV
XXVI
XXVII
XXVIII
XXIX
XXX
XXXI
XXXI
XXXII
XXXIII

XXXIV
XXXV
XXXVI
XXXVII
XXXVIII
EPÍLOGO
Próxima novela:
Otros títulos

INICIO DE LA HISTORIA



Tierras MacLeod, Highlands escocesas, primavera de 1428

El sendero hacia las colinas se retorcía entre peñascos grises y raíces expuestas. Callum MacLeod hacía avanzar al castaño a paso perezoso, permitiéndose por primera vez en dos inviernos el lujo de fingir que no tenía destino.

La verdad tras su salida de Dun Ailean era un ciervo. Un viejo macho del que un trampero de la aldea baja le había hablado dos jornadas atrás. Una pieza imponente, con el cuello marcado por una cicatriz blanquecina fruto de algún invierno mal sobrevivido. El animal descendía al amanecer hasta el arroyo grande y volvía a refugiarse entre los pinos del norte antes de caer la noche. La excusa perfecta para abandonar Dun Ailean sin cargar con la escolta de hombres que vigilaba cada uno de sus movimientos desde que heredó el bastón de mando.

Llevaba el arco de tejo cruzado a la espalda, endurecido al fuego. Al cinto descansaban dos venablos cortos y una cantimplora de cuero medio vacía. Las armas cabeceaban con el andar del animal, aunque los pensamientos del *laird* pesaban bastante más que toda aquella impedimenta.

«Hoy no soy el señor de nadie», pensó al doblar el último recodo.

Hacía dos inviernos que su padre, el viejo MacLeod, se había reclinado contra el cabezal de roble y había permanecido mirando las vigas del techo con una quietud extraña antes de

exhalar el último aliento. Una fiebre breve y limpia. De esas que terminan quebrando a los hombres recios cuando el cuerpo decide que ya ha soportado suficiente carga.

Lo enterraron mientras las gaitas lloraban durante tres jornadas enteras. Al cuarto día, los ancianos del consejo comenzaron a medirlo con la misma atención con que un herrero examina a un potro recién herrado antes de decidir si resistirá el peso del hierro y la guerra. No había hermanos menores. Solo un hijo único de veinticinco años y un territorio entero aguardando la primera señal de debilidad.

No se quebró.

Aguantó los meses más duros administrando el grano, enterrando a los enfermos que la peste reclamaba y sosteniendo el ánimo de su madre cuando el luto amenazaba con tragársela también a ella. Ocupó el asiento tallado del *laird* sin permitir que las manos le temblasen alrededor del bastón de mando. Todo se había cumplido conforme a la costumbre. Y, aun así, dos años después, en una mañana de enero incapaz de templar las rocas, el cansancio seguía instalado en sus huesos.

«Padre, ¿cómo demonios lo hacíais vos?», preguntó al espectro silencioso que parecía acompañarlo desde el entierro.

El bosque guardó silencio, igual que llevaba haciendo desde entonces. Callum detuvo la montura con un leve tirón de las riendas y alzó el rostro para captar el aire.

Reconocía el aroma de enero incluso con los ojos cerrados: musgo húmedo, brotes tiernos, resina dulce y tierra liberada poco a poco de la nieve. Sin embargo, entre los olores familiares apareció otro distinto.

Humo.

La mandíbula se le tensó.

Volvió a inhalar despacio. No era el humo limpio de una chimenea de turba ni el de un campamento de cazadores. Aquel hedor resultaba más espeso, más oscuro. Olía a madera consumida

junto a jergones, lana, herramientas y vidas enteras reducidas a ceniza. Lo había respirado antes. A los dieciocho años, durante una incursión contra los MacGregor. Y también en el extremo oriental del bosque, cuando una anciana murió después de que un candil cayera sobre el colchón de paja.

Alzó la vista.

Sobre la cresta de la colina, a menos de media legua, una columna gris emborronaba el cielo.

Espoleó al caballo.

El castaño relinchó antes de lanzarse pendiente arriba con las herraduras golpeando las rocas húmedas.

El sendero terminó estrechándose tanto que Callum se vio obligado a desmontar y continuar a pie, guiando al animal por las bridas. La nube gris se aplastaba contra las copas de los pinos y el aire empezaba a volverse irrespirable, cargado de lana calcinada y de otro olor más denso y dulzón que ningún hombre de las Highlands confundía jamás.

Carne quemada.

«Por los clavos de Cristo… que no llegue tarde».

Apretó los dientes hasta sentir dolor en la mandíbula.

Hacía meses que no rezaba de verdad. Su padre se había llevado a la tumba al Dios severo al que ambos habían servido durante años, y las visitas del joven *laird* a la capilla de Dun Ailean se reducían ya a la cortesía necesaria frente al clan. Aun así, al salvar la última elevación con los pulmones ardiéndole, las palabras sagradas regresaron solas a sus labios.

Cuando la línea de árboles se quebró, Callum se detuvo en seco.

Las riendas se le escaparon de los dedos.

En mitad del claro, los restos de una cabaña daban testimonio del desastre. Las paredes de troncos seguían en pie por un capricho de la fortuna, aunque la techumbre de paja y ramas se

había desplomado por completo. Dentro, el fuego agonizaba en un resplandor rojizo y apagado. El huerto aparecía destrozado, con las hortalizas arrancadas y un balde astillado junto a la cerca. La empalizada mostraba una abertura brutal abierta a golpes de hacha.

No quedaba rastro de vida.

Ni gallinas entre el barro, ni cabras atadas junto al cercado, ni siquiera el ladrido de un perro. Solo aquel silencio pesado que siempre sobrevivía a los actos de sangre y que los ancianos llamaban «el silencio del lobo».

Un escalofrío le recorrió la espalda.

La ira le subió después desde el estómago hasta la garganta con una violencia que no recordaba desde el entierro de su padre.

«Ha ocurrido esta misma mañana. Tal vez al amanecer».

La escena resultaba clara para alguien acostumbrado a rastrear monterías. Un grupo de hombres armados había irrumpido en el claro, destrozado la empalizada y removido el barro buscando el dinero y las provisiones que las gentes del campo escondían bajo tierra. Después prendieron fuego a la cabaña y se llevaron animales, mantas y grano. Quizá también alguna vida si los moradores intentaron resistirse.

Callum hundió las uñas en las palmas.

«¿Cómo ha podido suceder sin que mis vigías vieran nada?».

Las colinas del norte pertenecían a los MacLeod desde los tiempos de su abuelo. Cada cabaña de pastor y cada cobertizo figuraban en los registros de Dun Ailean. Sin embargo, aquel asentamiento no le resultaba familiar. El huerto estaba bien trabajado y las paredes habían sido levantadas con esmero. Si su padre hubiera sabido de aquella gente, se lo habría mencionado.

Una de las hojas de la puerta colgaba torcida sobre el gozne. En el suelo, medio oculta por el hollín, descansaba una

pequeña bolsa de tela oscura.

Callum se agachó y la recogió.

Había sido rajada de arriba abajo con un filo limpio. La tela era fina y de buena calidad, impropia de campesinos pobres.

«No venían buscando ganado».

Guardó el jirón en el bolsillo de la casaca y apartó los restos de madera con la bota antes de entrar.

La encontró en el rincón más alejado, justo donde una parte del tejado había resistido el derrumbe.

Era una anciana.

El cabello plateado seguía recogido en un moño que ni el caos ni las llamas habían conseguido deshacer. Vestía una túnica de lana gris, sencilla pero limpia. Las manos descansaban cruzadas sobre el regazo y los labios permanecían entreabiertos.

La muerte no la había sorprendido luchando.

Callum permaneció inmóvil unos instantes, conteniendo la respiración mientras la observaba en silencio.

Se acercó procurando no hacer crujir las maderas carbonizadas. Examinó los brazos caídos, el cuello y los pliegues de la túnica. No encontró rastro de sangre, ni señales de lucha, ni quemaduras que explicaran la muerte. El fuego había devorado la cabaña a unos palmos de su cabeza y, aun así, la anciana permanecía intacta, como si las llamas hubieran decidido respetarla.

«¿Cómo demonios habéis muerto vos?».

Callum se arrodilló a su lado. La estancia conservaba un calor sofocante y extraño que no procedía únicamente de los rescoldos.

—Os juro —murmuró— que no quedaréis aquí para los cuervos. Tendréis tierra y rito. Y el hombre que ha traído el fuego a este claro pagará por ello, aunque me lleve el invierno entero encontrarlo.

En las Highlands, la hospitalidad y la protección de los desvalidos formaban parte del honor de un hombre. Aquella mujer había muerto bajo su cielo y la vergüenza le abrasó la garganta.

Se quitó la capa y la casaca de cuero. Salió en busca de herramientas y encontró una pala de labranza con el mango medio quemado, además de una manta gruesa abandonada bajo un saúco, a salvo de las chispas. Escogió un rincón donde la tierra parecía más blanda, junto al huerto destruido, y comenzó a cavar.

Trabajó sin prisas. El sudor le descendía por las sienes mientras el vaho de la respiración se deshacía en el aire helado. Cavaba recordando las palabras que su padre le repetía durante las jornadas de caza.

«Haz los fosos profundos, Callum. La tierra de las colinas es celosa de sus secretos y no devuelve aquello que recibe con respeto».

Los hombros comenzaron a protestar y las palmas le ardieron bajo la gamuza de los guantes. Aun así, no detuvo el movimiento de la pala hasta que la fosa alcanzó la altura de sus muslos.

Regresó luego a la cabaña.

Envolvió a la anciana con la manta y la acomodó entre sus brazos con un cuidado impropio de unas manos acostumbradas al acero. Al levantarla descubrió que pesaba. Era poco más que huesos y piel, como si los años hubieran ido borrándola despacio.

La depositó en el fondo de la fosa con la misma delicadeza con la que una madre deja a un niño en la cuna. Se aseguró de que las manos permanecieran entrelazadas sobre el pecho y, antes de cubrirla, le rozó la frente helada con las yemas de los dedos, repitiendo el gesto que su madre exigía a los hijos del clan ante sus muertos.

Primero echó tierra con la pala. Cuando el montón comenzó a escasear, terminó de sellar el sepulcro con las manos embarradas.

Al incorporarse, una de las últimas vigas del tejado cedió dentro de la cabaña y una nube de chispas ascendió hacia el cielo gris. El claro pareció hundirse todavía más en aquel silencio pesado que sobreviene tras la desgracia.

Callum se limpió el barro en los costados del jubón.

—No sé qué nombre os dieron al nacer —dijo frente al túmulo— ni qué buscaban los hombres que quemaron vuestro hogar. Solo sé que estabais bajo mi protección y llegué tarde. Os pido perdón por ello, anciana. Que vuestro viaje sea leve.

Hizo la señal de la cruz sobre el pecho.

Entonces lo oyó.

Un gemido débil y quebrado, semejante al sonido de una criatura atrapada entre zarzas.

Callum se tensó al instante. La mano descendió hasta la empuñadura de la daga de caza mientras contenía la respiración. El claro seguía inmóvil. El lamento volvió a escucharse poco después, esta vez desde la parte trasera de las ruinas, junto a los postes ennegrecidos de lo que debía de haber sido un establo.

Avanzó rodeando el perímetro calcinado.

Detrás de la cabaña se alzaba un pequeño cobertizo de paja que había escapado al incendio. La puerta permanecía entornada y una mancha oscura cruzaba el listón central, imposible de distinguir entre hollín y sangre seca.

Empujó la madera con el pomo de la daga y entró en penumbra.

El interior era estrecho y húmedo. Olía a hierba seca, estiércol antiguo y al rastro reciente de los animales. La luz del mediodía se filtraba por las rendijas del techo, dibujando líneas doradas entre el polvo suspendido.

Callum tardó unos instantes en acostumbrar la vista.

La vio entonces.

Una mujer descansaba medio oculta tras un montón de paja revuelta, recostada contra los tablones de la pared. Una melena oscura y espesa le caía sobre los hombros, emborronada de ceniza. Vestía una camisola de lino basto con los bordes desgarrados y tiznados. El brazo derecho protegía su cuerpo del frío, mientras el izquierdo mostraba una quemadura extensa y enrojecida que devoraba la piel desde el antebrazo hasta casi el codo. Un hilo de sangre seca le cruzaba la sien.

Al advertir su presencia, abrió los ojos.

Callum sintió que el aire se detenía en sus pulmones. Eran verdes, profundos, y lo observaban con una quietud desconcertante, desprovista de la histeria habitual de las víctimas. La joven parecía llevar horas aguardando su llegada, como si hubiera aceptado de antemano que el siguiente hombre en cruzar aquella puerta podía convertirse tanto en su salvación como en su verdugo.

—Salvadme —susurró con un hilo de voz—. Os lo suplico, mi señor.

La súplica carecía de dramatismo. Sonaba más bien a la aceptación serena de quien ha pasado demasiado tiempo esperando el desenlace y ya no distingue entre la esperanza y la resignación.

Callum tardó un instante en responder. Llevaba meses soportando disputas entre pastores, consejos interminables y el peso constante de un clan que seguía examinando cada una de sus decisiones. Acababa de cavar una tumba con sus propias manos y ahora, en mitad de aquella desolación, una desconocida le pedía amparo con una dignidad capaz de desarmarlo más que cualquier llanto.

—¿No queda nadie más con vida? —preguntó al fin, procurando no alterar el extraño equilibrio que llenaba el cobertizo.

—Nadie.

—¿Tenéis más heridas?

La joven negó despacio, aunque el movimiento pareció costarle más de lo que estaba dispuesta a reconocer.

—Solo el brazo… y un golpe en la cabeza que ya me turba el juicio. No es grave.

Callum volvió a mirar la quemadura. La herida era seria. De las que tardan lunas enteras en cerrar y obligan a las curanderas a emplear los ungüentos más amargos si se quiere evitar que la carne termine pudriéndose.

Aquella cicatriz la acompañaría toda la vida.

Se acercó hasta ella y se arrodilló sobre la paja húmeda, lo bastante cerca para percibir el olor a humo y piel limpia bajo el hedor del establo. Extendió luego la capa junto a la muchacha.

—¿Cuál es vuestro nombre?

La joven vaciló un instante. Los ojos verdes se le oscurecieron como un lago antes de la tormenta.

—Margaid.

—¿A qué casa pertenecéis? ¿Cuál es vuestro clan?

Ella sostuvo la mirada sin apartarse.

—No tengo clan —respondió en voz baja—. Y ahora tampoco tengo familia.

Callum frunció el ceño. Había aprendido demasiado pronto a desconfiar de ciertos silencios.

—Margaid, vais a salir de aquí conmigo. Cabalgaréis hasta Dun Ailean y las mujeres del clan os curarán la herida antes de que caiga la noche. Tendréis comida caliente, un jergón limpio y mis muros sobre vuestra cabeza.

La muchacha abrió los ojos por completo.

—¿Y por qué habría de confiar una mujer sin hogar en un hombre armado?

Callum sostuvo la mirada sin vacilar.

—Porque os lo juro ante la tumba que acabo de cavar ahí fuera.

El silencio volvió a instalarse entre ambos. Margaid pareció sopesar la promesa durante unos segundos antes de inclinar la cabeza.

—Acepto vuestra ayuda y protección, mi señor.

Callum pasó un brazo bajo su espalda y el otro tras sus piernas.

La levantó con cuidado.

Era ligera, aunque el calor de su cuerpo y la tensión de los músculos le recordaron que seguía aferrándose a la vida. Al verse entre sus brazos, Margaid apoyó la frente contra el jubón de lino y cerró los ojos. No se quejó del dolor ni protestó por el roce de la quemadura.

Simplemente se dejó sostener.

Callum la sacó del cobertizo y cruzó el claro humeante bajo el sol pálido del mediodía. Al pasar junto al túmulo de la anciana, inclinó la cabeza en un saludo silencioso.

Acomodó después a Margaid sobre la grupa del castaño y montó tras ella. La sujetó por la cintura para mantenerla firme contra su pecho, tomó las riendas y espoleó al animal con suavidad.

PRÓLOGO



Dun Ailean, Highlands escocesas, primavera de 1430

La penumbra de la alcoba se quebró con el primer espasmo. Margaid abrió los ojos en mitad de la noche y soportó la embestida sin emitir un solo sonido.

Llevaba semanas aguardando aquel momento. El cuerpo se lo había anunciado en la tirantez de las costillas, en el peso constante de los riñones al caer la tarde y en aquella sensación extraña de habitar una carne que empezaba a pertenecer más a sus hijas que a ella misma.

Otra oleada de dolor le atravesó el vientre.

Apretó los dientes.

«Ya vienen».

Hundió los dedos en la sábana y dejó caer la cabeza sobre el almohadón de plumas. El miedo no encontraba sitio dentro de ella. Su madre la había traído al mundo sola, sin comadronas, en aquella choza de la loma septentrional que el fuego redujo a cenizas años atrás. Desde niña había escuchado historias sobre el frío que se instala en los pies cuando la sangre se concentra en el vientre y sobre ese instante exacto en que las fuerzas de una mujer dejan de pertenecerle solo a ella.

La puerta de roble se abrió sin previo aviso.

La curandera de la aldea baja entró con el paso tranquilo de quien ha visto demasiada sangre para impresionarse por otra más.

Era pequeña, redondeada, con dedos ágiles y curtidos por las hierbas y los partos. La doncella la había conducido hasta el ala noble hacía más de una hora, siguiendo las instrucciones que Margaid había dejado preparadas.

—¿Cuánto tiempo hay entre los dolores, *milady*? —preguntó mientras dejaba un cuenco de greda sobre la mesa.

—Un suspiro. El último no llegué ni a contarlo.

La mujer asintió.

Le rodeó la muñeca con los dedos, le palpó la frente con el dorso de la mano y recorrió después el vientre tensado, hundiendo las palmas allí donde la piel se endurecía como cuero de tambor. Cuando terminó volvió a cubrirla con la manta y la observó en silencio.

—Vuestras entrañas no guardan el fruto ordinario de los hombres, señora.

—Lo sé. Llevo meses sintiendo tres corazones.

La comadrona no reaccionó con el espanto que habría mostrado cualquier otra mujer del valle. Solo apretó los labios.

—Que Dios tenga misericordia de vosotras.

Margaid cerró los ojos.

La siguiente contracción llegó como un golpe de hacha. La mano izquierda buscó la lana del colchón mientras la derecha se aferraba al hierro de la cabecera. En mitad del dolor sintió moverse a sus hijas.

Solo las originarias daban vida a niñas.

Jamás había existido noticia de una mujer que hubiera traído tres al mundo. Aquello solo podía ocurrir por la división de poderes.

La primera estaba a punto de nacer.

Las cinco velas de cera de abeja se inclinaron hacia el lecho al mismo tiempo. Las llamas no crecieron ni se apagaron;

simplemente doblaron sus puntas doradas en dirección a Margaid.

La comadrona alzó la vista un instante antes de continuar trabajando. En el rincón, la doncella contuvo un gemido y se llevó las manos al delantal, aunque evitó santiguarse. Margaid se lo había prohibido desde el principio.

—Empujad con la fuerza del clan, *milady*.

Margaid obedeció. En pleno esfuerzo sintió cómo el fuego abandonaba su cuerpo.

Fue una pérdida brutal. Como si una garra ardiente le arrancara algo del pecho. Veinte años de convivencia con las brasas desaparecieron en un instante. Las chimeneas que revivían bajo el roce de sus dedos. El agua que calentaba con solo apoyar las manos alrededor del caldero. Todo se extinguió de golpe.

El ardor le subió por la garganta y enseguida un frío profundo le invadió los pies.

Al mismo tiempo, el llanto de la primera niña llenó la alcoba. La comadrona la alzó hacia la luz. Era pequeña y fuerte, con el cabello pegado al cráneo del mismo color que las brasas de turba en invierno. Lloraba con furia, reclamando su lugar en el mundo desde el primer instante.

Las velas recuperaron la vertical. Ya no apuntaban hacia Margaid. Ella lo comprendió antes que nadie. Lo sintió en el vacío helado que acababa de instalarse bajo su piel.

—Fiona —susurró mientras tendía los brazos—. Se llamará Fiona.

La anciana depositó a la niña sobre su pecho envuelta en lino rústico. Margaid la abrazó despacio. La criatura olía a sangre, humo limpio y vida recién nacida.

La tercera contracción llegó acompañada de un trueno lejano. No resonó sobre las torres de Dun Ailean, sino en las colinas. Un eco sordo que se percibía antes en los huesos que en los oídos. La lluvia, constante desde el crepúsculo, cesó de pronto.

El agua empezó a brotar de las paredes.

Una gota apareció en la viga maestra. Otra descendió lentamente por la piedra junto a la puerta. Una tercera resbaló por la mampostería cercana al lecho.

La comadrona observó la humedad con resignación y continuó trabajando.

—Empujad, señora. Ya viene.

Margaid empujó de nuevo Y sintió cómo el agua también la abandonaba.

Aquella pérdida resultó todavía más cruel que la del fuego. El calor desapareció de sus muñecas, de la nuca y de los tobillos. Durante veinte años había calmado sequías y llamado a la lluvia sobre los campos resecos del norte. Ahora todo se escapaba de ella como el contenido de una vasija rota.

La segunda niña nació con menos violencia que la primera.

Tenía el cabello oscuro como una noche sin luna y la piel pálida, delicada como un lirio. Su llanto tardó en llegar y, cuando lo hizo, sonó pausado, casi solemne.

En el instante en que tomó aire por primera vez, las filtraciones desaparecieron de las paredes.

—Roselyn —murmuró Margaid con voz agotada—. Tu nombre será Roselyn.

La comadrona acomodó a la recién nacida junto a Fiona. Las dos hermanas compartieron el mismo calor sobre el pecho exhausto de su madre.

Margaid tuvo tiempo de contemplarlas. La última reclamaba ya su lugar. La cuarta contracción llegó sin tregua.

El aire de la alcoba se volvió más frío, aunque los postigos seguían cerrados con barras de hierro. No fue un vendaval violento, sino una corriente circular que hizo temblar las llamas y balanceó las hierbas secas colgadas de las vigas.

—Ya está en el umbral —advirtió la comadrona—. Esta cierra el camino.

Margaid asintió con los ojos cerrados y empujó con las últimas fuerzas que le quedaban. Los postigos estallaron de golpe.

Los cierres de hierro saltaron y las hojas de madera chocaron con la piedra exterior. El viento nocturno irrumpió en la estancia como una presencia invisible. Tres velas se apagaron al instante. La doncella se cubrió el rostro con las manos mientras la partera se aferraba a la cama para no perder el equilibrio.

En mitad del torbellino nació la tercera hija.

Tenía el cabello del color del trigo maduro bajo el sol de agosto. La respiración le llegó entrecortada, como si el aire todavía dudara en concederle espacio dentro del mundo.

Una de las velas apagadas volvió a encenderse sola. No por voluntad de Margaid. Fiona acababa de abrir los ojos.

—Isla —susurró la madre, exhausta—. Te llamarás Isla.

La comadrona acercó a las dos primeras para que la madre pudiera contemplar a sus tres hijas juntas. Margaid las observó mientras las limpiaban con paños tibios. Eran tres niñas hermosas, sanas, y cada una llevaba ya en el rostro y en el cabello la huella del don que había heredado. Al mirarlas, no pudo evitar preguntarse si el futuro sería tan misericordioso con ellas como lo había sido con ella al permitirle encontrar un hogar lejos del miedo.

—Llamad al *laird* —dijo a la doncella sin apartar la cabeza del almohadón.

La sirvienta salió desesperada.

Callum cruzó el umbral antes incluso de que la criada pudiera anunciarlo. Había pasado la noche entera en el corredor. Hamish lo acompañó durante las primeras vigilias, aunque terminó retirándose al comprender que su señor no necesitaba conversación, sino permanecer junto a aquella puerta escuchando cada sonido procedente del interior.

Al entrar, el olor de la estancia lo golpeó de inmediato: sangre, cera derretida, lluvia y aire frío entrando por los postigos destrozados. Vio los charcos sobre la piedra, la madera golpeada por el viento, a la doncella temblando junto al muro y a la comadrona recogiendo lienzos manchados.

Después la vio a ella.

Margaid descansaba en mitad del lecho con tres criaturas entre los brazos.

Callum se detuvo en el umbral. Intentó pronunciar su nombre y descubrió que la voz no le respondía. Margaid alzó el rostro hacia él y lo buscó entre las sombras de la alcoba.

—Tres hijas, Callum.

Él cruzó la estancia en pocas zancadas y se sentó en el borde del colchón. La madera crujió bajo su peso. Margaid le tendió a la primera de las niñas y Callum la sostuvo entre las manos endurecidas por el acero y el invierno. Era tan pequeña que casi desaparecía entre sus dedos. Observó el cabello rojizo, los puños cerrados y la boca abierta en un bostezo diminuto antes de volver la vista hacia su esposa.

Comprendió entonces que algo había cambiado.

Llevaba veinte años aprendiendo a leer cada uno de sus silencios. Buscó en ella el calor extraño que siempre parecía despertar cuando él entraba en una habitación, aquella tensión invisible que había acompañado a Margaid desde la noche en que la encontró entre las cenizas.

Habían desaparecido.

No preguntó nada. Se limitó a deslizar la mano libre sobre la sábana hasta encontrar los dedos de Margaid y entrelazarlos con los suyos.

—¿Estáis a salvo?

Ella sostuvo su mirada con una serenidad agotada.

—Estoy mejor que nunca en mi vida, Callum.

Él guardó silencio un instante antes de hablar de nuevo.

—¿Y vuestra alma?

Margaid sonrió despacio. Era una sonrisa distinta a todas las que él había conocido en ella: cansada, tranquila y libre de aquella sombra antigua que tantas veces le había oscurecido la mirada.

—Mi alma se queda aquí, Callum. Ya no alberga nada que no pertenezca a vuestro hogar.

Callum comprendió el alcance de aquellas palabras y asintió.

—Está bien.

Fuera, la lluvia terminó por extinguirse. El viento retrocedió hacia las cumbres del norte y las antorchas de los muros recuperaron sus llamas serenas. Incluso los perros de caza dejaron de gemir y se acomodaron sobre la paja húmeda del patio.

Las tres niñas respiraban contra el pecho de su madre siguiendo ritmos distintos. La primera lo hacía con impaciencia, como si quisiera conquistar el mundo desde aquella misma noche. La segunda respiraba de manera profunda y constante. La menor, en cambio, tomaba el aire en ráfagas breves, como si todavía estuviera aprendiendo a convivir con él.

Callum no soltó la mano de Margaid.

Terminó acomodándose en el suelo, junto a la cabecera del lecho, apoyando la cabeza contra el borde del colchón mientras permanecía despierto, velándolas en silencio.

Mientras escuchaba la respiración tranquila de su esposa y de sus hijas, el futuro comenzó a abrirse paso entre sus pensamientos.

Margaid había conseguido ocultar su origen durante años sin que el clan sospechara nada. Había aprendido a convivir con el miedo y a esconder aquello que la hacía distinta.

Sin embargo, aquellas niñas crecerían marcadas desde el nacimiento.

Callum pensó en los hombres con los que algún día compartirían apellido y lecho, en si serían capaces de comprender lo que ellas eran o si reaccionarían con el mismo miedo cruel que el *laird* que años atrás arrebató a la madre de Margaid de su hogar.

Faltaban muchos inviernos para enfrentarse a esas respuestas.

Aun así, mientras observaba a sus hijas dormidas contra el pecho de la mujer que amaba, comprendió que no volvería a dormir tranquilo hasta saber que el mundo sería digno de ellas.

I



Dun Ailean, 1450

Fiona se apartó del marco de la ventana con la destreza de quien conoce cada crujido de la madera. La tormenta nocturna comenzaba a retirarse y el patio de armas amanecía cubierto por un manto blanco e intacto, sin una sola huella sobre la nieve. Era el momento perfecto para bajar a las cocinas antes de que Isla despertara y comenzara con la letanía de protestas matutinas. No había malicia en ello; su hermana únicamente quería un mendrugo de pan caliente. Según su peculiar criterio, pan con miel no rompía el pacto de no probar dulces que ambas habían jurado mantener tras la indigestión de Navidad.

Se recogió la melena roja en una trenza baja y descuidada, con varios mechones escapándose ya sobre la nuca, y abandonó la estancia con los pies desnudos. Mhairi le había dejado las botas junto al bastidor, limpias y bien engrasadas, pero la sola idea de encerrarse en aquella rigidez antes del amanecer le parecía un castigo innecesario.

Las losas del corredor no le arrancaron ni un estremecimiento.

Tampoco el frío húmedo de los peldaños.

Su madre llamaba a aquello «una gracia de los cielos», aunque el gesto se le torcía cada vez que Fiona aparecía descalza durante un banquete del clan.

Empujó la puerta de las cocinas con el hombro.

El olor del romero quemado la noche anterior y del trigo reposando bajo los lienzos despertó un hambre que no sentía al levantarse. Aileas ocupaba el mismo lugar de siempre, al pie de la gran mesa comunal, hundiendo los antebrazos gruesos en una masa inmensa. La harina le cubría el delantal de arpillera, las mejillas redondas e incluso la nariz chata. Aquella imagen formaba parte de la memoria más antigua de Fiona y bastó verla para que algo dentro de ella se aquietara.

—Buen día os dé Dios, Aileas.

—Buenos los tenga vuestra merced, mi señora —respondió la cocinera sin dejar de amasar—. Y vuestros pies los tendrían mejores si se dignaran a meterse en el cuero que se os regaló. La nieve está en los patios, no en las piedras de este pasillo.

—La nieve arruina el calzado. Sabéis cómo se acartona.

—Cierto. Aunque esa excusa me la lleváis dando desde los seis años.

Fiona sonrió.

—Llevo invadiendo vuestros dominios con los pies desnudos desde entonces. ¿Vamos a sostener este pleito cada mañana o preferís enterrarlo de una vez?

Aileas soltó un bufido.

—Lo enterraré el día en que pueda meter las manos en el horno sin abrasarme. Hasta entonces, dejaos de razonamientos y coged lo que habéis venido a hurtar.

Fiona se acercó a la alacena. Retiró el paño de lino que cubría la cesta de mimbre y escogió una hogaza pequeña cuya corteza seguía crujiendo bajo los dedos. Permaneció un instante sosteniéndola, disfrutando del calor antes de acercarse al tarro de miel. Hundió el índice, recogió una gota ambarina y se la llevó a los labios.

Era una costumbre antigua.

Bajo aquellas vigas ahumadas, las normas del castillo parecían perder fuerza.

La puerta del ala de servicio se entreabrió.

Lo suficiente para que una cara menuda asomara con el espanto reflejado en los ojos. Una cofia demasiado grande le caía sobre las cejas y el delantal, atado con un nudo torpe, parecía bailar sobre su cintura. Era la nueva muchacha. Una huérfana que *lady* Margaid había acogido semanas atrás tras la muerte de la viuda del carretero. Desde su llegada apenas había pronunciado más de dos palabras seguidas. Comía en los rincones y se persignaba cada vez que un miembro de la familia cruzaba cerca de ella.

La pequeña clavó la vista en los pies descalzos de Fiona y abrió la boca en un grito que nunca llegó a salir.

Después se santiguó dos veces seguidas mientras retrocedía tan deprisa que estuvo a punto de enredarse con el quicio de la puerta.

—¡Entrad de una vez! —bramó Aileas sin levantar la cabeza —. Estáis dejando entrar el frío y vais a apagarme los hornos.

La muchacha permaneció inmóvil.

Fiona dejó el pan sobre la mesa. Aquella visión —una niña aterrada persignándose ante ella como si acabara de contemplar a una criatura surgida del infierno— le apretó algo dentro del pecho. Las recién llegadas, sobre todo las criadas en aldeas apartadas, tardaban lunas enteras en comprender que la hija mayor del *laird* no tenía intención de hacer daño a nadie.

Avanzó despacio. La sirvienta comenzó a temblar. Fiona se detuvo a dos pasos y se acuclilló hasta quedar a la altura de aquellos ojos castaños.

—Miradme.

La niña obedeció a medias. Fiona abrió la mano delante de ella, mostrando la palma desnuda sin acercarla demasiado.

—No hay daño en mí. Cuando quiero, no existe dolor. ¿Notáis el calor?

La pequeña asintió, haciendo balancear la cofia.

Era una tibieza suave y tranquila. El calor de una manta de lana al caer la tarde. El del pan reposando junto al horno. Fiona había aprendido a controlar aquella fuerza a los catorce años, después de que una doncella nueva terminara llorando y dejara caer una escudilla al suelo al sentir cómo el calor le atravesaba los dedos.

—¿Seguís teniendo miedo?

La muchacha tragó saliva antes de mover los labios.

—No… mi señora.

—No hay brujería aquí. Tampoco asunto alguno para sacerdotes. Es parte de lo que soy y ni siquiera yo sabría explicarlo mejor. Solo os pido una cosa: cuando me crucéis por estos pasillos, dejaos la cruz quieta sobre el pecho. No necesitáis defenderos de mí.

La pequeña la observaba como si todavía no supiera si creerla.

Fiona suavizó la voz.

—Y mañana, cuando bajéis a estas cocinas, no os quiero rezando por mi alma. Os quiero con un cuchillo en la mano, mondando los nabos que Aileas os entregue. ¿Sabéis hacerlo?

—Sí, mi señora —respondió la niña con una voz tan fina que parecía a punto de quebrarse.

Fiona volvió a incorporarse. Regresó junto a la mesa y tomó la hogaza tibia antes de tendérsela.

La pequeña miró el pan sin atreverse a cogerlo. Aileas resopló desde el amasado.

—Cogedlo de una vez, muchacha. Buena falta le hace a vuestro estómago. Vuestra ama no acostumbra a envenenar a la servidumbre.

La niña alargó las manos con timidez y aceptó el pan.

Al rozarle los dedos, Fiona notó el frío y la fragilidad de aquellas manos. Eran manos de criatura hambrienta, de alguien que llevaba demasiado tiempo sobreviviendo con mendrugos duros y cenas escasas.

Tuvo que morderse el interior de la mejilla para no preguntar nada.

Interferir en el orden de las cocinas equivalía a desafiar directamente el reino de Aileas, y Fiona sabía bien que la cocinera ya habría decidido cómo alimentar a aquella niña mucho antes de que nadie más reparara en ella.

Fiona se disponía a despedirse cuando el portón lateral se abrió de golpe. Caorann, una de las collies favoritas de su padre, irrumpió en la cocina con los belfos cubiertos de escarcha y las patas enfangadas. Se sacudió con tanta energía que varios copos tardíos acabaron sobre la mesa de amasado.

Aileas ni siquiera levantó la vista.

La perra cruzó las losas con la seguridad de quien conoce perfectamente su lugar dentro del castillo. Se acercó a la pequeña olfateando el pan tibio con descaro y, antes de que nadie pudiera reaccionar, le arrebató la hogaza de una dentellada limpia.

—¡Caorann! —bramó Aileas con el mismo tono que reservaba para los mozos más inútiles—. ¡Soltad ese pan ahora mismo, maldita condenada!

La collie, lejos de mostrar arrepentimiento, salió trotando con la hogaza entre los dientes. El portón golpeó contra el marco con estrépito.

La pequeña contempló sus manos vacías y después miró a Fiona con auténtico terror, como si esperara recibir un castigo por haber perdido el pan. La joven soltó una carcajada clara y despreocupada. Aileas, en cambio, masculló algo en gaélico sobre convertir a la perra en cecina para alimentar a los pastores del norte.

—Mi señora, partid otra porción para la muchacha antes de que esa fiera decida regresar al saqueo.

—No os irritéis tanto, Aileas. Caorann no entiende de modales. Solo entiende de hambre.

—Hambre y delincuencia duermen bajo el mismo techo.

Fiona tomó el cuchillo y cortó una rebanada generosa de otra hogaza mayor. Después se la ofreció a la niña.

La pequeña la aceptó con ambas manos y la apretó contra el pecho como si acabaran de entregarle una reliquia sagrada. La comisura derecha de sus labios se elevó. No llegaba a ser una sonrisa completa, aunque estaba cerca.

—Comed y recordad una cosa: aquí nadie desea haceros daño. Somos una familia.

—Sí, mi ama.

Aileas levantó la vista hacia Fiona y después hacia la criatura antes de volver a hundir las manos en la masa con un suspiro resignado.

—Escuchadme bien, pequeña —añadió la cocinera, suavizando algo la rudeza habitual de su voz—. Si bajo estos techos veis cosas que vuestra cabeza no alcanza a comprender, no perdáis el tiempo rezando salmos. Mondad las hortalizas y seguid con vuestro trabajo. Ese es el remedio que aplicamos las demás.

La niña asintió con la solemnidad de quien recibe instrucciones importantes de un anciano del clan.

Fiona abandonó la cocina todavía descalza, con un rastro de harina adherido a la manga verde del vestido. Antes de cerrar la puerta, lanzó una última mirada al interior.

La pequeña permanecía sentada junto al horno, encogida sobre sí misma mientras mordisqueaba el pan caliente. Aileas fingía ocuparse únicamente de la masa, aunque Fiona alcanzó a ver cómo empujaba disimuladamente un cuenco de miel hacia el borde de la mesa para dejarlo al alcance de la criatura.

Jamás admitiría un gesto así en voz alta.

Fiona sonrió para sí misma y echó a andar hacia la escalinata principal.

El corredor estaba más frío que al amanecer. Avanzó despacio hasta detenerse frente al gran candelabro de hierro forjado que iluminaba el tramo intermedio de las escaleras. La sirvienta de noche había apagado las velas horas atrás y los pabilos seguían negros y fríos.

No había dado más de tres pasos cuando un leve chasquido quebró el silencio a su espalda.

Volvió la cabeza.

La vela central ardía con una llama firme y serena. Las otras dos continuaban apagadas, ajenas al prodigio.

Fiona observó el fuego unos instantes, aceptando su presencia con la naturalidad de quien contempla a un viejo amigo. Regresó sobre sus pasos y atrapó la llama entre dos dedos. El fuego murió sin resistencia, dejando únicamente un hilo de humo azulado que se perdió entre las bóvedas del corredor.

Después se sopló las yemas por costumbre, aunque la piel seguía intacta. Reanudó el ascenso hacia la alcoba.

Roselyn probablemente ya estaría despierta, leyendo junto al nicho de la ventana con aquella obstinación silenciosa que la acompañaba desde niña. Isla, en cambio, continuaría enredada entre las pieles de la cama, con las trenzas deshechas y los pies cruzados sobre el almohadón.

Fiona sonrió.

Sus hermanas seguían arriba, ajenas a que ella llevaba media mañana recorriendo el castillo como una ladrona hambrienta.

En las cocinas, Aileas terminó de amasar la hogaza grande y la cubrió con el lienzo para dejarla reposar junto al calor del horno. Después se sacudió la harina del delantal con dos golpes secos.

La pequeña seguía sentada en su rincón, masticando con la lentitud cautelosa de quien teme que alguien pueda arrebatarle el alimento en cualquier momento.

La cocinera la observó de reojo antes de suavizar la voz.

—Escuchadme, muchacha. Sé que lleváis pocos días en esta casa y que estos muros os parecerán más extraños que un ternero con dos cabezas. Sin embargo, esta no es una mala heredad. Si obedecéis y hacéis vuestro trabajo, aquí jamás os faltará comida caliente.

—Sí, ama.

—*Lady* Fiona no os hará daño jamás. Grabáoslo bien dentro de la cabeza. Las hijas de *lady* Margaid son las criaturas más nobles que han pisado estas tierras en generaciones. Y si vuestro entendimiento no alcanza a comprender ciertas cosas, haced el favor de no cruzaros delante de ellas agitando crucifijos. Esa es la manera más rápida de quedarse sin pan en mis cocinas. ¿Lo habéis entendido?

—Sí, ama. Así lo haré.

—Pues entonces comed y dejad de mirar alrededor como un conejo perseguido.

La muchacha obedeció.

Aileas fingió remover las cenizas del horno mientras empujaba un poco más el cuenco de miel hacia el borde de la mesa.

Fuera, la nevada había cesado por completo. Las almenas comenzaban a teñirse de azul bajo el primer resplandor del amanecer y los lebreles del *laird* dormían amontonados junto al muro caliente del horno de pan. Las campanas de la capilla seguían mudas. El viejo capataz de cuadras roncaba sobre un fardo de forraje y Mhairi daba los últimos retoques al peinado de *lady* Margaid en la torre oeste.

Y, en algún punto entre el rellano de la escalera y la alcoba familiar, Fiona subía los peldaños helados con los pies desnudos, sin

sospechar siquiera que aquella sería la última nevada que contemplaría desde las ventanas de su infancia.

II



Dun Ailean, dos días después…

El comedor familiar de Dun Ailean jamás había sido una estancia silenciosa. La mesa larga de roble oscuro, marcada por las cicatrices que generaciones de *laird*s habían ido dejando sobre la madera, soportaba cada mañana el bullicio inevitable de cinco personas intentando romper el ayuno al mismo tiempo. Margaid aprendió hacía muchos años que la única forma de mantener cierto orden bajo aquel techo ahumado consistía en servir las escudillas antes de que el último habitante del castillo cruzara el umbral.

Aquella mañana, sin embargo, la quietud pesaba sobre la estancia.

Margaid permanecía sentada en uno de los extremos del banco, rodeando la taza de tisana con ambas manos mientras observaba los tres asientos vacíos frente a ella. Su marido ocupaba el otro extremo de la mesa, presidiéndola con la rigidez silenciosa de un centinela. En el centro, la gran fuente comunal comenzaba a perder el vapor.

Callum dejó caer la cuchara de madera sobre el tablero con un golpe seco.

—Decidme una cosa.

Margaid no apartó la mirada del líquido oscuro de la taza.

—Si entra dentro de mis conocimientos, será un placer responderos.

—¿Me he convertido en el último siervo de esta fortaleza?

Ella sonrió y, sin volverse hacia él, deslizó la jarra de leche caliente por el roble.

—En este castillo os sentáis el primero y os levantáis el último, Callum. Eso confirma vuestra autoridad. No os concede el privilegio de desayunar acompañado si vuestras hijas han decidido atender otros asuntos.

—Significa que cuando el señor de Dun Ailean convoca a su sangre a la mesa, su sangre acude.

—Significa exactamente lo que vuestro orgullo necesite esta mañana. Aunque, siendo justa, en más de veinte años no he conocido mujeres más obstinadas que las tres hijas que os empeñasteis en traer al mundo.

Callum apretó los labios y alzó los ojos hacia el techo ennegrecido.

—¿Y bien? ¿Dónde se esconden?

—La mayor bajó a las cocinas antes del alba. Sus pasos descalzos la delataron en el corredor. La mediana lleva despierta desde antes del amanecer encerrada con un manuscrito y he mandado a Mhairi a buscarla. Y la pequeña continúa en los establos porque la potra preñada presenta síntomas extraños.

Callum frunció el ceño.

—¿Extraños?

—Esa misma pregunta hice yo. Mhairi solo repitió lo que Isla le dijo.

Callum cerró los ojos un instante. No rezaba. Contaba hasta diez para evitar que la primera palabra que abandonara su boca terminara provocando una discusión antes del amanecer.

—Ese animal pertenece a mis cuadras, no a los caprichos de Isla. Y para atender partos ya tenemos al viejo capataz.

—El viejo capataz, a estas horas, probablemente siga purgando los excesos de anoche. Aileas asegura que los cantos en gaélico se escuchaban en el patio hasta bien entrada la madrugada.

—¡Por las llagas del Santo! ¿Y nadie consideró oportuno avisarme?

—Todos lo consideraron. Lo que ninguno poseía era el valor suficiente para interrumpir vuestro descanso a causa de la borrachera de un anciano.

Callum apoyó ambas manos sobre la mesa y respiró hondo.

Margaid le acercó entonces el cuenco de hidromiel suave que reservaba para las mañanas en las que el carácter de su marido amenazaba con quebrar la paz doméstica antes de las oraciones.

—Margaid… tenemos tres hijas. La mayor aviva los pabilos con la mirada. La mediana se alimenta de tratados sobre hierbas y remedios que harían persignarse a cualquier sacerdote. Y la pequeña cree comprender mejor a las bestias que a las personas. Entretanto, el *laird* del clan rompe el ayuno solo. Decidme la verdad: ¿erramos en algo?

Margaid levantó por fin la vista hacia él.

—No hubo error alguno, Callum. Las trajimos al mundo conforme a lo que la sangre exigía. Otra cuestión distinta es que ahora nos falte valor para aceptar el resultado.

Callum sostuvo la mirada de su esposa por encima del candelabro de hierro.

La verdad permanecía allí, suspendida entre las escudillas humeantes y el silencio.

El crujido de las bisagras interrumpió el momento. Fiona cruzó el umbral con la melena roja recogida, el bajo de la saya manchado de harina y los párpados todavía pesados de sueño. Cerró la puerta tras de sí, comprobó de un vistazo la ausencia de sus hermanas y avanzó hacia la mesa con cautela.

—Buenos días os concedan los cielos.

—Dadme una razón —reclamó Callum sin levantar la vista del plato— para explicar por qué mis hijas han decidido abandonar la mesa esta mañana.

—No ha existido conspiración alguna, padre. Bajé a las cocinas en busca de un mendrugo, Roselyn permanece secuestrada por uno de sus libros e Isla está más pendiente de la suerte de la potra que del desayuno. No busquéis conjuras donde solo hay coincidencias.

—La coincidencia es el refugio favorito de quienes olvidan que su padre también despierta con hambre.

Fiona se mordió el interior de la mejilla para no sonreír. Acercó la jarra de agua a su madre sin necesidad de que se lo pidieran y se sirvió una porción generosa de gachas. Llevó la cuchara a la boca demasiado deprisa y enseguida sufrió el castigo del calor sobre la lengua.

Había olvidado templarlas. Otra vez.

—¿Os habéis quemado de nuevo? —preguntó Margaid con resignación tranquila.

—No ha sido nada. Un roce.

—Vuestras facciones contradicen vuestras palabras. —Callum señaló el pan con un gesto seco—. Dadle mantequilla antes de que termine con la lengua inflamada.

Margaid deslizó una rebanada hacia su hija en silencio. Fiona murmuró las gracias y comenzó a comer más despacio. Fue entonces cuando captó el intercambio silencioso entre sus padres.

Una mirada breve.

Cómplice.

Toda una conversación sostenida sin necesidad de palabras. Fiona apartó los ojos hacia el ventanal.

Desde los catorce años sabía que entre sus padres existía un territorio al que ninguna de las hijas podía acceder. Lo descubrió la noche en que encontró a su madre llorando en la alcoba y vio a su padre limitarse a estrecharla contra el pecho hasta que el llanto desapareció.

La puerta volvió a abrirse, esta vez con mayor parsimonia.

Roselyn entró sosteniendo un libro entreabierto con la mano izquierda mientras intentaba asegurar un chal de lana gris con la derecha. La cabellera oscura, casi siempre recogida en un moño impecable, aparecía desordenada por la prisa con la que Mhairi debía de haberla expulsado de sus aposentos. Un pasador de hueso colgaba torcido de un mechón lateral y la mejilla derecha todavía conservaba la marca rojiza de la almohada. Aun así, había logrado vestirse correctamente y lavarse el rostro antes de bajar.

—Buen día.

Margaid le sirvió una escudilla mientras Roselyn tomaba asiento sin apartar los ojos del pergamino. Cogió la cuchara y empezó a comer como si el desayuno fuese una molestia secundaria frente al texto que tenía delante. Callum la observó durante varios segundos. Margaid aguardó la pregunta con paciencia. Finalmente, el *laird* habló.

—¿Qué tratado os retiene esta vez, hija mía?

—Las anotaciones de Hildegarda. El ejemplar que Hamish rescató del monasterio meridional.

—Ese texto ya pasó por vuestros ojos el invierno anterior.

—Tres veces. Cuatro, contando la de esta mañana.

—¿Y qué provecho halláis en recorrer el mismo sendero tantas veces?

Roselyn alzó por fin los ojos verdes del pergamino. Los sostuvo sobre su padre antes de responder.

—Padre, las palabras permanecen quietas sobre la página. La que cambia soy yo. La primera vez se me escapaba la mitad. Anoche, al concluir la cuarta lectura, entendí cosas que antes no veía. Tal vez en la quinta consiga comprender aquello que todavía se me resiste.

Callum apoyó la barbilla sobre la mano curtida. Margaid ocultó una sonrisa tras el borde de la taza y Fiona recurrió a una tos fingida para esconder la propia.

—Hija, concededme al menos una promesa. Cuando llegue el día de vuestro matrimonio, elegid a un hombre que sepa leer. Porque si el desdichado ignora las letras, vuestro aburrimiento será monumental y terminaré cargando yo con la culpa.

—Antes de que eso ocurra, padre, me caso con el libro.

—Eso era exactamente lo que temía.

El portón volvió a abrirse, esta vez sin la cautela de Fiona ni la distracción permanente de Roselyn.

Isla irrumpió en el comedor con el bajo del vestido cubierto de barro hasta las rodillas, una de las botas mal ajustada y los cordones arrastrando sobre las losas. Los carrillos encendidos por el viento del norte le daban un aspecto todavía más salvaje que de costumbre y varios mechones rubios escapaban del peinado para caerle sobre la frente.

Cerró la puerta de un golpe de talón y ocupó su sitio sin molestarse en saludar.

Cogió la escudilla con una mano, la cuchara con la otra y se llevó las gachas a la boca sin comprobar siquiera la temperatura.

Margaid arqueó una ceja.

—¿Es esa la cortesía que merece la mesa de vuestros padres?

Isla tragó con dificultad antes de responder.

—Os pido disculpas, madre. Pero la situación en los establos es peor de lo que imaginaba.

—Los perdones no se solicitan antes de cometer la falta. Se ofrecen después.

—Entonces os prometo la enmienda en cuanto termine el desayuno. Pero antes necesito que padre me escuche.

Callum dejó el cuenco de hidromiel sobre la mesa con una lentitud deliberada.

—Hablad.

—La potra rechaza el forraje. No deja que los mozos se acerquen al pesebre. Cuando intenté tocarle el costado lanzó un relincho que jamás le había oído. No era hambre ni dolor. Era… como si escuchara algo que nosotros no alcanzamos a percibir. Lleva toda la mañana mirando hacia las colinas del norte y no hay forma de apartarla de esa dirección.

Margaid bajó la cuchara despacio. Fue un gesto mínimo. Callum no reparó en él. Fiona sí.

—Las bestias preñadas mudan el temperamento cuando se acerca el parto —resolvió el *laird*—. Forma parte de su naturaleza. La yegua de vuestra abuela pasó dos lunas enteras rechazando el grano antes de parir y nadie creyó necesario preparar un funeral por ello. Mandad llamar al capataz.

—El capataz está ajeno al mundo desde anoche. He intentado despertarlo y sus ronquidos son tan descomunales que ni los perros se acercan a su camastro.

Fiona ocultó la sonrisa detrás de la taza.

Callum exhaló un suspiro cansado.

—Entonces enviad a Hamish. Él sabrá qué hacer. Y vos, sentaos a desayunar y dejad que los animales resuelvan sus propios asuntos.

—¿Tendré vuestro permiso para regresar a las cuadras cuando termine?

—La pregunta resulta innecesaria. Sabéis que lo tenéis. Aunque antes me explicaréis una cosa. ¿Qué mensaje pretendía transmitiros vuestra potra mirando hacia el norte?

Isla detuvo la cuchara a medio camino. Su padre no estaba bromeando.

Bajó el utensilio, buscó el apoyo de sus hermanas con una mirada rápida y terminó observando a Margaid. La madre respondió con una leve inclinación de cabeza.

El permiso silencioso.

—La potra percibe algo acercándose desde las colinas del norte. No sé si se trata de hombres, de lobos o de una tormenta tardía. Solo sé que avanza hacia Dun Ailean y que el animal lo siente antes que nuestros vigías.

El silencio que cayó sobre la mesa duró exactamente lo que tardó una astilla de pino en crepitar dentro del hogar de la sala contigua.

Margaid bebió el último sorbo de tisana. Callum se reclinó contra el respaldo labrado de la silla. Fiona volvió la vista hacia su hermana mediana. Y Roselyn, por primera vez en toda la mañana, cerró el manuscrito.

—Regresaréis a los establos en cuanto terminéis el desayuno —ordenó Callum—. Pondréis la mano sobre el costado de la yegua y, si vuestra presencia consigue tranquilizarla, os quedaréis allí. Pero si el nerviosismo continúa, me enviaréis aviso de inmediato. ¿Ha quedado claro?

—Sí, padre.

—Y otra cosa. Si el alba vuelve a encontraros en las cuadras en vez de en vuestro jergón, tendréis la bondad de informar antes a vuestro padre que de preocupar a vuestra madre.

—Entendido.

Isla volvió a concentrarse en las gachas. Roselyn mantenía ambas manos sobre las cubiertas del libro. Fiona observó de reojo el semblante de Margaid.

Y entonces lo vio.

Su madre contemplaba el ventanal orientado al este con la misma fijeza de siempre, igual que llevaba haciendo desde que las hijas tenían memoria. Sin embargo, aquella mañana, por primera vez en veinte inviernos, Fiona distinguió un matiz distinto en sus pupilas verdes.

Temor. Un destello.

Cualquier otra persona lo habría confundido con el reflejo de la luz sobre el cristal, pero Fiona conocía demasiado bien a su madre.

Aquel brillo le cerró el estómago. Apartó la escudilla con discreción y fingió beber de la taza. Margaid volvió entonces la cabeza hacia su hija mayor.

Las dos miradas se encontraron sobre el bronce del candelabro. La de Fiona, llena de preguntas. La de su madre, revestida de aquella calma serena que durante dos décadas había servido para apaciguar fiebres, miedos y tormentas.

Margaid sostuvo el examen un instante antes de ofrecerle una pequeña sonrisa. Fiona no creyó en ella. Aun así, respondió del mismo modo. Callum, ajeno a aquel pacto silencioso, se incorporó en el asiento y empujó el plato vacío hacia el centro de la mesa.

—Margaid, hoy subiré a la montaña.

La taza se detuvo cerca de los labios de su esposa.

Una pausa. Tan breve que ni Roselyn ni Isla repararon en ella. Fiona sí. Margaid volvió a dejar el cuenco sobre la mesa sin llegar a beber.

—¿A qué cumbre?

—A la única que reclama mi presencia cuando decido ascender.

—¿Os acompañará la guardia?

—Solo Hamish.

—¿Regresaréis antes del alba?

—Antes de que los vigías cambien la guardia.

—¿Necesitáis algo de mí?

—Que vuestra vigilia continúe aguardándome despierta.

Una calidez tenue suavizó el rostro de Margaid.

—Llevo veintidós inviernos practicando esa costumbre. No veo motivo para modificarla ahora.

Callum sonrió. Fue una sonrisa breve, íntima. De esas que pertenecían únicamente a Margaid.

Se levantó del banco y rodeó la mesa. Al pasar junto a Fiona le revolvió el cabello encendido con afecto. Golpeó las cubiertas del tratado de Roselyn con el nudillo y provocó que la mediana cubriera el libro con ambas manos en un gesto protector. A Isla le pellizcó el lóbulo de la oreja antes de detenerse junto a su esposa.

Después se inclinó y besó a Margaid en la sien.

—Mantened el orden de estas tres mientras estoy fuera.

—Llevo veinte años gobernando sus voluntades. Creo que sabré sobrevivir unas horas más.

Callum abandonó el comedor con el paso pesado y firme de quien pertenece más a la tierra que a las paredes de un castillo.

Roselyn fue la primera en levantarse. Recogió el manuscrito contra el pecho, dejó un beso silencioso sobre la coronilla de su madre y abandonó la estancia rumbo a sus aposentos.

Isla se puso en pie poco después. Se inclinó sobre Margaid para estamparle un beso ruidoso en la mejilla y, justo antes de salir, se volvió hacia ella.

—Madre.

—¿Sí, hija?

—Lo que viene por el norte no es una manada. Tampoco un grupo de hombres. Es el destino de Fiona.

Margaid no respondió. Roselyn continuó caminando como si aquella afirmación no necesitara explicación alguna. Fiona permaneció inmóvil en el banco, observando el silencio que acababa de instalarse sobre el rostro de su madre.

III



El señor de Dun Ailean abandonó el bastión cuando las primeras sombras del crepúsculo comenzaban a devorar el patio de armas. Vestía un sayal oscuro sin broches de plata ni franjas que delataran el linaje de los MacLeod. A su lado avanzaba Hamish, compañero de correrías desde la infancia, guiando las dos monturas menos llamativas de los establos: jacas de pelaje apagado que jamás atraerían la atención de un vigía apostado en la linde del bosque. En las alforjas, Mhairi había guardado un odre de hidromiel, dos hogazas endurecidas y un trozo de cordero curado.

Callum, hombre de costumbres férreas, llevaba veintidós inviernos ascendiendo a aquella cumbre dos o tres veces por año sin que un solo miembro de la familia conociera la existencia de aquellas visitas. El secreto pertenecía únicamente al silencio leal de Hamish, a la mirada cómplice de Margaid y al viejo Eòghan, el embaucador que habitaba en las alturas.

Y, a sus cuarenta y ocho años, Callum comenzaba a sentirse ridículo cada vez que sus botas seguían aquel sendero de cabras.

—Han pasado dos años desde la última visita —comentó Hamish mientras igualaba el paso de su montura a la del *laird*—. ¿Se me permite preguntar qué urgencia os empuja de nuevo hacia la choza del viejo, o debo conformarme con contemplar las crines de mi yegua hasta el amanecer?

—Podéis preguntar. Aunque sospecho que la respuesta os dejará peor sabor que el hidromiel avinagrado.

—Llevo media vida tragando vuestros caldos amargos. Mi estómago está preparado.

Callum guardó silencio mientras atravesaban un tramo escarpado donde la hojarasca húmeda ocultaba piedras sueltas.

Después habló sin apartar la vista del sendero.

—¿Habéis deseado alguna vez desposaros?

La jaca de Hamish aminoró el paso un instante.

—¿Es esa la cuestión que os desvela en las noches de insomnio o pretendéis arrancarme una confesión para amenizar la subida?

—Todavía no sé cuál de las dos cosas me inquieta más. Aunque la rigidez de vuestra nuca me hace pensar que quizá exista una historia detrás.

Hamish soltó un resoplido bajo.

—Hubo una vez en que lo consideré. Yo contaba veintitrés inviernos y ella diecinueve. Una muchacha de los Cameron. Le ofrecí dos cabras que daban la mejor leche de mi valle y una promesa de fidelidad escrita en pergamino. Me devolvió las cabras, se quedó con la promesa y acabó casándose con un MacRae tres lunas después.

—¿Qué clase de palabras empleasteis para que prefiriera a un MacRae?

—No considero que la pendiente de esta montaña sea el lugar apropiado para desnudar el alma delante de mi señor.

Callum sonrió por primera vez en todo el día.

Había pasado las últimas horas atrapado en una pesadez que ni él mismo sabía justificar. La compañía de Hamish siempre lograba aliviarle parte del peso.

El bosque bajo comenzaba a quedar atrás. Los últimos reflejos rojizos del crepúsculo se filtraban entre los troncos desnudos. Callum alzó el rostro y respiró el olor de la resina y del musgo húmedo.

Aquel aroma lo arrastró inevitablemente a otra subida. Veintidós inviernos atrás. La primera vez que recorrió aquel mismo sendero, perseguido por un miedo muy distinto.

—¿Recordáis nuestra primera visita? —preguntó.

—Con más claridad de la que me gustaría. Yo había superado los veinte y vos llevabais seis meses ocupando el asiento de vuestro padre. Dormíais tan poco que los ojos parecían hundírseos dentro del cráneo. Subisteis dispuesto a preguntarle al viejo si teníais la firmeza necesaria para gobernar el clan.

—Apenas conservo recuerdos de aquella jornada.

—Yo sí. Eòghan os aseguró que para alcanzar la sabiduría de un *laird* primero debíais tragar un puñado de barro extraído de la tumba de vuestro padre. Vos os negasteis. Él exigió tres monedas de plata como compensación por el insulto y descendimos la montaña con vuestra ira y mi diversión haciéndose compañía.

Callum negó con la cabeza.

—Si ese es el alcance de su ciencia, ¿por qué continúo subiendo hasta su choza?

—Porque vuestro padre hacía exactamente lo mismo cuando las cosechas venían torcidas. Y antes que él lo hacía vuestro abuelo antes de cada guerra. Sobre todo, porque en el fondo, sospecháis que ese viejo farsante, aun siendo el mayor bellaco de las Highlands centrales, acierta algunas veces sin proponérselo. Y esa puntería ocasional resulta más inquietante que la sabiduría de un santo.

Callum asintió despacio.

Eòghan no era druida ni hechicero.

Solo un viejo astuto que descubrió hacía décadas que los hombres preferían pagar por mentiras adornadas con símbolos y salmos antes que aceptar que nadie gobierna el futuro.

Y, aun así, en treinta años, había acertado tres veces de forma imposible de discutir.

Esta primavera, el problema tenía tres nombres distintos y un mismo orgullo heredado. Sus hijas habían alcanzado los veinte

inviernos y seguían bajo el techo de Dun Ailean, sin marido y sin acuerdos de matrimonio.

No por falta de pretendientes. Todo lo contrario.

Durante cuatro años, Margaid había rechazado propuestas sin descanso. Uno era demasiado anciano. Otro carecía de tierras suficientes. Otro bebía más de la cuenta. Otro trataba mal a los caballos. Callum jamás había contradicho el juicio de su esposa.

Porque sus hijas no eran mujeres corrientes.

Fiona despertaba las llamas cuando se distraía. Isla agitaba el viento de las estancias con el humor. Roselyn calmaba el agua del lago con rozarla.

Un *laird* no podía entregar semejante herencia a cualquier hombre.

Necesitaban esposos capaces de reaccionar con respeto y silencio si algún día descubrían aquello que las muchachas ocultaban bajo la piel.

No con miedo.

Y hombres así parecían escasear en las Highlands. Por eso Callum ascendía aquella montaña en mitad de la noche.

—Hamish. Mantendréis silencio ante *lady* Margaid sobre el verdadero motivo de este viaje. Si pregunta, inventad una montería o un pleito de lindes.

—Llevo veintidós inviernos ocultándole a vuestra esposa aquello que no deseáis que perturbe su tranquilidad.

—Porque os conozco, sé que vuestra firmeza desaparece en cuanto ella os clava esos ojos verdes.

Hamish soltó una risa baja.

—Eso es cierto. Pero he perfeccionado cierta técnica de supervivencia. En cuanto vuestra esposa aparece, bajo la vista hacia las losas y aparento estar entregado a la oración. *Lady* Margaid jamás interrumpe a un hombre que parece conversar con el Altísimo.

Callum dejó escapar una carcajada franca. No era el único que había aprendido a sobrevivir a los interrogatorios de su esposa.

Superaron el último recodo y el claro apareció ante ellos.

La choza de Eòghan parecía desafiar todas las leyes de la construcción. Se sostenía sobre cuatro troncos torcidos que amenazaban con derrumbarse al primer viento fuerte. Del alero colgaban tres caracolas marinas. Un cráneo de cabra ennegrecido descansaba sobre la mesa exterior y un pequeño altar de piedras pintadas ocupaba el rincón junto a la entrada.

A pocos pasos de la puerta, sobre un taburete de paja, descansaba una jaula de mimbre.

Dentro, una rana descomunal contemplaba el ocaso con la resignación indiferente de las criaturas que llevan demasiado tiempo encerradas.

—Aguardad fuera con las monturas —ordenó Callum mientras desmontaba—. Y procurad que no hagan ruido.

—¿Las mantengo embozadas?

—Aseguradlas en el haya grande de la bajada. Y escuchadme. Si oís un lamento desde dentro, no os mováis. Si el grito se repite por segunda vez con más fuerza, cruzad el umbral con el hierro desenvainado y no hagáis preguntas hasta que el viejo esté en el suelo.

Hamish descendió de la jaca mordiéndose el belfo para contener la risa. Callum se reajustó el embozo para asegurarse de que el broche de plata permaneciera oculto y golpeó la madera con los nudillos.

El impacto provocó dentro un estrépito de cacharros de peltre caídos, seguido de una letanía de imprecaciones en gaélico rústico.

El portón se abrió con un chirrido.

Eòghan se asomó con la cabellera canosa alborotada en todas direcciones, las pupilas azules empañadas de modorra y una

túnica de lana marrón que se parecía sospechosamente a una manta de caballería vieja y remendada. Sostenía un mendrugo en la mano izquierda. Una pluma de gallina se le había pegado a la barba.

Al ver al visitante, los ojos se le abrieron.

—¡Por el bienaventurado san Andrés y todos los mártires del brezo! ¡Si es el mismísimo señor de Dun Ailean quien honra mi techo!

—Buenas noches, Eòghan.

—¡Mi señor! Pasad, pasad, no permanezcáis en el umbral como un mendigo, por el amor que profesáis a la Madre.

—Ahorradme el nombre de la Madre.

—¿Qué ofensa halláis en mis piadosas palabras, señor?

—No estoy aquí para pagaros por los dioses, sino para tratar asuntos de peso.

El embaucador se rascó la barba con los mismos dedos sucios que sostenían el pan. La pluma cayó al fango. Se apartó del acceso con una reverencia tan exagerada que perdió el equilibrio y tuvo que apoyar la espalda en el marco.

Callum entró conteniendo la respiración.

El habitáculo ignoraba las leyes más elementales de la higiene. Apestaba a humo de turba mala, a pelaje de cabra húmedo y a un ramillete de hierbas secas que ningún botánico habría logrado clasificar sin recurrir al sarcasmo.

—Sentaos en la silla destinada en exclusiva a las dignidades del feudo —ofreció el viejo, señalando un taburete cojo cuyo cuarto pie había sido sustituido por una losa de río.

—Esa madera amenaza ruina.

—Vuestras palabras hieren mi orgullo de ermitaño.

—Vos no remendáis vuestras túnicas, Eòghan. Yo encomiendo una pieza nueva de lana a las tejedoras cada vez que

mi jaca enfila esta vertiente para que no parezcáis un espantapájaros.

—Lo cual confirma lo que siempre he sostenido: que Dun Ailean está gobernado por un *laird* tan generoso con los desvalidos como sabio en sus decisiones. Sentaos.

El taburete crujió bajo Callum, pero resistió. Ajustó la empuñadura de la espada al costado para que el hierro no tocara la pata calzada con la piedra.

—Vayamos al grano. No he dejado mi fortaleza al caer la tarde por el puro placer de contemplar vuestras caracolas. Me aqueja un problema familiar.

—¡Gran honor me conferís ante los cielos! ¿Qué mal turba la paz de vuestro linaje?

—Mis hijas.

Eòghan, que se disponía a ocupar el asiento opuesto, quedó suspendido en el aire con las nalgas a un palmo del mimbre. Las pupilas azules se le entornaron con la astucia profesional cultivada en tres décadas de engaños.

—¿Las tres doncellas, señor?

—Las tres. No me dejé ninguna en el castillo para muestra. Han cumplido veinte inviernos y no he logrado disponer sus nupcias con ningún caballero del norte.

El charlatán tomó asiento con una lentitud calculada.

—Nos encontramos ante un dilema de la más extrema gravedad. Las doncellas sin esposo son una carga para la honra del feudo.

—No precisaba subir esta dichosa cuesta con el frío de la tarde para conocer la gravedad del asunto. Lo que mi honra precisa saber es si vuestros salmos van a revelarme algo de utilidad o si pago las tres monedas de rigor y doy por concluido el viaje.

Eòghan se enderezó con la dignidad herida del artesano. Apoyó las dos palmas sucias sobre las rodillas y respiró hondo. Era el

preámbulo al despliegue de la mejor parafernalia teatral para justificar el precio.

—Las tres jóvenes portan un destino sellado en las estrellas del firmamento. Un camino que ningún hombre puede torcer con el hierro.

—Todas las almas que pisan el brezo portan un destino sellado por el Altísimo. Concretad.

—Las tres habrán de contraer nupcias en un tiempo cercano. Las tres conocerán varón de linaje. Mis ojos lo perciben en el humo que sube del hogar.

—¿Y alcanzan vuestros ojos legañosos a descifrar la heredad o el estandarte de esos hombres?

—Varones surgidos de las tierras del norte. Caballeros que cruzarán los ríos para reclamar su derecho.

—Todas las tierras altas se sitúan al norte de algún feudo. Buscad mejores precisiones.

—Hombres dotados de manos corpulentas y brazos de hierro, curtidos en las marcas. Caballeros marcados por la desgracia, cuyos nombres resonarán en Dun Ailean.

—Eòghan. ¿Vais a ofrecerme una respuesta concreta o continuaremos jugando a las adivinanzas?

El embaucador exhaló un suspiro cargado de teatralidad. Se levantó del mimbre con un quejido de huesos, se acercó al anaquel y empezó a remover varios enseres sin orden ni concierto: manojos de lavanda seca, una cuchara de peltre torcida y un puñado de huesos que Callum prefirió no identificar.

Finalmente, se volvió hacia el señor con la expresión triunfante de quien ha localizado el remedio definitivo.

—El éxito del deseo exige un sacrificio de vuestra parte, mi señor. Las estrellas no entregan sus secretos de balde a los MacLeod.

—¿Un sacrificio? Jamás vuestra boca había osado demandar tal cosa.

—Un tributo de humildad. Para que las tres doncellas hallen los esposos que su rango y su extraña naturaleza merecen, la tierra exige una ofrenda.

—¿De qué ofensa estamos tratando?

Eòghan se dirigió a la entrada con paso teatral. Abrió la hoja con un chirrido que alteró la paz de la rana cautiva. El anfibio dio un brinco contra los mimbres y soltó un croar bronco que resonó en todo el claro.

El viejo alzó la jaula con las dos manos y la depositó sobre el tablón interior, justo frente a los ojos grises de Callum, con la solemnidad de quien expone el cáliz sagrado.

—Esta criatura de los pantanos, mi señor. Ella guarda la llave del porvenir de vuestra sangre.

Callum clavó la vista en la rana y esta le sostuvo la mirada con los ojos saltones y fijos.

Un silencio de plomo se adueñó del habitáculo. Callum alcanzó a percibir la tos disimulada de Hamish en el patio trasero. El bayo, amarrado al haya, resopló espantado por los mosquitos de la balsa. Una urraca cruzó el cielo emitiendo su graznido de mal agüero sobre el tejado.

La rana, sin pestañear, croó por segunda vez.

—¿Esa bestia inmunda del fango?

—Ella misma. No hay otra en esta ladera que posea el favor de las potencias ocultas.

—¿Qué disposición exige vuestra supuesta ciencia que dé a ese animal?

—Habré de pediros que juntéis vuestros labios con su lomo, señor. Un beso de *laird* para sellar el pacto con la tierra.

Callum cerró los párpados con fuerza, conteniendo un juramento.

Segundos después, abrió los ojos.

—Llevo veintidós inviernos gobernando este clan con la justicia de mi espada. ¿Y vuestra audacia se atreve a demandar que el señor de Dun Ailean junte sus labios con la piel babosa de una rana de balsa para casar a sus hijas?

—No es mi humilde voluntad la que dicta la sentencia. Son las potencias del más allá las que reclaman el tributo de vuestra boca noble.

—Vos ignoráis las potencias del más allá, viejo tramposo.

Callum se mordió el interior de la mejilla con saña. Era el único recurso disponible para evitar que una carcajada de absoluta incredulidad arruinara la severidad del momento.

—Si someto mi honra a semejante ordalía, ¿qué beneficio reportará a mi casa?

—Vuestras tres hijas localizarán los caballeros idóneos antes de que las próximas siete lunas completen su ciclo. Hombres que sabrán guardar el secreto de su piel.

—¿Tres maridos de linaje en el espacio de siete lunas?

—La luna debe interpretarse en su sentido más sagrado y metafórico, señor.

—No aguardaba otra cosa.

Callum volvió a contemplar al anfibio.

Respiró hondo. Pensó en sus tres hijas, en la advertencia de Margaid de la víspera: «Callum, las muchachas mudan con las estaciones y las alianzas de los clanes no se forjan solas en las Highlands», y en que dentro de aquella choza infecta solo estaban Eòghan, el anfibio y su propia persona embozada.

—Escuchadme bien, viejo bellaco. Si esto llega a oídos de mi esposa por cualquier descuido, vuestra choza arderá hasta los cimientos. Vos conoceréis el fuego en su interior sin derecho a réplica.

—Llevo treinta inviernos custodiando los secretos de los linajes más antiguos. Mi discreción ante el oro está libre de toda sospecha.

—Vuestro silencio es proporcional a la plata que mis dedos depositan en vuestra palma sucia. ¿Cuánto reclama vuestra codicia?

—Cinco monedas de plata, mi señor.

—Tres os entregaré y debéis daros por satisfecho.

—Cuatro es el precio que dictan las potencias.

—Tres, Eòghan. Ni una más. Y el animal permanecerá en vuestra choza antes y después. No abrigo el menor deseo de que Margaid lo descubra en mis alforjas.

—Sea conforme a vuestro dictamen, señor de los MacLeod.

Callum se incorporó del taburete. Se acercó a la mesa con el paso firme del guerrero que asume el cadalso. Fijó la vista en las pupilas saltonas de la bestia y se inclinó sobre la estructura de mimbre con una parsimonia que delataba la magnitud de la humillación.

Cerró los párpados. Aproximó los labios al lomo húmedo, frío y verdoso de la rana.

El animal, ante la proximidad inesperada del bigote, reaccionó de la única manera que dictaban las leyes de su especie: propinó un brinco violento contra los mimbres y, en mitad de la agitación, liberó sus aguas con precisión absoluta.

Callum se apartó.

Se enderezó cuan largo era, extrajo el lienzo de lino limpio que Margaid le había dispuesto esa misma mañana —sin que él se lo pidiera— y se limpió los labios con una parsimonia que delataba el juramento de venganza.

Lanzó las tres monedas de plata sobre el tablón con un golpe seco.

Sin concederle al charlatán una sola mirada, enfiló la salida.

—Si los ciclos de las lunas se agotan y mis tres hijas continúan sin compromiso, regresaré con mis hombres de armas, Eòghan. Y no será para una segunda consulta. Traeré el hierro de Dun Ailean para limpiar la ladera.

—Mi juicio sospechaba esa advertencia desde el primer momento, mi señor. Quedad bajo la protección de las colinas.

Callum abandonó el habitáculo con el sayal ondeando bajo la brisa helada. Hamish, sentado sobre un tronco caído junto al haya mientras daba cuenta de un mendrugo, alzó la vista al ver salir abruptamente a su señor. Sus facciones, adiestradas en descifrar las mudanzas del ánimo de Callum, mantuvieron una rigidez profesional. Sin embargo, la complicidad de los años y el absurdo de la estampa terminaron por quebrar la contención:

—¿Habéis obtenido el remedio místico que precisaba vuestro espíritu, señor, o el viejo ha demandado más plata de la debida?

—Hamish. Si vuestra boca osa mentar el suceso de esta noche en lo que nos resta de existencia bajo el cielo de las Highlands, juro por las cenizas de mi padre que os enviaré al camposanto con los ojos abiertos ante mi acero.

—No ha salido palabra alguna de mis labios.

—No lo ha hecho aún. Pero vuestras mañas me son conocidas. Y vuestro semblante delata el deseo incontenible de pronunciar una impertinencia sobre el pañuelo que sostengo.

—Mi rostro conserva la misma expresión de piedra desde mi juventud. Es un infortunio heredado de los hombres de mi linaje que nada tiene que ver con las ranas de balsa.

Callum montó en su jaca de un solo movimiento. Aplicó las espuelas con una presteza que delataba la urgencia por alejarse. Hamish recogió el odre, aseguró las alforjas y espoleó la montura tras él.

Descendieron la vertiente mientras los últimos reflejos del ocaso teñían de oro viejo los troncos desnudos. Callum, rígido en la

silla, no despegó los labios en todo el trayecto. Hamish, con buen criterio militar, imitó la mudez. Solo el rítmico golpear de los cascos contra la tierra húmeda y el graznido distante de las aves rompían el silencio del bosque.

A media legua de la fortaleza, allí donde el sendero confluía con la calzada principal, Callum refrenó la jaca. El bayo de su acompañante se detuvo a su zaga.

—Hamish.

—Decid.

—¿Albergáis la certeza de que ese viejo haya acertado en alguna ocasión, o todo es un mito forjado por los borrachos de la aldea baja?

—Los relatos de los pastores aseguran que su boca pronunció la verdad en tres sazones señaladas a lo largo de treinta inviernos, salvando cosechas y advirtiendo de las fiebres del ganado. No todo es palabrería.

—¿Qué probabilidad asiste a su ciencia esta noche para consumar un cuarto acierto con la herencia de mis tres hijas?

—Bajo mi modesto criterio, mi señor, las mismas probabilidades exactas que asistían a la rana de la jaula para vaciar sus aguas sobre vuestro bigote en mitad del beso.

—La bestia consumó el agravio con una precisión pasmosa.

—Tengo plena constancia del suceso por la prisa de vuestra salida. Por esa única razón he construido la comparación.

Callum hizo una leve inclinación de cabeza, reconociendo la amarga victoria del ingenio del subordinado. Aplicó de nuevo el hierro a los flancos de la jaca y reanudó la marcha sin añadir palabra.

Las torres de Dun Ailean se recortaban ya contra el firmamento violeta.

Cuando cruzaron el puente levadizo, la noche cerrada se había adueñado del feudo.

Y exactamente horas después de que las herraduras de las jacas de Callum golpearan las maderas del acceso principal, un acontecimiento ajeno al conocimiento del *laird* alteraría la paz de las marcas del norte.

IV



Mhairi irrumpió en los aposentos sin rozar el maderamen de la entrada, un ademán que en aquella fortaleza equivalía a la alarma más absoluta. Fiona, sentada frente al espejo de marco de peltre, detuvo el peine de hueso con el que se desenredaba el cabello. La presencia de la doncella personal de su madre, con las mejillas encendidas y el aliento entrecortado, mudó el sosiego en sospecha. Mhairi, de complexión recia, gobernaba sus modales con una discreción monacal. Verla perder la compostura presagiaba siempre una quiebra en el orden del feudo.

—Mi señora, en la fragua os necesitan. El crío de los Murray ha tenido el accidente del hierro. La vieja sanadora no atina y vuestra madre está allí abajo.

Fiona se levantó sin terminar la trenza. Rescató el chal de lana del respaldo del banquillo y se lo echó sobre los hombros mientras seguía los sayos de la criada por el pasillo de piedra gris. No demoró la marcha con preguntas. Si la vieja sanadora consideraba necesario convocarla, la situación rozaba la tumba.

Cruzaron el patio de armas bajo un cielo plomizo. La nieve de la víspera se había transformado en un lodazal espeso y gris que se adhería a las suelas de las botas. El humo blanco que brotaba de las cocinas portaba el aroma denso del cordero que ya doraban los fogones de Aileas.

Al pie del muro de la herrería, un hombre de estatura imponente, con las hebras de la barba salpicadas de vello rojizo y las manos tiznadas por el carbón, estrechaba contra el pecho un fardo envuelto en una manta. Era Tormod Murray, el herrero de Dun Ailean desde los tiempos en que el padre de Callum lucía las

espuelas. El infante que el herrero acunaba no sumaría más de siete estaciones. Mostraba unas facciones cenicientas, los párpados sellados y esa respiración rota propia de las criaturas que se imponen el silencio para no quebrar el ánimo del padre.

Fiona se detuvo frente al umbral.

—*Milady*, una herradura al rojo se me resbaló del yunque. Le mordió el antebrazo. No fueron más de dos suspiros. Pero le ha llegado a la carne.

—Pasad dentro a vuestra esposa. Yo voy ahora.

—Ha bajado a las marmitas. No aguanta verlo.

Fiona le posó la palma derecha sobre el hombro al herrero durante un latido y se adentró sin esperar réplica.

El habitáculo, una pieza angosta contigua a la fragua principal, estaba impregnado de una atmósfera densa: olor a sudor, a hierro caliente, a carne quemada por debajo del paño. El perfume amargo de las hierbas que la vieja quemaba en un cuenco no conseguía cubrir nada. Dos hachones de resina daban una luz temblorosa al tablero central. Sobre la madera yacía el hijo de los Murray, con el brazo derecho dispuesto en extensión y un paño de lino limpio ocultando la herida. La sanadora, una mujer menuda, encorvada por las décadas, permanecía inclinada sobre la carne manejando una escudilla con aceite de oliva. A la cabecera, Margaid sostenía la mano izquierda del niño. Callada. Con los ojos verdes fijos en las facciones contraídas de la criatura.

Al percibir las bisagras, la vieja alzó las pupilas gastadas y, prescindiendo de cortesías, retiró el lienzo con un movimiento rápido de los dedos nudosos.

La quemadura tenía un aspecto terrible. La piel del antebrazo, desde la flexión del codo hasta la muñeca, aparecía levantada en ampollas blanquecinas atravesadas por estrías negruzcas allí donde el metal incandescente había consumado el castigo. La sanadora había extendido ya una primera capa de ungüento de manteca y manzanilla. El crío sufría un temblor

espasmódico, a pesar de la inconsciencia. Fiona lo reconoció al instante: el aviso del cuerpo que empieza a renunciar a las fuerzas.

—¿Cuánto lleva?

—Una hora larga. Lloró al principio. Después se quedó callado.

A Fiona se le hizo un nudo sordo en la garganta. Lo expulsó concentrándose en el brazo deshecho.

Se quitó el chal y se lo dio a la sanadora. Se subió las mangas hasta superar los codos. Ocupó el flanco opuesto de la mesa, frente a Margaid, y dispuso las dos palmas a la distancia de un dedo por encima de la llaga, evitando el contacto con las vesículas.

El calor que subía de la carne dañada, al confluir con la tibieza de las manos, generó entre ambas superficies un aire denso. Aquella ciencia no figuraba en los manuscritos de Roselyn. Fiona la había descubierto a los nueve años intentando aliviar un raspón en la rodilla de Isla. Desde entonces, sus palmas conocían la diferencia entre el fuego que destruye y el calor que restaura.

Pronunció el nombre del crío en un susurro. Eachan. Tenía padre que aguardaba tras el muro y heredad que defender.

Bajó las palmas hasta rozar los bordes de las ampollas mayores. La vieja sanadora retuvo el aliento. Margaid no se movió.

El calor de los dedos de Fiona empezó a declinar. Fue cambiando hasta transformarse en frío. No el relente que desciende de los cielos. Otro frío, interior, surgido de un rincón del pecho que ella nunca había sabido ubicar. Aquella helada no apagaba la vida del crío. Devoraba la inflamación. Retiraba la ponzoña del dolor.

La vieja contemplaba el proceso con las pupilas entornadas. No ignoraba que aquellos prodigios, si llegaban a oídos de los sacerdotes que predicaban en el valle bajo, podían transformarse en el peor de los castigos para el linaje.

Eachan detuvo el temblor.

La respiración recobró la cadencia normal. La frente, hasta entonces perlada de sudor, recuperó algo de color. Las pestañas le vibraron una sola vez.

Margaid alzó al fin la vista y clavó los ojos verdes en el rostro de la hija mayor.

No pronunció palabra. Madre e hija sostuvieron la mirada el espacio que dura un latido. Un parpadeo en el que Fiona creyó detectar la misma sombra que la había inquietado durante el desayuno de la víspera.

Bajó los ojos al antebrazo y se concentró. Mantuvo las palmas fijas sobre la carne durante un intervalo que su noción del tiempo no acertó a medir. A su lado, los dedos hábiles de la sanadora aplicaban nuevas capas del compuesto en cuanto el frío de Fiona cedía paso a la temperatura natural. Margaid, sin abandonar la cabecera, susurraba al oído del crío oraciones cuyos vocablos escapaban a la comprensión de Fiona. Frases breves, fragmentos de un canto tradicional del valle que recordaba haber oído en la infancia, sin que su madre hubiera revelado jamás la procedencia.

Al poco, retiró las manos.

El cansancio se le instaló tras las cejas con la pesadez de una losa, una fatiga sorda que precisaría medio día de reposo. Pero los bordes negruzcos de la llaga habían perdido la rigidez y las ampollas mostraban una quietud benévola. El hijo del herrero descansaba ahora con la serenidad de las criaturas ajenas al tormento.

—Ha pasado el peligro de muerte —dijo la sanadora—. Pero la marca queda.

—Ungüento de milhojas en las próximas jornadas —añadió Margaid—. Y que el brazo no reciba el azote del sol hasta la primavera. Si no, le queda lívido.

Fiona se apartó del tablero. Recogió el chal y se cubrió los hombros, que le temblaban. Derramó el agua de la jarra de peltre sobre los dedos y se lavó el rastro de los aceites sin mirarse las

palmas. Las falanges le temblaban con ese ritmo persistente que seguía siempre a las sanaciones ocasionadas por el fuego. Se secó con un lienzo basto y enfiló la salida sin despedirse. Margaid permaneció junto al lecho.

Empujó el portón.

En el patio, Tormod Murray seguía en la misma postura, con el espinazo apoyado contra los sillares grises del muro exterior. Pero ya no estaba solo. Su esposa permanecía a su flanco estrujando un pañuelo de lino con unos dedos enrojecidos. Al percibir la salida de Fiona, Uma enderezó el cuerpo y acortó la distancia con tres pasos vacilantes. Se detuvo a escasa distancia de sus faldas sin saber qué destino dar a las manos callosas.

—Vuestro crío reposa en calma —explicó Fiona—. Conservará el brazo. Y la destreza para el taller. Pasad. Mi madre os necesita dentro.

Uma no acertó a contestar. Le faltaba el aliento. Extendió el brazo y le rodeó la muñeca con los dedos ásperos del trabajo. Apretó. Una presión firme durante un latido.

Después la soltó, cruzó el umbral y no volvió la cara.

Tormod la siguió con la mudez agradecida de los hombres del clan.

Fiona se quedó sola junto a los sillares de la herrería. Inspiró el aire helado que apaciguaba el dolor de cabeza que empezaba a asediarla detrás de las cejas. Se ajustó el chal contra el pecho y elevó los ojos hacia el firmamento. Sobre los muros orientales, los primeros tañidos de la campana empezaron a desparramarse anunciando la hora del Ángelus. El mediodía se adueñaba de Dun Ailean.

Enfiló la escalinata de la torre septentrional.

A mitad del patio, las piernas le detuvieron el avance sin que mediara orden de su voluntad. Permaneció inmóvil en mitad del lodazal gris, estrechando el tejido de lana contra el jubón, y giró el rostro con pausa hacia el flanco izquierdo.

Hacia el sendero de cabras que descendía a la aldea baja y, más allá de los valles, enfilaba los páramos del norte.

El horizonte no desveló rastro alguno de peligro. El acceso conservaba el aspecto ordinario de los días invernales. Las antorchas estaban apagadas y el centinela de la torreta mascaba un trozo de cecina con desidia. Sin embargo, Fiona sintió en la carne, durante el espacio de una respiración, la certeza de que una presencia avanzaba hacia los muros. Un presentimiento que no lograba ubicar en ningún rincón del feudo.

Frunció el entrecejo. Forzó una sonrisa pequeña, incrédula ante sus propios temores, y reanudó la marcha hacia la torre.

Al alcanzar los primeros peldaños, Mhairi le salió al paso con una escudilla de hidromiel caliente y una pequeña hogaza untada con miel. Cumplía con el ritual que *lady* Margaid había instaurado años atrás para restaurar el vigor tras las sanaciones. Fiona recibió el cuenco entre las palmas y le ofreció una sonrisa de gratitud.

—¿Alguna novedad, Mhairi?

—Solo un mensajero de los Cameron tomando el rancho en las cocinas, *milady*. Nada más.

—Bien.

Fiona descartó las cuitas atribuyendo la palidez del semblante al esfuerzo de la fragua y se despidió de la criada para buscar el amparo de la alcoba.

Al alcanzar el tercer descanso de la escalera, los pies volvieron a frenarse.

Clavó los ojos en el vapor que ascendía del líquido dorado.

Aquella vibración, la certeza de una presencia que recortaba las distancias con Dun Ailean, no la visitaba desde los días de la infancia. Desde aquella vez en que presintió el deceso de la tía abuela Eilidh lunas antes de que la fiebre la reclamara.

Soportó el peso del recuerdo. Alcanzó la alcoba. Se acomodó en el borde del jergón, reteniendo la greda caliente entre los dedos. Permaneció inmóvil, con los ojos fijos en el techo de madera, mientras al otro lado de la puerta el rumor de las criadas componía la música cotidiana del señorío. Los canes ladraban ante el vuelo de algún cuervo y Aileas gobernaba los fogones con sus habituales gritos en gaélico.

La existencia en Dun Ailean discurría con el ritmo acompasado de las muelas de un molino.

Sin embargo, Fiona se sintió por primera vez ajena al espacio que habitaba.

Dejó el cuenco sobre el tablero y se recostó vestida sobre las mantas buscando el alivio del sueño.

Los párpados cedieron.

Al caer la tarde, el letargo abandonó sus miembros y bajó al comedor familiar con el cabello recién peinado y mudado el sayal de la fragua por un vestido limpio de lana verde. La sopa de cebada humeaba en la gran fuente dispuesta en el centro del tablero, flanqueada por las rebanadas de trigo. Margaid, sentada en el extremo del banco, conversaba en voz baja con Roselyn sobre las virtudes de las raíces que maduraban en el invernadero trasero.

Callum cruzó el umbral un instante más tarde. Dispuso la espada contra la silla de roble y se sirvió una porción de hidromiel antes de preguntarle a su hija por la suerte del crío de los Murray.

—El peligro ha pasado. Conserva el brazo.

—Bien.

Callum le sirvió el cuenco de sopa antes de atender el propio plato. Era el rito mudo que el guerrero repetía cada vez que algo similar ocurría.

Isla irrumpió un latido después con el bajo del sayo cubierto de briznas de heno y las mejillas encendidas por el viento. Ocupó su

lugar sin saludar, se adueñó de la rebanada de pan de su hermana con la avidez habitual y sentenció:

—El reparto está claro. A vos os toca salvar las almas de las aldeas. A mí, las bestias que sostienen los carros. Es justo.

Roselyn esbozó una inflexión apenas perceptible en la comisura. Margaid rio contenida, ocultando la boca tras el lienzo. Callum cerró los ojos buscando la templanza. Fiona soltó una carcajada franca, revolvió los mechones trigueños de la menor y volvió a la cebada.

En el exterior, la tormenta había iniciado su castigo y la lluvia golpeaba las losas con un repiqueteo familiar. Las antorchas del portón principal arrojaban reflejos rojizos sobre el lodo del patio.

Y en esa misma hora, un jinete embozado con los colores severos del norte sumaba ya dos lunas de permanencia en la taberna de la aldea baja, resguardando la montura del azote del temporal y aguardando el primer fulgor del alba para salvar las últimas leguas que lo separaban de las torres.

En el bolsillo interior del jubón de cuero custodiaba una misiva sellada con la cera roja del clan septentrional.

El lacre estampaba el emblema de las dos espadas cruzadas sobre el cardo del clan MacThane.

Esperando el amanecer para desatar sus consecuencias.

V



El mensajero cruzó el portalón de Dun Ailean media hora después de que el alba rompiera el cielo ceniciento del este. Traía la montura calada por una llovizna persistente. Los costados de la yegua delataban el rigor de las jornadas de cabalgada desde los páramos del norte. Aonghas, el veterano que custodiaba la torreta desde tiempos del padre de Callum, torció el gesto al distinguir el labrado de plata en el embozo. Dos espadas cruzadas sobre el cardo. Los colores de Ironhold. Sin proferir requerimiento, descendió los peldaños de piedra y guio al recién llegado hacia la puerta baja del torreón sur.

Una sirvienta le dispuso un cuenco de caldo graso y un pedazo de pan de centeno. El hombre lo aceptó sin desprenderse de los guantes curtidos.

—¿De qué heredad procedéis?

—De las tierras del *laird* MacThane.

—¿El despacho va dirigido a los ancianos del consejo?

—Al *laird* MacLeod en persona. Mi mano ha de entregarlo en su palma.

—Esa prerrogativa la establece el señor de este castillo.

—La establece la cera del sello.

Aonghas se mordió la mejilla. Las gentes de Ironhold aplicaban leyes más severas en sus fronteras. Sin insistir, despachó al emisario hacia los bancos de la cocina interior y enfiló el pasillo principal. Mhairi iniciaba las rutinas de la mañana portando las jofainas limpias.

—Avisad al *laird*. Explicadle que requiere su presencia un jinete del norte que porta un pliego con el sello de Ironhold.

La doncella se quedó parada en mitad del corredor con los lienzos contra el corpiño.

—¿Estáis seguro?

—Las dos espadas en la plata. Vistas con la misma claridad que vuestra cara.

Mhairi enfiló la escalinata de la torre oeste con paso apresurado. Golpeó el roble de los aposentos señoriales con tres impactos secos. Callum dio la orden de hablar.

—Mi señor, ha llegado un mensajero de Ironhold que desea verlo.

—Bajo enseguida.

Margaid lo miró y él se encogió de hombros, pues no sabía qué deseaba el *laird* de esas tierras. No hablaron mientras se disponían los sayos y las capas. Veintidós años les habían enseñado que las noticias de peso exigían un cuarto de hora de silencio.

Bajaron juntos a la sala privada.

Mhairi les arrimó una jarra de hidromiel caliente sin que se la pidieran y se retiró. Callum permaneció de pie junto a la repisa, con las manos cruzadas tras el espinazo. Margaid ocupó el borde del asiento más próximo a las llamas.

—Fiona debería estar.

Margaid alzó los ojos. La frase no le sorprendió. Le extrañó que la formulara en voz alta.

—Ha cumplido los veinte. Si el despacho dice lo que sospechamos, le toca oírlo.

Callum hizo sonar la campanilla. Mhairi acudió y partió con la instrucción de conducir a Fiona a la sala privada. Callum se quedó mirando el fuego. Margaid lo observó de reojo. La arruga del entrecejo no se le manifestaba desde el invierno en que Isla había padecido las fiebres altas.

—Fiona tiene carácter. Es la única de las tres a la que podemos contar esto sin temor a una rabieta.

—Eso no me devuelve la calma.

—No pretendía devolvérosla.

Callum no contestó.

El portón se abrió un instante después.

Fiona entró guarecida en el chal de lana que había vestido en la fragua, con el cabello recogido en una trenza apresurada y el rostro demacrado aún por el esfuerzo de la sanación de Eachan. La criada le había transmitido la orden sin explicaciones.

—Buenos días os den los cielos.

—Esta mañana franqueó el portalón un jinete del norte —anunció Callum, omitiendo las cortesías—. Despacho firmado en Ironhold con el lacre del clan MacThane. Quiero que estéis vos delante.

Fiona no se movió. La coloración que las mejillas habían recuperado tras las horas de la fragua se le esfumó.

—¿Lachlan MacThane? Si sostiene una guerra contra su propia estirpe…

—Eso es lo que vamos a averiguar. Sentaos.

Margaid desplazó el taburete contiguo con el pie. Fiona acomodó las faldas y entrelazó los dedos sobre el regazo en una imitación inconsciente de la postura materna.

Callum sostuvo la misiva a la altura del pecho. El lacre seguía intacto. Lo quebró con el pulgar. Desplegó la piel de becerro y la recorrió en silencio durante un buen rato.

Al alzar la vista, sus facciones carecían de expresión.

—Voy a leerla.

Margaid asintió sin pronunciar palabra.

Callum carraspeó.

—Del *laird* Lachlan MacThane, señor del castillo de Ironhold y de las tierras de los acantilados del norte, al *laird* Callum MacLeod, señor de Dun Ailean y de las marcas del lago, salud y reconocimiento de antiguo linaje aliado. Hace dos décadas, vuestro progenitor y el mío rubricaron en Inverness un pacto de alianza entre nuestras casas que jamás fue activado por las armas. Fue voluntad de ambos *laird*s que dicha unión se consumara mediante un matrimonio entre nuestros linajes en cuanto los vástagos alcanzaran la edad conveniente.

Fiona apretó los dedos del regazo. Callum prosiguió.

—Las circunstancias que afligen a mi clan no son ajenas a vuestro conocimiento. Sostengo una guerra contra mi tío Murchadh por la soberanía de Ironhold. Ese pleito de sangre persiste; no habré de ocultar la verdad ante vuestra mesa. Una hija vuestra, asentada en mis estancias, vivirá rodeada de hombres armados y bajo la amenaza real de un asedio. No prometeré estabilidades que mis espadas no puedan sostener.

Fiona alzó los ojos hacia el padre. Callum evitó el encuentro y siguió leyendo.

—Os ofrezco, a cambio del cumplimiento del antiguo pacto, una alianza militar plena. Si mi linaje sucumbe ante el enemigo, vuestras fronteras quedarán desprotegidas ante las incursiones del norte. Si vuestro clan ratifica este compromiso, mis guerreros formarán en cualquier frente que afecte a vuestra seguridad. Lo que demando es el enlace con vuestra primogénita.

A Fiona se le escapó el aire de los pulmones. No se había dado cuenta de que lo retenía.

—Os pido respuesta por escrito en el plazo de dos lunas. Si os parece inaceptable, os pido la misma presteza en la negativa. Mi mensajero aguardará durante cinco jornadas. Recibid el respeto del clan MacThane. Lachlan MacThane, primero de su nombre.

Callum dobló el pergamino. Lo depositó sobre el escritorio. Se aproximó a la chimenea, apoyó la palma en la repisa y aguardó.

Margaid conservaba los dedos entrelazados sobre el regazo. Fiona fijaba la vista en un punto de la alfombra.

—El pliego es sensato —dijo Margaid al fin—. No oculta el rigor de sus batallas ni miente sobre la dote. Respeta la edad, el rango y la legitimidad. Tal cosa, en una demanda surgida del norte, no es lo habitual.

—No, no lo es.

—¿Qué sabéis de él?

—Lo que manejan los hombres del consejo. Treinta inviernos. Asumió el clan hace tres años, tras la muerte del padre a manos de Murchadh. Severo, justo en sus sentencias, poco propenso a las palabras ociosas. Sin descendencia. Sin esposa anterior. No bebe en exceso. Lo único que se le reconoce es haber sobrevivido al acero de los suyos.

Margaid bajó los ojos al cuenco. Tardó un instante en formular la siguiente pregunta y, cuando lo hizo, la voz le salió más baja.

—¿Es desagradable a la vista?

Callum la miró por encima de la repisa.

—¿Qué clase de pregunta es esa?

—La de una madre.

—Jamás lo he cruzado. Su padre era un caballero de gran envergadura. Hamish, en su juventud, lo trató y asegura que el hijo ha heredado la planta. Es todo lo que tengo.

—Suficiente.

Fiona seguía sin levantar la cara. Sus padres hablaban de su porvenir con la naturalidad de quien analiza los límites de un pastizal. En una sazón ordinaria habría aprovechado la distracción para escapar de la sala. Aquella mañana le faltaba aire para levantar el cuerpo del taburete.

Margaid extendió la mano hasta posarla sobre los dedos contraídos de la hija. Le notó el frío bajo la piel.

—Hoy no os pediremos nada. Subid a la alcoba, comed algo y dormid si podéis. Al mediodía hablaremos las dos.

Fiona asintió. No despegó los labios.

Se incorporó del taburete con lentitud. Inclinó la cabeza ante sus padres en una reverencia pequeña, un protocolo que la intimidad familiar no exigía y que no practicaba desde sus primeros años. Margaid tomó el gesto. Callum lo devolvió con la solemnidad del gobernante que comprendía a quién iba dirigido aquel respeto.

Fiona abandonó la sala asegurando el portón. Apoyó la frente contra la madera oscura. Inspiró con fuerza, enderezó los hombros y ascendió hacia los aposentos sin cruzar mirada con las sirvientas que barrían los pasillos.

En la alcoba, trancó el acceso y se sentó en el borde de las mantas. Por el ventanal del este, la llovizna golpeaba los cristales.

Cerró los puños sobre el regazo. Furia contra los pactos de un abuelo muerto y un señor del norte ya difunto. Enojo contra Ironhold por activar un compromiso tras dos décadas de olvido. Resentimiento contra ese tal Lachlan que redactaba cláusulas honestas sin haberla mirado nunca a la cara. Un dolor amargo por haber nacido la primera.

Le subió la quemazón inmediata por la cara. Si rechazaba el compromiso, Ironhold no abriría negociaciones con las menores; el pliego era explícito. La alianza militar se desvanecía. Su padre pasaría los inviernos calculando el tributo en sangre y grano que exigiría defender las tierras sin las espadas del norte.

Se levantó. Se acercó al escritorio de nogal que su padre le había regalado al cumplir los dieciséis. Sacó un pliego limpio, una pluma de ganso y el tintero de cuerno. Mojó la pluma.

«Lachlan MacThane», escribió.

Tachó.

«Señor de Ironhold».

Tachó con saña.

«Lachlan».

Tachó.

Empezó otro párrafo sin tratamientos:

«Os escribo en esta hora, sentada ante la ventana de mi alcoba, con la lluvia emborronando el patio y mis manos aún fatigadas por haber restañado ayer la llaga del hijo del herrero. No conocéis mi estampa y yo no tengo noticias de la vuestra. Y, sin embargo, vuestro despacho ha desterrado de mi aposento el sosiego de este invierno. Ignoro qué clase de caballero redacta cláusulas de tanta honestidad para una mujer a la que jamás ha ofrecido su respeto. Tampoco sé si quiero averiguarlo. Por ahora solo tengo una certeza: antes de que vuestro jinete cruzara el portalón, mi vida pertenecía a estos muros. Tras la lectura de vuestro pliego, mis padres razonan sobre mi porvenir como si trataran con una pieza de su tablero de damas. No soy un elemento de vuestros pactos. Y si mi voluntad acata vuestra demanda, no será por temor al acero ni por reverencia a las firmas de dos muertos. Será por una razón propia. Y esa certeza aún no habita en mi corazón. Fiona MacLeod».

Releyó sin pestañear. Tomó el pergamino y lo aproximó a los rescoldos de la chimenea. Las brasas reavivaron el color al contacto con la piel de becerro, levantando una llama dorada que devoró el texto en escasos segundos.

Mhairi acudió a media mañana con una bandeja de rebanadas tostadas, miel silvestre e hidromiel suave. Fiona tomó el alimento sin percibir el sabor. A las once en punto, con las hebras encendidas ordenadas en un moño alto, descendió a la sala privada. Margaid la aguardaba en la soledad del hogar. Callum se había retirado al patio de armas para inspeccionar los pertrechos junto a Hamish.

La conversación entre madre e hija se prolongó una hora. Margaid desnudó la realidad del feudo con la precisión de quien había escuchado los pleitos del consejo durante dos décadas. Defensas septentrionales. Alianzas que sostenían el comercio. Pactos

susceptibles de quiebra. Hombres que la tierra podía sacrificar antes de comprometer la cosecha.

Fiona escuchó sin interrumpir.

Cuando Margaid terminó, la quietud regresó al habitáculo.

—¿Por qué yo y no ellas?

Margaid sirvió una porción de hidromiel en la escudilla de la hija y luego en la suya. Tardó en contestar.

—El orden del nacimiento dicta. No fue una elección.

—Eso no es lo que vos pensáis.

Margaid la miró por encima del vapor. No respondió enseguida.

—No.

—Decidlo.

—Las madres sabemos cosas que escapan a las leyes de la razón. Al oír el nombre de Lachlan MacThane en boca de vuestro padre, me bajó al pecho una pesadez que no me visitaba desde las noches del parto. No es augurio de desastre. Es aviso de mudanza. Vuestro abuelo y el señor de Ironhold sellaron un compromiso hace veinte inviernos, antes de saber si el norte tendría un varón y el sur una doncella que encajaran en las edades del honor. Esa clase de concierto no responde a las casualidades de la política. Es lo único que mi boca os va a decir.

—¿Y vos qué haríais?

—Eso no me lo preguntéis. Si rechazáis Ironhold, vuestras hermanas no sufrirán la marcha. El feudo sí acusará la desprotección. Esa certeza también es respuesta. Pero no sale de mis labios.

Fiona apretó los dedos contra la greda caliente. Por el ventanal, la llovizna había cesado y las nubes clareaban sobre las aguas del lago.

—Hoy no doy respuesta. Una semana.

—Tomad la que necesitéis.

Margaid se incorporó. Acarició las hebras encendidas de la hija al transponer el umbral. Bajó hacia las cocinas. Fiona permaneció en la sala privada.

Al caer la tarde, la agitación se trasladó a las estancias de la torre oeste.

Isla irrumpió en los aposentos de Roselyn sin pedir venia. Encontró a la mediana recostada entre los almohadones con un pergamino entre los dedos. Fiona, que llevaba dos horas silenciosa junto al ventanal, observó la entrada de la pequeña por el rabillo del ojo.

—¡A vosotras dos os buscaba! ¡Lleváis la jornada escondidas como liebres en el brezo! ¿Hay alma en esta fortaleza dispuesta a revelarme las novedades del alba o he de arrancarle las verdades a Mhairi a base de pellizcos en el corredor?

Roselyn no apartó los ojos del pergamino. Dobló la esquina inferior de la hoja con la uña del pulgar. Era un tic suyo. No contestó.

—Vos calláis porque calláis siempre —insistió Isla—. Pero ella oculta algo en la cara. ¿Qué traía el jinete del norte?

Fiona enderezó los hombros. Roselyn pasó una página del manuscrito con una parsimonia excesiva. Isla acortó la distancia. Le plantó las dos manos en las caderas.

—Desnudad el misterio. ¿Es lo que sospecho?

Fiona apretó los dedos contra el chal. Llevaba todo el día evitando aquella pregunta.

Mintió.

—Alianza política. El clan precisa un báculo militar y la gente de Ironhold un aliado en los valles del sur. La mesa cuenta con la venia.

—¿Con la venia? —Isla entornó los ojos—. ¿Vos habéis dicho que sí o el yugo os lo han labrado nuestros padres en los

hombros?

—He empeñado mi palabra por el bien del clan.

Roselyn pasó otra página. Los dedos demoraron el movimiento un latido más de lo necesario.

Isla la miró. Después volvió los ojos a Fiona.

—Eso lo recita la oveja en la que os habéis transformado esta mañana ante padre. No es vuestra voz.

—Isla, moderaos.

—Ahorraos el tono.

—La realidad del feudo dicta esas cláusulas.

—La verdad no viste tan limpio. Tiene un lenguaje más sucio.

Fiona apretó los labios. Le sostuvo la mirada a la hermana un instante demasiado largo.

—Sea conforme a la versión que habéis diseñado para el castillo —concluyó Isla, ya hacia la puerta—. Mis veinte años no me dan derecho a opinar sobre vuestros pactos. No soy la primogénita. No encajo en los baremos del MacThane. Pero atended esto antes de que cierre la noche: a mí se me puede apartar con el silencio o conminar a la espera. Cualquier cosa antes que mentirme. Cuando me llega una falsedad de la sangre, la guardo.

Cerró la hoja sin estrépito.

Más amenazador que sus portazos habituales.

Fiona permaneció junto al cristal. Roselyn depositó el manuscrito sobre las mantas. No la miró.

—Yo no os he oído mentir.

—Conozco vuestra discreción.

—No os voy a preguntar lo que pasó en la sala privada.

Roselyn alargó la mano hacia el frasco de agua de la mesilla. Lo abrió. Bebió un sorbo. Lo cerró.

—Si necesitáis a alguien que finja ignorancia ante el feudo, podéis buscar mi banco. Y si necesitáis a alguien que os recuerde que las razones que os inventáis son un engaño para vuestro propio corazón, también.

—Vos sois la más peligrosa de las tres.

—Puede.

—Y la que más me hace falta.

Roselyn bajó los ojos al pergamino. No respondió. Fiona se incorporó. Posó la frente contra la coronilla de la hermana durante un breve latido.

VI



Los tres golpes sobre la madera rasgaron la quietud de la alcoba a una hora en que la noche aún gobernaba el bastión. Fiona, que llevaba un buen rato de vigilia contemplando las sombras del techo, reconoció el ademán de la doncella antes de que esta alcanzara a pronunciar su nombre.

—Pasad.

—Eilidh Cameron ha empezado los trabajos del parto. La sanadora ya enfiló el sendero bajo, pero el muchacho que trajo el aviso dice que las contracciones se suceden con demasiada presteza.

—Mhairi, a las tres de la madrugada las cortesías sobran. Si apremia, no gastéis aliento.

—Son las palabras exactas que dictó la señora.

Fiona plantó los pies desnudos sobre las tablas del suelo. La llovizna golpeaba los postigos con un repiqueteo monótono. Aquel invierno, según las quejas de los ancianos en los consejos, se estaba revelando como el más crudo y tardío que el feudo recordaba en quince inviernos. Sabía que la lluvia la estaba provocando Roselyn. Todavía preocupada por el anuncio del mensajero. Esperaba que la calma regresara cuando todo hubiera acabado.

Se centró en la conversación.

—El quinto, ¿no?

—El quinto que entrega a la tierra.

—¿Treinta y cinco años?

—Los cumplió la semana pasada. Aileas le preparó un dulce de manzana.

—Que aparejen las cabalgaduras. Despertad a Hamish para que vigile el camino de los pinos.

—La señora ha dispuesto que vayáis sin escolta militar. Un mozo y yo. El hombre cabalgó hacia la frontera al despuntar el alba de la víspera.

—¿Mi madre está abajo?

—Vistiéndose.

—Que se quede. La noche está demasiado cerrada para sus huesos.

Buscó en el arcón el sayo de lana marrón. Mhairi la auxilió con las cintas del corpiño en silencio. Fiona se calzó las botas de cuero crudo.

Bajaron a las cocinas. Aileas gobernaba ya una olla de caldo. Sobre la mesa de pino descansaba una bolsa de arpillera que la cocinera empujó hacia Fiona en cuanto sus plantas pisaron las losas.

—Pan de centeno. Tarro de miel silvestre. Dos cebollas asadas al rescoldo. Un jirón de queso curado. Dos redomas de hidromiel suave. Si el frío de la ladera debilita a la parturienta, metedle el lácteo entre los belfos antes de que el vigor la abandone. El queso da firmeza.

—¿A Eilidh o a mí, Aileas?

—A las dos, si el desvelo os nubla. Pero primero la que puja.

—Conforme.

—Y no olvidéis el manto grueso. El aire arrastra agua sucia.

—Ya lo llevo.

Aileas no pronunció deseos de ventura. Jamás lo hacía cuando las hijas del *laird* salían a esas horas.

Margaid las esperaba al abrigo del porche, resguardada de las gotas por el saledizo del tejado. Vestía un manto de paño tosco sobre las prendas de dormir y llevaba las hebras castañas recogidas a toda prisa con un pasador de hueso. En cuanto Fiona alcanzó las losas húmedas, la sujetó por el codo.

—No dejéis que el relente os tome el pecho en la cabalgada. Y no toquéis la mampostería sin aseguraros de que el embozo os cubre la cabeza.

—Conozco los modales del oficio.

—Cumplidlos igualmente.

Margaid entregó a Mhairi una pequeña ampolla de vidrio oscuro sellada con cera virgen.

—Si el trabajo se atasca y las fuerzas flaquean, dos gotas sobre la lengua. No más.

—Así se hará.

Fiona montó en la yegua. Mhairi imitó el movimiento en su jaca. El mozo, un muchacho de catorce inviernos llamado Niall que sumaba dos lunas de servicio, asumió la vanguardia portando un hachón de resina cuya llama chisporroteaba bajo la lluvia.

Cruzaron el puente levadizo.

La cabaña de los Cameron distaba media legua por el sendero que serpenteaba entre las hayas. Eilidh descendía de un primo segundo de Callum, una condición que la convertía en pariente lejana de la casa noble. Su marido, Tormod, trabajaba las tierras comunales junto al suegro.

A mitad de marcha, el muchacho volvió la cara en la silla.

—¿Creéis que los hielos regresarán antes de que la luna mude?

—¿Mi cara se parece a la de los astrónomos, Niall?

—No, pero pensé que…

—¿Qué?

—Que vuestros ojos perciben cosas vedadas al común. Y a lo mejor también las mudanzas del cielo.

Mhairi exhaló un resoplido desde atrás.

—Niall, mi entendimiento ignora el rumbo de las tormentas. Y si vuestra boca propaga esa clase de despropósitos por la cocina, le pediré a Aileas que os ponga a mondar nabos hasta el verano.

—Perdonad el atrevimiento.

Alcanzaron el asentamiento cuando las cuatro de la madrugada se anunciaban en la densidad del aire. El humo del tiro ascendía en línea recta, desafiando la llovizna. Un candelero prestaba su resplandor amarillo tras el lienzo de piel curtida que servía de ventana.

Fiona desmontó con presteza.

Tormod franqueó el acceso antes de que los nudillos tocaran la madera. Enjuto, las orejas grandes, los ojos hundidos por la falta de descanso. Vestía los pantalones de lana basta del revés. Fiona lo notó y se lo guardó.

—La sanadora no ha llegado, *milady*.

—Lo sé. ¿Cuándo empezaron las contracciones?

—Hace dos horas. Los primeros dolores respetaban los descansos. Después un grito desgarrador conmovió las vigas. Otro igual. Y luego la mudez. Eso es lo que más miedo me da.

—¿Quién la atiende?

—Su madre.

—Aguardad en el porche con el mozo.

Fiona cruzó el umbral.

El habitáculo constaba de una única estancia con muros de sillería basta, suelo de tierra batida y una chimenea dispuesta en la pared septentrional donde ardía un fuego que no alcanzaba a templar las losas. Eilidh yacía sobre un jergón de paja en el ángulo más alejado, con las rodillas flexionadas y un lienzo arrugado entre

las manos que delataba la violencia de los espasmos. Tenía el rostro perlado por un sudor frío. Saoirse, una mujer de sesenta inviernos, estaba sentada en el borde de las mantas aplicándole las palmas curtidas sobre la frente.

En el rincón opuesto, los cuatro vástagos mayores descansaban apiñados bajo una sola manta. La mayor, una niña de ocho estaciones bautizada como Niamh, despegó un ojo al notar la entrada de Fiona. La contempló durante un latido y volvió a sellar los párpados sin mostrar sorpresa.

—Saoirse. ¿Cómo va?

—Avanza. Pero el camino es tortuoso esta noche.

—¿Qué advertís?

—Las fuerzas se le batieron en retirada de pronto. La carne se ha detenido.

Fiona se aproximó al jergón. Se arrodilló. Aplicó la palma sobre la frente de Eilidh. La piel ardía. Desplazó los dedos hacia la base del cuello; allí el calor era menos riguroso. Le tomó las manos.

Heladas.

La peor combinación posible.

—Eilidh. ¿Me oís?

—Señora…

—¿Cuánto hace del último espasmo verdadero?

—No lo guardé.

Saoirse alzó dos dedos en la penumbra. Dos contracciones débiles desde que el silencio se había adueñado de los labios de su hija. La carne amenazaba con cerrarse antes de expulsar el fruto.

Fiona se despojó del manto empapado. Recibió la bolsa de Mhairi. Extrajo las cebollas, el queso y el tarro de miel. Untó la yema del índice en la esencia ambarina y le humedeció los labios resecos a la parturienta. Eilidh entornó la boca y asimiló el dulzor con un movimiento torpe de la garganta.

—Mhairi. Tocad los sillares de la chimenea. ¿Cómo están?

—Calor ordinario. Nada raro.

—Necesito que ese muro caliente más.

Mhairi asintió. Se apartó hacia el jergón a estrecharle los dedos a la anciana.

Fiona se aproximó a la pared septentrional. Posó las dos palmas extendidas sobre el sillar más próximo a la cabecera. El calor no brotó con violencia. Se filtró por el granito con la lentitud con la que una vasija de hidromiel se templa al lado de las brasas.

En pocos minutos, el aire de la cabaña mudó de carácter.

—¿Suficiente?

—Sobra.

Fiona regresó al jergón. Los labios morados de la parturienta habían perdido la rigidez de la helada y cobraban un rubor tenue. Saoirse la contempló por encima del cuerpo de su hija con una mirada muda.

No dio las gracias.

En el brezo no se daban.

—Eilidh. La tregua ha concluido. Volvemos a pujar.

—¿Niamh?

—Despierta desde que pisamos la tierra. Lo sabe.

La pequeña, en el montón de mantas traseras, despegó ambos ojos sin mudar la postura.

Eilidh esbozó una mueca que pretendía ser sonrisa.

El siguiente espasmo irrumpió al cabo de tres minutos. Fiona dispuso la palma extendida sobre la redondez del vientre tenso. Mientras la madre entregaba el aliento en la puja, sintió bajo los dedos el fluir de la tibieza que se trasvasaba de su propio cuerpo al organismo desfallecido. Aquella era una de las pocas destrezas que se había permitido cultivar en la más estricta soledad. Había comprendido a los catorce años que el fuego no solo servía para

avivar pabilos: servía también para acompañar a las almas en el tránsito del dolor.

Tras tres pujas sostenidas por la corriente invisible, el infante se abrió camino.

Saoirse lo recibió entre los dedos. En el porche exterior, la voz de Tormod desgranaba asuntos ociosos sobre las siembras ante el mozo, buscando en la conversación un escudo. El recién nacido liberó las vías y exhaló un llanto agudo, bronco, que quebró el letargo de los otros tres hermanos.

Era un varón recio.

La anciana completó el aseo y lo envolvió en el lienzo limpio que el romero había perfumado en la víspera. Lo acomodó sobre el pecho de la madre.

Eilidh despegó los párpados, devoró las facciones de la criatura, desvió los ojos verdes hacia Fiona y, sin romper el silencio, extendió el índice y le rozó la muñeca durante el espacio de un latido.

Fiona devolvió el contacto aplicando una breve presión sobre los nudillos.

—Saoirse. La ampolla vuelve a mi madre sin abrir.

—Mejor para todos.

—¿Mando al mozo a por la sanadora oficial?

—Si no ha llegado todavía, esa mujer va a arrastrar la culpa hasta las festividades de mayo. Dejadla acabar el camino cuando le venga bien.

—Conforme.

La luz gris del amanecer empezaba a filtrarse por las rendijas. La llovizna batía en retirada. Tormod cruzó el umbral atraído por el berrido del infante. Se aproximó al jergón con la torpeza de los hombres que han permanecido horas tras la madera sin saber qué hacer con las manos. Contempló al recién nacido, fijó los ojos en la esposa, luego en la anciana, recorrió el rincón donde

Niamh custodiaba a sus hermanos y, finalmente, detuvo la mirada en Fiona.

—Tormod, lleváis los pantalones del revés.

—¿Cómo?

—Las costuras se ven por delante.

El hombre descendió la vista hacia los muslos. Tardó un latido en asimilarlo y el rubor le ascendió desde el cuello hasta las orejas.

—Lamento la descortesía.

—No me deis disculpas. Guardadlo para los días en que Eilidh recupere el vigor. Le va a devolver la risa. Buena falta le hace.

Fiona se embozó en el manto. Recuperó la bolsa vacía. Saoirse le ofreció una inclinación de cabeza. Fiona la devolvió con un cabeceo mudo.

Salió.

El alba rompía sobre los límites del bosque. Una niebla densa flotaba a media altura entre los troncos. Niall aguardaba sentado sobre un leño caído dando cuenta de un mendrugo.

—¿Cómo ha ido?

—Un varón recio. La madre descansa.

—¿Y la vestimenta del padre? ¿Sigue confundida?

—¿Qué sabéis vos sobre ese asunto, Niall?

—Le noté el desorden en cuanto cruzó el umbral. Pero preferí callarme antes que recibir un sopapo.

Fiona soltó una carcajada corta. Mhairi disimuló la suya entre los pliegues de la capa.

Montaron.

El viaje de regreso se hizo en silencio estricto. El mozo, contra la locuacidad de sus catorce inviernos, evitó preguntar por los

milagros de las manos frías. Mhairi mantuvo la jaca a dos cuerpos de distancia.

A media altura del bosque, Fiona recordó el ademán de Eilidh al rozarle la muñeca. Repasó mentalmente cada una de las cabañas del valle bajo en las que había entrado a esas horas durante los últimos seis años.

Comprendió entonces que aquellas serían las últimas que reclamarían su auxilio.

Justo en el desvío donde el sendero del bosque confluía con la calzada principal, una sola lágrima se le escapó y le resbaló por la mejilla derecha. No hubo sollozos. Un flujo silencioso que no quiso limpiar.

Mhairi, desde la distancia prudente trasera, lo vio. Mantuvo los ojos en las orejas de su propia jaca hasta que las siluetas grises de las torres recortaron el firmamento violeta.

Aonghas hizo sonar el cuerno una sola vez. El portón giró sobre sus goznes.

Desmontaron en el patio de armas.

Fiona entregó las riendas al mozo, devolvió la bolsa vacía a la doncella y cruzó el espacio en dirección a las cocinas.

Aileas la esperaba junto al tablero lateral, frente a una escudilla de gachas. Hundía los puños corpulentos en una masa nueva. Llevaba un lienzo limpio dispuesto sobre el hombro derecho. No alzó los ojos.

—¿Cómo lo sabéis siempre antes de que yo entre, Aileas?

—Lo de Eilidh ya lo sabéis vos. Esto del cuenco es asunto mío.

Fiona tomó el utensilio. Advirtió que la cocinera, desafiando las normas de racionamiento del invierno, había depositado en el centro del plato una cucharada generosa de la miel del tarro pequeño. La esencia oscura de las cosechas de septiembre que

reservaba para las jornadas en que las mujeres de la casa noble volvían con el vigor mermado.

Llevó la primera porción a los labios.

—Gracias.

—Dejaos de discursos y comed.

—Voy.

—Despacio. La miel de septiembre no se recolecta para tragarla con prisa de soldado.

Fiona masticó. Aileas siguió amasando un buen rato.

—¿Hoy no me reñís por algo?

—Hoy estáis exenta.

—¿Por qué?

Aileas se detuvo. Las palmas en la masa. No la miró.

—Porque hay amaneceres en los que una sirvienta vieja comprende que las hijas del *laird* ya han arrastrado suficientes reprimendas en su propia cabeza durante la noche. En esos amaneceres, a las que guardamos el hogar solo nos toca poner el cuenco, arrimar la miel y callar.

Fiona bajó los ojos al barro del cuenco. Tomó la segunda porción, luego la tercera y la cuarta, siguiendo la cadencia que la cocinera le había impuesto.

El dulzor de las colinas conservó un resabio casi benévolo en la boca.

Casi.

VII



Aileas llevaba desde el amanecer despotricando contra la nieve tardía, contra los corderos que el carnicero del valle bajo había enviado más flacos de lo acordado, contra la pinche nueva que no distinguía la harina de cebada de la harina de centeno y, sobre todo, contra el hecho de que la fiesta de noviembre le hubiera tocado este año en una semana en la que la *milady* no le había dado órdenes precisas sobre las cantidades.

—No me grite, Aileas.

—No os grito a vos. Le grito a la masa.

—La masa no oye.

—Eso es porque vos no os ponéis a amasar. Oye perfectamente. A los que oye peor es a los humanos que tiene delante. Sobre todo, si los humanos llevan horas sin pelar nabos.

Bridie, en su rincón, agachó la cabeza sobre el cesto de nabos y aceleró el cuchillo. La niña, en las cinco semanas que llevaba en Dun Ailean, había aprendido a leer los humores de Aileas con la rapidez de quien depende de no agraviarla. Aileas no era cruel. Tampoco paciente con dos horas por delante y noventa personas que cenar.

Fiona se cruzó de brazos contra el quicio. La cocinera no la había mirado al entrar. Tampoco lo hizo al hablar. Tres pinches. Una mujer del valle bajo contratada por el día. Niall, llevando leña. Y en el rincón opuesto, Margaid, sentada a la mesa pequeña con un cuenco de cebollas crudas y un cuchillo afilado, pelando sin que nadie se lo hubiera pedido. La señora bajaba a las cocinas a pelar cebollas en las fiestas de clan. Lo hacía desde el segundo año de su

matrimonio. Una costumbre que las cocinas habían aprendido a respetar sin entender.

—Vos no tenéis por qué pelar cebollas, madre.

—Vos no tenéis por qué decirme lo que tengo o no tengo que hacer en mi propia cocina.

—Los ojos se os van a poner rojos antes de la cena.

—Mejor. Así pareceré una madre que llora.

Fiona se quedó parada. Margaid no levantó la vista del cuchillo.

—¿Por qué iba a llorar esta noche?

—Porque mi hija mayor se casa. Y a las madres se les permite llorar en las hogueras sin que nadie comente.

Fiona apretó los dientes. Era la primera vez en cinco semanas que su madre pronunciaba la palabra delante de las pinches. Aileas, sin levantar la vista de la masa, hizo un gesto con la barbilla y dos de las pinches salieron al patio a por más agua. La cocinera llevaba quince días gobernando la cocina con la discreción profesional de quien sabe que no le toca a ella comentar el tema.

—No me lo digáis así.

—¿Cómo queréis que os lo diga?

Fiona no contestó. Margaid siguió pelando. La piel marrón caía sobre el cuenco con la lentitud de quien ha pelado miles.

—Así es como se dice. Y como se dirá esta noche y mañana y dentro de dos meses cuando os vayáis. Acostumbraos.

Fiona se acercó a la mesa pequeña. Cogió una cebolla y un segundo cuchillo. Se sentó a su lado. Aileas, en la mesa larga, esbozó algo que en otra cocinera habría sido una sonrisa.

Pelaron sin hablar.

A la quinta cebolla, Margaid soltó el cuchillo y se llevó el dorso de la mano a los ojos. Fiona la imitó un instante después. Pestañearon las dos frente al cuenco, con las pestañas húmedas y

los carrillos enrojecidos. Aileas masculló algo en gaélico que sonó parecido a una bendición. Bridie levantó por primera vez la mirada del cesto.

Y entonces, sin saber de dónde le nacía el impulso, Margaid se rio. Una risa pequeña, áspera, casi de tos. Fiona la siguió. Aileas, con la masa todavía pegada a las manos, sacudió la cabeza. Bridie no se rio. Aún no se atrevía delante de la *milady*. Pero entreabrió la boca, y eso ya era mucho.

—Aileas, una cebolla para vos. Que se note en el caldo que aquí también la cocinera pelaba.

—Llevo treinta años sin pelar una cebolla. Vos sois la encargada del lloro en esta casa. Yo, del grito.

—Justo. Hoy nos toca a las dos.

A las cuatro de la tarde, las hogueras del patio principal ya estaban montadas. Tres pirámides de leña seca, dispuestas en triángulo, aguardaban la caída del sol para que Fiona las encendiera. Era el rito desde que tenía catorce años.

Aquella tarde, mientras los mozos terminaban de apilar los últimos troncos, Fiona se quedó observando las pirámides desde la galería del primer piso.

Iba a ser la última vez.

Roselyn apareció a su lado sin que la hubiera oído llegar. Apoyó los antebrazos sobre la barandilla. No la miró. Contempló las pirámides.

—No las encendáis.

Fiona se volvió.

—¿Cómo?

—Que las encienda Aindreas con el pedernal. Como antes.

—Llevo seis años encendiéndolas yo.

—Sí. Y por eso esta noche, si las enciende Aindreas, el clan entero comprenderá lo que significa sin que vos pronunciéis palabra.

Fiona la miró por el rabillo del ojo. La mediana seguía con la vista en las pirámides. La cabellera oscura, recogida en un moño bajo, le caía sobre la nuca con esa pulcritud particular suya. Las manos juntas sobre la barandilla.

—Pensáis demasiado, Roselyn.

—Lo pienso desde anoche. Llevo tres días dándole vueltas y anoche se me cuajó. Si os molesta, ignoradme.

—Si no las enciendo yo, padre me preguntará por qué.

—No os preguntará. Madre tampoco. Y si os pregunta el resto del clan, contestáis que esta noche os duele la mano.

Fiona se rio sin sonido. Le pellizcó a la mediana el dorso de la mano con suavidad y se apartó de la barandilla.

Bajó al patio. Buscó a Aindreas en las cuadras. El joven guerrero, un MacLeod de diecinueve años con barba de tres días y los hombros aún sin ensanchar del todo, cepillaba el caballo gris de su padre. Al verla entrar, se cuadró.

—Esta noche encendéis vos las hogueras, Aindreas.

—¿Yo?

—Con el pedernal.

—Pero…

—No me hagáis explicaros lo que ya entendéis.

El muchacho se quedó muy quieto. Asintió una sola vez.

—Que no se note que lo he pedido yo.

—No se notará.

A la caída del sol, las pirámides ardieron por la mano de Aindreas con dos golpes secos de pedernal y un saco de yesca seca. Hubo, en los primeros segundos, una pausa en el patio. Los hombres del clan, acostumbrados a ver a la hija mayor extender la mano hacia las pirámides y a que estas se prendieran solas, miraron a Fiona desde el corro. Ella, sentada en el banco de piedra junto a

Margaid, no se levantó. Sostuvo el cuenco de hidromiel entre las dos manos y devolvió la mirada a la primera fila del clan.

No preguntaron.

Las pirámides crepitaron. La música empezó. Las parejas se acercaron al fuego para calentarse.

Fiona miró a Roselyn. Ella no le devolvió la mirada. Sostenía el cuenco con la calma habitual. La comisura derecha de la boca le quedaba un poco más alta que la izquierda.

En Roselyn, eso era casi reír.

A las dos horas de fiesta, Isla estaba más borracha de lo que ninguno de los presentes había anticipado.

Había empezado con una jarra de cerveza floja y una sonrisa pícara. A la primera hora, llevaba tres jarras y dos copas de hidromiel del bueno. A la segunda, había bailado con cuatro primos y con un guerrero MacRae que pasaba por las tierras. A mitad de la tercera, le faltaba uno de los pasadores del cabello y el moño se le había deshecho. Y, ya avanzada la fiesta, mientras Fiona conversaba con la mujer de Hamish, Isla se acercó a la hoguera del centro con la jarra todavía en la mano y los pies tan poco coordinados que un mozo de las cuadras corrió tras ella.

Lo que ocurrió fue rápido.

Isla se inclinó sobre la pirámide para echar al fuego un manojo de hierbas perfumadas. El gesto era el habitual de noviembre. Con el cuenco de hierbas en la izquierda y la jarra en la derecha, perdió el equilibrio. Cayó hacia delante. Con todo el peso del cuerpo. Hacia las llamas.

El primo que estaba a su lado, un chico de dieciséis años llamado Eachann que llevaba media fiesta intentando mirarla sin que ella se diera cuenta, alargó la mano. La cogió por la manga. La manga era de lino fino. Se le rompió entre los dedos.

Isla siguió cayendo.

Fiona, desde el otro extremo del patio, se levantó.

Aindreas llegó antes. No por la velocidad del muchacho, sino porque estaba a tres pasos. Le pasó el brazo por la cintura y la apartó de la hoguera en un único movimiento. Isla, todavía con la jarra en la mano y el cuenco de hierbas volcado en mitad del fuego, soltó una carcajada gigantesca que sorprendió a todo el clan.

Las hierbas, al caer en plena combustión, levantaron una llamarada de medio metro.

Durante el espacio de un latido, la llamarada quedó suspendida sobre las cabezas del corro sin disiparse. Extraña. No por el tamaño. Por la forma. Tenía dos brazos curvados hacia los lados y la punta señalaba al oeste con la nitidez de un dedo marcando una dirección.

Margaid, sentada en el banco junto a Callum, soltó la jarra. El choque del barro contra el empedrado fue lo único que se oyó en el patio durante un segundo.

Después, la llamarada se disipó. Las pirámides recuperaron el tamaño habitual. Y los hombres del consejo retomaron las conversaciones con la naturalidad con la que el clan retomaba todas las cosas que ocurrían sin explicación dentro de las tierras MacLeod.

Fiona llegó al lado de su hermana menor jadeando.

—Qué bonito —murmuró Isla con la voz pegajosa—. Habéis visto qué bonito.

—Vais a vomitar.

—No.

—Sí. Y vais a vomitar conmigo detrás de las cocinas, no aquí. Aindreas, soltadla. Yo me la llevo.

El joven guerrero soltó a Isla con una reverencia tan torpe que casi se cae él también. Fiona le pasó el brazo a su hermana por la cintura, le quitó la jarra y se la entregó al primo Eachann, que la sostuvo como si fuera una reliquia.

Sin esperar la aprobación de nadie, condujo a Isla hacia la puerta lateral de las cocinas.

A mitad del patio, Isla se paró en seco. Se inclinó hacia delante. Vomitó la cerveza y dos copas de hidromiel sobre los adoquines.

—¿Estáis bien?

—No.

—Bien.

Isla escupió y se pasó el dorso de la mano por la boca.

—No le contéis a madre que he vomitado.

—Todo el clan lo va a saber antes del amanecer.

—Pero a madre no se lo contéis.

—No lo haré.

Isla volvió a inclinarse. Vomitó otra vez. Esta vez con menos contenido y más arcadas. Fiona le sostuvo el pelo con la mano izquierda y le acarició la espalda con la derecha. Tras la segunda arcada, Isla se enderezó, se pasó el dorso por la boca y miró a su hermana con los ojos rojos. Tenía la dignidad rota de una borracha que pretende no haberlo estado.

—No quiero que os caséis.

Fiona se quedó quieta. Era la primera vez en cinco semanas que Isla le decía a ella aquella palabra a la cara.

—No es el momento.

—Nunca habrá un momento. Por eso ahora.

—Vais a beber agua. Y a meteros en la cama.

—No me meto en la cama hasta que me contestéis.

—No me caso con ese hombre porque quiera. Me caso porque debo. ¿Os vale?

—No.

—¿Qué queréis oír?

—La verdad.

—Esa es la verdad.

—La otra.

Fiona apretó los labios. Sintió por dentro una rabia que la sorprendió. No hacia Isla. Hacia el momento. Y otra debajo, más sucia, que llevaba tres noches sin saber nombrar.

«Por qué no se va ella en mi lugar».

El pensamiento le cruzó el pecho tan rápido que Fiona apartó los ojos de su hermana como si acabara de cometer algo vergonzoso.

«Isla aguantaría Ironhold mejor que yo. Roselyn moriría en seis semanas. Pero Isla… Isla aguantaría. Isla sería feliz. Y yo me quedaría aquí. Con mis cocinas. Con mis cabañas. Con mis parteras».

Sintió cómo le ardía la cara. No de calor.

—Pensad lo que pensáis. No me lo digáis.

Isla la miraba desde abajo, con los ojos turbios y una sonrisa torcida. Esa sonrisa propia de quien lleva tres horas borracha y, aun así, ve las cosas con una claridad inquietante.

—¿Vos os iríais en mi lugar, Isla?

—¿En serio?

—Sí.

—No estoy lo bastante sobria para esa pregunta. Pero voy a contestarla.

Se enderezó. Se llevó las manos a las caderas. Casi se cae.

—Yo me iría a Ironhold de cabeza. Pero yo no soy la primogénita. Y eso es lo que ese MacThane ha pedido. A vos. Yo no le sirvo. Aunque me gustaría serviros.

Fiona se quedó muda.

—Vos no sabéis lo que decís.

—Sé perfectamente lo que digo. La que no lo sabe sois vos. Por eso lleváis cinco semanas enfadada conmigo. Y por eso me mentisteis en el cuarto de Roselyn como si fuera tonta.

Fiona se acuclilló. Quedó a la altura de su hermana. Le posó las dos manos sobre los hombros. Isla la miró con los ojos turbios. Y, sin pensarlo demasiado, la abrazó. No con dulzura. Con fuerza.

—Os mentí porque tenía miedo. Por nada más.

—Lo sé.

—No es lo mismo no contar que mentir.

Isla no contestó. Le hundió la cara en el hombro.

—No volveré a hacerlo.

—Más os vale. La próxima no os perdono.

—¿Esta vez sí?

—Esta vez… la olvido.

Fiona apretó el abrazo un instante más. Isla, pese a la borrachera y al vómito, le devolvió el contacto con la fuerza de su edad. Olía a hidromiel rancia y a sudor.

Se separaron. Fiona le pasó el dorso de la mano por la frente para apartarle el sudor.

—Si esa llamarada de antes apuntaba al oeste, ¿al oeste de qué?

—¿Qué?

—La llamarada. Cuando se os cayeron las hierbas. Apuntaba al oeste. Vos lo visteis. Madre, padre, Aindreas. Todos. ¿Al oeste de qué?

Fiona volvió a quedarse callada. Lo único que sabía, al pensarlo, era que el oeste no era el norte.

—Vamos a la cama, Isla.

—No es el norte, hermana. Tal vez mi esposo venga del oeste.

—Ahora mismo no pienso en nada.

Con esa frase como única despedida, Isla se dejó conducir hacia la entrada lateral de las cocinas. Mhairi las esperaba dentro con un cuenco de agua tibia y un paño limpio. No comentó nada. Le ayudó a quitarse el vestido. Le ayudó a meterse en la cama. Y, cuando Isla se quedó dormida con la boca abierta y un brazo colgando, sopló la vela y se retiró sin pronunciar palabra.

VIII



Fiona salió del invernadero con el corazón latiéndole un poco más rápido de lo habitual desde el cuerno.

Subió por la escalera lateral. La de las criadas. A mitad de tramo se cruzó con Bridie, que bajaba con una jarra vacía. La niña se hizo a un lado y se persignó por costumbre. Lo hizo sin pensar, sin miedo y sin la solemnidad de las primeras semanas. Era ya, en realidad, casi un saludo.

Fiona le devolvió un cabeceo.

Llegó a la galería del primer piso. Era una pasarela cubierta que recorría tres lados del patio interior. Una balaustrada a la altura de la cintura y, cada cinco pasos, una columna que sostenía el techo. Desde detrás de las columnas, una mujer del castillo podía observar lo que sucedía abajo sin ser advertida.

Fiona se colocó tras la tercera columna. La que daba sombra.

Esperó.

La verja se abrió un instante después.

Y los hombres del norte entraron en el patio.

Eran seis.

Los contó dos veces para asegurarse. Cinco hombres armados, montados, con la capa empapada. Y, ligeramente por delante, un sexto. Un hombre alto, sobre un caballo bayo grande, con la capa más oscura que las otras cinco. Llevaba el broche de su clan en el cinturón, no en el hombro.

Aonghas y dos mozos salieron del portón. Los seis hombres desmontaron sin esperar ayuda. Eso también lo observó. Los del norte, evidentemente, no se dejaban ayudar a desmontar.

El hombre del bayo pisó el empedrado con la rigidez leve de quien lleva muchas horas sobre la silla. Se llevó la mano izquierda al muslo y se estiró media pulgada. Caminó hacia donde Aonghas esperaba.

Fiona lo miró por primera vez de cuerpo entero.

Era alto. Más que Callum. Más que Hamish. Más que cualquier hombre del consejo MacLeod. Pero no era una altura imponente. Era la altura de los hombres que han pasado la vida agachándose para entrar por puertas demasiado bajas. La espalda no se le enderezaba del todo. Hombros anchos. Manos grandes. La capa, mojada hasta el dobladillo, le pesaba.

No llevaba yelmo. Su cabello permanecía recogido en una coleta floja a la altura de la nuca. Negro. Con una mecha cana sobre la sien izquierda. Una sola.

Levantó la mano izquierda para apartarse un mechón.

Durante un segundo, Fiona vio la cicatriz.

Le cruzaba la mandíbula derecha desde el lóbulo de la oreja hasta la mitad del cuello. Vieja. Irregular, de las que se cierran mal porque no hay tiempo de coserlas como es debido. Aquel hombre había estado a punto de no llegar al día siguiente cuando se la hicieron.

No era guapo.

Esas fueron las palabras exactas que pensó. No era el Highlander de los cantares. Era un hombre. Sin más. Treinta años con la cara de alguien que había pasado once inviernos en guerra.

Y, mientras lo observaba caminar hacia donde su padre había salido a recibirlo, Fiona no pensó qué clase de hombre era.

Pensó otra cosa.

«Ese hombre viene a llevarme».

Se apretó las manos contra el pecho. No oyó el saludo. Solo vio que los dos hombres se daban un apretón de muñeca, no de mano, sino de muñeca, al modo antiguo. El MacThane lo había escogido conscientemente.

—Mi señor MacLeod —pronunció el recién llegado.

—Mi señor MacThane.

—La lluvia.

—Sí.

—No esperábamos llegar mojados hasta el hueso. Pido disculpas por presentarme así.

—En este castillo se llega con cansancio y con lo vivido por el camino.

—Os lo agradezco.

Era una voz grave. Pausada. Sin ese tono cantarín de los hombres del norte que Fiona había imaginado. Hablaba como un hombre que mide las palabras.

—Os presento a Iain MacThane. Mi mano derecha. Y los cuatro que vienen detrás son Eachann, Ailpein, Diarmaid y Lokan. Todos del clan. Hombres en los que confío.

—Sed bienvenidos. Hay cuartos preparados en el ala oeste. La doncella os llevará en cuanto hayáis comido. La cocinera tiene caldo caliente y pan recién hecho. ¿Os parece bien comer primero?

—Lo agradeceríamos. Llevamos desde las cuatro de la madrugada sin parar.

—¿De Inverness o directo de Ironhold?

—De la posada del paso de Cairnish. Hicimos noche allí. Los caballos no aguantaban otro día seguido.

—Sensato.

—En estos tiempos lo que importa es un buen descanso.

Callum se hizo a un lado. Lachlan y los suyos cruzaron el patio en dirección a la puerta lateral de las cocinas. Iain, mucho más

bajo que Lachlan, fornido y con la barba más roja que castaña, iba el último. Antes de entrar, se detuvo y miró hacia arriba. No vio a Fiona. Era una mirada profesional. La de un segundo que comprueba si arriba hay alguien.

Después entró tras los demás.

Fiona soltó el aire que llevaba reteniendo. Se apoyó contra la columna. Aonghas y los mozos se llevaron las cabalgaduras hacia las cuadras. Una de las doncellas salió con una escoba a barrer el barro. La lluvia, que había aflojado durante la entrada, volvió a apretar.

Roselyn también los había visto.

Fiona bajó las escaleras laterales hacia su alcoba. No se dirigió a las cocinas. No habría sabido qué hacer allí.

Llegó a la habitación. Mhairi había terminado el equipaje del día. Los baúles cerrados. La cama hecha. Sobre la mesilla, una jarra de hidromiel suave y un cuenco.

Fiona se sirvió. Se sentó al borde de la cama y bebió.

Dos horas después, llamaron a la puerta.

—Adelante.

Mhairi entró con un vestido limpio, el de lana azul oscura con el cuello cerrado, y un par de medias gruesas dobladas sobre el brazo.

—*Lady* Margaid os pide que bajéis a la sala privada para una presentación formal.

—¿Ahora?

—En cuanto vuestra señoría esté presentable.

—¿Estoy presentable?

—No.

—¿Cuánto tardamos?

—Si me dejáis trabajar, poco.

—Hacedlo.

Fiona se desabrochó las cintas del corpiño. Mhairi le pasó la camisa interior limpia y la ayudó con el vestido. Le rehízo la trenza. Le ajustó el broche pequeño de plata sobre el cuello. Y le pasó por las mejillas, sin avisar, un paño humedecido en agua fría.

—No me digáis nada, Mhairi.

—No, mi señora.

Fiona se sostuvo. Luego cedió.

—¿Cómo es?

Mhairi se detuvo un instante. Tenía el paño en la mano derecha y la otra apoyada sobre el hombro de Fiona.

—¿El MacThane?

—Sí.

—No lo sé.

—Lleváis dos horas en las cocinas con él. Tenéis ojos.

—Los ojos de una doncella no se gastan en los hombres del *laird*. No me corresponde tener opinión.

—Hoy os la pido yo. No mi padre, ni mi madre. Yo.

Mhairi terminó de pasarle el paño por la mejilla. Lo dobló. Lo dejó sobre la mesilla.

—No ha sonreído ni una vez. Ha comido lo justo. Ha hablado lo justo. Le ha dado las gracias a Aileas tres veces. Y cuando una doncella se ha tropezado con la jarra y le ha mojado la pernera, no se ha enfadado.

Fiona no contestó. Apretó la trenza con dos dedos.

Bajó las escaleras hasta el primer piso. Mhairi la siguió tres pasos por detrás. Las voces de la sala privada le llegaron antes que la puerta. Tres voces. La de su padre, la de su madre y la del MacThane.

Se paró un instante delante de la puerta. Respiró. Llamó con dos golpes secos.

—Pasad.

Empujó.

Su padre estaba de pie junto al escritorio, con la jarra en la mano. Margaid, sentada en la silla más cercana a la chimenea, con el cuenco apoyado sobre el regazo. Y, en la silla opuesta, ligeramente girado hacia la puerta, Lachlan MacThane.

Se había cambiado de ropa. Una camisa gris oscuro, un jubón de cuero sin adornos, los pantalones limpios. Tenía el cabello aún algo húmedo, sin recoger esta vez del todo, y le caía sobre la mejilla derecha cubriéndole en parte la cicatriz. Estaba sentado con las dos manos apoyadas sobre las rodillas, ligeramente inclinado hacia delante.

Al verla entrar, se levantó.

Con la lentitud rígida de quien lleva diez horas a caballo.

—Mi señora —pronunció, inclinando la cabeza una sola vez.

Fiona no respondió de inmediato.

Lo miró. Esta vez de cerca. Con la sala bien iluminada. Los ojos tenían el color de las avellanas. Más claros que el castaño. Más oscuros que el ámbar. Mostraba unas arrugas pequeñas en los rabillos que sugerían una sonrisa antigua, anterior a la guerra.

Él le sostuvo la mirada unos segundos. Luego la apartó, hacia Callum, hacia Margaid y la chimenea.

No fue una huida. Era la conciencia de un hombre que sabía que no le correspondía mirar fijamente a la mujer con la que aún no se había casado.

—Mi señor, espero que el viaje no haya sido demasiado duro.

—Ha sido largo.

—¿Os han atendido bien en las cocinas?

—Vuestra cocinera mayor me ha dado el mejor caldo que he comido en siete años, mi señora. Si me permitís expresarlo así.

—Aileas se va a poner muy contenta cuando se lo diga.

—Ya se lo he dicho unas tres veces.

—Eso me ha parecido escuchar.

—Entonces ya sabéis qué clase de hombre soy.

Fiona reprimió la sonrisa. Estaba ahí. Le quemaba debajo de los labios. La apretó con los dientes y miró un instante a su madre. Margaid no la observaba. Tenía los ojos clavados en Lachlan con la misma atención con la que llevaba contemplando la chimenea para comprobar la emoción de su hija.

—Sentaos —ordenó Callum.

Fiona acató el mandato. En la silla que faltaba, junto a su madre. Hablaron durante una hora.

Callum llevó el peso de las preguntas formales. Términos del matrimonio. Plazos. Fechas. El cordero de cuatro jornadas. El día de la ceremonia, finalmente fijado para una semana exacta. La comitiva. Los siete caballos. Los dos carromatos. Las dos doncellas que Fiona se llevaría. Margaid intervino tres veces, siempre para precisar detalles sobre la ropa y sobre las costumbres de Ironhold respecto al servicio femenino. Lachlan contestó cada pregunta con la concisión de un hombre que se había preparado el viaje con honestidad. Cuando no supo algo, lo reconoció.

A Fiona se dirigió tres veces.

La primera, para preguntarle si tenía preferencia respecto al color del vestido de boda. Contestó que no. La segunda, para preguntarle si conocía a alguna familia del norte con la que tuviera vínculo previo. Contestó que no. La tercera, para preguntarle si tenía alguna costumbre personal sobre la cual prefiriera que Ironhold estuviera advertido por adelantado.

Fiona se detuvo. Era una pregunta inesperada. Y la hizo sentir, por primera vez en una hora, que él le estaba preguntando a

ella, no a su padre ni a su madre, algo propio.

—Suelo despertarme antes del amanecer.

—¿Para?

—Nada en especial. Es una costumbre. Si una criada me lleva caldo caliente o pan a esa hora, lo recibiré. Si no, no.

—¿Y os movéis a esas horas por el castillo?

—Por mi castillo, sí.

—Lo advertiré en Ironhold. ¿Otra?

—No.

—Si recordáis alguna durante la semana, decídmela. No quiero que os encontréis con sorpresas innecesarias al llegar.

—Lo haré.

Lachlan asintió una sola vez. Después se volvió hacia Callum.

A la hora justa, el *laird* dio por terminada la reunión.

—Esta noche cenamos todos juntos en la mesa familiar —comentó.

—Allí estaremos.

—Mhairi os acompañará al ala oeste.

—Os lo agradezco.

—Subid con vuestra madre, hija.

Margaid y Fiona se levantaron. Lachlan hizo lo mismo y les inclinó la cabeza a las dos mujeres con la reverencia mínima con la que las había recibido.

Salieron y subieron por la escalera principal en silencio. Margaid no dijo nada hasta el rellano del primer piso.

—¿Necesitáis comentar algo conmigo o marchamos cada una a nuestra alcoba?

—Prefiero estar sola.

—Bien.

Fiona dio dos pasos y se detuvo.

—¿Habéis cerrado el puño durante toda la conversación porque sí o porque algo os ha llamado la atención?

Margaid no respondió enseguida. Miró a la hija por encima del hombro. Tenía los ojos verdes algo más serios de lo habitual.

—Los puños se cierran a veces solos.

—Eso no me lo creo.

—Lo sé.

—¿Y aun así me lo decís?

Margaid no contestó. Subió un peldaño más.

—Esta noche cenamos todos. No es momento de conversar sobre lo que pienso.

Fiona entró en su alcoba, cerró la puerta y se sentó al borde de la cama. Por la ventana, la lluvia seguía cayendo. En el patio, Niall había vuelto a cruzar con el brazado de leña y, esta vez, había esquivado el charco.

IX



Al caer la tarde, las cocinas de Dun Ailean estaban más calientes que el horno de un herrero en plena cosecha y Aileas, según su propio diagnóstico, más cansada que el demonio que las custodiaba. Llevaba desde el principio de la siesta amasando, pelando, dorando y rectificando lo que el instinto le exigía. El cordero, en el espetón desde mediodía, soltaba un olor que se metía por los corredores hasta el ala oeste.

—Que se asomen los que quieran —masculló sin levantar la vista del caldo—. Yo cocino para el *laird* y para los huéspedes que mi señor manda atender. Si vienen a oler antes de que toquen las campanas, se vuelven por donde han llegado.

Margaid se había sentado a la mesa del rincón con una cesta de pan recién partido. Había bajado al territorio de Aileas porque a esa hora necesitaba estar en un sitio donde la cocinera no le permitiera pensar.

—Esta noche hay más hombres en la mesa familiar que la víspera.

—Es un motivo de celebración, mi señora. Por fin nuestro lord no se sentirá asaltado.

La carcajada de la cocinera, tras su explicación, pudo escucharla hasta el hechicero.

—Es un *laird* amado, Aileas.

—Sí, mi señora. Nuestro *laird* es el hombre más amado de esta tierra —continuó con su sarcasmo.

Margaid recorrió con la mirada todo lo que habían preparado para el banquete y se quedó observando un mantel que

hacía años no se usaba.

—¿Por qué ese mantel? —preguntó señalándolo con un dedo.

—Es el más adecuado para el día de hoy, *milady*. El de las bodas no se saca hasta que vuestra hija mayor diga lo que tiene que expresar ante el cura del valle.

—Pensáis demasiado, Aileas.

—En esta casa alguien tiene que hacerlo mientras vos protegéis a las señoritas.

Margaid esbozó una sonrisa breve. Aileas removió el caldo con la cuchara grande de madera. Bridie, arrodillada en su rincón, terminaba de fregar una bandeja con la atención de quien llevaba tres horas concentrada en que no se le cayera nada.

Mhairi entró con la noticia de que los huéspedes estaban listos en el ala oeste. Margaid dispuso antes de marcharse:

—Decidles que pasen al comedor cuando suene la campana de la galería. Que los que primero lleguen aguarden. Y avisad a mi hija mayor.

—La acabo de ver salir de su alcoba. Ya bajaba ella sola.

—Dejadla, entonces.

Margaid subió al comedor familiar por la escalera principal. Al cruzar el primer piso, se topó con Fiona saliendo del corredor de las alcobas. Se había puesto un vestido azul oscuro distinto al de la sala privada, esta vez con el cuello menos cerrado y un pequeño bordado de hilo plata en el dobladillo de la manga derecha. Llevaba el cabello en una sola trenza gruesa.

—¿Voy bien?

—¿Os habéis mirado al espejo, hija, o he de hacerlo yo desde aquí?

—Me he mirado de sobra. Pregunto si vos veis algo que se me haya escapado.

—No se os ha escapado nada. Bajad delante. Yo paso un instante por las cuadras.

—¿Las cuadras a esta hora?

—Las cuadras a esta hora son tan urgentes como a cualquier otra. Bajad.

Fiona la observó un instante más de lo habitual. Sabía perfectamente que su madre no iba a las cuadras. Iba a calmarse en algún corredor antes de entrar al comedor. Su madre lo hacía siempre antes de las cenas con huéspedes importantes.

Fiona entró en el comedor y encontró a Roselyn ya dentro. Se había sentado en su sitio de costumbre, con el chal gris recogido sobre los hombros. Mantenía las manos juntas sobre el regazo y los ojos fijos en la fuente vacía. No giró la cabeza al percibir a su hermana mayor. Y, sin darse cuenta, golpeaba el suelo con la punta del pie izquierdo en un compás de tres, el mismo tic que le salía siempre que algo la perturbaba sin admitirlo.

—La lluvia se ha calmado —dijo Fiona.

—Yo estoy calmada —contestó Roselyn.

—¿Lo habéis visto?

—Sí, lo he visto.

Fiona se sentó a su lado.

—¿Y? ¿Qué opináis?

—No sé qué contestaros. Tiene el aspecto de un animal fiero. Sin embargo… ¿qué hará cuando descubra vuestro don?

—Si no lo acepta, puedo convertirlo en animal fiero al carbón.

Roselyn la miró de reojo, evitando soltar una carcajada. No sería ni la primera ni la última persona que saldría con el culo chamuscado.

Fiona, sin pedir permiso, le robó un trozo de pan de la cesta. Se lo metió entero en la boca y sonrió.

Isla irrumpió un instante después. Traía el cabello rubio trigueño en dos trenzas a los lados, signo inequívoco de que Mhairi había ganado la batalla de la tarde. Cerró la puerta con la torpeza habitual, se sentó frente a sus dos hermanas y, en un mismo gesto, se sirvió de la jarra del agua y se mordió la uña del pulgar.

—¿Cómo es él? Y no me digáis que no sabéis qué contestar. Llevo todo el día imaginándomelo de seis maneras distintas.

—No es lo que vos creéis. No es feo ni guapo. No es joven ni viejo. No es seco ni cordial. Es… complicado de describir si no lo veis.

—Eso parece más un acertijo que una respuesta.

—Y, aun así, es todo lo que tengo.

Isla masticó el pan que la mediana le había alcanzado. Habría querido tirar de la lengua de Fiona durante una hora. Por algún motivo, decidió no hacerlo. Cogió el cuchillo del plato y empezó a alinear las migas sobre el mantel.

Callum entró al comedor con la espada al cinto. Era un detalle protocolario que sus tres hijas conocían: el MacLeod ceñía la espada en las cenas con huéspedes ajenos al clan, no por costumbre marcial sino por respeto antiguo hacia el huésped armado. Saludó con un cabeceo. Tomó asiento a la cabecera. Margaid entró un instante después y ocupó el extremo opuesto.

Mhairi abrió la puerta cuando sonó la campana de la galería.

—El *laird* MacThane —anunció.

Lachlan entró primero. Detrás, Iain. A continuación, los cuatro. Eachann, alto, joven, con la barba clara y los hombros aún sin terminar de cuadrar. Ailpein, fornido, de cabello rojo, con unas manos enormes y un modo de andar pesado, como si cada paso fuera el último de una marcha larga. Diarmaid, mayor, con una cojera leve en la pierna izquierda que disimulaba apoyándose con discreción en los respaldos al pasar. Lokan, el más callado, con el rostro tan inexpresivo como una piedra del río.

Todos se habían cambiado de ropa. Ninguno lucía broche, salvo Lachlan, que volvía a llevarlo en el cinturón en lugar del hombro. Un detalle que Callum advirtió antes de levantarse.

—Pasad. Esta es la mesa familiar y, mientras dure vuestra estancia bajo mi techo, también la vuestra.

—Os lo agradezco. No es habitual recibir a un *laird* del norte en una mesa familiar.

—Aquí no separamos a los huéspedes de la familia cuando el propósito es una unión.

Las presentaciones fueron breves. Callum nombró a sus tres hijas por orden. Lachlan inclinó la cabeza una vez por cada una. Roselyn, contra su costumbre, levantó los ojos durante la presentación y sostuvo la mirada del norteño medio segundo más de lo esperado. Él no comentó nada. Pasó a Isla. La pequeña, en lugar de devolver la reverencia, sonrió. La sonrisa franca, abierta y despreocupada que reservaba para los hombres adultos a los que pretendía ablandar. Lachlan no se la devolvió. Pero una de las arrugas pequeñas del rabillo del ojo derecho se le movió.

Los seis hombres ocuparon los lugares que Mhairi había distribuido. Lachlan a la derecha de Callum. Iain a la izquierda de su *laird*. Los otros cuatro repartidos por la mesa larga añadida.

Bridie entró con la primera jarra. La niña, en sus cinco semanas en el castillo, había aprendido a servir la mesa sin tropezar. Aquella noche, le habían encomendado la jarra grande de plata, la que pesaba más que ella misma. Al llegar a la altura del codo de Iain, la jarra se le inclinó. El agua salió. Medio cuenco cayó sobre la pernera izquierda del segundo del norte.

La niña soltó la jarra del todo. Cayó sobre la mesa con un golpe seco y rodó tres palmos.

Se llevó las manos a la boca. Empezó a temblar.

Hubo un silencio incómodo.

El primero en moverse fue Iain. Se levantó del banco con la lentitud propia de los hombres que pesan demasiado. Le quitó el delantal a la niña en un gesto rápido, lo dobló sobre su propia pierna mojada para evitar que el agua le calara más adentro y la miró.

—Pequeña. ¿Vos pensáis que merece la pena llorar por un pantalón mojado?

—Sí, señor.

—¿Por qué?

—Porque me van a regañar.

Iain soltó una carcajada corta. Áspera. Sincera. Se inclinó un palmo hacia la niña. Le devolvió el delantal sin entregárselo del todo.

—Pues escuchadme bien. Si os regañan, vais y decís que el segundo del *laird* del norte se mojó la pernera y se rio.

—Sí, señor.

—Marchaos a buscar un paño a vuestra cocinera mayor y, de paso, otro pantalón para vuestro huésped, que va a tener que cenar con esta pierna mojada porque no traigo otro. Marchaos sin miedo. Si vuelvo a oír un sollozo vuestro esta noche, juro que se va a enterar la cocina entera de que es Iain MacThane quien protesta. Y Aileas no quiere oír eso. ¿Verdad?

La niña asintió dos veces. Antes de salir, levantó la mirada hacia Fiona durante un instante muy breve. Esta le devolvió un cabeceo perceptible. Bridie se marchó.

Iain volvió a sentarse. Recogió la jarra. La depositó recta sobre el mantel.

—Le pido disculpas a vuestra criadita en cuanto pueda. He levantado el codo cuando ella se inclinaba. La culpa ha sido mía.

—En este comedor no hay culpas. Hay accidentes. La niña va a recibir tres palabras buenas en la cocina por parte de Aileas, no tres regañinas.

—Os lo agradezco.

Callum miró a Lachlan.

—Vuestro segundo tiene mano con los críos.

—La posee porque su esposa ha parido seis. Tres varones y tres mujeres. Todos vivos. Todos en casa. Por eso le pedí que me acompañara. Necesitaba a alguien con la cabeza donde la mía no la tiene siempre.

—Eso es lo que en estas tierras llamamos una mano derecha.

—Eso es.

Iain, sin volverse hacia ninguno de los dos *laird*s, masculló entre dientes que los elogios entre clanes se pagaban con cordero y que él tenía hambre. Diarmaid, al fondo de la mesa larga, soltó una risa baja por la nariz. Eachann y Ailpein cabecearon. Lokan no movió un músculo.

Aileas mandó la fuente del cordero.

Durante un buen rato, la conversación se mantuvo en el terreno seguro de los hombres del consejo. Los Cameron, los Murray, los Forbes. Las cosechas. La frontera. Los pasos del invierno. Callum y Lachlan se entendieron sin necesidad de elevar el tono. Margaid intervino dos veces, ambas para precisar detalles sobre la ropa que la hija mayor se llevaría al norte. Roselyn se mantuvo en silencio. Isla, contra todo pronóstico, se contuvo durante toda la primera parte.

A media cena, la pequeña rompió la contención.

—Mi señor MacThane, perdonadme la pregunta, que ya os imagino la cara antes incluso de que me contestéis.

Lachlan levantó la mirada del cuenco. Callum no se atrevió a interrumpir a su hija menor.

—Decid.

—¿Cómo es Ironhold?

Lachlan dejó la cuchara sobre el plato. Se enderezó un palmo en el banco. Era una pregunta que probablemente había

anticipado. Fiona vio el instante exacto en el que aquella respuesta preparada se le subía a los labios y se le quedaba atascada antes de salir. Apretó la mandíbula. Bajó la mirada al plato un segundo. Luego volvió a alzarla.

—Ironhold es un castillo del norte. Está sobre una colina. Frente al mar. Es ventoso, frío y oscuro en invierno. No tengo mucho más que ofreceros sin engañaros.

—Eso es lo que contestan los hombres cuando no quieren contestar.

—Es posible.

—Lo que pasa, mi señor, es que mi hermana mayor va a vivir allí. Y yo, que llevo veinte años acostándome cada noche en la alcoba pegada a la suya, necesito imaginarme bien el lugar al que vais a llevárosla. Si vos no me lo describís, solo voy a poder imaginármela mal. Y eso no nos conviene a ninguno de los presentes.

Lachlan se quedó muy quieto. Margaid, al otro extremo de la mesa, soltó la cuchara que había estado sosteniendo a un dedo de los labios.

—No sé contestaros bien a eso.

—¿No sabéis cómo es vuestra propia casa, mi señor?

—Sé cómo es. Lo que no sé es cómo va a estar vuestra hermana en ella. Ironhold lleva once años en guerra conmigo. No sé qué le va a parecer a una mujer que viene de aquí. No me he atrevido a imaginarlo.

Hubo en el comedor un silencio distinto al anterior. El que se cuela en una sala cuando un hombre, en mitad de una conversación, suelta más de lo que pretendía. Iain, junto a su *laird*, bajó los ojos al cuenco. Margaid no los bajó.

Isla tardó dos latidos en hablar. No estaba acostumbrada a recibir respuestas honestas a las preguntas que formulaba en mitad de las cenas.

—Os lo agradezco.

Lachlan inclinó la cabeza una sola vez. Isla siguió comiendo. La conversación retomó otros caminos con lentitud.

Aileas mandó subir el último plato caliente y, poco después, Mhairi comenzó a retirar los cuencos vacíos con la eficacia silenciosa que distinguía a las mujeres de Dun Ailean. El hidromiel suave apareció para los hombres. Té caliente para las mujeres. La tensión inicial de la cena se había aflojado un dedo. Lo suficiente para que los hombres del norte dejaran de parecer una partida de guerreros entrando en territorio enemigo.

Iain fue el primero en apoyar la espalda contra el banco con cierta comodidad. Eachann discutía con Diarmaid sobre el estado de los pasos orientales. Ailpein había logrado que Isla se riera dos veces contando cómo uno de los perros del norte había robado un pescado entero y terminado perseguido por media cocina de Ironhold. Incluso Lokan parecía menos rígido bajo la luz cálida de las velas.

Fiona, sin embargo, ya no participaba en la conversación.

Observaba.

No a los hombres del norte en conjunto. Solo a uno.

Lachlan hablaba poco. Escuchaba mucho. Y, cuando alguien se dirigía a él, levantaba los ojos con esa atención sobria que tenían ciertos hombres acostumbrados a cargar responsabilidades demasiado tiempo. No parecía incómodo bajo aquel techo. Pero tampoco relajado. Como si una parte de él siguiera preparada para levantarse de la mesa al menor cambio del viento.

La idea le produjo un cansancio extraño.

«Once años en guerra conmigo».

La frase seguía dándole vueltas en la cabeza.

Mhairi terminó de servir las bebidas. Callum apoyó las dos manos sobre la mesa y miró a sus huéspedes.

—Mañana el tiempo abrirá. Si el viento del este se mantiene, podréis ver el valle entero desde la muralla norte antes

del mediodía.

—Mis hombres os lo agradecerán —respondió Lachlan—. Llevan dos jornadas viendo únicamente nieve y piedra.

—Entonces aún no han conocido las mejores vistas de estas tierras.

—¿Y cuáles son esas, padre? —preguntó Isla.

—Las cocinas cuando Aileas decide alimentar a más de diez personas.

La carcajada de Iain retumbó por encima de la mesa. Incluso Roselyn sonrió contra el borde de la taza.

La cena empezó a disolverse poco después.

Callum se levantó primero. Los hombres del norte hicieron lo mismo casi al instante, como si el movimiento del *laird* hubiera tirado de todos ellos mediante una cuerda invisible. Las sillas crujieron sobre la piedra.

—Os agradezco vuestra hospitalidad —dijo Lachlan.

—Mientras permanezcáis bajo este techo, no os faltará fuego ni comida.

Lachlan inclinó la cabeza una vez. Luego se volvió hacia Fiona. No fue más que un instante. Pero esta vez le sostuvo la mirada el tiempo suficiente para que ella percibiera el cansancio escondido bajo la severidad del norteño.

—*Lady* Fiona.

—Mi señor.

Nada más.

Y, aun así, cuando él salió del comedor junto a los suyos, Fiona sintió el silencio de la estancia distinto al de unos minutos atrás.

Isla bostezó sin molestarse en ocultarlo.

—Si mañana vuelvo a escuchar a Ailpein hablar de perros ladrones, pienso marcharme yo misma a Ironhold solo para

comprobar si existen de verdad.

—Vos os marcharíais a cualquier sitio donde os dieran permiso para causar problemas nuevos —murmuró Roselyn mientras se levantaba del banco.

Las dos hermanas menores se despidieron y abandonaron el comedor entre discusiones apagadas. Mhairi empezó a recoger las copas vacías.

Margaid seguía sentada al otro extremo de la mesa.

Fiona la observó un momento antes de hablar.

—Os preocupa algo.

—Me preocupa que mi hija mayor se case dentro de pocos días y todavía siga bajando descalza a las cocinas cuando cree que nadie la ve.

Fiona soltó una risa breve.

—Entonces vuestro problema no tiene remedio.

Margaid sonrió. Después la observó con una calma mucho más profunda.

—¿Qué os parece él?

La pregunta la tomó desprevenida.

Fiona bajó la vista hacia el mantel unos segundos.

—No lo sé todavía.

—Eso no es una mala respuesta.

—No parece un hombre cruel.

—No. No lo parece.

—Y creo… —Fiona dudó antes de continuar— que carga cosas demasiado pesadas él solo.

Margaid no respondió enseguida. La contempló con esa mirada antigua que siempre parecía ver más de lo que decía.

—Los hombres que sobreviven demasiado tiempo a las guerras terminan haciendo eso.

Mhairi pasó junto a ellas recogiendo el último cuenco.

—*Milady*, ¿ordeno apagar ya el comedor?

—Sí. Nos retiramos.

Fiona rodeó la mesa y besó la coronilla de su madre antes de salir.

Encontró a Callum en el corredor principal, hablando en voz baja con Hamish junto a una antorcha.

—Buenas noches, padre.

El *laird* giró la cabeza.

—Descansad, hija.

Ella asintió y continuó hacia la escalera.

X



Fiona alargó la mano sin pensarlo demasiado.

—Así le va a rozar el cuello.

Lachlan giró la cabeza al mismo tiempo que ella inclinaba la muñeca para recolocar el cuero. La grasa húmeda le manchó los dedos.

—Tenéis mano con los caballos.

—En Dun Ailean aprendemos pronto o acabamos en el suelo.

—En Ironhold también.

Fiona retiró la mano despacio. El caballo negro volvió a buscarla con el hocico, empujándole apenas la manga de lana. Ella le acarició entre los ojos por pura costumbre. El animal relajó las orejas.

Lachlan la observó un instante.

—No suele aceptar tan rápido a la gente que no conoce.

—¿Cómo se llama?

—Breac.

—Es hermoso.

—Es testarudo. La mitad del tiempo cree que manda él.

—Entonces os parecéis bastante.

La frase salió antes de que pudiera medirla. Lachlan alzó apenas una ceja. No parecía ofendido. Más bien sorprendido de escuchar algo así.

Fiona notó el calor subirle a las mejillas y apartó la vista hacia el cercado.

—Mi hermana Isla habla sin pensar. Empiezo a creer que convivir con ella resulta contagioso.

—En mi clan dirían que hablar sin miedo no siempre es un defecto.

—En el mío depende mucho de quién escuche.

El norteño soltó aire por la nariz. No llegó a ser una risa, aunque se acercó bastante más que cualquiera de las expresiones que había mostrado durante la cena.

Fuera, el viento volvió a golpear las paredes del establo. Más fuerte esta vez. Uno de los caballos del fondo se removió inquieto.

Fiona se ajustó mejor la capa.

—¿No tenéis sueño?

Lachlan apoyó un brazo sobre la división de madera del cercado.

—Lo tengo. Otra cosa es que consiga dormir.

Ella lo miró unos segundos sin responder. La luz cálida de la lámpara le marcaba las sombras de la cicatriz bajo la mandíbula. De cerca parecía aún más antigua. Más irregular.

—¿Os la hicieron en Ironhold?

Lachlan llevó la mano de forma inconsciente hacia el lado derecho del cuello. La rozó apenas con los dedos.

—No. En la frontera de Dunbeag.

—¿Muchos hombres?

—Los suficientes.

—Casi os matan.

—Sí.

No añadió nada más. Fiona comprendió que no lo haría.

Breac volvió a empujarle el hombro buscando atención. Lachlan le acarició el cuello con una lentitud automática, aprendida tras años de repetir el gesto.

—Roselyn tiene razón con una cosa —dijo Fiona al cabo.

—¿Con cuál?

—La biblioteca.

Lachlan alzó la vista hacia ella.

—¿Qué pasa con la biblioteca?

—Como sea realmente miserable, voy a considerarlo una ofensa personal.

La comisura derecha de la boca volvió a moverse.

—Entonces me aseguraré de que no lo sea.

El silencio que siguió ya no resultó incómodo. Afuera continuaba nevando sobre los muros de Dun Ailean y, dentro del establo, el calor de los animales convertía el aire en algo espeso y tranquilo.

Fiona observó cómo Lachlan terminaba de revisar las últimas correas sin prisas. No había rigidez en sus movimientos allí dentro. Solo cansancio. Y costumbre.

«Desde hace once años».

Comprendió de pronto que no había exagerado. Lachlan debió notar el cambio en su expresión porque dejó la mano quieta sobre el cuello del caballo.

—¿Qué ocurre?

Fiona negó despacio con la cabeza.

—Nada.

Él sostuvo la mirada un momento más, como si supiera que no era del todo verdad, aunque no tuviera intención de forzar la respuesta.

Y eso, por algún motivo, le resultó todavía más peligroso.

—Maldición.

Fue a limpiarse los dedos sobre la lana de la capa, pero Lachlan le sujetó la mano antes de que pudiera hacerlo. El gesto resultó rápido. Instintivo. Fiona dejó de respirar un instante.

Lachlan cogió un paño viejo colgado del poste y empezó a retirarle despacio la grasa oscura de los dedos sin soltarle la mano. Sus manos eran cálidas. Mucho más de lo que Fiona esperaba en alguien que acababa de venir del exterior.

Ninguno habló. Fiona terminó dándose cuenta de que Lachlan ya no fingía atender al caballo desde hacía rato. El establo parecía demasiado silencioso de repente.

Notó el roce áspero del paño sobre la piel y, peor todavía, la firmeza tranquila con la que Lachlan le sostenía la muñeca, como si aquello fuese la cosa más natural del mundo.

Levantó despacio los ojos hacia él. Lachlan también la observaba. No con dureza. Con una atención serena que le volvió el pulso extrañamente inestable.

Él le soltó la mano poco a poco cuando terminó de limpiarle los dedos. Fiona cerró los dedos sobre la palma todavía caliente antes de darse cuenta de lo que hacía.

El caballo resopló entre ambos. Fuera, el viento volvió a golpear las paredes del establo. Y ninguno de los dos pareció tener demasiada prisa por apartarse.

XI



Fiona fue la primera en bajar la vista.

No retiró la mano de golpe ni dio un paso atrás. Simplemente respiró despacio antes de acomodarse otra vez la capa sobre los hombros. El calor de aquella mano seguía pegado a la piel.

Lachlan dejó el paño sobre el poste de madera y volvió a apoyarse en el cercado del caballo. Esta vez no retomó las correas ni fingió seguir ocupado en otra cosa. El animal resopló detrás de él y empezó a mordisquear distraídamente un montón de paja seca.

—No sois una mujer muy prudente —murmuró él al cabo de unos segundos.

Fiona levantó las cejas.

—¿Por bajar sola a los establos?

—Por acercaros a un hombre del norte al que apenas conocéis.

Ella sostuvo la mirada.

—No parecéis un hombre que necesite aprovecharse de una mujer para sentirse poderoso.

Lachlan soltó aire por la nariz. No llegó a sonreír del todo, aunque algo en la tensión de la mandíbula se relajó un instante.

—Eso no ha sido exactamente un insulto.

—Tampoco pretendía serlo.

—Va a nevar antes del amanecer.

—Vos y mi padre sois las únicas personas capaces de mirar el aire y saber esas cosas.

La comisura de la boca de Lachlan se movió.

—No es mirar el aire. Son los caballos. Cuando la nieve viene fuerte, se inquietan antes que nosotros.

Fiona dirigió la vista hacia el negro. El animal había dejado de remover la paja y mantenía las orejas erguidas hacia el exterior del establo.

—Entonces espero que se equivoquen.

—Yo también.

El silencio volvió a asentarse entre ambos, aunque ya no parecía necesario llenarlo constantemente con palabras. Fiona empezó a darse cuenta de que aquello era precisamente lo que más la desconcertaba del norteño. La calma.

No era un hombre especialmente amable. Tampoco seductor. No intentaba impresionarla ni agradarle. Y, aun así, junto a él, el aire no pesaba como llevaba pesando durante semanas.

Lachlan apoyó el antebrazo sobre el cercado de madera.

—¿Siempre bajáis aquí cuando no podéis dormir?

—A veces.

—¿Y siempre encontráis caballos?

—Los caballos y yo nos entendemos mejor que la mayoría de las personas.

—Eso os convierte oficialmente en una mujer del norte.

Ella sonrió.

—Roselyn diría que eso no es precisamente un cumplido.

—Roselyn parece difícil de impresionar.

—Roselyn cree que casi todo el mundo es decepcionante hasta que se demuestra lo contrario.

—¿Y vos?

Fiona tardó un instante en responder.

—Yo creo que casi todo el mundo carga algo que no dice.

Lachlan no apartó la vista de ella.

—Eso no es una respuesta sencilla.

—Nunca he sido demasiado sencilla.

—Ya me he dado cuenta.

El calor le volvió a subir despacio por el cuello. Le molestó que él pareciera advertir cada pequeño cambio en su expresión.

El norteño observó un momento el patio oscuro antes de hablar otra vez.

—¿Vais a echar mucho de menos este lugar?

Fiona soltó aire lentamente.

—Más de lo que quiero admitir.

—Entonces no intentéis fingir lo contrario.

La respuesta llegó tan tranquila que Fiona lo miró con el entrecejo fruncido.

—La mayoría de hombres preferirían una prometida encantada de marcharse con ellos.

—La mayoría de ellos son idiotas.

Ella soltó una risa corta antes de poder contenerla.

Lachlan bajó la vista hacia el suelo de piedra.

—No espero que una mujer abandone todo lo que conoce sonriendo como si fuera una bendición caída del cielo.

—¿Y qué esperáis?

El norteño tardó un momento en contestar.

—Honestidad.

Aquella palabra quedó suspendida entre ambos con más peso del esperado.

Fiona apoyó las manos sobre el borde del cercado.

—Entonces voy a ser honesta también.

Lachlan levantó la cabeza.

—Adelante.

—Todavía no sé qué pensar de vos.

—Eso es razonable.

—Y no me gusta que parezcáis entenderme tan rápido.

La mirada del norteño se sostuvo en la suya unos segundos.

—No os entiendo todavía, *lady* Fiona.

—A veces parece que sí.

—Lo que entiendo es el miedo de alguien que sabe que su vida está a punto de cambiar por completo y no tiene ninguna garantía de que vaya a salir bien.

Ella permaneció quieta.

Porque esa vez había acertado demasiado.

El viento golpeó con más fuerza el exterior y uno de los caballos del fondo relinchó inquieto. Lachlan volvió la cabeza hacia el sonido. Fiona aprovechó ese instante para respirar despacio y recuperar algo de calma.

Cuando él volvió a mirarla, la observó un momento más de lo habitual.

—Y también entiendo otra cosa.

—¿Qué?

—Que si os quedáis aquí conmigo mucho más tiempo, mañana vuestro castillo entero va a empezar a hablar.

Fiona sintió cómo el calor le subía directamente a las mejillas.

—No estaba haciendo nada impropio.

—Yo tampoco. Pero los castillos no necesitan demasiadas razones para inventar historias.

Ella desvió la vista hacia el suelo de piedra intentando ocultar la expresión.

—Mhairi ya inventa suficientes por todos.

—No. Mhairi observa. Que es bastante peor.

Fiona volvió a sonreír sin quererlo.

Lachlan se apartó finalmente del cercado y recogió el paño viejo que había dejado sobre la madera.

—Deberíais dormir un poco antes del amanecer.

—¿Y vos?

—Yo terminaré aquí y luego lo intentaré.

—Eso no ha sonado muy convincente.

—Porque no lo era.

El caballo negro empujó otra vez el hombro de Lachlan buscando atención. Él le acarició el cuello distraídamente.

Fiona lo observó un instante más antes de empezar a retroceder hacia la puerta.

—Buenas noches, mi señor.

Lachlan inclinó la cabeza.

—Buenas noches, *lady* Fiona.

Ella apoyó la mano sobre la madera de la puerta.

—Y mi señor…

—¿Sí?

—Si mañana realmente nieva, quiero verlo antes que Isla. O me lo recordará durante el resto de mi vida.

Por primera vez desde que lo conocía, Fiona vio una sonrisa real en el rostro del norteño.

Pequeña. Breve. Cansada. Pero real.

—Entonces procuraré que el castillo despierte antes que vuestra hermana.

El corazón volvió a golpearle una vez contra las costillas. Fiona salió del establo antes de que él pudiera notarlo.

—En el norte aprendemos rápido o terminamos enterrados bajo medio monte.

Fiona sonrió.

—Todo lo que contáis sobre el norte hace que parezca un sitio espantoso.

—A veces lo es.

—Y, aun así, seguís hablando de él como si fuera imposible vivir en otra parte.

Lachlan tardó unos segundos en responder.

—Porque lo es.

La firmeza tranquila de aquella respuesta le recorrió algo bajo la piel. Lachlan se separó por fin del cercado.

—Deberíais volver dentro antes de que el castillo despierte y decidan que he empezado a corromper a la hija mayor de los MacLeod.

—Creo que Isla estaría encantada de ayudaros con eso.

La sombra de una sonrisa volvió a cruzarle la boca.

—Eso es precisamente lo que me preocupa.

Fiona terminó riéndose otra vez, más bajo esta vez. Después el silencio regresó, aunque ya no pesaba igual.

Lachlan abrió la puerta del establo y el viento nocturno volvió a entrar cargado de nieve fina. Fiona se acercó despacio hasta quedar a su lado. El frío le golpeó la cara de inmediato y se ajustó mejor la capa sobre los hombros.

Lachlan bajó la vista hacia ella un instante antes de levantar una mano y recolocarle la capa para cerrársela mejor contra el frío. El gesto resultó tan natural que Fiona dejó de respirar un segundo.

Los dedos de Lachlan rozaron la línea de su cuello al apartar un mechón de cabello atrapado bajo la lana oscura.

Ninguno habló. El viento siguió entrando desde el patio cubierto de nieve.

—*Lady* Fiona.

Ella levantó despacio la vista hacia él. Lachlan dudó un instante antes de hablar.

—No sé si Ironhold llegará a gustaros algún día. Pero haré cuanto esté en mi mano para que no os sintáis sola allí.

El corazón le dio un golpe fuerte contra las costillas y Fiona tuvo que bajar la mirada hacia la nieve del suelo antes de responder.

—Buenas noches, mi señor.

La voz le salió más baja de lo habitual.

Lachlan inclinó la cabeza.

—Buenas noches, *lady* Fiona.

Fiona cruzó el patio sin volver la vista atrás. La nieve empezaba ya a caer lentamente sobre las piedras oscuras de Dun Ailean y el viento le enredaba mechones de cabello alrededor de la cara mientras subía la escalera principal.

Cuando cerró la puerta de la alcoba, Roselyn seguía despierta. No dijo nada. Solo levantó los ojos del libro al verla entrar.

Fiona se quitó la capa despacio y la dejó sobre la silla junto al fuego.

Después, mientras empezaba a descalzarse sentada al borde del colchón, descubrió que todavía conservaba en la piel el calor de la mano de Lachlan MacThane.

XII



Fiona bajó al comedor más tarde de lo habitual. No tanto como para provocar un comentario de su padre, aunque sí lo suficiente para que Roselyn levantara los ojos de la taza en cuanto la vio cruzar el umbral. Isla, sentada a su lado con una rebanada de pan entre los dedos, sonrió de una manera que no presagiaba nada bueno.

Fiona decidió ignorarlas a las dos.

Había dormido poco. Muy poco. Lo bastante para no caer rendida al amanecer, aunque no lo suficiente para impedir que el recuerdo de la noche anterior siguiera adherido a la piel con una persistencia irritante. Se había lavado la cara con agua fría. Había permitido que Mhairi le recogiera el cabello en una trenza más pulcra de lo necesario. Incluso había cambiado dos veces de vestido antes de decidirse por uno verde oscuro, sencillo, de mangas ajustadas y cuello cerrado.

Mhairi no había pronunciado una sola palabra durante todo el proceso. Eso había sido lo peor. Porque solo guardaba silencio cuando ya había entendido demasiado.

Fiona cruzó el umbral del comedor mientras una criada dejaba una cesta de pan caliente sobre la mesa.

Lachlan alzó la vista en ese mismo instante y el fuego de la chimenea creció.

No de forma violenta. Ni siquiera alarmante. Las llamas simplemente se alzaron entre los troncos con una bocanada seca que hizo crujir el hierro del hogar y empujó una oleada de calor hacia el centro de la estancia. Una chispa saltó sobre la piedra ennegrecida.

Mhairi dio un pequeño respingo. Callum levantó la cabeza hacia el fuego. Roselyn cerró los ojos un segundo. E Isla, al otro extremo de la mesa, se mordió el interior de la mejilla con tanta fuerza que estuvo a punto de atragantarse de la risa.

Fiona continuó caminando hacia su sitio como si nada hubiese ocurrido. Margaid, sin embargo, ya la observaba.

—Buenos días os den los cielos —saludó Fiona.

—Y a vos, hija —respondió Callum desde la cabecera.

Margaid señaló el banco vacío a su derecha.

Fiona avanzó hacia la mesa procurando ignorar el calor incómodo que acababa de extenderse por su cuello. Lachlan ocupaba el mismo lugar de la noche anterior, junto a Callum. Iain permanecía sentado enfrente, con una jarra entre las manos y expresión de hombre que todavía no había decidido si odiaba más el frío o las mañanas. Los demás hombres del norte desayunaban en silencio, con esa gravedad tranquila de quienes habían aprendido a no desperdiciar alimento ni palabras antes del mediodía.

Fiona tomó asiento.

Lachlan volvió a mirarla un instante antes de regresar la atención al plato.

Isla ocultó media sonrisa detrás de la taza de leche. Roselyn le dio una patada bajo la mesa sin siquiera molestarse en mirarla.

—¿Qué? —susurró la menor.

—Dejad de respirar así o padre terminará sospechando.

—Padre ya sospecha.

—Isla.

—No he dicho nada.

—Eso es precisamente lo preocupante.

Fiona cogió la cuchara antes de acabar lanzándoles una mirada asesina a las dos. Aileas había enviado gachas espesas con

miel, pan recién hecho, queso de cabra y una bandeja de carne fría destinada claramente a los hombres del norte. El comedor olía a humo de turba, lana húmeda y mantequilla caliente. Más allá de las ventanas, la nieve seguía acumulada junto a las murallas bajo un cielo gris claro que amenazaba otro temporal antes del anochecer.

—Habéis dormido poco —murmuró Roselyn sin apartar la vista de la taza.

—Y vos habláis demasiado para ser tan temprano.

—Eso no responde a mi observación.

—Tampoco pretendía hacerlo.

Roselyn inclinó la cabeza, satisfecha. Iain alzó fugazmente la vista hacia las hermanas MacLeod antes de volver al cuenco con una expresión peligrosamente cercana a la diversión.

Callum dejó la cuchara sobre la mesa.

—Si mis hijas han terminado ya de iniciar una guerra antes del desayuno, quizá podamos comer en paz.

—Sí, padre —respondieron las tres al mismo tiempo.

Iain agachó la cabeza con sospechosa rapidez. Fiona habría jurado que acababa de esconder una carcajada. Lachlan tampoco sonrió, aunque la pequeña arruga junto al rabillo de su ojo derecho volvió a moverse.

El detalle empezaba a resultarle absurdamente familiar. Y eso era un problema. Ella se concentró en el desayuno.

Durante un rato, la conversación se mantuvo en terrenos seguros. Callum habló de los pasos de la linde oriental, del estado de los puentes bajos y de la última partida de ganado que había cruzado hacia las colinas. Lachlan escuchó más de lo que intervino, haciendo preguntas breves cuando era necesario. Iain añadió algún comentario sobre los caminos del norte.

Margaid permaneció callada casi todo el tiempo, aunque Fiona sintió varias veces la mirada de su madre sobre ella.

—Vuestro padre conocía bien las colinas del este —comentó Callum dirigiéndose a Lachlan—. Las recorrió conmigo una primavera, antes de que vos nacierais.

Él levantó la vista.

—Lo recuerdo hablando de ellas.

—¿Ah, sí?

—Decía que los MacLeod tenían tierras capaces de alimentar hombres, caballos y orgullo durante tres inviernos seguidos.

Callum soltó una carcajada breve.

—Eso suena exactamente a vuestro padre.

—También aseguraba que un hombre podía perderse allí con gusto siempre que no tuviera enemigos siguiéndole los pasos.

—Entonces las recordaba con cariño.

Lachlan apoyó los dedos sobre el borde de la mesa. Fiona vio el gesto porque llevaba varios minutos intentando no mirarlo. Las llamas del fuego volvieron a avivarse y Margaid tosió.

—Me gustaría conocerlas antes de marcharnos.

La conversación se aquietó lo justo para que Isla dejara de morder el pan. Lachlan volvió ligeramente la cabeza hacia Callum.

—Si no os parece una petición impropia, desearía cabalgar esta mañana por esa parte de vuestras tierras. Y, si *lady* Fiona acepta acompañarme, me honraría que fuese ella quien me mostrara el camino.

Fiona dejó la cuchara dentro del cuenco. Demasiado deprisa para alguien que pretendía aparentar calma.

Callum no respondió enseguida. Observó primero a Lachlan, luego a su esposa y finalmente a Fiona. No había desconfianza en su mirada. Solo esa gravedad silenciosa de padre que todavía necesita medir el mundo antes de permitir que una hija salga a él.

—Las colinas del este no son peligrosas si se conoce la senda —dijo al fin.

—Y yo no la conozco —respondió Lachlan—. Por eso pido guía.

Isla bajó la cabeza hacia el plato. Los hombros le temblaron. Roselyn volvió a patearla bajo la mesa.

Fiona decidió seguir fingiendo que ninguna de las dos existía.

Callum mantuvo la mirada fija en su hija mayor.

—¿Deseáis cabalgar esta mañana, Fiona?

La respuesta debió tardar algo más en salir. Un latido al menos. Lo suficiente para conservar cierta dignidad.

—Sí, padre.

Demasiado rápido.

La sonrisa de Isla ya resultó imposible de esconder. Margaid bebió un sorbo de tisana con una serenidad casi ofensiva. Callum miró a su hija menor.

—Isla.

—No he dicho nada.

—Eso me preocupa más todavía.

—Solo estoy desayunando.

—Intentad hacerlo con menos entusiasmo.

Iain tosió contra el puño. Lachlan bajó la vista hacia el plato con una prudencia que no consiguió ocultar del todo el gesto de la boca.

Fiona sintió deseos muy sinceros de patear a Isla bajo la mesa, aunque Roselyn volvió a adelantársele con admirable precisión. La menor soltó un pequeño quejido y recuperó la compostura.

—Está bien —concedió finalmente Callum—. Podéis salir después del desayuno. Tomad el camino bajo hasta la loma de San Bride y evitad el arroyo grande si el deshielo lo ha crecido. Llevaréis dos hombres a distancia.

Fiona alzó la vista.

—Padre.

—A distancia —repitió Callum.

Lachlan inclinó ligeramente la cabeza.

—Es justo.

—Lo sería, aunque no lo fuera —replicó Callum—. Seguís bajo mi techo y ella sigue siendo mi hija.

—No lo olvido.

Hubo algo en la manera tranquila en que Lachlan pronunció aquellas palabras que hizo que Callum lo estudiara un instante más antes de volver al desayuno.

La conversación continuó, aunque ya no fue el mismo desayuno. Fiona lo notó en Roselyn, que fingía concentrarse en las gachas mientras seguía observándola de reojo. En Isla, cuya felicidad empezaba a resultar irritante. En Margaid, que permanecía callada porque no necesitaba decir nada para entender lo que estaba ocurriendo. Incluso Iain parecía cada vez más entretenido con toda aquella situación.

Lachlan, en cambio, retomó la conversación sobre las colinas del este con absoluta normalidad. Aquello consiguió irritarla más de lo razonable.

Cuando los bancos empezaron a vaciarse, Margaid se acercó a Fiona con la excusa de corregir una arruga inexistente en la manga del vestido.

—Llevad la capa gruesa.

—No hace tanto frío.

—Llevadla de todos modos.

Fiona la miró.

—Madre.

—No he dicho nada.

—Eso empieza a convertirse en costumbre familiar.

Margaid ajustó mejor el cierre del cuello. Sus dedos permanecieron un instante sobre la tela.

—Las tierras del este son hermosas al sol de invierno. También engañosas si una se distrae mirando donde no debe.

Fiona apartó la vista antes de que alguien notara el calor que empezaba a extenderse por sus mejillas.

—No soy una niña.

—Precisamente por eso os hablo así.

Margaid se apartó antes de darle tiempo a responder.

En el patio, los caballos ya estaban preparados. Hamish había elegido para Fiona una yegua castaña de paso firme y carácter tranquilo, aunque ella sospechaba que su padre había tenido bastante que ver en aquella elección.

Lachlan salió poco después con los guantes puestos y la capa oscura sobre los hombros. La luz gris de la mañana endurecía aún más las facciones del norteño, devolviéndole el aspecto severo del hombre que había entrado en Dun Ailean acompañado por media guerra.

Al verla junto a la montura, se detuvo un instante.

El viento agitaba los extremos de la capa de Fiona. El verde oscuro del vestido hacía resaltar todavía más la claridad de su piel bajo el frío y algunos mechones rojizos escapaban de la trenza para enredarse alrededor de su rostro.

La mirada de Lachlan descendió por ella antes de regresar a sus ojos. No fue un gesto descarado. Tal vez por eso Fiona lo sintió más de la cuenta.

—*Lady* Fiona.

La voz grave del norteño conservaba el cansancio ronco de quien había dormido poco.

—Mi señor.

Hamish fingía concentrarse en la cincha de la yegua con una intensidad tan exagerada que resultaba ofensiva. Fiona habría jurado que el viejo llevaba varios minutos escuchándolo absolutamente todo.

—El camino no es complicado —explicó mientras se ajustaba los guantes—, aunque el deshielo habrá convertido algunos tramos en barro.

—Entonces procuraré no hacer el ridículo delante de vos durante mi primer día fuera de Dun Ailean.

Fiona arqueó una ceja.

—¿Eso os preocupa?

—Me preocuparía más caer del caballo. Aun así, sí, un poco.

La respuesta le arrancó una sonrisa breve e involuntaria. Lo bastante para que Lachlan la contemplara un instante más antes de bajar la vista hacia la montura.

Aquello empezaba a resultar peligroso. Porque Fiona comenzaba a descubrir que Lachlan MacThane parecía otro hombre cuando nadie esperaba nada de él. Menos duro. Menos distante. Como si el peso de Ironhold y de medio norte de Escocia desapareciera de sus hombros durante unos pocos segundos antes de regresar otra vez.

Puso el pie en el estribo y montó sin aceptar ayuda, aunque Lachlan ya había dado un paso hacia ella. Él se detuvo al verla acomodarse sola sobre la silla. No insistió.

Y Fiona odió darse cuenta de cuánto le gustaba aquello.

Callum apareció en lo alto de la escalinata principal con Margaid a su lado. Roselyn permanecía un paso detrás de su madre con las manos unidas delante del vestido.

Isla, en cambio, ni siquiera intentaba fingir discreción. Observaba el patio entero con el entusiasmo de quien acaba de descubrir una historia mucho más interesante que cualquier canción de taberna.

—Regresad antes de que cambie el viento —ordenó Callum.

—Sí, padre.

Lachlan montó en el caballo negro con una facilidad seca, casi silenciosa. El animal se movió bajo él con impaciencia, expulsando vaho por los ollares, aunque bastó una ligera presión de las rodillas para devolverlo a la calma.

Fiona observó el gesto más tiempo del necesario.

Y no fue la única. Isla inclinó la cabeza hacia Roselyn.

—Oh, cielos benditos.

Roselyn le clavó el codo en las costillas sin apartar la vista del patio.

—Disimulad al menos un poco.

—Estoy intentándolo.

—Pues os sale fatal.

Margaid no intervino, aunque Fiona alcanzó a ver cómo ocultaba una pequeña sonrisa detrás de la taza caliente que una criada acababa de acercarle.

Iain apareció entonces cruzando el patio con la lentitud resignada de un hombre que todavía seguía enfadado con la existencia por obligarlo a levantarse tan temprano. Llevaba un trozo de pan en una mano y algo envuelto en tela en la otra.

—Mi señor —murmuró acercándose a Lachlan.

El norteño guardó el paquete en una de las alforjas sin siquiera comprobar qué era.

—¿Venís con nosotros? —preguntó Fiona.

Iain levantó inmediatamente ambas manos.

—Dios me libre, *milady*. Me han ordenado mantenerme a distancia y pienso obedecer con toda la devoción de un hombre que ha desayunado demasiado.

La carcajada de Isla resonó por todo el patio. Callum la miró. La menor recuperó la compostura al instante.

—Solo me alegra descubrir que los hombres del norte saben hablar como personas normales.

—A veces incluso usamos cucharas —añadió Iain con absoluta gravedad.

Roselyn cerró los ojos un segundo y resopló como un caballo cansado.

—Por favor, marchaos antes de que mi hermana pequeña termine enamorándose también de todo Ironhold.

—Roselyn —advirtió Margaid.

—Solo digo lo que todos estamos pensando.

—Yo no estoy pensando eso —protestó Isla.

—Porque vos no pensáis. Vos improvisáis.

Fiona apartó la vista hacia las riendas antes de que alguien notara el rubor que empezaba a extenderse por su cara. Lachlan contemplaba la escena desde el caballo negro con aquella calma silenciosa que empezaba a ponerla peligrosamente nerviosa. No parecía incómodo ante el caos de las hermanas MacLeod. Más bien atento. Como si estuviera aprendiendo el ritmo de aquella familia.

Los dos hombres designados por Callum aguardaban cerca del portón principal con suficiente distancia para no resultar molestos. El viento descendía desde las colinas cargado de humedad y nieve vieja. A lo lejos, el cielo clareaba entre nubes lentas.

Fiona guio la yegua hacia la salida. Lachlan hizo avanzar su caballo junto a ella.

Cuando cruzaron el portón de Dun Ailean, el aire frío les golpeó de frente con una fuerza limpia que despejó el calor acumulado del patio y de las miradas familiares. La nieve se abría en

manchas irregulares sobre la hierba oscura y el camino descendía hacia las colinas orientales con esa paciencia antigua de las sendas que conocen más pasos que nombres.

Los cascos golpeaban la tierra húmeda mientras las ramas desnudas de los abedules se inclinaban bajo el peso de la nieve vieja. A lo lejos, las torres de Dun Ailean fueron quedando atrás a medida que el paisaje se abría delante de ellos con una claridad gris azulada.

Fiona respiró hondo.

No había salido de aquella manera desde que se anunció la boda. Sin sus hermanas. Sin su madre. Sin la sensación constante de llevar al clan entero observándole la nuca.

Lachlan cabalgaba a su derecha, atento al terreno, al viento y a ella sin necesidad de invadir el silencio.

Ella empezaba a descubrir que eso era, precisamente, lo peligroso.

La yegua dudó frente a una franja de barro helado y Lachlan aflojó el ritmo de su caballo antes incluso de que ella tensara las riendas.

—No hace falta que me cuidéis en cada charco, mi señor.

La comisura de su boca se movió.

—No lo hacía.

—Mentís mal.

—Solo cuando no merece la pena esforzarse demasiado.

Fiona volvió la cabeza hacia él. Lachlan seguía atento al camino. Sin embargo, ella ya empezaba a reconocer con perfección el instante exacto en que estaba conteniendo una sonrisa.

XIII



El camino empezó a elevarse conforme dejaban atrás las zonas más próximas al castillo.

La nieve desaparecía a tramos bajo los cascos de los caballos, dejando al descubierto tierra húmeda y hierba oscura aplastada por el invierno. El aire descendía desde las colinas con olor a agua fría, bosque mojado y humo lejano. A un lado del sendero, los abedules se mecían despacio bajo el peso de las ramas desnudas. Al otro, el terreno caía hacia un arroyo estrecho que avanzaba medio oculto entre piedras y restos de hielo.

Fiona aflojó las riendas de la yegua.

—En primavera esto se llena de flores blancas —dijo señalando las laderas más bajas—. Mi hermana Isla insiste en que parecen ovejas dormidas desde lejos.

—¿Y vos qué opináis?

—Que Isla sería capaz de confundir una montaña entera con un pastel si tuviera hambre.

La risa grave de Lachlan se mezcló con el viento.

No fue una risa sonora ni prolongada. Una exhalación baja que desapareció enseguida entre el frío de la mañana. Y, aun así, Fiona volvió la cabeza hacia él.

Hasta entonces no le había oído reír de verdad.

El norteño cabalgaba con la espalda recta y una mano descansando cerca de la silla mientras el caballo negro avanzaba con seguridad sobre el terreno húmedo. Había algo inquietantemente natural en la forma en que se movía sobre la montura, como si

hombre y animal llevasen demasiados años compartiendo caminos difíciles.

Fiona terminó observándolo más de la cuenta y él lo notó.

—¿Qué ocurre?

Ella fingió concentrarse en el sendero.

—Nada.

—Mentís peor que yo.

La sonrisa terminó escapándosele antes de que pudiera contenerla.

—Solo intentaba decidir si vuestro caballo es tan orgulloso como vos o si uno de los dos disimula mejor.

Lachlan bajó la mirada hacia el animal.

—Creedme, él tiene peor carácter.

Como si hubiese entendido perfectamente la conversación, el caballo resopló con visible desagrado. Fiona soltó una risa breve. El sonido quedó suspendido unos segundos entre ambos antes de perderse colina abajo.

Más atrás, los dos hombres enviados por Callum seguían manteniendo una distancia prudente. Lo bastante lejos para no escuchar conversación alguna. Lo bastante cerca para intervenir si algo ocurría.

Lachlan miró un instante hacia ellos antes de volver la atención al camino.

—Vuestro padre no parece hombre que entregue fácilmente aquello que considera suyo.

La frase fue pronunciada con calma, sin ninguna intención evidente.

Aun así, Fiona notó el calor subiéndole otra vez por el cuello.

—Mi padre cree que todas sus hijas siguen teniendo diez años.

—No parece el único.

Ella volvió la cabeza hacia él.

—¿Qué significa eso?

Lachlan sostuvo su mirada un momento antes de responder.

—Que vuestra madre os observa como si estuviera esperando que el mundo intentara arrebatarle algo.

La respuesta desarmó cualquier réplica. Porque era verdad.

Fiona bajó la vista hacia las riendas mientras algunos mechones rojizos escapaban de la trenza y se agitaban alrededor de su rostro.

—Mi madre lleva demasiados años esperando que ocurra algo malo.

—¿Y vos?

Ella tardó unos segundos en contestar.

—Yo llevo demasiados años esperando que deje de hacerlo.

El silencio regresó entre ambos, aunque ya no resultaba incómodo.

El sendero continuó ascendiendo entre colinas cubiertas de nieve vieja y manchas de brezo oscuro. Más adelante, un grupo de ovejas permanecía agrupado junto a un cercado de piedra mientras dos perros pastores dormitaban bajo la claridad pálida de la mañana.

Lachlan observó el paisaje alrededor.

—Vuestro padre no exageraba al hablar de estas tierras.

—Mi padre exagera con muchas cosas.

—Con esto no.

Fiona sintió una satisfacción absurda ante aquella frase, como si el orgullo de Dun Ailean también le perteneciera un poco.

—Cuando éramos pequeñas, Roselyn decía que las colinas estaban vivas.

—¿Y lo están?

—Depende del día. Cuando había tormenta y el viento golpeaba las ventanas, ella aseguraba que podían respirar.

Lachlan giró ligeramente la cabeza hacia ella.

—¿Y vos os reíais de eso?

—No. Isla sí. Yo solo fingía que no me impresionaba.

—Entonces vos también lo creíais un poco.

Fiona tardó en responder. Apartó hacia atrás varios mechones que el aire le había soltado de la trenza antes de hablar.

—Hay lugares demasiado antiguos para sentirse vacíos.

Lachlan no respondió. Pero Fiona tuvo la impresión de que había entendido exactamente lo que quería decir.

El sendero se estrechó entre dos elevaciones de roca oscura. Más arriba, la nieve permanecía intacta bajo la sombra de los árboles. Lachlan frenó ligeramente el caballo al descubrir un tramo cubierto de hielo.

—Esperad.

Fiona detuvo la yegua. Lachlan desmontó primero y se acercó al terreno helado con la calma de un hombre acostumbrado a sobrevivir a inviernos peores que aquel. Hundió la punta de la bota en la escarcha y recorrió el borde de la pendiente observando la tierra bajo el hielo.

Fiona lo contempló en silencio. Había algo extrañamente tranquilizador en verlo moverse así. Seguro. Sereno. Como si incluso la montaña, el hielo o el viento terminasen obedeciendo cuando él estaba delante.

Y aquello comenzaba a inquietarla más de lo razonable.

Porque llevaba demasiado tiempo fijándose en detalles que no deberían importarle.

Lachlan se giró hacia ella.

—Está firme. Pero la pendiente engaña.

Fiona desmontó despacio y la nieve crujió bajo las botas en cuanto tocó el suelo. El viento se colaba entre las rocas obligándola a sujetarse mejor la capa alrededor del cuerpo.

Lachlan avanzó primero sobre el hielo llevando ambos caballos.

Fiona caminó a su lado.

—No parecisteis hombre fácil de impresionar anoche durante la cena —comentó él sin mirarla directamente.

—¿Mi padre?

—Vos.

Fiona levantó los ojos hacia él.

Lachlan seguía observando el camino mientras hablaba.

—Isla hablaba. Roselyn analizaba. Vuestra madre vigilaba la mesa entera. Pero vos parecíais decidir si valía la pena tolerarme.

—¿Y a qué conclusión habéis llegado?

La comisura de su boca se movió.

—A que sigo siendo evaluado.

La sonrisa acudió a Fiona antes de darse cuenta.

—Eso es más de lo que esperaba anoche.

Ella volvió la cabeza hacia él. El aire seguía moviendo lentamente los extremos de sus capas mientras avanzaban sobre el hielo. Durante un instante demasiado largo, Fiona tuvo la sensación incómoda de que el norteño la observaba como si intentara recordar cada detalle de su rostro.

Tuvo que apartar la vista primero. Porque empezaba a comprender que Lachlan MacThane resultaba peligroso precisamente por aquello.

No por la guerra. Ni por Ironhold. Tampoco por la espada que llevaba al cinto, sino por la calma. Por aquella manera de permanecer a su lado sin exigir nada.

Al llegar al final del hielo, Lachlan volvió a montar de un movimiento fluido. Después extendió la mano hacia ella.

Fiona la observó un instante. La mano permaneció inmóvil entre ambos, firme y paciente, sin una sola exigencia en el gesto.

Terminó apoyando los dedos enguantados sobre los suyos y permitió que la ayudara a subir.

El contacto duró unos segundos. Los suficientes para que descubriera que llevaba demasiado tiempo pendiente de unas manos que no deberían importarle tanto.

Cuando volvió a acomodarse sobre la montura, notó el pulso demasiado vivo para una mujer que llevaba toda la mañana intentando comportarse con sensatez.

Continuaron avanzando entre las colinas.

El cielo parecía haberse aclarado un poco y, desde aquella altura, Dun Ailean se distinguía ya entre la distancia y la bruma. Más abajo, el humo de varias chimeneas ascendía desde pequeñas casas dispersas junto al arroyo.

Fiona señaló hacia el oeste.

—Ahí vive la familia Murray. Tienen siete hijos y una cabra que odia a los hombres del clan.

—¿Solo a los hombres del clan?

—A vos todavía no os conoce. Dadle tiempo.

Lachlan soltó aire por la nariz conteniendo otra risa.

—Empiezo a sospechar que todo en vuestras tierras posee peor carácter del que aparenta.

—Eso incluye a las hijas de mi padre.

—Eso ya lo había notado.

Fiona volvió la cabeza hacia él. Esta vez Lachlan no apartó la mirada enseguida.

El viento movía lentamente los extremos de sus capas mientras los caballos avanzaban despacio sobre la nieve vieja.

Durante un instante demasiado largo, Fiona tuvo la sensación incómoda de que el norteño estaba observándola como si intentara memorizarla.

Tuvo que sujetar mejor las riendas para no delatar el leve temblor que acababa de recorrerle las manos.

—¿Siempre sois tan callada cuando estáis tranquila?

La pregunta la tomó desprevenida.

—¿Cómo decís?

—Que cuando discutís con vuestras hermanas parecéis una mujer distinta. Pero aquí, lejos del castillo… parecéis en calma.

Fiona tardó unos segundos en responder. Porque nadie se lo había dicho nunca de aquella manera. La mayoría confundía sus silencios con distancia. O con frialdad. Incluso con soberbia algunas veces.

Pero aquello era distinto.

Lachlan no parecía incómodo por sus silencios. Más bien los entendía.

Fiona bajó la vista hacia el sendero.

—Supongo que aquí no necesito fingir demasiado.

Él permaneció callado un momento.

—Entonces me alegra que hayáis aceptado venir.

La sencillez de aquella frase le golpeó el pecho con más fuerza de la que debería.

Fiona volvió el rostro hacia las colinas antes de que él pudiera notar el calor que acababa de subirle a las mejillas.

Fue entonces cuando el olor llegó hasta ellos.

Humo.

No el humo limpio y tenue de una chimenea encendida. Algo más denso y oscuro.

Lachlan fue el primero en girar la cabeza hacia el este. Una columna gris comenzaba a elevarse detrás de la siguiente colina.

XIV



El olor a quemado se volvió más espeso conforme descendían la colina. Al principio solo fue una sombra oscura elevándose detrás de los árboles, una columna gris que rompía el cielo pálido de la mañana, pero después llegaron el calor y el ruido. El crepitar seco de la madera ardiendo, el ladrido desesperado de un perro y el eco de una mujer gritando entre el viento hicieron que Fiona tensara las riendas de golpe.

—Hay una casa ahí abajo.

No esperó respuesta. Hundió los talones en los costados de la yegua y descendió la pendiente levantando barro y nieve húmeda bajo los cascos. Lachlan la siguió de inmediato y, más atrás, los hombres de su padre reaccionaron también al ver el humo, espoleando los caballos para alcanzarlos.

Atravesaron la pequeña arboleda de abedules unos segundos después.

Entonces Fiona vio el incendio.

La choza ardía ya por uno de los laterales del tejado. El fuego devoraba la paja seca con un rugido voraz mientras columnas de humo escapaban por las rendijas de madera, ennegreciendo la nieve de alrededor. Varias gallinas corrían desorientadas cerca del cercado y un perro ladraba sin descanso junto al pozo. El aire olía a hollín, madera quemada y miedo.

Delante de la puerta, una mujer lloraba de rodillas sobre la nieve mientras un anciano intentaba sujetarla por los hombros.

—¡Mi hijo! ¡Mi niño sigue dentro!

El corazón golpeó el pecho de Fiona con tanta fuerza que casi le dolió.

Lachlan desmontó antes incluso de detener del todo el caballo.

—¿Cuánto tiempo lleva ahí dentro?

—¡No lo sé! ¡No puedo entrar! ¡El techo va a caer!

Una explosión seca resonó dentro de la casa y parte de una viga cedió entre chispas. El incendio rugió con más fuerza al encontrar aire nuevo. La mujer intentó correr hacia la entrada, aunque el anciano logró sujetarla otra vez antes de que alcanzara la puerta.

—¡Mairead, no!

Fiona desmontó también. El calor le golpeó el rostro de inmediato mientras contemplaba las llamas avanzar por la madera vieja.

Entonces lo escuchó.

Un llanto.

Débil. Ahogado entre el humo. Apenas perceptible bajo el rugido del incendio.

Lachlan ya avanzaba hacia la entrada cuando Fiona le agarró el brazo. El contacto lo detuvo un instante.

—Hay un niño dentro.

—Lo sé.

—El techo va a caer.

Cuando él volvió la cabeza hacia ella, comprendió inmediatamente que iba a entrar de todos modos. El miedo le atravesó el cuerpo de golpe.

No por la casa. Por él.

Las llamas rugieron dentro de la choza mientras varias chispas escapaban hacia el cielo gris. La mujer seguía llorando detrás de ellos, medio rota sobre la nieve.

—¡Por favor! ¡Por favor, salvadlo!

Lachlan se soltó la capa de los hombros sin apartar los ojos del incendio.

—Cuando salga, llevadlo lejos del humo.

Fiona no lo soltó. Sus dedos seguían aferrados al brazo del norteño mientras el calor empezaba a subirle por las palmas como una corriente viva bajo la piel. Entonces el fuego se agitó en la entrada de la choza.

El viento cambió de dirección. O quizá no fue el viento.

Las llamas comenzaron a estremecerse sobre sí mismas con movimientos bruscos y extraños, como si algo invisible las aplastara desde dentro. El incendio dejó de trepar por las paredes y empezó a quebrarse en pequeñas lenguas rojizas que se consumían a toda velocidad hasta ennegrecer la madera.

En unos segundos, parte del lateral de la casa quedó convertido en carbón humeante.

El anciano se quedó inmóvil. La mujer dejó escapar un jadeo roto. Lachlan lo vio.

Fiona supo que lo vio porque el norteño giró la cabeza hacia ella.

El humo seguía elevándose detrás de ambos y el calor le ardía bajo la piel como si la sangre hubiese empezado a hervirle dentro del cuerpo.

Durante un instante ninguno de los dos dijo nada.

Ni siquiera el viento pareció moverse entre los árboles.

Los ojos de Lachlan descendieron hacia la mano con que Fiona seguía aferrándolo. Ella ni siquiera se había dado cuenta de que había levantado la otra hacia las llamas. Los dedos le temblaban levemente en el aire mientras el incendio continuaba apagándose a sacudidas extrañas, dejando detrás madera negra y humo gris.

Lachlan no retrocedió.

No la miró con miedo. Ni con horror. Tampoco con esa desconfianza silenciosa que ella llevaba toda la vida esperando encontrar en los demás.

Simplemente respiró hondo y entró en la casa.

El aire pareció abandonar los pulmones de Fiona en cuanto lo vio desaparecer entre el humo.

Todo ocurrió demasiado deprisa después de eso.

Los hombres de su padre corrieron hacia el pozo cercano para formar una cadena de cubos mientras el anciano gritaba órdenes desesperadas. Ninguno de ellos la miró. Ninguno reaccionó al incendio extinguiéndose de aquella manera imposible.

Como siempre, guardaban silencio.

El perro seguía ladrando alrededor de la casa y parte del tejado volvió a crujir con un sonido aterrador.

Ella apenas escuchaba nada.

El fuego seguía delante de ella, vivo y respirando con una furia casi consciente. Y una parte terrible de sí misma lo reconocía.

Sintió el calor extendiéndose por las manos, por los brazos, por el pecho.

Las llamas rugieron otra vez dentro de la choza justo cuando otra viga empezaba a ceder.

—No —susurró Fiona.

Levantó lentamente la mano hacia el incendio.

Las llamas se estremecieron en cuanto ella las señaló.

Como si reconocieran algo.

El calor subió por su brazo como una corriente viva bajo la piel y el fuego comenzó a encogerse poco a poco, reduciéndose a pequeñas lenguas rojizas pegadas a la madera ennegrecida. El incendio no desaparecía. Nunca desaparecía del todo. Pero iba muriendo delante de ella hasta dejar amplias zonas de la choza convertidas en carbón humeante.

Entonces el techo crujió. Una vez. Otra.

Fiona sintió el terror atravesándole el pecho.

—Lachlan…

La puerta se abrió de golpe en ese mismo instante.

El humo permanecía detrás de él como una tormenta negra.

Durante un instante, Lachlan pareció surgir directamente del incendio, enorme entre brasas y ceniza, con el niño protegido contra el pecho y el fuego rugiendo a su espalda como si hubiese intentado devorarlo sin conseguirlo. Tenía el rostro cubierto de hollín, el cabello ennegrecido por la ceniza y parte de la camisa quemada sobre uno de los hombros. Varias vigas empezaban a desplomarse detrás de él mientras avanzaba entre humo y madera ardiendo con esa firmeza salvaje de los hombres que han sobrevivido demasiadas veces a la guerra.

La mujer soltó un grito roto al verlo salir con el niño en brazos.

Pero Fiona apenas la escuchó. Porque Lachlan levantó entonces la cabeza. Sus ojos fueron directamente hacia ella. Ni hacia los hombres. Ni hacia el incendio. Ni hacia las brasas cayendo alrededor.

Hacia ella.

Fiona sintió las piernas débiles al verlo avanzar de aquella manera. Durante unos segundos había imaginado el techo desplomándose sobre él.

Había imaginado demasiado…

El norteño seguía caminando entre humo y ceniza con el niño protegido contra el pecho mientras el incendio rugía detrás de él como una criatura furiosa incapaz de alcanzarlo. El viento agitaba los restos ennegrecidos de su camisa y varias brasas caían alrededor de sus botas sobre la nieve derretida.

Aun así, no apartaba los ojos de Fiona.

Como si hubiese necesitado verla allí.

Como si durante un instante solo hubiera avanzado hacia ella.

Parte del tejado terminó de desplomarse detrás de él con un estruendo brutal que hizo temblar el suelo bajo sus pies. Varias chispas escaparon hacia el cielo gris mientras una nube de humo cubría media colina.

Entonces Fiona reaccionó.

Corrió hacia él justo cuando terminaba de salir de la zona más cercana al incendio. La madre cayó de rodillas abrazando al pequeño entre sollozos desesperados y el niño empezó a llorar débilmente contra su pecho, cubierto de hollín y ceniza, pero vivo.

Vivo.

Lachlan tosió varias veces intentando recuperar el aire. Fiona llegó hasta él justo cuando el norteño terminaba de enderezarse. Tenía hollín marcándole la mandíbula, parte del cabello oscuro cubierto de ceniza y una quemadura asomando cerca de la muñeca izquierda, donde la tela se había ennegrecido.

Fiona agarró con rapidez aquella mano.

—Estáis herido.

—No es nada.

—Eso no es nada para un hombre que acaba de atravesar una casa ardiendo.

La respiración todavía sonaba áspera en el pecho de Lachlan y, aun así, cuando volvió a mirarla, no fue al incendio ni a los hombres del clan a quienes prestó atención.

Fue a ella.

Fiona sintió el silencio alrededor casi físicamente. La madre seguía abrazada al niño sobre la nieve mientras los hombres de su padre continuaban pasando cubos de agua de unos a otros sin levantar la cabeza. El anciano ayudaba también, temblando todavía.

El viento agitó varias veces la falda verde de Fiona mientras el humo continuaba elevándose detrás de ambos hacia el cielo gris.

—El fuego ha cambiado demasiado rápido.

No fue exactamente una pregunta. Aunque tampoco una simple observación. Fiona sintió cómo el pulso se le desordenaba dentro del pecho.

—La madera estaba húmeda.

La respuesta salió demasiado deprisa. Lachlan guardó silencio unos segundos más. El humo seguía moviéndose entre ambos y las pequeñas llamas restantes continuaban muriendo poco a poco entre la madera hundida del tejado.

Tal vez la madera estaba húmeda.

Tal vez había ocurrido algo más.

Sin embargo, él no formuló ninguna pregunta. Porque, fuese lo que fuese aquello, Fiona acababa de quedarse allí mientras todos retrocedían. Había visto el miedo en su cara. El auténtico. Y aun así no había huido.

Había salvado a un niño y eso era lo único que importaba.

Fiona apartó rápidamente la vista hacia el incendio porque no soportaba cómo la estaba mirando. No como si fuese una amenaza. No como si estuviera intentando desenmascararla. Sino como si acabara de confirmar algo importante.

—No deberíais mirarme así.

Lachlan frunció el ceño.

—¿Así cómo?

Ella tragó saliva antes de responder.

—Como si estuvierais intentando entender algo.

Durante unos segundos, el norteño no dijo nada. El ruido del fuego seguía llenándolo todo mientras varias chispas escapaban hacia el cielo gris y el niño lloraba débilmente entre los brazos de su madre.

Después Lachlan habló.

—He entendido lo suficiente.

La sencillez de aquellas palabras le golpeó el pecho con más fuerza que cualquier acusación. Fiona volvió lentamente la cabeza hacia él.

El hollín seguía marcándole la mandíbula y parte del cabello oscuro. Tenía la camisa ennegrecida por el humo y una quemadura asomando cerca de la muñeca izquierda, donde la tela se había abierto por el calor.

Y aun así seguía mirándola con la misma calma serena con la que había entrado en aquella casa ardiendo. Como si lo importante no fuese lo extraño que acababa de ocurrir. Sino la mujer que había permanecido allí mientras todos los demás daban un paso atrás.

XV



El regreso al castillo transcurrió en silencio.

No fue un silencio incómodo, sino esa clase de quietud extraña que queda después de algo demasiado grande para convertirse enseguida en palabras. Los caballos avanzaban despacio por el sendero embarrado, con el humo todavía prendido a la ropa y el frío terminando de secar sobre la piel el sudor del esfuerzo.

Fiona llevaba varios minutos intentando dejar de pensar en el momento en que Lachlan había salido de aquella casa envuelta en llamas.

No lo conseguía.

Cada vez que parpadeaba volvía a verlo atravesando el humo con el niño sujeto contra el pecho, enorme entre brasas y ceniza, avanzando hacia ella mientras el incendio rugía a su espalda como una criatura incapaz de alcanzarlo. Y luego aquella mirada. Dios bendito. Aquella mirada dirigida solo a ella, como si en mitad del caos hubiera necesitado comprobar que seguía allí.

Se obligó a mirar los árboles nevados que rodeaban el camino. Los hombres de su padre cabalgaban varios metros más atrás, callados como siempre, con las capas húmedas por la nieve derretida. Ninguno mencionó lo ocurrido en la choza. Nadie habló del fuego apagándose de aquella manera imposible. El secreto permanecía protegido por el mismo silencio con que el clan llevaba años guardando cuanto pertenecía a la sangre de Margaid.

Fiona notó entonces otro peso sobre las piernas y bajó la vista.

La capa de Lachlan.

No lo había visto acercarse para colocarla sobre ella.

—No tengo frío.

—Eso no es cierto.

La respuesta llegó tranquila, sin dureza, mientras el norteño seguía sujetando las riendas con una sola mano. Fiona abrió la boca para protestar otra vez, aunque terminó cerrándola al descubrir que él ni siquiera la miraba ya, como si hubiese decidido que aquella discusión no merecía más palabras.

El gesto resultó absurdamente íntimo. Mucho más que cualquier cumplido. Fiona se acomodó la capa alrededor de las piernas intentando ignorar el calor que le subía lentamente por el pecho. Todavía olía a humo y a cuero mojado. Y a él.

El castillo apareció finalmente entre la bruma gris de la tarde. Las torres oscuras de Dun Ailean se alzaban sobre las colinas nevadas mientras varios sirvientes cruzaban el patio transportando leña y sacos de avena hacia las cocinas. En cuanto atravesaron el portón principal, dos mozos acudieron hacia los caballos.

Fiona desmontó primero, o al menos lo intentó, porque en cuanto puso un pie sobre el suelo, las piernas le fallaron ligeramente.

Solo un instante.

El suficiente para que la mano de Lachlan apareciera en su cintura antes de que ella terminara de perder el equilibrio.

Fiona dejó escapar el aire de golpe.

El norteño la sostuvo con firmeza, acercándola contra él mientras sus botas se hundían un poco en el barro húmedo del patio. El calor de aquella mano atravesó la tela del vestido como si no existiera nada entre ambos. Estaban demasiado cerca. Tanto que, al levantar la cabeza, Fiona pudo ver el hollín que seguía marcándole la mandíbula, la ceniza prendida en parte del cabello oscuro y las manchas negras sobre la piel del cuello, allí donde la camisa se había abierto durante el incendio.

Parecía agotado. Salvaje. Peligrosamente hermoso.

Y aun así seguía observándola con aquella calma imposible, como si sostenerla entre sus brazos fuese lo más natural del mundo.

—Ya os tengo —murmuró él.

La voz baja terminó de desordenarle el pecho.

El mozo que sujetaba la yegua de Fiona bajó rápidamente la cabeza, fingiendo no haber visto nada. Lachlan tardó un instante más de lo necesario en apartar la mano de su cintura. Solo uno. Pero Fiona lo notó con una claridad insoportable.

El norteño entregó las riendas de su caballo al otro muchacho sin apartar del todo la atención de ella.

—Llevadlos al establo interior. Que alguien revise las patas del negro. Ha forzado demasiado la bajada.

—Sí, mi señor.

Los dos mozos obedecieron de inmediato. Fiona tragó saliva, incapaz de entender por qué estaba tan nerviosa cuando, en realidad, lo entendía demasiado bien.

El patio hervía de actividad alrededor de ellos. Sirvientes entrando y saliendo de las cocinas, hombres transportando barriles, una criada cruzando junto al pozo con varias mantas limpias entre los brazos. Y, aun así, Fiona tuvo la sensación de que el mundo se reducía a la distancia exacta que la separaba de Lachlan.

—*Laird*… ¿puedo haceros una pregunta?

Lachlan observó un instante a los mozos que todavía permanecían demasiado cerca de los caballos.

—Retiraos.

Los muchachos se marcharon sin vacilar hacia el interior del establo. El silencio que quedó después resultó más íntimo que cualquier sala cerrada. El viento agitó varios mechones rojizos escapados de la trenza de Fiona mientras ella intentaba recordar cómo respirar con normalidad.

Lachlan se acercó un poco más. No demasiado. Lo suficiente para que Fiona distinguiera el humo impregnado en su ropa y el leve vapor que aún escapaba de su piel por el contraste con el frío exterior. La recorrió con la mirada, desde el cabello desordenado hasta las manos manchadas de hollín, antes de descender hacia el barro pegado al borde del vestido y las mangas húmedas por haber ayudado a transportar cubos de agua junto a los aldeanos.

Aquella mirada no tuvo nada de impropia. Sin embargo, Fiona sintió que le temblaban las piernas.

—¿Qué pregunta queréis hacerme, Fiona?

Fiona. No *milady o lady* Fiona.

Solo Fiona.

La forma en que pronunció su nombre le provocó algo extraño en el pecho. Algo cálido, peligroso y demasiado vivo. Comprendió entonces que la relación entre ambos acababa de cambiar, aunque todavía no supiera cuánto. Y precisamente por eso el miedo regresó de golpe, porque Lachlan la había visto. Había visto demasiado.

Bajó la vista hacia las manos antes de reunir valor.

—¿Seguís pensando en casaros conmigo?

El silencio posterior le pareció eterno.

Cuando se atrevió a levantar la cabeza otra vez, Lachlan seguía inmóvil frente a ella. Pero algo había cambiado en su expresión. Algo profundo, serio, casi irrevocable.

La observó durante varios segundos sin responder, y Fiona sintió deseos de salir corriendo porque de pronto comprendió la verdadera desnudez de aquella pregunta. No le estaba preguntando por la boda ni por la alianza ni por las tierras. Le estaba preguntando otra cosa mucho más terrible.

Ahora que me habéis visto… ¿seguís queriéndome?

Lachlan avanzó hasta quedar completamente frente a ella.

Fiona sintió el calor de su cuerpo incluso bajo el frío de la tarde.

El norteño levantó lentamente una mano y ella dejó de respirar. Los dedos de Lachlan se deslizaron con una suavidad inesperada entre los mechones rojizos escapados de la trenza antes de detenerse detrás de su cabeza. El contacto fue firme, protector, como si sujetara algo valioso.

Y entonces él la besó.

Fiona dejó de escuchar el patio.

El ruido de los caballos, las voces lejanas de los sirvientes y hasta el viento desaparecieron poco a poco bajo el roce lento de aquellos labios sobre los suyos. Todo cuanto existía quedó reducido al calor de la mano de Lachlan en su cabello y a la forma en que él la besaba, despacio, como si estuviera tomando una decisión y quisiera que ella la sintiera sin necesidad de palabras.

Fiona no había imaginado jamás que un beso pudiera ser así.

No se parecía a las historias susurradas por las criadas ni a los comentarios maliciosos de las mujeres casadas en las cocinas. No había prisa en él, ni torpeza, ni esa urgencia vulgar que a veces había oído asociar a los hombres. Lachlan la besaba con una contención que la desarmaba mucho más que cualquier arrebato, como si aun en mitad de aquel gesto se empeñara en no tomar de ella más de lo que estuviera dispuesta a darle.

Eso fue lo que terminó de rendirla.

Fiona cerró los ojos y, sin darse cuenta, se aferró a la parte delantera de su camisa. La tela estaba áspera por el humo y la ceniza, todavía tibia por el cuerpo de Lachlan, y ella sintió que las piernas le fallaban de nuevo cuando el beso se volvió algo más profundo.

Él la acercó un poco más.

Solo un poco.

Lo suficiente para que Fiona notara el calor de su pecho y el latido rápido, demasiado rápido, bajo la tela ennegrecida.

El corazón de Lachlan también latía deprisa. Aquel descubrimiento la dejó sin defensa.

El beso continuó unos segundos más, suave y firme al mismo tiempo, mientras todo pensamiento coherente se deshacía dentro de su cabeza. Fiona no sabía cómo besar. No sabía cuándo respirar ni dónde colocar las manos ni cómo sobrevivir a esa sensación extraña de estar cayendo sin moverse del sitio. Lachlan, sin embargo, parecía saberlo por los dos. La sostenía con una paciencia devastadora, guiándola sin imponer, dándole tiempo a descubrir el contacto y a perderse en él.

El calor empezó a subirle por el pecho, por los brazos, por las manos. En algún lugar del patio, una de las antorchas crepitó con más fuerza, aunque Fiona fue consciente de ello porque el mundo seguía reducido a aquel beso y a la certeza imposible de que Lachlan la estaba besando después de haber visto lo que ella era capaz de hacer.

Después de todo.

Él se apartó despacio, lo suficiente para mirarla.

Fiona tardó varios segundos en comprender que seguía sujeta a su camisa. Soltó la tela poco a poco, avergonzada por la evidencia de sus propios dedos, mientras el mundo regresaba alrededor de ambos con una lentitud cruel. El viento frío. El movimiento de los caballos dentro del establo. Las voces lejanas de los sirvientes, que de pronto parecían proceder de otro lugar.

Los ojos grises de Lachlan permanecieron clavados en ella mientras el pulgar le rozaba una vez el borde del cabello.

—Espero que eso os sirva de respuesta.

La voz baja terminó de hacerle pedazos el corazón.

Fiona abrió ligeramente los labios intentando responder, pero no encontró palabras. Permaneció inmóvil bajo la mirada del

norteño mientras él le sostenía todavía la cabeza con aquella calma devastadora que parecía capaz de desordenarle hasta el pensamiento más simple.

Lachlan tardó un instante más en apartar la mano de su cabello. Después dio un paso atrás y se marchó hacia el interior del castillo sin añadir nada más, dejando a Fiona quieta en mitad del patio, con el pulso fuera de control y la sensación absurda de que el mundo acababa de cambiar bajo sus pies.

Solo cuando él desapareció tras las puertas de Dun Ailean comprendió que seguía temblando.

Se llevó los dedos a los labios. Todavía podía sentirlo allí.

Cerca del establo, una segunda antorcha crepitó con fuerza antes de elevar una llamarada más alta de lo normal.

XVI



Mhairi la vistió en silencio.

Llevaba toda la mañana muda y, a esas alturas, Fiona ya no se atrevía a romper aquel luto anticipado con ninguna broma. La doncella le pasó la enagua, ajustó las cintas del corpiño, acomodó las capas de la falda y terminó de sujetar la sobrefalda con una concentración casi feroz, como si un pliegue mal colocado pudiera desbaratar algo más importante que el vestido.

Después retrocedió un paso para contemplarla.

El azul oscuro de la tela recordaba al color de los chales del *laird* MacLeod en invierno. No era casualidad. En Dun Ailean las mujeres no se casaban de blanco, sino con los colores del clan, como si la familia quisiera recordarles incluso en la despedida de dónde procedían.

Fiona bajó la mirada hacia las mangas bordadas en hilo plata. Había visto aquel mismo azul sobre los hombros de su padre durante toda la vida. En los consejos de guerra. En las festividades. En los entierros. En las mañanas frías en que Callum cruzaba el patio con la espada al cinto y medio castillo apartándose a su paso.

Llevarlo ahora no la hacía sentirse una novia. La hacía sentirse una hija MacLeod a punto de abandonar su hogar.

—¿Voy bien, Mhairi?

La doncella terminó de alisar una arruga inexistente junto a su cintura antes de responder.

—Vais como vuestra madre el día en que se casó con vuestro padre. Y eso basta.

A Fiona se le cerró algo en la garganta.

Mhairi le colocó entonces un pequeño broche de plata en el cuello del vestido. Fiona lo reconoció enseguida. Era de Margaid. Su madre lo había llevado en momentos importantes del clan, siempre con discreción, sin explicar jamás por qué aquella pieza concreta parecía tener más valor que otras mucho más costosas.

El simple hecho de verlo allí la desarmó más de lo que esperaba.

—Comed algo —ordenó Mhairi señalando el plato que había dejado sobre la mesa.

—No tengo hambre.

—Eso no importa. Si os desmayáis delante del cura del valle, me echaréis la culpa durante el resto de vuestra vida.

Fiona intentó protestar, aunque terminó obedeciendo. El pan le supo a polvo y la miel demasiado dulce para una garganta cerrada por los nervios, aunque consiguió tragárselo todo antes de que Aileas apareciera en la habitación con expresión severa y las manos todavía manchadas de harina.

La cocinera se detuvo nada más verla.

Durante unos segundos no dijo nada. La recorrió de arriba abajo con los ojos brillantes y la mandíbula tensa, como si estuviera decidiendo si la muchacha que tenía delante seguía siendo la misma niña que años atrás robaba masa cruda de las cocinas mientras Isla hacía guardia junto a la puerta.

Al final resopló.

—Bueno. Al menos el norteño tendrá ojos en la cara.

Fiona terminó sonriendo.

—Aileas…

—No empecéis vos también. Bastante tengo ya con vuestra hermana pequeña llorando desde el amanecer como si la enviáramos a la guerra.

—No estoy llorando.

La voz indignada de Isla llegó desde el corredor un instante antes de que la muchacha irrumpiera en la habitación con Roselyn detrás.

Isla llevaba los ojos algo hinchados pese a sus esfuerzos por aparentar dignidad. Roselyn, en cambio, conservaba la misma serenidad de siempre y sostenía entre las manos un pequeño ramo de hierbas atadas con hilo blanco.

No flores. Hierbas. Romero, lavanda y una rama pequeña de aulaga.

Roselyn se acercó hasta Fiona y le entregó el ramo sin ceremonia.

—La lavanda es para que no os pongáis nerviosa. El romero, para que recordéis quién sois. La aulaga… bueno, la aulaga porque me parecía bonita.

—Roselyn.

—No me miréis así. Bastante esfuerzo ha sido conseguir que Isla no arrancara las ramas buenas para jugar a las espadas con ellas.

—Eso ocurrió una sola vez.

—Ocho.

Fiona soltó una risa pequeña y nerviosa. Aunque suficiente para aflojar un poco la presión que llevaba oprimiéndole el pecho desde el amanecer.

Isla se dejó caer sobre el arcón junto a la ventana y cruzó los brazos.

—Sigo pensando que deberíais huir antes de bajar a la capilla.

Roselyn ni siquiera levantó la vista.

—Ya empezamos.

—No digo que ese hombre sea feo. Solo digo que, si yo tuviera que casarme, desaparecería en las montañas y me

convertiría en leyenda.

—Vos no sobreviviríais ni dos días en las montañas.

—Sobreviviría perfectamente.

—La última vez que pasasteis una noche fuera de Dun Ailean volvisteis llorando porque una cabra os robó el pan.

Isla abrió la boca para responder algo indignado, pero Fiona ya no las escuchaba del todo.

Las contemplaba. A las dos.

A Roselyn sujetando el ramo con esa calma extraña que siempre parecía envolverla. A Isla intentando bromear para no echarse otra vez a llorar. A Mhairi fingiendo ordenar cosas que ya estaban perfectamente colocadas. Aileas apoyada contra la puerta como si vigilara que nadie viniera a robarle a una de sus niñas.

Y comprendió de golpe que iba a echar de menos aquello con una violencia que le dejó casi sin respiración.

La puerta volvió a abrirse entonces.

Su padre entró primero y su madre lo hizo detrás.

El aire pareció cambiar dentro de la habitación.

Callum llevaba la espada al cinto y los colores oscuros del clan sobre los hombros. Estaba muy recto. Demasiado. Fiona comprendió enseguida que llevaba horas esforzándose por mantener aquella compostura de *lairds* antiguos que preferían arrancarse una mano antes que quebrarse delante de otros hombres.

Margaid se acercó despacio hasta ella.

No habló enseguida. Se limitó a recolocarle un mechón rojizo junto a la sien y después alisó el borde del broche de plata con una suavidad que terminó de deshacer a Fiona por dentro.

Su madre llevaba toda la vida arreglándole el cabello antes de los momentos importantes.

Cuando era niña.

Cuando aprendió a montar.

Cuando enfermó durante el invierno de las grandes nevadas.

Y ahora antes de entregarla al norte.

—Estáis preciosa —murmuró al fin.

Fiona intentó responder, pero la voz no le salió como esperaba. Callum carraspeó desde la puerta.

—El cura ya espera.

Aquello devolvió algo de orden a la habitación.

Mhairi colocó la capa sobre los hombros de Fiona y Roselyn le entregó el ramo. Isla se acercó entonces de repente y la abrazó con tanta fuerza que estuvo a punto de arrugarle medio vestido.

—Si ese hombre os hace sufrir, iré personalmente al norte a arrancarle la barba.

—Lachlan no lleva barba.

Isla se apartó para mirarla.

—Entonces le arrancaré otra cosa.

Roselyn cerró los ojos un instante.

—Por el amor de Dios, Isla.

Fiona terminó riéndose de verdad esta vez. Incluso Margaid sonrió antes de negar con la cabeza.

Minutos después, bajaron juntos hacia el patio.

El castillo entero parecía haberse reunido allí. Los hombres del consejo formaban dos hileras desde la entrada principal hasta la capilla. Las mujeres del clan permanecían agrupadas junto a los muros de piedra y los aldeanos observaban en silencio mientras el viento agitaba capas y estandartes sobre las torres de Dun Ailean.

Aileas y las mujeres de las cocinas aguardaban cerca de las cuadras. Bridie sostenía un puñado de pétalos secos entre las manos con tanta fuerza que varios se le habían quedado pegados a las palmas sudorosas.

Fiona cruzó el patio del brazo de su padre.

Cada paso le resultó demasiado consciente.

Reconocía cada rincón de aquel lugar. La piedra junto al pozo donde Isla se abrió la rodilla siendo niña. La galería desde la que Roselyn observaba las tormentas. La puerta de las cocinas donde Aileas gritaba cada amanecer como si pretendiera poner orden en el mundo entero ella sola.

Todo seguía allí. Igual que siempre.

Y, sin embargo, Fiona tuvo la sensación extraña de estar viendo Dun Ailean por última vez con los ojos de una MacLeod.

Lachlan esperaba junto a la entrada de la capilla.

Vestía los colores oscuros de los MacThane y llevaba el broche de hierro sujeto al hombro izquierdo. El jubón negro marcaba la amplitud de sus hombros y la severidad tranquila de su figura. Se había afeitado y la cicatriz de la mandíbula resaltaba más sobre la piel limpia.

Pero no fue eso lo que dejó a Fiona sin respiración. Fueron sus ojos. Porque Lachlan la contemplaba como si el resto del patio hubiese desaparecido.

Fiona recordó de inmediato el beso del día anterior. La forma en que él le había sostenido el rostro en mitad del patio, el calor lento de sus labios sobre los suyos y aquella sensación devastadora de que el mundo entero se había reducido a la distancia entre ambos.

Algo se estremeció dentro de ella con tanta fuerza que tuvo que apretar el ramo para serenarse.

Cuando llegaron al pie de la capilla, Callum soltó el brazo de su hija con lentitud.

El *laird* MacLeod no tomó la mano de Fiona para entregársela al norteño. Tampoco hizo el gesto habitual de empujarla hacia delante como si estuviera cediendo una posesión que otro hombre recibiría a partir de entonces.

Simplemente se apartó.

Y la dejó elegir el último paso por sí misma.

Callum tardó un instante más de lo necesario en retirar el brazo.

Solo uno. A Fiona le bastó para sentirlo. Después dio el paso hacia delante. Lachlan extendió la mano. Ella colocó la suya sobre la de él y entró en la capilla de su brazo.

El interior olía a piedra fría, cera y romero. Las velas encendidas proyectaban destellos cálidos sobre los muros mientras el cura del valle aguardaba junto al altar con expresión solemne y los hombres de ambos clanes ocupaban ya los bancos laterales.

La ceremonia transcurrió con la sobriedad antigua propia de las Highlands.

El sacerdote recitó las bendiciones. Les pidió las manos. Eilis había tejido el cordón blanco con el que les ataron las muñecas y Fiona sintió el calor de Lachlan junto al suyo durante toda la oración, firme y constante bajo la fibra áspera.

Después llegó el beso. Él se inclinó hacia ella despacio.

Fue un beso breve y contenido, demasiado consciente de las decenas de ojos clavados sobre ellos. Sin embargo, cuando sus labios rozaron los de Fiona, ella reconoció de inmediato el mismo calor pausado del patio, la misma calma devastadora que la había dejado sin respiración el día anterior.

En el último instante él le apretó los dedos una sola vez. Con discreción. Sin que nadie pudiera verlo. El gesto terminó de desordenarle el corazón.

Cuando el cura los declaró marido y mujer, los hombres del norte gritaron el nombre de su *laird* y los MacLeod respondieron con la misma fuerza. Bridie lanzó al fin los pétalos secos al aire, aunque la mitad siguieron pegados a sus manos.

La niña se puso colorada. Aileas, a su lado, fingió no darse cuenta mientras le apartaba varios pétalos de la manga.

El banquete comenzó poco después.

La sala grande de Dun Ailean se llenó de humo de chimenea, olor a carne asada y voces mezcladas unas con otras hasta formar ese ruido cálido y desordenado propio de los días importantes del clan. Sobre las mesas aparecieron fuentes de cordero, panes oscuros todavía calientes, queso curado y jarras de hidromiel que los muchachos alcanzaban a rellenar antes de que alguien volviera a vaciarlas.

Fiona ocupó el lugar de honor junto a Lachlan y, cada vez que giraba la cabeza hacia él, le costaba recordar que aquel hombre ya no era únicamente el *laird* del norte sentado a su lado. Era su marido. La palabra seguía resultándole extraña. Pesada. Mucho más íntima que el beso compartido delante del cura y de medio clan.

Iain se inclinó hacia ella al cabo de un rato, sujetando la jarra con ambas manos y esa gravedad absurda que siempre parecía anunciar alguna tontería.

—*Milady*.

Fiona apartó la atención del plato.

—¿Qué sucede ahora?

—La cría de los pétalos.

Ella tardó un segundo en comprender.

—¿Bridie?

—La misma. Se le quedaron pegados a las manos igual que a las crías de Ironhold cuando tiran avena en las bodas.

Fiona sonrió.

—¿En Ironhold lanzan avena a las novias?

—Y media termina dentro de los vestidos porque las crías apuntan fatal. La cocinera mayor lleva treinta años insistiendo en la tradición y las madres treinta años diciendo que algún día una muchacha acabará cegando al sacerdote del valle con un puñado entero.

Fiona terminó soltando una risa pequeña. Iain bebió otro trago antes de continuar, esta vez con menos humor en la voz.

—Lo que intento deciros, *milady*, es que cuando lleguéis al norte no todo os resultará tan distinto como imagináis.

Aquellas palabras le apretaron algo dentro del pecho. Lachlan las oyó desde su lado de la mesa. No intervino. Se limitó a dirigir una breve mirada hacia Iain antes de volver la atención hacia la copa que tenía delante, y Fiona comprendió de inmediato que el segundo del norte no hablaba por casualidad. Quizá incluso obedecía una preocupación que su *laird* jamás habría expresado en voz alta delante de los demás.

La idea la desarmó más de lo que esperaba.

Sin pensarlo demasiado, apoyó la mano sobre el antebrazo de Iain y lo apretó un instante.

—Gracias.

El hombretón carraspeó incómodo y fingió interesarse de repente por la jarra.

—Bueno… alguien tiene que evitar que lleguéis creyendo que dormimos sobre nieve y nos alimentamos de viajeros perdidos.

—¿No lo hacéis?

—Solo cuando el viajero se pone pesado.

Isla apareció detrás de Fiona en ese momento, con una copa medio vacía en la mano y los ojos peligrosamente brillantes.

—¡Eso explica muchísimas cosas!

Roselyn ni siquiera levantó la vista del plato.

—Isla, si os caéis encima de la mesa del consejo, no pienso ayudaros a levantaros.

—Roselyn, sois la mujer menos divertida de estas Highlands.

—Y vos la más escandalosa.

—Eso no es un insulto. Es una virtud.

Callum soltó un resoplido que estuvo peligrosamente cerca de convertirse en risa. Margaid, sentada junto a él, apoyó una mano sobre su muñeca sin dejar de contemplar a sus hijas con esa mezcla extraña de orgullo y tristeza que llevaba acompañándola desde el amanecer.

Las canciones comenzaron poco después. Primero las del sur. Después las del norte. Los aldeanos terminaron golpeando las mesas con las jarras mientras los músicos intentaban mantener el ritmo entre gritos, brindis y el humo cada vez más espeso de las chimeneas.

Bridie y Niall bailaban al fondo de la sala con esa torpeza alegre propia de los críos que todavía no saben avergonzarse de sí mismos. Aileas permanecía junto al fuego supervisando las fuentes de comida con la autoridad de un general en mitad de una batalla, apartando manos demasiado rápidas y amenazando con el cucharón a cualquiera que pretendiera robar antes de tiempo el último trozo de cordero.

Fiona contempló la escena durante un momento. Toda su vida estaba allí. Las mesas donde había aprendido a coser con Roselyn. El rincón donde Isla se escondía para robar dulces antes de la cena. La gran chimenea junto a la que Callum relataba historias de antiguos *lairds* durante los inviernos más duros.

Todo seguía igual.

Y, sin embargo, ella ya no pertenecía del todo a aquel lugar.

La idea le atravesó el pecho con una suavidad dolorosa. Lachlan debió advertirlo, porque Fiona sintió sus ojos sobre ella antes incluso de mirarlo. Su esposo seguía sentado a su lado con la misma calma sobria de siempre, observándola en silencio desde el otro extremo del bullicio.

No preguntó qué ocurría. No intentó distraerla. Simplemente permaneció allí.

Y Fiona tuvo de pronto la sensación absurda de que, si él le tendía la mano en aquel instante, sería capaz de seguirlo hasta el fin

del mundo.

Apartó la vista enseguida. Aquello empezaba a resultar peligroso.

A la tercera canción, Isla terminó haciendo exactamente lo que Roselyn llevaba media tarde temiendo y se subió sobre uno de los bancos.

—¡Hermana!

—Isla, bajaos de ahí.

—Todavía no. Tengo un anuncio importante para el clan.

Roselyn dejó la cuchara sobre el plato con lentitud.

—Dios nos asista.

Isla alzó la copa con solemnidad exagerada.

—La potra nacida anoche en las cuadras ya tiene nombre.

—No quiero saberlo —murmuró Roselyn.

—Se llama Fiona.

La sala estalló en carcajadas. Incluso algunos hombres del norte terminaron riéndose mientras Isla señalaba a su hermana mayor con orgullo absoluto.

—Porque es pelirroja, testaruda y esta mañana mordió a Eachann cuando intentó moverla.

—Eso no se parece en nada a Fiona —comentó Iain con expresión grave.

—Exacto —añadió Lachlan sin apartar la vista de su esposa.

Aquello provocó todavía más risas y Fiona terminó cubriéndose media cara con una mano.

—No pienso aceptar una potra con mi nombre.

—Demasiado tarde. Eachann ya lo escribió en el libro de cuadras.

—Entonces quemaré el libro.

—Hermana, acabáis de casaros. No podéis empezar el matrimonio incendiando propiedades del clan.

Una corriente de aire atravesó la sala justo en ese instante. Las llamas de varias velas se inclinaron al mismo tiempo y uno de los manteles del extremo izquierdo se levantó lo suficiente para arrancarle una maldición a Aileas, que sujetó una fuente antes de que terminara en el suelo.

Isla siguió hablando sin darse cuenta de nada.

—Además, la potra ya responde a su nombre. Le dije Fiona y casi me rompe un dedo.

Roselyn se llevó la copa a los labios. La superficie del agua tembló un instante antes de serenarse otra vez.

Fiona lo vio. Bueno, Fiona y Lachlan.

Porque cuando ella levantó la cabeza, descubrió que él observaba la copa de Roselyn con una atención demasiado tranquila para ser casual. No parecía sorprendido. Tampoco alarmado. Parecía pensando. Uniendo piezas.

Aquello le tensó el pecho, sobre todo porque Lachlan no dijo absolutamente nada. Continuó sentado a su lado con la misma serenidad sobria de siempre mientras Isla seguía discutiendo con Iain acerca de si las cabras desarrollaban o no rencor contra los seres humanos.

—Claro que desarrollan rencor —insistía Isla—. Hay una en las cuadras que me odia desde hace años.

—Eso no es rencor —replicó Roselyn—. Es sentido común.

Varias personas volvieron a reír y la tensión desapareció poco a poco de la mesa principal, arrastrada por el ruido del banquete y el calor de las chimeneas. Fiona, sin embargo, seguía notando algo distinto en Lachlan. Más atento. No hacia ella. Hacia las tres hermanas.

Como si acabara de comprender que Fiona no era la única mujer extraña nacida bajo el techo de Dun Ailean.

Callum bebía ya la sexta copa de hidromiel cuando Isla terminó subiéndose todavía más sobre el banco para reclamar otra vez la atención de la sala.

—¡Todavía no he terminado mi discurso!

—Porque el cielo es cruel —murmuró Roselyn.

—Quiero anunciar oficialmente que, cuando Fiona se marche al norte, yo ocuparé sus habitaciones.

—Ni se os ocurra tocar mis libros —contestó Fiona de inmediato.

—Ya los he tocado.

—Isla.

—Solo uno.

—¿Cuál?

—El aburrido.

Roselyn levantó la vista hacia el techo con resignación.

—Eso reduce muy poco las posibilidades.

—Tenía dibujos.

—Era un mapa político.

—Exactamente. Dibujos tristes.

Callum terminó soltando entonces la primera risa verdadera de toda la jornada. Fue una breve, grave, casi oxidada por el esfuerzo de salir, aunque llenó igualmente la sala principal de Dun Ailean con una calidez extraña que hizo sonreír incluso a varios hombres del consejo.

Margaid volvió la cabeza hacia su marido con lentitud.

Y Fiona, al verlo reír mientras Isla seguía discutiendo con Roselyn y el viento jugueteaba todavía con varias llamas de la sala como un animal travieso incapaz de quedarse quieto, comprendió que aquel instante iba a perseguirla el resto de su vida.

Porque era la última vez que contemplaba a toda su familia reunida de este modo.

XVII



Bridie salió la primera. Llevaba en el delantal el ramo de hierbas que Roselyn había preparado para Fiona el día anterior y que la novia había dejado sobre la mesa del comedor familiar al levantarse del banquete. Aileas le había dicho a la cría que se lo llevara a la mayor antes de que la comitiva se pusiera en marcha.

—Mi señora, Aileas dice que vos os olvidasteis esto encima de la mesa —pronunció la cría tendiéndole el ramo con las dos manos—. Si no os lo traigo a tiempo, me suspende el desayuno tres días. Cogedlo vos, por favor.

—Aileas tiene razón —le aseguró Fiona aceptando el ramo y reprimiendo la sonrisa—. Y vos vais a desayunar mañana, pasado mañana y todos los días de aquí a Navidad. Aileas no os suspende el desayuno ni, aunque rompierais la jarra grande de plata. Eso lo sabe ella mejor que vos.

—¿Aileas siempre tiene razón, mi señora?

—Casi siempre. Y cuando no la tiene, lo arregla antes de que nadie se entere.

Bridie no se movió. Tenía los ojos llorosos y las manos pegadas al delantal. Fiona se acuclilló frente a ella, con cuidado de no arrugar el azul oscuro del vestido contra el empedrado. Le posó la mano sobre la cabeza.

—Bridie, escuchadme. Aileas os va a enseñar más cosas. Mhairi, también. Y la sala de tejer no se cierra porque yo me marche, así que Eilis os va a enseñar a vos a devanar lana cuando os lo permita. Y, cuando volváis a pelar nabos en aquella cocina, os acordáis de mí. ¿Lo haréis?

—Mi señora, yo me acuerdo de vos pelando peras también, y aceitunas, y todo lo que me manden pelar. De mí no os vais a borrar.

—Buena niña. Pelad lo que os manden, no discutáis con la cocinera más de la cuenta y, Bridie, una última cosa.

—¿Sí, mi señora?

—Si Aileas llora en la cocina esta tarde, no le digáis a nadie que lo sabéis. Y, sobre todo, no le digáis a ella que yo lo sé.

—Estamos.

Fiona se irguió. Bridie corrió otra vez hacia las cocinas con el delantal volando. Antes de entrar, se persignó. Lo hizo sin pensarlo, por costumbre vieja.

Aileas no salió.

Mhairi se acercó en su lugar. La doncella llevaba el chal verde de viaje doblado sobre el brazo izquierdo, la bolsa de los aceites de Eilis colgando del hombro derecho y un pañuelo de lino bien apretado en el puño. Estaba llorando. No mucho. Lo justo para que se le notara la respiración alterada al hablar.

—*Milady*, vuestra madre me ha mandado que os entregue el chal de viaje y la bolsa de Eilis. Si me lo permitís, un consejo que ella no os puede dar ahora porque está en el portón con vuestro padre.

—Mhairi, dejad eso.

—¿El qué, mi señora?

—Lo de *milady*. Llevo veinte años llamándoos por vuestro nombre y vos a mí por el mío. No me cambiéis de tratamiento ahora porque me he casado esta mañana. Hoy todavía no. Mañana, si queréis, lo discutimos por carta. Hoy no.

—Sí, mi señ… —empezó la doncella antes de tragar saliva y rectificarse a media palabra—. Sí, Fiona. Os lo concedo. Aunque me cuesta más de lo que os imagináis y os aviso de que en cuanto cruce el portón yo me vuelvo a las costumbres.

Le tendió el chal. Fiona lo cogió. Lo dobló sobre el antebrazo. La mujer le ajustó la bolsa de los aceites en el costado izquierdo, encima del cíngulo.

—Mhairi. ¿Vais a estar bien aquí sin mí?

—Yo voy a estar bien, Fiona. Vuestra madre me necesita más esta semana que la pasada. Vuestras hermanas, también, sobre todo Isla, que la veo venir y va a quererme abrazar las próximas cuatro tardes mientras llora por vos. Y Bridie no acaba de aprender a fregar las cazuelas grandes, así que tengo trabajo para tres meses. Vos tranquila. Quien va a estar peor las primeras semanas no soy yo. Sois vos.

—Mhairi.

—Y si en Ironhold no tenéis quien os peine la trenza alta del clan, escribidme. Yo se lo enseño por carta a quien me digáis. Esa trenza no se aprende sola.

—Os lo prometo.

Mhairi se apartó dos pasos. Le hizo a Fiona la reverencia mínima del clan, esa que la doncella reservaba para Margaid en los actos formales y que jamás le había hecho a una de las hijas hasta esa mañana.

Roselyn vino después. La mediana llevaba el cabello recogido y los ojos verdes muy abiertos. Le tendió a su hermana mayor un frasco pequeño envuelto en un paño de hilo.

—Hermana, esto es para vos. Para los dolores de cabeza que vais a tener. Tres gotas en agua caliente.

—¿Qué dolores de cabeza, Roselyn?

—Los que os van a entrar en Ironhold. No me preguntéis vos cómo lo sé, porque no os lo voy a explicar bien. Pero los vais a tener. Las dos primeras semanas, sobre todo.

—Roselyn. Si me echáis demasiado de menos durante esas dos primeras semanas, podéis escribidme. No solo si os pasa algo grave. También si no pasa nada.

—No me voy a permitir echaros demasiado de menos. Eso lo tengo decidido desde que se anunció la boda.

—Eso no se decide, Roselyn.

—Yo decido lo que me da la gana.

Fiona se rio. Le salió áspera. Roselyn no se rio. La mediana se inclinó hacia delante con la solemnidad de quien va a entregar un objeto sagrado, le posó la frente sobre la cabeza a la hermana mayor durante un segundo justo y se apartó. No la abrazó. Roselyn no abrazaba a nadie, ni siquiera a Margaid, según había decretado a los diez años. Pero la frente sobre la cabeza, para la mediana, era el abrazo.

Isla llegó la última.

La pequeña tenía los ojos rojos y los carrillos llenos de lagrimones de los que no se molestaba en limpiarse. Llevaba en la mano una rienda corta.

—Isla. ¿Qué hacéis vos con esa rienda?

—Es de Fiona, hermana. De la potra. Vos os llevasteis esta mañana la mano izquierda mía cuando salisteis de la mesa del banquete. Yo os doy a cambio la rienda de la potra. A Eachann el mozo le he ordenado que sea él quien la monte mientras me espera. Así, cuando vos volváis al sur, la potra esté hecha al jinete y vos os la podáis llevar sin más trámite.

—Isla, no puedo llevarme la rienda de una potra a un castillo del norte que está a varios días de camino. La primera tormenta de invierno me la va a echar a perder. Devolvédmela cuando vuelva.

—No me digáis Isla con ese tono. Coged la rienda. La cogéis vos y la lleváis a Ironhold y la colgáis en lo alto de vuestra alcoba o donde os parezca, pero la cogéis. Eso lo decido yo, no vos.

Fiona cogió la rienda. La pequeña le pegó a la mayor con la palma abierta en el hombro. Una sola vez. Fuerte. Sin pedirle

permiso. Después se le rompió la contención y rompió a llorar de verdad, en alto, sin pudor.

—Hermana, no me deis abrazo. Os juro por la memoria de la madre de nuestra madre que si vos me dais abrazo me caigo aquí mismo, en el empedrado del patio, delante del clan entero y de los hombres del norte. No me deis abrazo, hermana. Subíos a la yegua. Marchaos. Cuando crucéis el portón, vos no os volváis a mirar atrás.

—Bien, Isla. No os doy abrazo. Subo a la yegua. Cruzo el portón. Y no me vuelvo. Os lo prometo.

—Bien.

La pequeña se apartó. No volvió a mirar a la hermana. Caminó hacia el muro de las cuadras con los hombros encogidos y se pegó a la piedra. Aindreas le ofreció el brazo sin que ella se lo pidiera. Isla se cogió de él. No habló más en toda la mañana.

Margaid esperaba junto a la yegua.

Llevaba el manto cerrado y el cabello recogido con dos pasadores. Tenía los ojos secos.

—Hija, escuchadme antes de subir vos a la yegua. Subid sola. No le pidáis a vuestro esposo que os ayude. Si él os ayuda la primera vez, os va a ayudar todas las demás. Y eso, lo que empieza como un detalle, después pesa.

—Sí, madre.

—Y otra cosa. Escribidme cuando lleguéis. Una carta corta. No me importa a mí que la carta sea corta. Solo me importa que llegue.

—Os llegará.

—Y lo último. Vos sois más fuerte de lo que os vais a creer las primeras semanas en aquella casa. Yo lo sé porque os conozco desde antes de que vuestro padre os conociera. Os vais a sentir débil, perdida y poca cosa más veces de las que estaréis dispuesta a admitirme por carta. No me importa que no me lo admitáis. Lo que

sí me importa es que, mientras os sintáis así, no os olvidéis de lo que os acabo de decir.

Margaid se acercó. Le posó las dos manos sobre los hombros y se las apretó. La miró a los ojos. Fiona se sostuvo.

—Madre. Vos también escribidme. No solo si pasa algo grave. Escribidme también si no pasa nada. Si la tarde es larga y vos os sentáis al telar y os acordáis de mí, cogéis vos pluma y pergamino.

—Lo haré. Una línea por semana mientras lo necesitéis. Lo tengo decidido desde anoche.

—Bien.

Margaid soltó los hombros. Fiona se montó en la yegua sola, conforme a la orden, con el estribo izquierdo primero y la mano firme en la perilla.

Callum aguardaba junto al portón. Cuando la comitiva entera estuvo lista y su hija se montó en la yegua, dio dos pasos hacia ella con la espada del cinto colgando y la barbilla más baja de lo que solía llevar en los actos del clan. Le posó la mano sobre el muslo derecho, encima del azul oscuro del vestido, y la mantuvo allí un instante largo.

—Hija. Escuchadme antes de que crucéis ese portón. Si en algún momento, durante los próximos meses o años, necesitáis algo que no os pueda dar Ironhold, sea lo que sea, me lo decís a mí. No a vuestra madre. Ella ya tiene bastante con lo suyo. Yo no respeto a nadie cuando se trata de mi hija mayor. ¿Lo habéis entendido?

—Lo he entendido, padre. Os lo prometo.

—Bien.

Callum no añadió más. Le retiró la mano del muslo despacio. Le dio una palmada corta a la yegua en el cuello. Hizo a Aonghas, en la torreta, un gesto con la barbilla. Aonghas abrió el portón.

Lachlan se montó sobre el bayo grande. Iain, sobre su caballo. Los cuatro hombres del norte, sobre los suyos. Los dos carromatos, en marcha. Fiona, sin volverse hacia Isla, cruzó el portón al paso.

El portón se cerró detrás.

Y Margaid, junto a la yegua de Mhairi, lloró por fin. Tres lágrimas. Calladas. Por la mejilla izquierda. La doncella no comentó nada. Aileas, en la cocina, lloraba en alto sin que nadie del patio la oyera.

XVIII



La comitiva avanzó al paso por el sendero del valle bajo, envuelta en ese silencio espeso que dejan las despedidas cuando todavía siguen doliendo demasiado para convertirlas en conversación.

Iain cabalgaba el primero. Lachlan, unos metros detrás. Fiona avanzaba entre ambos mientras los cuatro hombres del norte se repartían alrededor de los carromatos con la vigilancia tranquila de quienes llevaban demasiados años viajando armados para relajarse del todo incluso en caminos seguros.

Cabalgaron así durante buena parte de la tarde.

El viento descendía desde las montañas con ese frío húmedo propio de las Highlands al caer el día, pegándose a la piel incluso bajo las capas gruesas. Bajo las pezuñas de las cabalgaduras, el sendero crujía entre barro, piedra y hojas arrastradas por el otoño temprano. A veces el único sonido era el tintinear de los arreos. Otras, el rumor del río descendiendo entre las rocas junto al camino.

Fiona no volvió la cabeza ni una sola vez hacia Dun Ailean.

No porque no quisiera hacerlo, sino porque sospechaba que, si miraba atrás, aunque solo fuera una vez, no encontraría fuerzas para continuar avanzando.

La despedida seguía oprimiéndole el pecho de una forma extraña. Veía todavía el patio lleno de gente, las manos de Margaid sujetando el manto gris sobre las piernas y a Isla intentando bromear para no echarse a llorar delante de medio clan.

Todo había quedado atrás demasiado deprisa.

Fiona bajó la vista hacia las riendas mientras el viento frío descendía desde las montañas. Por primera vez en toda su vida, no sabía cuándo volvería a cruzar el portón de su hogar.

La yegua avanzó unos metros más antes de que Fiona escuchara el sonido de otro caballo aproximándose por la izquierda. Iain acortó el paso hasta colocarse a su altura y sostuvo las riendas con una sola mano mientras el animal expulsaba humo blanco hacia el aire frío de la tarde.

—*Milady*.

Fiona levantó la vista.

—Iain.

El hombretón pareció ordenar primero las palabras dentro de la cabeza antes de continuar.

—Iba a deciros una sola cosa. Después decidís si queréis seguir escuchándome o si preferís que vuelva al frente y os deje tranquila hasta el anochecer.

Fiona asintió en silencio.

Iain miró un instante hacia el camino antes de continuar con esa calma sobria de los hombres que saben cuándo alguien necesita compañía y cuándo necesita simplemente respirar.

—La primera tarde del viaje a Ironhold se hace callada. Es costumbre nuestra. Antigua. La mujer que deja atrás su hogar para marcharse al norte tiene derecho a pasar las primeras horas del camino pensando en lo que ha dejado sin verse obligada a conversar con nadie.

Fiona permaneció quieta sobre la montura mientras el viento agitaba los bordes del manto oscuro.

—Si queréis hablar conmigo, habláis. Si no queréis decir nada, no decís nada y yo vuelvo a mi puesto. Y mi *laird*, detrás de vos, tampoco os dirigirá palabra esta tarde. No porque no quiera, sino porque así se hace.

Aquello le apretó algo dentro del pecho con una fuerza inesperada. Porque no era simple cortesía. Era un grupo de hombres endurecidos por el norte intentando proteger el dolor de una mujer sin convertirlo en espectáculo.

Tardó unos segundos en responder.

—Os lo agradezco, Iain. Pero hoy no quiero hablar. Mañana quizá sí, si me concedéis todavía el permiso.

Una sombra de sonrisa apareció bajo la barba del hombretón.

—Mañana podéis preguntarme lo que queráis.

Después inclinó la cabeza y espoleó otra vez el caballo hacia el frente de la comitiva sin esperar más conversación.

Fiona observó cómo se alejaba unos metros y, casi inmediatamente después, volvió a sentir la presencia de Lachlan detrás de ella.

No necesitaba girarse para saber dónde estaba.

Lo sabía igual que una persona sabe cuándo alguien ocupa el otro extremo de una habitación completamente a oscuras.

El ritmo constante de los cascos del caballo. La distancia exacta que mantenía respecto a su yegua. La sensación extraña de seguridad que empezaba a envolverla cada vez que él se encontraba cerca.

Aquello resultaba peligrosamente nuevo.

El sendero comenzó a estrecharse conforme avanzaban entre las montañas. A la izquierda se abría una pendiente cubierta de pinos oscuros y, a la derecha, el río descendía entre piedras húmedas formando pequeñas corrientes blancas que el viento arrastraba hacia el camino.

Fiona respiró hondo.

Por primera vez desde que abandonó Dun Ailean aquella mañana, consiguió hacerlo sin sentir que algo iba a romperse dentro de ella.

La tarde cayó despacio sobre el valle.

El cielo empezó a teñirse de gris azulado cuando la comitiva alcanzó el viejo puente de madera cercano al paso de Cairnish. Uno de los hombres del norte desmontó para revisar las ruedas del segundo carromato mientras Iain discutía algo en voz baja con el conductor.

Lachlan aprovechó aquella breve detención para adelantar el caballo unos pasos.

No llegó a colocarse a su altura.

Solo más cerca.

La suficiente distancia para que Fiona percibiera el calor del animal y el olor a cuero húmedo mezclado con humo impregnado todavía en la ropa del norteño.

Terminó levantando la vista hacia él casi sin darse cuenta.

Lachlan sostenía las riendas con firmeza mientras contemplaba el puente con esa calma sobria que parecía acompañarlo incluso cuando permanecía completamente quieto. El viento movía varios mechones oscuros alrededor de su frente y la cicatriz de la mandíbula resaltaba más bajo la luz fría del atardecer.

Entonces él volvió la cabeza y sus ojos se encontraron.

Fiona comprendió de inmediato que Lachlan sabía a la perfección que llevaba un buen rato observándolo.

Ninguno habló. No hacía falta.

Su marido sostuvo la mirada un instante más antes de centrar la atención hacia el camino y hacer retroceder el caballo a su posición inicial.

Aquello fue todo.

Y, aun así, Fiona sintió el corazón golpeándole el pecho durante varios minutos.

La comitiva continuó avanzando hasta el atardecer sin más interrupciones. El frío se volvió más intenso conforme el sol

desaparecía detrás de las montañas y las primeras luces comenzaron a aparecer a lo lejos entre los árboles del paso.

La posada surgió media legua después del cruce.

Era una casa baja de piedra oscura y techo de paja, construida junto al camino como si llevara generaciones esperando viajeros cansados bajo aquellas montañas. La luz cálida de las ventanas se derramaba sobre el barro húmedo del exterior y el humo salía en espirales densas por la chimenea principal.

La hostalera apareció en la puerta con un farol en la mano.

Era una mujer recia, de unos cincuenta años, con los antebrazos enrojecidos por el trabajo junto al fuego y el delantal todavía manchado de grasa de cocina. Lachlan desmontó primero y habló con ella en voz baja mientras uno de los mozos corría hacia el establo para recoger las riendas de las cabalgaduras.

La mujer asintió varias veces antes de dirigir una reverencia respetuosa hacia Fiona.

—La alcoba principal está preparada para vos y vuestro esposo. También hay caldo caliente y comida recién sacada del fuego. Si preferís cenar arriba, mi hija os lo subirá enseguida.

Fiona agradeció no tener que bajar aquella noche a un comedor lleno de desconocidos.

—En la alcoba estará bien, gracias.

—Enseguida os lo subimos.

Lachlan esperó a que ella desmontara antes de entrar en la posada.

El gesto fue pequeño. Natural. Aun así, Fiona volvió a notar aquella misma sensación extraña que llevaba persiguiéndola toda la tarde, la de estar siendo cuidada sin que nadie hiciera de ello un asunto visible.

Subieron por una escalera estrecha de madera. La hostalera abrió una puerta al final del corredor y se apartó para dejarlos pasar.

La alcoba era sencilla, una cama grande junto al muro del fondo, una chimenea pequeña encendida, una jofaina sobre la mesilla y dos velas proyectando sombras temblorosas sobre la piedra.

La puerta se cerró detrás de ellos y el pequeño cuarto de la posada quedó envuelto de inmediato en el crepitar suave de la chimenea y en ese silencio extraño que solo existe cuando dos personas se encuentran por primera vez completamente solas después de una boda.

Fiona permaneció quieta junto a la puerta mientras el calor del fuego empezaba a devolverle la sensibilidad a las manos entumecidas por el viaje. La habitación olía a humo, madera vieja y lavanda seca. Las velas encendidas sobre la mesilla proyectaban sombras cálidas sobre los muros de piedra y la cama del fondo parecía ocupar demasiado espacio dentro de aquella alcoba pequeña.

Una sola habitación y cama.

Dejó el ramo de Roselyn sobre la mesilla e intentó concentrarse en cualquier cosa que no fuera el hombre que acababa de entrar tras ella. El chal verde. Los guantes húmedos. La pequeña bolsa con los aceites. Pero seguía notándolo detrás de ella, igual que había ocurrido durante todo el viaje.

El peso de su presencia.

El sonido grave del cinturón al caer sobre la silla.

El agua moviéndose dentro de la jofaina.

Fiona respiró despacio mientras se quitaba los guantes con dedos demasiado lentos. Sentía todavía el cuerpo cansado por las horas de caballo y el vestido pesado sobre la cintura, aunque había algo mucho peor latiéndole dentro desde hacía rato.

Porque durante todo el viaje había intentado ignorar lo que ocurría cada vez que Lachlan se acercaba demasiado.

Ahora ya no podía hacerlo.

La luz de la chimenea proyectó entonces su sombra sobre el muro y Fiona terminó levantando la vista casi sin darse cuenta.

Lachlan permanecía junto a la jofaina con la camisa abierta hasta la cintura y el cabello húmedo echado hacia atrás. El agua había oscurecido la tela sobre el pecho y esta se adhería ahora a la piel y a las cicatrices que cruzaban su torso como restos antiguos de guerra. Los hombros anchos, los brazos fuertes y la línea dura del abdomen quedaban marcados bajo la camisa mojada de una forma casi obscena a la luz del fuego.

Fiona dejó de respirar un instante.

No debería haberlo mirado tanto.

Lo sabía.

Pero tampoco conseguía apartar los ojos.

Había algo devastador en el contraste entre el hombre sobrio y contenido que mostraba al mundo y el cuerpo endurecido por años de batalla que la lumbre iba descubriendo delante de ella. Porque aquel cuerpo hablaba de otra versión de él. Una mucho más peligrosa. Mucho más masculina.

La chimenea chasqueó de pronto y las llamas crecieron un palmo. Fiona siguió observándolo.

La vela más cercana a la jofaina se inclinó hacia su marido, como si el calor de la habitación hubiese cambiado de dirección.

Entonces Lachlan levantó la cabeza. Sus ojos se encontraron y Fiona comprendió de inmediato que él sabía lo que acababa de ocurrir. No porque hubiese mirado el fuego, sino porque la estaba mirando a ella.

El silencio que cayó entonces dentro de la alcoba fue distinto a todos los anteriores.

Permaneció quieto junto a la jofaina mientras sostenía la mirada de su esposa desde el otro extremo de la habitación. Había algo peligrosamente sereno en la forma en que la observaba, una

calma masculina que resultaba mucho peor que cualquier gesto brusco, porque no parecía sorprendido.

Parecía satisfecho.

La vela volvió a estremecerse y Fiona sintió el calor subirle por el cuello al darse cuenta de que llevaba demasiado rato mirándolo como una mujer mira a un hombre al que desea tocar.

Y lo peor era que su marido lo sabía.

Claro que lo sabía.

La chimenea rugió otra vez detrás de ella y las sombras comenzaron a moverse sobre los muros de piedra.

Nunca había deseado a nadie de aquella forma. Ni siquiera sabía que el cuerpo pudiera reaccionar así ante un hombre. El calor bajo la piel. El pulso desordenado. La sensación absurda de que el aire dentro de la habitación se había vuelto demasiado pequeño para los dos.

Lachlan dejó entonces el paño húmedo sobre la mesilla y empezó a remangarse despacio la camisa todavía abierta. Fiona siguió el movimiento sin querer hacerlo. Los antebrazos fuertes. Las manos grandes. Las cicatrices antiguas perdiéndose bajo la tela húmeda. Y aquella tranquilidad insoportable con la que él parecía soportar ser observado.

La llama de una de las velas volvió a inclinarse hacia él.

La boca de Lachlan se tensó un poco. No llegó a sonreír.

Pero Fiona tuvo la certeza absoluta de que su marido estaba disfrutando de aquello muchísimo más de lo que pensaba admitir jamás.

Y, de alguna manera, eso lo volvió todavía más peligroso.

Lachlan avanzó entonces un solo paso hacia ella. No más. La distancia entre ambos se redujo lo suficiente para que Fiona percibiera con claridad el olor a cuero húmedo, humo y viento frío impregnado todavía en la piel del norteño.

El corazón empezó a golpearle el pecho con tanta fuerza que las llamas respondieron otra vez detrás de ella.

Más altas y vivas.

Lachlan bajó la vista hacia el fuego antes de regresar a los ojos de Fiona. Aquella vez sí apareció algo parecido a una sonrisa en la comisura de su boca. Pequeña, masculina, devastadora.

—Esposa —murmuró con esa voz grave que parecía rozarle directamente la piel—, vais a conseguir que esta habitación termine ardiendo.

La frase le recorrió el cuerpo entero. Fiona sintió el calor extenderse desde el pecho hasta la garganta mientras la chimenea crepitaba con fuerza.

Y lo peor de todo fue comprender que su marido no parecía preocupado en absoluto por lo que estaba presenciando.

Estaba disfrutando al saber que despertaba deseo en su esposa.

XIX



Fiona despertó con la sensación extraña de no saber dónde se encontraba. Hacía muchos años que no le ocurría algo así y permaneció inmóvil bajo las mantas durante un instante, escuchando el crepitar suave de la chimenea y el viento golpeando las contraventanas exteriores, hasta que los recuerdos de la víspera terminaron regresando despacio.

La boda. El viaje. La posada. Lachlan.

Abrió los ojos despacio.

Junto a la chimenea, sentado sobre el suelo de tablas con la espalda apoyada contra el muro y los brazos cruzados sobre el pecho bajo la camisa abierta, Lachlan dormía profundamente. La cabeza se le había inclinado hacia el hombro derecho y la lumbre, que tanto había costado dominar la noche anterior, ardía ahora tranquila con tres leños nuevos que la hostalera debía de haber añadido al amanecer.

Lo observó desde la cama durante tanto tiempo, que cualquier persona que la descubriera pensaría que se había convertido en piedra.

Dormido parecía más joven. La dureza habitual del rostro desaparecía casi por completo cuando cerraba los ojos y la mecha cana sobre la sien izquierda le caía desordenada sobre la frente igual que a un muchacho demasiado alto para seguir siendo joven. Incluso la gran cicatriz parecía menos feroz bajo aquella luz gris azulada del amanecer.

Entonces bajó la vista hacia la manta arrugada sobre las tablas.

Había pasado la noche en el suelo.

Algo dentro de ella se tensó con una fuerza extraña al comprender que dormido incómodo solo para no hacerla sentir presionada durante su primera noche como marido y mujer.

Apartó las mantas con cuidado para no despertarlo y se levantó despacio. La camisa interior le llegaba a media pantorrilla y la trenza alta que Mhairi le había sujetado el día anterior se había desplazado durante la noche hasta quedar colgando sobre el hombro izquierdo.

La alcoba seguía envuelta en una luz tenue y silenciosa cuando se acercó a la jofaina. Se lavó el rostro con el agua fría, se cepilló los dientes con el pequeño ramillete de menta seca que llevaba en la bolsa de los aceites y terminó apartándose varios mechones rebeldes de la frente antes de volverse hacia la silla donde descansaba el vestido azul oscuro de la víspera.

Fue entonces cuando descubrió que Lachlan tenía los ojos abiertos.

La observaba desde el suelo con la calma de un hombre que probablemente llevaba despierto bastante rato y no había querido moverse para no incomodarla.

—Fiona.

La voz grave le recorrió el cuerpo entero de una forma absurdamente inmediata.

Ella apoyó una mano sobre el respaldo de la silla intentando aparentar más serenidad de la que sentía.

—¿Lleváis mucho despierto?

—Lo justo para descubrir que os movéis por habitaciones ajenas como si llevarais años viviendo en ellas.

Fiona terminó sonriendo mientras recogía el chal verde de la víspera.

—Eso tiene menos mérito del que pensáis. Llevo media vida aprendiendo dónde se colocan las jarras, los aceites y los paños

limpios. Al final una acaba fijándose sin darse cuenta.

La comisura de la boca de su esposo se tensó con ligereza.

—No os critico, tan solo os observo.

—¿Y cuál es la diferencia?

—Que la crítica suele responderse. La observación no siempre.

Aquello le arrancó una risa pequeña que intentó amortiguar enseguida llevándose la mano a la boca. Lachlan terminó incorporándose despacio, con el cuidado contenido de un hombre al que quizá le dolía la espalda bastante más de lo que pensaba admitir delante de su esposa.

—Deberíais haber dormido en la cama —murmuró Fiona sin pensar demasiado en lo que decía.

Lachlan se apoyó un instante contra el muro antes de ponerse de pie por completo.

—Y vos habríais pasado la noche entera despierta esperando a ver qué hacía yo después.

Fiona abrió la boca. La cerró otra vez. Porque lo peor era que tenía razón.

—Además, he dormido en sitios bastante peores.

Fiona volvió a mirar la manta sobre las tablas y las imágenes aparecieron solas dentro de su cabeza. Campañas. Guerra. Frío. Sangre. Años enteros durmiendo sobre piedra húmeda o tierra helada mientras otros hombres intentaban matarlo antes del amanecer.

La idea le encogió algo dentro del pecho.

Quizá por eso, cuando volvió a levantar la vista hacia él, sus ojos ya no les parecieron solo los de un guerrero peligroso, sino los de un hombre cansado.

Lachlan sostuvo la mirada de Fiona durante unos segundos más antes de apartarse hacia la jofaina. El agua fría debió de

terminar de despertarlo del todo porque se pasó ambas manos por el rostro y después por el cabello oscuro, echándolo hacia atrás mientras el amanecer seguía extendiéndose por la alcoba.

Fiona aprovechó aquel momento para girarse hacia la silla y recoger el vestido azul oscuro de la víspera. La tela conservaba todavía el olor leve del humo de Dun Ailean mezclado con lavanda y viento frío, y algo en aquello le apretó el pecho con una nostalgia inesperada. Habían pasado unas horas y, aun así, su vida entera parecía haber quedado a varios inviernos de distancia.

—La hostalera dijo anoche que podían subirnos comida —murmuró mientras ordenaba la falda sobre los brazos—. Supongo que deberíamos desayunar antes de continuar el viaje.

—Ya lo han hecho.

Fiona volvió la cabeza hacia él con el ceño fruncido.

—¿Cómo decís?

—La comida. La han subido mientras dormíais.

Señaló entonces la pequeña mesa junto a la ventana. Fiona ni siquiera la había visto. Sobre la madera descansaban dos cuencos de avena caliente, pan negro recién cortado, mantequilla, queso curado y una tetera pequeña todavía humeante junto al fuego.

—No quería despertaros —añadió él mientras terminaba de ajustarse la camisa.

Aquello le produjo otra de esas sacudidas absurdas que llevaba sintiendo desde la víspera, porque Lachlan hacía las cosas importantes exactamente igual que hacía las pequeñas: sin convertirlas nunca en un espectáculo.

Fiona dejó el vestido sobre la cama y terminó sentándose junto a la mesa mientras el norteño ocupaba la silla frente a ella. El mueble crujió bajo el peso de Lachlan y, durante un instante, el pequeño cuarto de la posada adquirió una intimidad tan doméstica que a Fiona le costó recordar que llevaban casados un día. El vapor

de la tetera subía despacio entre ambos mientras él le servía primero a ella antes de llenar su propia taza.

Otro gesto pequeño. Natural.

Pero Fiona empezaba a sospechar que aquellos detalles terminarían resultándole mucho más peligrosos que las cicatrices, la espada o el tamaño descomunal de aquel hombre.

—¿Os duele mucho la espalda? —preguntó al fin antes de beber.

Lachlan levantó una ceja.

—¿La espalda?

—Habéis dormido sobre el suelo.

—He dormido sobre roca mojada, Fiona. Las tablas de una posada no cuentan como sufrimiento.

Ella removió despacio la infusión dentro de la taza antes de alzar la vista hacia él.

—Eso no responde a mi pregunta.

Aquello volvió a provocar esa mínima tensión en su boca, que en cualquier otro hombre habría sido una sonrisa completa.

—Sois mujer de preguntas.

—Y vos un hombre de respuestas esquivas.

—Eso me ha mantenido vivo bastantes años.

Fiona terminó sonriendo por encima de la taza y Lachlan sostuvo la mirada un instante más antes de bajar la vista hacia el pan negro.

Había algo extrañamente tranquilo en aquel desayuno. Algo que no se parecía en nada a lo que Fiona había imaginado acerca del matrimonio. No existía incomodidad entre ellos. Tampoco obligación. Solo silencio, calma y una sensación peligrosa de costumbre naciendo demasiado deprisa.

Fuera, el viento golpeó las contraventanas con más fuerza y Fiona volvió la cabeza hacia la ventana.

—¿Falta mucho para llegar?

—Varias horas todavía.

—¿Y el camino sigue siendo igual de horrible?

—Peor.

Ella soltó una pequeña exclamación indignada que hizo que Lachlan terminara mirándola directamente otra vez.

—Eso no os preocupa tanto como fingís.

—Claro que sí porque no sé si tengo piernas.

—La otra tarde tampoco parecían preocuparos demasiado las piernas cuando decidisteis galopar media colina para apagar un incendio.

Fiona se quedó quieta. Lachlan tomó otro pedazo de pan antes de continuar, como si no acabara de dejar caer aquello en mitad del desayuno.

—Os observé bastante bien desde arriba, por si os lo preguntabais.

El calor le subió de inmediato al rostro porque la voz del norteño había cambiado un poco. Lo justo. Y aquello resultaba infinitamente peor.

—No estaba haciendo nada extraño.

—No he dicho que lo hicierais.

—Entonces dejad de mirarme así.

La comisura de la boca de Lachlan volvió a tensarse.

—¿Así cómo?

Fiona abrió la boca. No respondió.

Porque el problema era precisamente que no sabía cómo describir aquella mirada. Era tranquila, silenciosa. Pero había algo que le hacía sentir calor incluso sentada frente a una taza de té caliente.

Lachlan pareció disfrutar demasiado de aquel silencio. No insistió. Simplemente siguió desayunando con esa calma insoportable de hombre que ya había comprendido mucho más de lo que pensaba admitir en voz alta.

Fiona terminó apartando la vista hacia la ventana otra vez para recuperar algo parecido al sentido común. El paisaje exterior había cambiado durante la noche. Las montañas del sur quedaban ya muy atrás y el terreno comenzaba a volverse más abrupto, más oscuro, más salvaje incluso bajo la luz gris del amanecer.

El norte.

Por primera vez desde la boda, Fiona sintió una punzada real de nervios porque dentro de unas horas vería Ironhold. El hogar de Lachlan. El lugar donde tendría que aprender a vivir.

Como si hubiese adivinado lo que estaba pensando, su marido dejó la taza sobre la mesa y habló con la misma tranquilidad sobria de siempre.

—No tenéis que preocuparos tanto.

Fiona volvió la cabeza hacia él.

—¿Se me nota mucho?

—Bastante.

—Eso es humillante.

—No especialmente. Yo también estaría preocupado si tuviera que entrar en una fortaleza llena de MacThane armados hasta los dientes.

Aquello le arrancó una risa suave y, por primera vez desde que había abandonado Dun Ailean, Fiona sintió que el miedo dentro del pecho se aflojaba un poco.

El desayuno terminó poco después. Lachlan se levantó primero y recogió las capas oscuras apoyadas junto a la puerta mientras Fiona terminaba de colocarse el vestido y rehacía la trenza frente al pequeño espejo empañado de la pared. La habitación

seguía oliendo a humo y té caliente cuando él se acercó por detrás para tenderle el manto grueso de viaje.

Los dedos de ambos se rozaron un instante. Solo eso.

Pero el cuerpo de Fiona reaccionó igual que la noche anterior. El pulso se le aceleró y tuvo que concentrarse demasiado en sujetar correctamente la tela sobre los hombros para que Lachlan no notara nada.

O quizá sí lo notó.

Porque la mirada de su esposo descendió un instante hacia su boca antes de apartarse otra vez con esa calma insoportable que empezaba a volverla medio loca.

Bajaron juntos al comedor de la posada poco después. A aquella hora había media docena de viajeros repartidos entre las mesas y varios hombres del norte ya desayunaban junto al fuego principal. Iain levantó la vista en cuanto ellos aparecieron por la escalera y una sonrisa lenta atravesó su barba.

Fiona sospechó que aquel hombre disfrutaba demasiado observándolo todo.

—*Milady* —saludó mientras se ponía en pie—. Mi *laird*.

—Espero que nadie haya destrozado nada durante nuestra ausencia —murmuró Lachlan.

—Todavía no. Aunque Angus casi mata al marido de la posadera por querer ofrecerle leche de cabra en vez de vino rancio.

Uno de los guerreros soltó una carcajada al fondo de la sala. Fiona terminó sonriendo sin querer mientras se ajustaba el manto. Había algo distinto en los hombres del norte cuando estaban juntos. Menos rigidez. Más ruido. Más vida de la que ella había imaginado viendo únicamente a Lachlan.

La hostalera apareció desde la cocina con una bolsa envuelta en tela.

—Pan, queso y carne seca para el camino —explicó mientras se la entregaba—. Llegaréis antes del anochecer si el cielo

aguanta.

Lachlan asintió agradecido antes de dejar varias monedas sobre la barra.

Fuera, el viento golpeó el patio de la posada en cuanto cruzaron la puerta principal. Los caballos estaban preparados y los hombres terminaban de ajustar los últimos amarres de los carromatos bajo un cielo gris cada vez más pesado.

Fiona apoyó una mano sobre la silla de montar antes de volver la cabeza hacia el norte. Las montañas parecían distintas allí arriba.

Más oscuras y salvajes.

Como si el mundo se volviera poco a poco más antiguo conforme avanzaban hacia Ironhold. Lachlan se acercó entonces por detrás y sujetó las riendas de la yegua mientras ella montaba.

—Si el cielo aguanta despejado, veremos Ironhold antes del anochecer.

Fiona sintió de inmediato cómo el pulso volvía a tensársele dentro del pecho.

—¿Se ve desde lejos?

Su marido la observó un instante mientras montaba sobre el caballo oscuro.

—Demasiado.

XX



El cielo se había cerrado sobre el camino con una capa gris y baja, de esas que no anuncian lluvia todavía, aunque obligan a los hombres a mirar más de una vez hacia las colinas. Fiona cabalgaba envuelta en el manto grueso de viaje, con las manos firmes sobre las riendas y el cuerpo todavía resentido por la noche en la posada, aunque no tanto como para admitirlo delante de Lachlan ni de Iain. El sendero ascendía hacia el norte entre tramos de piedra oscura y hierba mojada, y a medida que avanzaban, los árboles se fueron separando hasta dejar al descubierto una tierra más desnuda, más dura, menos dispuesta a ofrecer refugio.

Lachlan cabalgaba cerca de ella, no tanto como para imponer conversación ni tan lejos como para que pudiera olvidarse de su presencia. En los pasos estrechos se adelantaba sin decir nada, ocupando primero las curvas donde el terreno caía demasiado cerca del barranco, y en los tramos abiertos dejaba que Iain guiara la comitiva mientras sus hombres se repartían alrededor de los carromatos con una vigilancia silenciosa. Nadie parecía alarmado, aunque nadie viajaba relajado. Los ojos iban de los riscos al camino, del camino a los matorrales, de los matorrales a las nubes bajas, como si cada piedra pudiera guardar memoria de una emboscada.

Fiona tardó poco en comprender que no era prudencia de viaje, sino costumbre de guerra.

A media mañana, uno de los hombres del norte levantó una mano antes de una curva cerrada y Domhnall desmontó para revisar el tramo que descendía entre dos paredes de roca. Nadie explicó nada. Eso fue, precisamente, lo que hizo que el frío le calara un poco más debajo del manto. En Dun Ailean también había hombres

que sabían callar, pero el silencio de aquellos norteños tenía otra raíz. No nacía solo de la discreción. Nacía de haber sobrevivido demasiado.

—¿Siempre viajáis así? —preguntó al fin, sin apartar la vista del camino.

Lachlan miró hacia la curva antes de responder.

—¿Así cómo?

—Como si el camino pudiera intentar mataros.

La comisura de su boca se movió.

—Algunos lo han intentado con menos esfuerzo.

Fiona volvió la cabeza hacia él. Lachlan tenía la mandíbula dura, la mano cerca de la espada y la mirada fija en la loma que se alzaba al otro lado del paso. El viento le movía algunos mechones oscuros sobre la frente y, desde que había abandonado la posada, Fiona tuvo la sensación clara de que no estaba entrando solo en el hogar de su marido, sino en una tierra que todavía sangraba por heridas que nadie nombraba del todo.

—Vuestro tío —dijo ella en voz baja.

Lachlan tardó un instante en contestar.

—Entre otros.

No añadió más y Fiona no insistió. No hacía falta. El rostro de los hombres, la manera en que Iain volvió a montar después de revisar el paso, el modo en que los carromatos avanzaron pegados al interior de la curva y no al borde, lo dijeron mejor que cualquier relato. El norte no estaba en paz. Quizá nunca lo había estado. Tal vez Ironhold no era solo un castillo frente al mar, sino una casa acostumbrada a cerrar puertas antes de que anocheciera.

El impacto de las olas en las rocas del acantilado comenzó a escucharse antes de aparecer. Al principio fue un rumor grave que se confundía con el viento, después un golpe constante, profundo, como si algo inmenso respirara detrás de las colinas. Fiona conocía ríos, lagos, lluvias violentas, torrentes que crecían en primavera y

arrastraban ramas enteras por los valles, pero aquello era otra cosa. El sonido no venía hacia ellos. Estaba allí desde siempre, aguardando, golpeando una y otra vez contra la piedra con una paciencia brutal.

El sendero giró al oeste cuando la tarde empezaba a oscurecer. Entonces vio Ironhold.

El castillo se alzaba sobre los acantilados como si llevara siglos resistiendo al viento y al mar. Sus murallas negras parecían surgir de la misma roca de la costa y las torres dominaban el horizonte bajo un cielo gris que amenazaba tormenta. Abajo, las olas rompían contra los peñascos con una violencia sorda, levantando espuma que el viento arrastraba hacia la ladera. Había gaviotas girando sobre las almenas, humo escapando de varias chimeneas y hombres apostados en los muros, pero ninguna de esas señales de vida suavizaba la impresión de dureza que transmitía la fortaleza.

Dun Ailean siempre había parecido un hogar, incluso cuando el invierno lo cubría todo de nieve.

Ironhold parecía una casa hecha para sobrevivir.

Fiona se quedó mirándolo sin decir nada. Notó el peso de la mirada de Lachlan a su lado, aunque él no la apremió. La dejó contemplar las torres estrechas, el puente de piedra, el portón reforzado con hierro, los riscos cayendo hacia un mar oscuro que no concedía descanso. Aquello era suyo ahora, o al menos eso esperaba todo el mundo. Aquella piedra, aquel viento, aquellas mujeres que aún no conocía, aquellos hombres que obedecían a Lachlan con solo verle levantar la mano. La idea le produjo un vértigo sereno, mucho peor que el miedo, porque no podía combatirlo ni negarlo.

—No es Dun Ailean —dijo él.

—No.

—Tampoco intenta serlo.

Fiona volvió la cabeza hacia su marido. Había algo casi defensivo en aquella frase, no una disculpa, sino la advertencia de

un hombre que conocía la dureza de su propia casa y no pretendía disfrazarla.

—Cada lugar nace con un destino diferente. Dun Ailean para cuidar a las tras hijas del *laird* MacLeod, Ironhold, para proteger al suyo.

Lachlan la observó un momento antes de mirar de nuevo hacia las murallas.

—Es un buen resumen.

Reanudaron la marcha. El camino descendía hacia el puente y, conforme se acercaban al portón, Fiona distinguió más movimiento en las murallas. Dos hombres hablaban junto a la torre oriental. Un muchacho corría por la galería superior con una lanza demasiado larga para su edad. En el patio exterior había redes mojadas, barriles apilados, carros con leña y perros grandes que se apartaron al paso de los caballos sin ladrar, como si también ellos hubieran aprendido que en Ironhold no se desperdiciaba ruido sin motivo.

El portón empezó a abrirse antes de que Iain cruzara el puente.

La madera reforzada con hierro se desplazó hacia dentro con un quejido grave y la comitiva entró al patio principal al paso. No hubo música, ni gritos de bienvenida, ni esa algarabía con la que Dun Ailean habría recibido a una hija que regresaba casada. En Ironhold, la llegada del *laird* produjo otra clase de reacción. Los mozos dejaron de hablar. Un herrero apoyó el martillo sobre el yunque. Dos mujeres con cestos de ropa se apartaron junto al muro. Los guerreros enderezaron la espalda y las criadas que cruzaban hacia las cocinas inclinaron la cabeza sin dejar de mirar de reojo a la mujer del sur que entraba junto a él.

Fiona vio entonces a Lachlan en su propio territorio.

No como huésped, ni esposo reciente, o como hombre que dormía en el suelo para no incomodarla. Allí era el centro silencioso alrededor del cual se ordenaba todo lo demás. No necesitaba elevar

la voz. No necesitaba mirar dos veces. El patio abría espacio para él con una naturalidad que no se aprende en un día, sino después de años de obedecer y de temer por una misma causa.

Un hombre joven apareció desde la zona de las cuadras antes de que la comitiva terminara de detenerse. Venía sin capa, con el cabello pegado a la frente por el viento y la urgencia escrita en la cara.

—Mi *laird*.

Lachlan desmontó de inmediato.

—Hablad.

—Han llegado dos hombres desde el puerto bajo. Dicen que anoche vieron señales en el farallón de Bredach. Tres luces. Después una. Igual que la vez anterior.

El patio se tensó de una forma casi imperceptible. Iain, que acababa de bajar del caballo, se quedó quieto con una mano sobre las riendas. Domhnall miró hacia la muralla norte. Uno de los perros levantó la cabeza. Fiona no entendió qué significaban aquellas luces, pero sí comprendió el modo en que el aire cambió alrededor de todos.

—¿Quién lo vio? —preguntó Lachlan.

—MacRae y el hijo de Dugan.

—¿Están sobrios?

—Uno más que el otro.

—Traedlos al salón pequeño. Iain, conmigo. Ruairidh, cerrad el paso del puerto hasta que yo baje.

Nadie preguntó por qué. Ni pidieron una repetición de la orden. Los hombres se movieron con rapidez, sin descontrol, y esa obediencia inmediata inquietó a Fiona mucho más que si hubieran gritado. Lachlan se giró entonces hacia ella y en su rostro apareció durante un instante el peso exacto de lo que era ser *laird* de una casa rodeada de enemigos. No había cansancio posible.

—Fiona, tengo que ocuparme de esto.

—Lo sé.

Él la observó como si quisiera decir algo más y el patio no le dejara espacio para hacerlo. Al final, se limitó a señalar con la cabeza hacia los escalones de la entrada principal, donde una mujer alta, de cabello blanco recogido bajo una cofia oscura, acababa de aparecer con las manos cruzadas delante del vientre.

—Morag os llevará dentro. Fue mi nodriza y gobierna esta casa desde antes de que yo pudiera sostener una espada. Confiad en ella.

—Id, Lachlan.

Él sostuvo su mirada un instante más. Después se volvió hacia Iain y cruzó el patio hacia una entrada lateral, seguido por varios hombres. Fiona lo observó marcharse sin moverse, mientras el viento agitaba la falda de su vestido de viaje y el portón volvía a cerrarse con un ruido que pareció dejarla definitivamente dentro.

Morag bajó los escalones sin prisa.

No era anciana en el sentido frágil de la palabra. Tenía el rostro marcado por los años, la espalda recta y una mirada clara que parecía haber visto nacer, pelear y sangrar a todos los hombres de aquel castillo. Se detuvo ante Fiona con una reverencia sobria, más propia de una mujer que reconocía un rango que de una criada inclinándose por costumbre.

—*Lady* MacThane.

El título le resultó todavía ajeno.

—Morag.

—Debéis de estar cansada, hambrienta y demasiado orgullosa para admitir ninguna de las dos cosas en medio de un patio lleno de desconocidos.

A Fiona se le escapó una sonrisa mínima, porque había algo en aquella sequedad que la hizo pensar en Aileas, aunque Morag no se parecía a ella en nada.

—Me temo que sí.

—Bien. Una mujer que no miente mal ahorra mucho trabajo. Venid conmigo.

Morag hizo una seña a dos criadas para que se ocuparan de los baúles y condujo a Fiona hacia la entrada. Al cruzar el umbral, el frío del patio quedó atrás y lo sustituyó un aire cargado de humo de turba, lana húmeda, sal y piedra antigua. El vestíbulo era amplio y oscuro, con antorchas en soportes de hierro y un suelo de losas negras que devolvía el sonido de sus pasos con una gravedad que a Fiona le recordó a una iglesia sin santos.

Varias mujeres aguardaban a ambos lados del corredor. No la miraron con descaro ni sonrieron demasiado, aunque tampoco había hostilidad en ellas. Inclinaron la cabeza cuando pasó y mantuvieron después los ojos bajos, como si en Ironhold la curiosidad se ocultara bajo una disciplina aprendida desde niñas. Fiona notó algunas miradas fugaces en su cabello, en el broche de plata del cuello, en la bolsa de aceites de Eilis que seguía colgada de su costado.

Morag la condujo primero al salón principal.

Era una estancia larga, de vigas oscuras y muros gruesos, con dos chimeneas encendidas que conseguían vencer el frío que parecía subir desde la propia piedra. Había bancos junto a las paredes, mesas preparadas para la cena y un olor profundo a carne, cerveza, humo y mar. Una criada atizaba el fuego de la chimenea mayor mientras murmuraba algo en gaélico antiguo. Le hablaba al fuego con una naturalidad baja y doméstica, como si la lumbre fuera una vieja difícil a la que convenía mantener de buen humor.

Fiona se detuvo un instante.

Morag también, aunque no dijo nada. Solo esperó el tiempo justo para que Fiona comprendiera que nadie en aquella sala encontraba extraño aquello. Después siguió andando hacia la escalera y Fiona la acompañó sin hacer preguntas, aunque el recuerdo de las mujeres de Dun Ailean guardando sus propios secretos le rozó la nuca como una mano fría.

Subieron al primer piso por un tramo ancho de piedra. Cuanto más avanzaban, más claro se oía el mar. No parecía un sonido exterior, sino algo metido en los muros, una respiración pesada que golpeaba al pie de los acantilados y ascendía por la estructura del castillo hasta instalarse en cada corredor.

—Las primeras noches cuesta dormir —comentó Morag al llegar al ala norte—. Después una se acostumbra, o eso dicen las mujeres que no quieren admitir que siguen contando olas hasta el alba.

Abrió una puerta de madera oscura y se apartó.

La alcoba era grande, de techo bajo y piedra casi negra. Tenía una cama amplia contra el muro del norte, una chimenea encendida a la izquierda y dos ventanas estrechas desde las que se veía el mar rompiendo contra las rocas. Sobre un arcón habían dejado agua caliente, paños limpios y una bandeja con pan, queso, carne fría y una jarra pequeña de cerveza suave. Los baúles de Fiona aún no habían subido, aunque alguien había colocado una manta gris sobre la cama y un chal oscuro sobre el respaldo de una silla, como si la estancia hubiese intentado recibirla con aquello poco que conocía de ella.

—Esta será vuestra alcoba hasta que decidáis otra cosa —dijo Morag—. La del *laird* está al otro lado del corredor. Él ordenó que tuvierais espacio los primeros días.

Fiona acarició con los dedos el borde áspero de la manta. No era lino fino ni lana suave de Dun Ailean. Era gruesa, práctica, hecha para retener calor en una casa donde el viento parecía entrar hasta en los pensamientos.

—Ha pensado en demasiadas cosas.

—Lachlan piensa en todo, aunque a veces tenga la delicadeza de fingir que no.

Fiona volvió la cabeza hacia ella. Morag no sonrió, aunque sus ojos se suavizaron.

—La cena puede servirse aquí o abajo. Esta noche, con el puerto revuelto, os aconsejo aquí. Mañana ya tendréis castillo de sobra encima.

—Aquí estará bien.

—Mandaré a una muchacha con comida caliente. Se llama Eilidh. Es callada, rápida y no rompe más de una jarra por semana, que en esta casa ya cuenta como virtud.

Fiona soltó una risa leve.

—Entonces parece una buena elección.

—Lo es. Y si necesitáis algo, tirad del cordón junto a la cama. Si no necesitáis nada, tirad igualmente antes de dormir. Así sabremos que el norte no os ha tragado durante la primera noche.

Morag salió y cerró la puerta con suavidad.

Fiona se quedó sola.

Durante un rato no hizo nada. Escuchó el mar, el viento, los pasos lejanos en el corredor y una voz masculina que respondió en gaélico desde algún lugar de abajo. Después se acercó a la ventana y apoyó una mano sobre la piedra fría. Desde allí no veía el puerto, aunque sí distinguía luces moviéndose en la parte baja del acantilado. Antorchas. Hombres. Sombras que iban y venían con urgencia. Lachlan estaría allí abajo, entre ellos, resolviendo problemas que ella todavía no comprendía en un territorio donde incluso las señales de luz podían hacer que un patio entero contuviera la respiración.

Eilidh llegó poco después con la cena.

Era una muchacha delgada, de ojos oscuros y manos rojas por el frío, que entró con una bandeja cubierta por un paño limpio y la dejó sobre la mesa sin curiosear más de la cuenta. Traía caldo espeso, pan de avena, mantequilla salada y un cuenco pequeño de manzanas cocidas con miel. Fiona le dio las gracias y la muchacha inclinó la cabeza antes de preguntar si necesitaba ayuda para desvestirse. Cuando Fiona respondió que todavía no, Eilidh aceptó la

respuesta sin insistir, avivó un poco la lumbre y se marchó con la misma discreción con que había entrado.

Fiona cenó sola junto al fuego.

No tenía mucha hambre, aunque comió porque podía oír a Mhairi y a Aileas regañándola desde algún lugar de la memoria. El caldo estaba demasiado salado para su gusto y el pan era más áspero que el de Dun Ailean, aunque la mantequilla resultó buena y las manzanas tenían un punto ácido que le recordó a las del huerto sur. Ese pequeño parecido, tan absurdo en medio de una habitación extraña, fue lo que terminó de aflojarle algo dentro del pecho.

Cuando terminó, se quitó el vestido de viaje despacio, doblándolo sobre una silla con más cuidado del necesario. Después se lavó con el agua ya tibia, se puso la camisa interior y deshizo la trenza hasta dejar que el cabello le cayera por la espalda. Las llamas de la chimenea se movieron con suavidad cuando se acercó a la cama, no demasiado, solo lo justo para acompañar el temblor que le recorría las manos.

Se metió bajo la manta gris.

La lana pesaba más que las mantas de Dun Ailean y olía a humo limpio, a arcón cerrado, a otra casa. Fiona permaneció despierta largo rato mirando las sombras del techo mientras el mar golpeaba los acantilados bajo la ventana. Pensó en su madre, en Isla, en Roselyn, en Bridie pelando cualquier cosa que le pusieran delante para no llorar en las cocinas. Pensó en Lachlan al otro lado del castillo, lejos de aquella alcoba preparada para ella con una delicadeza que él jamás admitiría como tal.

Mucho más tarde, cuando ya creía que el cansancio iba a vencerla, oyó pasos en el corredor.

Botas de hombre. Voces bajas. Una puerta que se abría dos estancias más allá.

Fiona no se incorporó. Se quedó quieta bajo la manta, escuchando cómo alguien dejaba una espada contra la madera, cómo otra voz murmuraba algo que no logró entender y cómo,

después de unos segundos, el corredor volvía a quedarse en silencio.

Lachlan había vuelto. No fue a verla. No llamó a su puerta.

No rompió aquella distancia que él mismo había ordenado para darle espacio.

Y, de algún modo, esa ausencia contenida le pesó más que si hubiera entrado.

Fiona cerró los ojos mientras el mar golpeaba los acantilados bajo Ironhold y, al otro lado del muro, en algún lugar demasiado cercano y demasiado lejos, el castillo volvió a guardar silencio alrededor de su *laird*.

XXI



Fiona despertó al alba con la sensación nueva de no saber hacia qué lado de la cama mirar para encontrar al marido. Tardó un instante en recordar que Lachlan, durante aquella primera noche en Ironhold, había dormido dos puertas más allá y no junto a ella. Permaneció tumbada un buen rato, con los ojos clavados en el techo bajo del dosel, escuchando el mar romper contra los acantilados y el viento del norte colarse bajo las ventanas estrechas con un zumbido grave y constante.

Hacía frío.

No el frío de Dun Ailean, limpio y seco, que se vencía con dos troncos buenos en la chimenea y una manta más sobre los hombros. Aquel era distinto. Salobre. Antiguo. Un frío que parecía vivir dentro de las piedras desde hacía siglos.

Se incorporó despacio, apartó la manta gruesa y caminó descalza hasta la ventana. El cristal estaba empañado por el vaho y el hielo se había cuajado en las esquinas del marco durante la noche. Fiona apoyó la mano derecha sobre aquella superficie helada casi sin pensar.

El hielo se derritió en silencio.

Observó la humedad resbalando sobre su piel durante más tiempo del necesario antes de secarse la mano contra la camisa interior y apartarse de la ventana con una rapidez absurda, como si hubiese hecho algo impropio.

—Muy bien, Fiona —murmuró mientras se frotaba los brazos—. Dieciocho horas en el norte y ya habláis con las ventanas.

La frase le sonó tanto a su madre que terminó soltando una risa pequeña. Aquello alivió un poco la presión que llevaba instalada en el pecho desde la víspera.

Se vistió sola antes de que llegara la doncella. La trenza alta del clan se le había deshecho durante la noche y trató de rehacerla frente al espejo de metal pulido con una torpeza que la irritó bastante más de lo razonable.

Fue justo entonces cuando llamaron suavemente a la puerta.

—Adelante.

La muchacha que entró cargando la jofaina de agua caliente era alta, delgada y de movimientos rápidos. Llevaba el cabello rubio ceniza recogido en dos trenzas estrechas y unos ojos grises pequeños que parecían fijarse en todo.

Se detuvo en seco al verla ya vestida.

—Mi señora… no me habéis esperado.

—No sabía que fuera delito.

La joven cerró la puerta con el pie antes de acercarse.

—No es delito. Pero yo soy vuestra doncella. Si os peináis sola, ¿qué hago yo durante las próximas dos horas?

Fiona terminó sonriendo.

—Podríais enseñarme el castillo.

La muchacha se quedó quieta un instante.

—¿El castillo?

—Sois la persona que mejor conoce Ironhold de todas las que conozco yo esta mañana. Me parece un desperdicio no aprovecharlo.

Eso pareció descolocarla más que cualquier orden formal.

—Me llamo Eilidh, mi señora.

Ella ya lo sabía, pero actuó como si fuera la primera vez que oía su nombre.

—Entonces, Eilidh, enseñadme el castillo. Pero antes tendréis que salvar esta trenza porque sospecho que la he hecho horriblemente mal.

La doncella dejó la jofaina sobre el soporte y se acercó por detrás.

—No horriblemente, mi señora. Solo del revés.

—¿Del revés?

—En el norte la trenza alta se hace de dentro a fuera. En el sur la hacéis, al contrario.

Fiona alzó las cejas desde el espejo.

—¿Y eso por qué?

—Por el viento.

Aquello la hizo reír otra vez.

Eilidh empezó a deshacerle el cabello con dedos rápidos y expertos mientras hablaba con esa tranquilidad seca de quienes llevan toda la vida haciendo el mismo trabajo.

—Si os trenzáis hacia fuera, el viento del oeste os mete todo el cabello en la cara cuando cruzáis el patio. Si os trenzáis hacia dentro, el peso rebota sobre la nuca y allí se queda. Las mujeres del clan descubrieron eso hace muchísimos años.

—Eilidh, ese conocimiento vale más que media biblioteca.

—Vale más que una biblioteca entera cuando hay tormenta.

Fiona sonrió mientras observaba las brasas de la chimenea reflejadas en el espejo oscuro. Las llamas subieron un instante, suaves, más vivas de lo que habían estado un momento antes.

Eilidh también lo vio.

No comentó nada. Simplemente terminó la trenza, la dejó caer sobre el hombro derecho de Fiona y le apoyó una mano ligera sobre la cabeza.

—Mi señora, no os preocupéis por las brasas.

Fiona levantó la vista hacia el espejo. Eilidh seguía trabajando como si hablara del tiempo.

—En este castillo los fuegos llevan más vivos desde que llegasteis. Yo no he dicho nada. Vos no me habéis preguntado nada. Y las cosas que nadie pregunta suelen quedarse quietas mucho tiempo en Ironhold.

Fiona la observó un instante más.

—¿Eso lo aprendisteis aquí?

—Lo aprendí sobreviviendo entre los MacThane.

Aquello le gustó muchísimo más de lo que debería.

El castillo despertaba alrededor de ellas. Desde el corredor llegaban pasos, voces bajas y el ruido lejano de cubos moviéndose en el patio. Más abajo alguien abrió una puerta con fuerza y el mar volvió a colarse dentro de la alcoba como un animal enorme respirando bajo los acantilados.

—¿Dónde está Lachlan? —preguntó Fiona antes de darse cuenta de que acababa de llamarlo por su nombre sin pensar.

Eilidh no pareció sorprenderse.

—En el patio de armas. Lleva allí desde antes del amanecer.

Por supuesto.

Fiona no sabía por qué aquella respuesta le parecía exactamente la correcta.

—Morag os espera a media mañana para resolveros vuestras inquietudes —continuó la doncella mientras recogía el peine de madera—. Aoife ha dicho que podéis bajar a las cocinas cuando queráis. Y Tormod lleva desde ayer jurando que va a arrancar la fragua nueva piedra a piedra si vuelve a apagarse esta mañana.

—¿Todo Ironhold habla así de deprisa o sois vos sola?

—Yo soy rápida porque, si una no piensa deprisa en esta casa, Morag la aplasta antes del desayuno.

Fiona soltó una carcajada pequeña mientras se ponía en pie.

—Entonces será mejor que bajemos antes de que vuestra Morag decida aplastarme a mí también.

—No os aplastará, mi señora. Todavía sois nueva y las mujeres del norte fingimos educación los primeros días.

Salieron juntas al corredor.

Ironhold ya estaba completamente despierto. Criadas cruzaban de un lado a otro cargando sábanas y cubos de agua caliente mientras varios hombres del clan subían por la escalera interior todavía con olor a establo y viento húmedo sobre la ropa. Todo el castillo parecía moverse alrededor de una energía contenida, como si incluso en tiempos tranquilos nadie olvidara del todo que aquella fortaleza vivía pendiente del mar y de la guerra.

Bajaron el segundo tramo de escalones y cruzaron el corredor principal hasta salir al patio interior. El viento golpeó de inmediato el rostro de Fiona.

Ironhold no se parecía en nada a Dun Ailean. Allí el patio era estrecho, alargado, encerrado entre piedra negra y galerías abiertas al cielo. Las cuadras ocupaban el extremo oeste. La herrería quedaba junto al muro norte y, más allá de una abertura amplia reforzada con vigas, se extendía el patio de armas.

Fiona miró hacia allí casi sin querer.

Lachlan entrenaba con seis hombres del clan.

No llevaba jubón. Solo la camisa blanca abierta hasta el pecho y las mangas remangadas sobre los antebrazos. El aire frío convertía su respiración en vaho mientras se movía entre los hombres con una precisión seca, brutalmente controlada. Cada golpe de espada sonaba limpio. Exacto. Sin un movimiento desperdiciado.

Fiona se detuvo un instante. Justo entonces su marido descargó un golpe contra el saco de entrenamiento que no tenía

nada de controlado. El impacto abrió la costura lateral y la paja explotó sobre el suelo del patio. Varios hombres se quedaron quietos. Lachlan levantó la cabeza.

La vio.

Había distancia entre ellos, solo el corredor abierto y el patio de armas, aunque Fiona tuvo la sensación absurda de que el resto del castillo desaparecía durante un segundo.

Él no sonrió. Tampoco la saludó.

Simplemente sostuvo su mirada un instante más de lo necesario antes de apartarse hacia los hombres del clan.

Y aquello fue muchísimo peor.

—Mi señora —murmuró Eilidh a su lado con una calma sospechosamente inocente—. Si seguís mirando a vuestro marido de esa forma delante de todo el patio, Aoife va a pensar que no respetáis sus cocinas.

Fiona apartó la vista de inmediato.

—Eilidh, sois insoportable.

—No. Solo observadora. Vamos.

Aoife gobernaba las cocinas de Ironhold igual que un general gobierna un campo de batalla.

Fiona lo comprendió en cuanto cruzó el umbral. El calor la envolvió primero y después llegaron los olores: pan recién hecho, caldo espeso, humo de turba, mantequilla caliente y algo dulce que hervía al fondo de la estancia. Varias mujeres se movían entre las mesas de madera con rapidez perfectamente organizada mientras dos muchachos cargaban sacos de harina hacia la despensa lateral. Sobre una de las chimeneas colgaban piezas de carne secándose al humo y, cerca del fuego principal, una mujer enorme removía un caldero con un cucharón capaz de partirle la cabeza a alguien sin demasiado esfuerzo.

Aquella debía de ser Aoife.

La cocinera levantó la cabeza justo en ese momento y clavó los ojos sobre Fiona con la misma intensidad con que un guerrero habría evaluado una espada nueva.

—Así que vos sois la muchacha del sur.

Fiona se acercó despacio.

—Y vos debéis de ser Aoife.

—Lo soy. Y ya os aviso de que aquí nadie sobrevive si no desayuna.

Aquello sonó menos a recomendación que a amenaza seria. Eilidh dejó escapar una tos sospechosamente parecida a una risa mientras se apartaba hacia una mesa lateral, y Aoife abandonó el cucharón para avanzar hacia Fiona secándose las manos en el delantal. Era una mujer grande, de brazos fuertes y cabello oscuro lleno de mechones blancos recogido bajo un pañuelo gris. Tenía el tipo de presencia que llenaba una habitación sin necesidad de levantar la voz.

—Daos la vuelta.

Fiona parpadeó.

—¿Cómo decís?

—La espalda. Quiero ver si Morag os ha puesto suficiente lana encima o pretende que muráis congelada antes del próximo domingo.

Fiona obedeció antes de darse cuenta siquiera de que acababa de hacerlo. Aoife le acomodó el manto sobre los hombros con movimientos rápidos y soltó un gruñido de desaprobación.

—Claro. Ya decía yo. Esa mujer lleva treinta años convencida de que el frío fortalece el carácter.

—¿Y vos qué pensáis?

—Que el frío vuelve idiota a quien no se tapa bien.

Aquello provocó varias sonrisas alrededor. Aoife volvió entonces hacia una de las muchachas y señaló la mesa cercana al

fuego.

—Sorcha, traed pan caliente y leche. La señora parece a punto de salir volando con este viento.

—Aoife, estoy perfectamente.

—Eso dicen siempre antes de desmayarse.

Fiona empezaba a sospechar que nadie en Ironhold aceptaba discusión cuando se trataba de comida.

La sentaron cerca del fuego principal con tanta naturalidad que, antes de darse cuenta, tenía delante una bandeja llena de pan de avena, mantequilla, queso ahumado y un cuenco pequeño de gachas calientes. Eilidh ocupó un rincón cercano mientras fingía ordenar hierbas secas sobre la mesa, aunque fingía bastante mal.

Aoife observó cómo Fiona probaba el pan y cruzó los brazos sobre el pecho.

—¿Y bien?

—Creo que acabo de comprender por qué nadie discute con vos.

—Buena respuesta.

La cocinera pareció satisfecha por primera vez desde que había entrado.

El ambiente de las cocinas no se parecía al resto del castillo. Arriba, Ironhold resultaba oscuro, severo, construido sobre silencios y piedra negra. Allí abajo había ruido, calor y vida. Las mujeres hablaban mientras trabajaban, los muchachos discutían por las hogazas recién hechas y alguien empezó a cantar una melodía antigua junto a la mesa de verduras hasta que Aoife le lanzó un paño húmedo a la cabeza sin dejar de remover el caldo.

Fiona terminó sonriendo más de lo que esperaba aquella mañana.

Quizá por eso tardó unos segundos en darse cuenta de que las conversaciones se estaban apagando poco a poco. No del todo.

Solo lo suficiente para que el cambio se notara antes incluso de que ella volviera la cabeza hacia la puerta.

Aoife también lo había notado.

Lachlan acababa de entrar.

El ruido de las cocinas no desapareció por completo, aunque cambió. Varias mujeres bajaron la voz, uno de los muchachos dejó el saco que llevaba en brazos y hasta el perro enorme dormido junto al fuego levantó la cabeza.

Lachlan cruzó la estancia todavía con la ropa de entrenamiento puesta y el cabello húmedo por el sudor. Llevaba la camisa abierta en el cuello y una ligera marca roja cruzándole el antebrazo derecho, probablemente reciente. El frío del patio seguía pegado a él igual que el olor a hierro y viento salado.

Fiona sintió el mismo calor absurdo de antes subirle por el pecho.

Y lo peor era que Eilidh lo vio. Claro que lo hizo.

La muchacha bajó de inmediato la cabeza hacia las hierbas para esconder una sonrisa descarada mientras Lachlan se detenía junto al fuego.

—Aoife.

—*Laird*.

La cocinera no hizo reverencias. Tampoco parecía el tipo de mujer que las hubiera hecho jamás.

—¿Ya habéis solucionado el puerto o todavía tengo que preparar vendas para media costa?

—De momento solo caldo.

—Entonces la situación sigue siendo grave.

Aquello arrancó varias carcajadas pequeñas alrededor de las mesas. Lachlan avanzó entonces hacia donde estaba Fiona y el castillo entero pareció estrecharse alrededor de ella de una forma completamente ridícula.

—Fiona.

No mi señora. No esposa. Fiona.

Escuchar su nombre en la voz grave de aquel hombre, delante de todo Ironhold y aun así solo para ella, le provocó algo mucho más peligroso que cualquiera de las miradas de la víspera.

—Lachlan.

Él observó el pan a medio terminar, el cuenco caliente y el manto perfectamente colocado sobre los hombros de Fiona antes de alzar la vista hacia Aoife.

—Veo que habéis decidido alimentarla como si fuera ganado de invierno.

—Veo que seguís teniendo ojos. Milagro notable para alguien que lleva despierto desde antes del alba.

Lachlan ignoró el comentario con práctica evidente y volvió la atención hacia Fiona.

—¿Habéis dormido algo?

Ella dejó la taza sobre la mesa.

—Más que vos, probablemente.

La comisura de su boca se movió.

—Eso no sería difícil.

Había cansancio en él, mucho más del que intentaba mostrar delante de los demás. Fiona lo veía ahora que estaba cerca: la tensión en los hombros, la sombra oscura bajo los ojos y la forma en que mantenía una mano apoyada sobre la mesa como si el cuerpo le pesara más de lo habitual. Y, aun así, seguía sosteniendo el castillo entero sin permitirse descansar un instante.

Aoife debió de ver exactamente lo mismo porque, sin previo aviso, le golpeó el brazo con el cucharón.

—Sentaos.

Lachlan ni siquiera protestó. Aquello sorprendió tanto a Fiona que tuvo que esconder la sonrisa bajando la vista hacia la taza

mientras él ocupaba la silla frente a ella y Aoife llenaba otro cuenco con caldo caliente.

—Comed.

—Aoife…

—Lachlan MacThane, os crié media infancia. No intentéis ahora mirarme como si dierais miedo.

Eilidh se atragantó intentando no reírse y Lachlan cerró los ojos un segundo con resignación absoluta antes de aceptar el cuenco.

Fiona no apartó la mirada de él mientras bebía el primer sorbo. Había algo íntimo en aquella escena, no por lo que hacían, sino por la naturalidad. Porque, por primera vez desde la boda, Lachlan parecía pertenecer por completo a un lugar: a aquellas cocinas, a aquellas voces, a la mujer que lo obligaba a comer y a las criadas que fingían no observarlo mientras él se sentaba junto a ella.

Aquello le gustó demasiado.

Las llamas de la chimenea crepitaron con más fuerza detrás de Fiona y el fuego ascendió unos centímetros más de lo normal antes de estabilizarse otra vez.

Aoife levantó una ceja. Eilidh bajó de inmediato la cabeza hacia la mesa.

Lachlan siguió bebiendo caldo como si no hubiera notado absolutamente nada, aunque Fiona empezaba a sospechar que aquello era precisamente lo más peligroso de él: que veía mucho más de lo que decía y aun así elegía callar.

XXII



Fiona llevaba ocho días en Ironhold cuando comprendió que el castillo entero giraba alrededor de Lachlan MacThane igual que las mareas alrededor de la luna.

No fue una revelación grandiosa ni un pensamiento nacido de la intimidad de la alcoba. Lo entendió una mañana gris, mientras cruzaba el patio interior con una cesta de vendas limpias apoyada contra la cadera y el viento del mar colándosele bajo el manto de lana. Bastó que el *laird* apareciera en la escalinata oeste para que los hombres del clan levantaran la cabeza al mismo tiempo, el hierro de la herrería dejara de sonar durante un segundo y hasta los perros que dormitaban junto al muro reaccionaran antes de que Lachlan hubiera pronunciado una sola palabra.

Descendió los escalones con la capa oscura golpeándole las botas y el cabello húmedo de llovizna pegado a la frente. Iain caminaba detrás de él sosteniendo dos pergaminos enrollados bajo el brazo, mientras Domhnall esperaba abajo con tres hombres más y expresión de llevar media hora aguardando órdenes. Fiona se apartó junto a la pared para dejarles pasar, aunque Lachlan aminoró el paso al verla y sus ojos se detuvieron sobre ella el tiempo suficiente para hacerle olvidar por completo qué llevaba dentro de la cesta.

Fue una mirada breve. Nada impropio. Nada que pudiera llamar la atención de nadie.

Aun así, Fiona sintió el mismo calor incómodo que llevaba persiguiéndola desde la noche del establo.

Aoife apareció detrás de ella con un cucharón enorme entre las manos y olor a pan recién hecho pegado al delantal.

—Como sigáis mirando así a vuestro esposo, *milady*, un día vais a terminar estampándoos contra una pared.

Fiona apartó la vista del patio.

—Aoife, yo no estaba mirando de ninguna manera.

—Claro que no. Y yo no llevo treinta años viendo mujeres recién casadas.

La mujer desapareció hacia las cocinas antes de darle tiempo a responder. Fiona reanudó el paso con la cesta pegada al pecho y la desagradable sensación de que todo Ironhold parecía comprender mejor que ella lo que empezaba a ocurrirle.

El castillo había dejado de resultarle extraño.

Aquello era quizá lo más peligroso de todo.

Seguía siendo un lugar duro, construido contra el viento y la guerra, lleno de piedra negra, humo y olor permanente a mar salobre. Las almenas crujían de noche bajo las tormentas del oeste y los corredores conservaban el frío incluso después de encender las chimeneas, aunque Fiona ya empezaba a reconocer los sonidos de Ironhold como si hubiera vivido allí mucho más de ocho días. Había aprendido qué escalones protestaban bajo las botas mojadas, qué ventanas debían cerrarse antes de medianoche y qué perros mordían a los desconocidos si alguien intentaba acercarse demasiado a la cocina.

También había aprendido que Morag gobernaba las despensas con más autoridad que muchos *lairds* del norte, que Aoife insultaba a las muchachas del puerto exactamente igual que las alimentaba y que Eilidh era incapaz de guardar silencio más de medio minuto seguido.

Aquella mañana pasó dos horas clasificando pescado seco junto a las cocineras mientras el viento hacía vibrar los postigos de madera y las lavanderas cruzaban el patio cargadas con sábanas húmedas.

—¿Cuántos hombres han salido hoy con el *laird*? —preguntó Fiona mientras separaba arenques sobre la mesa.

Aoife ni siquiera levantó la cabeza del caldo.

—Veintidós.

—¿Lo sabéis exactamente?

—Claro que lo sé. Si salen veintidós hombres, yo preparo comida para veintidós hombres. Si regresan menos, preparo menos sopa y más rezos.

Fiona soltó una risa baja. Aoife señaló el pescado con el cucharón.

—Han ido hacia la zona del bosque alto. Si la lluvia empeora, volverán tarde.

Fiona intentó que la siguiente pregunta sonara casual.

—¿Siempre sabéis dónde está?

—Todo Ironhold sabe dónde está el *laird*. Otra cosa es que él quiera que se note.

Aquella frase se le quedó dentro el resto del día. Porque era verdad.

El castillo entero parecía respirar distinto cuando Lachlan estaba dentro de sus muros. Los hombres se movían más deprisa, las puertas se abrían antes y hasta las criadas corrían por los corredores con una tensión distinta en el cuerpo. Fiona empezó a descubrir que ella también cambiaba cuando lo sabía cerca.

Lo notaba antes de verlo.

A veces bastaba escuchar caballos cruzando el puente o el ruido grave de su voz atravesando el patio desde la herrería para que el corazón se le acelerara de una forma completamente impropia de una mujer sensata.

Aquella tarde lo vio regresar poco antes del anochecer. Fiona acababa de salir de la sala del telar cuando escuchó primero los cascos sobre la piedra húmeda del puente levadizo. Se acercó a

una de las ventanas estrechas del corredor y lo observó desmontar en el patio interior mientras la lluvia fina seguía cayendo sobre Ironhold.

Lachlan llevaba la ropa oscura mojada hasta las rodillas y el cabello pegado al cuello. Uno de los perros saltó contra él tocó el suelo y el *laird* le apartó el hocico con la mano sin dejar de hablar con Iain. Fiona observó primero sus manos. Siempre terminaba mirándoselas antes que ninguna otra cosa; la forma en que sujetaba las riendas, el movimiento seco de muñeca al quitarse los guantes húmedos o la tensión que se le marcaba en el antebrazo cuando entregaba el caballo a un mozo conseguían alterarle el pulso más deprisa de lo que estaba dispuesta a reconocer.

Después Lachlan levantó la cabeza para responder algo que Iain acababa de decirle y, durante un instante, sonrió. No fue una sonrisa completa, solo una curva breve en la boca que le transformó el rostro antes de desaparecer, aunque bastó para que la antorcha junto a Fiona creciera casi un palmo y ella tuviera que apartar la vista hacia el corredor con el corazón golpeándole demasiado fuerte bajo las costillas.

«Dios mío».

Le ocurría cada vez más rápido.

Aquella noche el viento empeoró. La tormenta empezó a golpear las almenas del oeste con un rugido constante de mar embravecido y lluvia fría, mientras Fiona permanecía sentada junto al fuego con un libro abierto sobre el regazo y una manta gruesa cubriéndole las piernas. Llevaba más de media hora sin leer una sola línea. El sonido de la tormenta llenaba la alcoba y ella seguía pensando en las manos de su esposo, en el agua resbalándole por el cuello al desmontar en el patio y en aquella sonrisa breve que todavía parecía suspendida en algún rincón absurdo de su cabeza.

El fuego chisporroteó dentro de la chimenea justo antes de que unos pasos cruzaran el corredor exterior. Fiona reconoció el sonido al instante; botas pesadas, barro húmedo golpeando la

piedra y ese ritmo firme que Ironhold entero parecía distinguir incluso dormido.

La puerta se abrió un segundo después.

Lachlan entró empujando la madera con el hombro y el olor a lluvia fría, bosque mojado y caballo cruzó la estancia antes que él. Llevaba la capa empapada sobre los hombros y varias gotas de agua resbalaban desde el cabello oscuro hasta perderse bajo el borde abierto del jubón.

—El bosque alto es un maldito lodazal —dijo mientras cerraba la puerta a su espalda—. Casi perdemos dos caballos cruzando la colina norte.

Fiona levantó despacio la vista del libro.

Él dejó los guantes húmedos sobre la mesa y se acercó al fuego con la naturalidad tranquila de un hombre que no tenía la menor idea del efecto que provocaba al aparecer así en la alcoba de su esposa. O quizá sí la tenía, aunque resultaba imposible saberlo con él.

—Aoife va a intentar matarme mañana cuando vea el estado de estas botas —continuó mientras se quitaba el cinturón de cuero mojado—. Iain asegura que esta vez ni siquiera fingirá educación cristiana antes de degollarme.

Fiona se agarró las manos para que no se notara el temblor de estas.

—Aoife parece capaz de asesinar a cualquiera.

—Eso llevo pensando desde los doce años.

La boca de Lachlan se curvó un instante antes de empezar a desabrocharse el jubón húmedo. Fiona sintió que el aire de la alcoba cambiaba poco a poco conforme él dejaba caer sobre la silla la daga, los guantes y el cuero mojado. Bajo la tela empapada, la camisa blanca se le pegaba al pecho y a la espalda de una forma que le resultó completamente indecente.

—El maldito ciervo me hizo cruzar media colina para acabar muriéndose delante del arroyo —explicó mientras tiraba de los cordones mojados de la camisa—. Domhnall casi se rompe el cuello intentando alcanzar a los perros antes que yo.

La chimenea rugió detrás de Fiona.

Lachlan levantó los ojos hacia el fuego durante un segundo. No comentó nada. Volvió a la camisa y terminó de sacársela por la cabeza con un movimiento tranquilo que dejó al descubierto el pecho húmedo, las cicatrices finas repartidas sobre la piel y una gota de agua descendiendo por el centro del torso hasta perderse bajo el cinturón.

Fiona dejó de respirar bien.

Las brasas crepitaban cada vez con más fuerza y el calor empezó a extenderse por la estancia de una forma completamente antinatural. Ella intentó concentrarse en cualquier otra cosa, en la lluvia golpeando las ventanas, en el libro cerrado sobre sus piernas o en el sonido distante del mar detrás de las murallas, aunque todo terminaba devolviéndola al mismo lugar; al cuerpo mojado de su esposo frente al fuego y a aquellas manos grandes desabrochándose la ropa como si estuviera completamente solo.

Lachlan volvió a mirar la chimenea.

Después la miró a ella.

Comprendió.

Fiona lo supo antes incluso de que él hablara. Había algo distinto en sus ojos, una comprensión lenta y peligrosa que pareció recorrerle el rostro entero mientras observaba las llamas demasiado vivas detrás de ella.

—Esposa —dijo con voz baja.

La vela más cercana creció de golpe. Fiona cerró los dedos sobre la manta.

—No lo hago aposta.

La comisura de Lachlan se movió.

—Eso espero por el bien de Ironhold.

La llama de otra vela se agitó violentamente y el *laird* terminó de acortar la distancia entre ambos con una lentitud que hizo que el corazón de Fiona empezara a golpearle las costillas casi con dolor. Olía a lluvia, humo y bosque húmedo. Ella sintió el calor de su cuerpo antes incluso de que la mano de Lachlan subiera despacio hasta su nuca.

—Cada vez que me miráis así, Fiona, la mitad de esta alcoba intenta arder.

Lachlan la besó como un hombre que llevaba demasiados días conteniéndose.

No hubo duda ni vacilación en el movimiento de su boca contra la de ella. La atrajo hacia sí sujetándole la nuca con firmeza y Fiona respondió al instante, abriendo los labios contra los suyos con una necesidad que terminó de destruir cualquier intento absurdo de prudencia. El calor le subió desde el pecho hasta la garganta en cuanto sintió el cuerpo mojado de su esposo pegándose al suyo, la mano grande apretándole la cintura por encima de la tela y aquella respiración grave mezclándose con la de ella mientras el viento golpeaba las ventanas de Ironhold.

La chimenea rugió.

No fue una subida normal de las llamas. El fuego pareció crecer de golpe dentro del hogar, alimentado por algo invisible, y el calor llenó la alcoba con tal intensidad que Fiona notó el aire ardiéndole sobre la piel incluso antes de que Lachlan la acercara más contra él.

El beso empeoró, porque Lachlan dejó de contenerse.

La mano que tenía sobre su cintura subió despacio por la espalda de Fiona hasta hundirse entre su cabello, inclinándole la cabeza para besarla con más profundidad. Fiona soltó un sonido ahogado contra su boca y él respondió de una manera que le hizo perder por completo el sentido del tiempo; una respiración grave,

casi rota, antes de volver a besarla como si llevara una semana entera imaginando aquello.

Las velas empezaron a agitarse.

La primera cayó sobre la mesa pequeña junto a la ventana y una lluvia de cera caliente resbaló sobre la madera. Lachlan atrapó el candelabro antes de que terminara en el suelo sin separarse del todo de Fiona, aunque volvió a dejarlo en pie la besó otra vez, más fuerte todavía, obligándola a sujetarse a sus hombros para no perder el equilibrio.

El fuego respondió de inmediato.

Las brasas saltaron dentro de la chimenea y una de las cortinas del lado oeste prendió en silencio, primero con un hilo naranja diminuto y después con una llama más viva que empezó a extenderse sobre la tela.

Fiona se apartó de golpe.

—¡Lachlan!

El *laird* giró la cabeza, vio el incendio y soltó una risa breve, incrédula, antes de arrancar la capa húmeda de la silla y sofocar las llamas de un tirón seco contra la cortina. El olor a humo llenó la estancia casi al instante. Cuando volvió a incorporarse, todavía sostenía la tela ennegrecida entre las manos y tenía esa expresión extraña de hombre que acaba de comprender algo peligrosísimo.

Después la miró y sonrió.

No fue una de aquellas medias sonrisas rápidas que aparecían y desaparecían antes de que nadie pudiera estar seguro de haberlas visto. Esta vez sonrió de verdad. El cansancio de la caza seguía marcado en su rostro, igual que las gotas de lluvia todavía deslizándose por su cuello, aunque había algo distinto en él ahora; una satisfacción masculina, casi salvaje, que consiguió que Fiona sintiera un calor todavía peor que el de la chimenea.

—Algún día tendréis que explicarme cómo hacéis eso, esposa —murmuró acercándose otra vez—. Ese control vuestro sería

exactamente el que necesito para matar a mi tío sin incendiar media frontera.

A Fiona se le escapó una risa temblorosa.

—No tiene gracia.

—No, Fiona. Tiene muchísima gracia.

La voz grave de su esposo le recorrió el cuerpo entero. Lachlan dejó caer la capa apagada sobre la silla y volvió a detenerse frente a ella. Esta vez no la besó enseguida. Primero le apartó despacio un mechón de cabello de la mejilla y le pasó el pulgar por debajo del labio inferior, observándola con una intensidad tan tranquila que Fiona tuvo que contener el impulso absurdo de retroceder.

Porque aquello resultaba peor que el beso.

Mucho peor.

Era la forma en que él la miraba después. Como si hubiera tomado una decisión. Como si algo dentro de él hubiera terminado de encajar por fin.

—Sois consciente de que vais a terminar quemando este castillo entero algún día —dijo en voz baja.

—No lo hago aposta.

—Ya lo sé.

La respuesta salió demasiado rápida. Demasiado segura.

Lachlan deslizó la mano por su cuello hasta detenerla otra vez en la nuca y entonces volvió a besarla, aunque esta vez el ritmo fue distinto. Más lento e íntimo. Fiona sintió el calor de su boca recorriéndole cada pensamiento mientras él la sujetaba contra su cuerpo con una calma peligrosa, como si ya no necesitara precipitarse porque acababa de entender que ella también estaba perdida.

Y lo estaba. Completamente.

Las llamas crecieron otra vez dentro de la chimenea, aunque Lachlan rompió el beso antes de que el desastre volviera a repetirse. Permaneció un instante con la frente apoyada contra la de ella, respirando igual de fuerte que Fiona, antes de apartarse despacio.

Fue aquello lo que terminó de destruirla.

La facilidad con la que recuperó el control.

Él pasó una mano por su cabello húmedo y regresó junto a la silla para recoger la ropa como si no acabara de besar a su esposa hasta prender fuego a una alcoba entera. Fiona lo observó en silencio mientras Lachlan se secaba el cuello con una tela limpia y volvía a vestirse con movimientos tranquilos, recolocándose el cinturón, ajustándose el jubón oscuro y recuperando poco a poco aquella imagen severa de *laird* del norte que tan poco tenía que ver con el hombre que acababa de sujetarle la cara entre las manos.

El problema era que ahora Fiona sabía que ambas cosas eran reales y no estaba segura de cuál de las dos resultaba más peligrosa.

La lluvia seguía golpeando las ventanas cuando Lachlan terminó de abrocharse el último cierre del jubón. Después levantó la cabeza hacia la chimenea, observó el ligero humo que todavía flotaba sobre la cortina ennegrecida y soltó una exhalación baja, casi divertida.

—Aoife va a oler esto mañana y va a pensar que intento mataros.

—Aoife ya cree eso casi todos los días.

—Entonces hoy tendrá pruebas.

Fiona volvió a reírse, aunque la voz le salió mucho más débil de lo normal. Todavía sentía la boca caliente y las piernas incapaces de sostenerla correctamente. Lachlan se acercó otra vez, despacio, y el corazón le dio un vuelco absurdo al pensar que iba a besarla de nuevo.

No lo hizo.

Le acomodó un mechón detrás de la oreja y dejó los nudillos un segundo contra su mejilla.

Un gesto pequeño. Íntimo. Peor que cualquier otro.

—A partir de esta noche, Fiona, duermo con vos.

El aire pareció desaparecer de la alcoba.

Lachlan sostuvo sus ojos un instante más antes de apartarse hacia la puerta con la misma tranquilidad brutal con la que había decidido aquello. Fiona lo observó cruzar la estancia mientras el fuego seguía demasiado vivo detrás de ella y el olor a humo permanecía suspendido sobre la habitación.

Cuando alcanzó la puerta, giró la cabeza.

—Así que más os vale aprender a no incendiar el castillo cada vez que os beso, esposa.

La media sonrisa volvió a aparecerle en la boca justo antes de abrir la puerta y desaparecer por el corredor.

Fiona permaneció inmóvil en mitad de la alcoba varios segundos después de que el sonido de sus pasos dejara de escucharse. El corazón todavía le golpeaba demasiado fuerte bajo las costillas y el calor seguía extendiéndose por su cuerpo como si Lachlan continuara allí, sujetándole la nuca entre las manos.

Después levantó la vista hacia la cortina chamuscada.

Y empezó a reírse sola.

XXIII



La cena de aquella noche transcurrió bajo una tensión tan espesa que Fiona llegó a preguntarse si el castillo entero podía percibirla igual que olían el olor a humo atrapado todavía en las mangas de su vestido.

Aoife había enviado al salón principal un estofado de venado con cebollas dulces y pan recién salido del horno del sur. Las chimeneas rugían a ambos extremos de la estancia mientras la tormenta golpeaba las ventanas altas de Ironhold y los hombres del clan discutían sobre caminos anegados, redes destrozadas por el viento del oeste y un caballo cojo que Domhnall juraba haber comprado perfectamente sano dos semanas atrás.

Fiona escuchó la mitad de la conversación porque Lachlan estaba sentado demasiado cerca.

No la tocaba. Ni siquiera parecía prestarle demasiada atención desde fuera. Comía con tranquilidad, hablando a ratos con Iain o con Cathal, aunque Fiona empezaba a descubrir algo temerario sobre su esposo: cuanto más calmado parecía, más consciente estaba de todo.

Y Lachlan era consciente de ella.

Lo supo cuando una de las criadas se inclinó para rellenarle la copa de vino y el *laird* apoyó dos dedos contra la parte baja de la espalda de Fiona para apartarla ligeramente antes de que la jarra chocara con su hombro. Fue un gesto mínimo, tan natural que nadie habría pensado nada al verlo. El problema fue que e´l dejó la mano ahí un instante más de lo necesario.

El calor atravesó la tela del vestido.

Fiona bajó la vista hacia el plato mientras el fuego de una de las chimeneas rugía con demasiada fuerza detrás de Cathal. Iain levantó la cabeza hacia las llamas. También Morag, que se había acercado para supervisar el servicio de la cena. Aoife amusgó los ojos desde el otro extremo de la sala antes de volver a remover el caldo con expresión desconfiada.

Lachlan ni siquiera miró el fuego.

Continuó masticando carne con absoluta tranquilidad, aunque Fiona vio perfectamente la curva visible que apareció un segundo en la comisura de su boca.

Maldito hombre. Lo sabía.

Conocía lo que le estaba haciendo.

La conversación siguió alrededor de ellos mientras el viento hacía vibrar las almenas del oeste. Domhnall defendía que el caballo estaba embrujado, Iain insistía en que lo único embrujado allí era la estupidez de Domhnall y Aoife amenazaba con echarlos a todos de la cocina si alguien volvía a utilizar su sopa de pescado para comparar olores de establo.

—Mi sopa sobreviviría a un asedio entero —gruñó la cocinera.

—Aoife, vuestra sopa podría fundir armaduras —replicó Iain.

—Y aun así os la habéis comido dos veces esta semana.

—Porque me obligasteis.

—Porque parecías un cadáver húmedo y dabais pena.

A Fiona se le escapó una risa baja. Lachlan volvió la cabeza hacia ella. Y ahí estuvo otra vez aquella mirada.

No intensa. No teatral. Muchísimo peor.

La mirada tranquila de un hombre que ya había decidido dormir en su cama esa misma noche.

El pulso empezó a golpearle demasiado deprisa bajo la piel. Apartó la copa antes de derramar el vino sobre el mantel.

—¿Tenéis calor, esposa? —preguntó Lachlan en voz baja.

Fiona levantó la vista de inmediato.

—No.

—Curioso.

—¿Por qué?

—Porque lleváis roja desde que empezó la cena.

Iain soltó una tos violenta sobre el vino. Cathal cerró los ojos un segundo entero como si estuviera reuniendo paciencia celestial y Aoife dejó escapar una carcajada tan fuerte desde la chimenea que una de las muchachas del puerto casi perdió una bandeja.

Fiona deseó morirse allí mismo.

Lachlan, en cambio, siguió cenando como si no acabara de arruinarle la vida delante de media mesa. Aquello fue peor que cualquier beso. Muchísimo peor.

La cena terminó una hora después. Los hombres comenzaron a dispersarse hacia el corredor del consejo y las criadas apagaron parte de las antorchas del salón mientras recogían platos y jarras vacías. El castillo empezó a hundirse poco a poco en esa calma nocturna extraña de Ironhold, cuando el rugido del mar parecía más fuerte y los corredores quedaban iluminados solo por fuego y sombras.

Fiona permaneció unos segundos junto a la mesa fingiendo interés por el vino que quedaba en su copa. En realidad, estaba intentando reunir valor.

Porque ahora sí llegaba el momento.

La alcoba. La cama.

Lachlan apareció detrás de ella mientras una criada retiraba el último plato del extremo de la mesa.

—¿Pretendéis pasar aquí el resto del invierno, Fiona?

El corazón le dio un vuelco absurdo.

—Estaba terminando el vino.

—Lleváis diez minutos sujetando la misma copa.

—Quizá me gusta la decoración de la mesa.

—La mesa lleva aquí quince años. No creo que esta noche haya mejorado.

Fiona intentó fulminarlo con la mirada. No funcionó. La boca del *laird* volvió a curvarse.

—Sois insufrible.

—Y aun así vais a dormir conmigo.

La frase cayó entre ambos con una calma tan brutal que Fiona dejó la copa sobre la mesa demasiado deprisa.

Lachlan observó el gesto. Después le ofreció el brazo. No como un *laird*, sino como un esposo.

Aquello consiguió alterarla todavía más.

Fiona apoyó la mano sobre su antebrazo y sintió el calor firme de su cuerpo bajo la tela oscura del jubón. Lachlan la condujo fuera del salón mientras Ironhold iba apagándose alrededor de ellos.

El castillo de noche sonaba distinto. Más íntimo. Más letal. El mar golpeaba los acantilados bajo las murallas y el viento se colaba por las almenas con un silbido grave que recorría los corredores de piedra. Dos perros dormían cerca de la escalera oeste junto a un brasero medio apagado y, al fondo de la galería, Morag supervisaba a unas criadas que recogían mantas del salón pequeño.

La mujer levantó la vista cuando ellos pasaron.

No dijo nada.

Aunque Fiona juraría que aquella mirada seca escondía algo inquietante parecido a satisfacción.

Caminaron juntos sin hablar. Fiona era demasiado consciente de cada detalle; el peso de la mano de Lachlan sobre la suya, el roce ocasional de su hombro al doblar una esquina o el olor limpio a humo, cuero y lluvia seca que seguía aferrado a él incluso después de cambiarse de ropa.

Cuando alcanzaron la escalera oeste, Lachlan se detuvo.

—Tengo que bajar un momento al despacho.

Fiona levantó la cabeza.

—¿Ahora?

—Domhnall ha dejado unos mapas sobre la mesa del consejo y, si no los reviso esta noche, mañana al amanecer tendré a seis hombres intentando cruzar un barranco imposible bajo la lluvia.

—Ah.

La respuesta le salió más decepcionada de lo que pretendía. Lachlan la observó unos segundos. Después le acarició los nudillos con el pulgar.

Solo eso.

El calor volvió a subirle de inmediato por el cuerpo.

—No huyo de vos, esposa.

La voz grave le recorrió el pecho entero.

—No he dicho que lo hicierais.

—No hacía falta.

Fiona apartó la vista hacia las almenas oscuras mientras el viento agitaba una antorcha cercana.Lachlan soltó una exhalación baja, casi divertida.

—Subid a la alcoba. No tardaré.

—¿Y si cierro la puerta con llave?

—La tiraría abajo.

La respuesta llegó tan tranquila que Fiona terminó riéndose.

Maldito hombre.

Lachlan observó su sonrisa como si aquello le gustara demasiado. Después levantó una mano y le acomodó un mechón de cabello detrás de la oreja antes de apartarse hacia el corredor del consejo.

Fiona lo vio alejarse con la espalda recta y esa forma silenciosa de ocupar el espacio que tenía incluso caminando solo por el castillo. Cuando desapareció tras el arco de piedra, ella permaneció inmóvil unos segundos más intentando recuperar el ritmo normal de la respiración.

No lo consiguió.

Subió sola hasta la alcoba.

El fuego seguía encendido desde antes de la cena y el olor leve de la cortina chamuscada todavía flotaba en el ambiente. Eilidh debía de haber entrado mientras cenaban porque la bañera de cobre permanecía llena de agua caliente junto al biombo y alguien había dejado un camisón limpio doblado sobre el arcón.

Fiona cerró la puerta despacio y el silencio la golpeó de inmediato.

Porque Lachlan iba a dormir allí. En aquella cama. Con ella.

Se llevó las manos a la nuca para retirar las agujas que sostenían la trenza. El peso del cabello cayó sobre su espalda cuando liberó el último mechón y dejó los pequeños alfileres de hueso sobre la mesa mientras intentaba ignorar el latido absurdo que seguía golpeándole el pecho desde la cena.

No era miedo. Nunca había sido miedo.

Era algo muchísimo peor: la conciencia insoportable de cuánto deseaba ya a su esposo.

Llevaba tanto tiempo con los ojos cerrados que empezaban a dolerle los párpados cuando escuchó finalmente las botas de Lachlan cruzando el corredor exterior.

El corazón comenzó a golpearle con fuerza bajo las costillas y tuvo que concentrarse en mantener la respiración lenta y regular contra la almohada. Permaneció inmóvil bajo las mantas, de espaldas a la puerta y con el cabello extendido sobre el lecho, mientras el sonido firme de aquellos pasos se detenía al otro lado de la madera antes de que la puerta terminara abriéndose despacio.

El viento del corredor se coló un instante dentro de la alcoba antes de que Lachlan volviera a cerrarla a su espalda. Fiona escuchó el ruido apagado del hierro, el cuero húmedo rozando la piedra y luego el peso de algo cayendo sobre la mesa cercana, seguramente los mapas que había bajado a revisar después de cenar.

No abrió los ojos ni se atrevió a cambiar de postura, porque podía sentirlo mirándola.

A través de los párpados cerrados distinguía el resplandor anaranjado de la chimenea iluminando la estancia y, aunque no lo veía, sabía exactamente dónde estaba; inmóvil junto a la puerta, observándola en silencio mientras el viento golpeaba las almenas del oeste y el mar rugía varios metros más abajo de los acantilados.

Fiona apretó los dedos contra las mantas cuando él echó a andar por la alcoba. Las botas resonaron sobre la piedra mientras dejaba la espada junto a la pared y se quitaba el cinturón de cuero. Después llegó el sonido conocido de los guantes húmedos cayendo sobre la mesa y una exhalación cansada que le revolvió el pecho de una forma completamente absurda.

Aquello era lo peor de todo; no el *laird*, no el guerrero, sino su esposo regresando junto a ella al final del día.

El colchón se hundió ligeramente cuando Lachlan se sentó en el borde del lecho. El olor limpio a humo, lluvia y cuero terminó

envolviéndola despacio, mezclándose con el calor de las brasas y el viento lejano del mar detrás de los muros del castillo.

Intentó seguir respirando igual, intentó parecer dormida, aunque empezaba a costarle recordar cómo respiraba normalmente una persona.

Lachlan permaneció quieto unos segundos y Fiona tuvo la sensación de que estaba observando el cabello extendido sobre las mantas. Después escuchó el roce de la tela cuando terminó de quitarse el jubón y el colchón volvió a moverse bajo el peso de su cuerpo acomodándose detrás de ella.

El espacio entre ambos desapareció enseguida.

Fiona notó inmediatamente el calor de su esposo alcanzándole la espalda incluso antes de que él terminara acercándose del todo. El brazo de él rodeó despacio su cintura por encima de las mantas y la atrajo hacia su cuerpo con una naturalidad tranquila que le dejó el aire atrapado dentro del pecho, como si aquello hubiera sido siempre lo más normal del mundo, como si llevaran toda la vida durmiendo así.

Tuvo que cerrar los ojos con más fuerza cuando sintió su pecho firme pegándose a su espalda y el calor de su respiración perdiéndose entre su cabello todavía húmedo.

Las brasas crepitaron dentro de la chimenea y una de las velas aumentó de intensidad sobre la mesa cercana. La leve curva que apareció entonces en la boca de Lachlan le dejó claro a Fiona que su esposo había descubierto la mentira desde el principio y que, aun así, estaba dispuesto a permitirle fingir mientras ninguno de los dos tuviera que admitir en voz alta lo que ocurría entre ellos.

Permanecieron así unos segundos, en silencio, mientras el viento seguía golpeando Ironhold.

Después Lachlan inclinó la cabeza y le rozó los labios con un beso breve y suave que consiguió que el corazón le golpeara todavía más fuerte bajo las costillas. No hubo hambre en aquel gesto ni la intensidad feroz de aquella tarde frente al fuego, solo la

intimidad tranquila de un marido buscando a su esposa antes de dormir.

Las brasas rugieron un poco más dentro de la chimenea y dos velas crecieron de golpe sobre la mesa cercana.

Fiona estuvo convencida de que Lachlan iba a reírse.

No lo hizo.

Simplemente dejó escapar una respiración cansada contra su cabello y terminó acomodándola un poco más cerca de él, igual que si el cuerpo de ambos hubiera encontrado por fin la postura correcta después de demasiados días tensos.

Y poco a poco el peso de Lachlan comenzó a relajarse detrás de ella.

Fiona lo notó en pequeños detalles; la forma en que el brazo alrededor de su cintura dejó de mantenerse alerta, la respiración haciéndose más lenta y el pecho de su esposo perdiendo aquella tensión constante que parecía acompañarlo incluso dentro del castillo.

Aquello consiguió desarmarla mucho más que el beso.

Porque Lachlan dormía como un hombre acostumbrado a descansar poco y mal, siempre preparado para levantarse al menor ruido, aunque esa noche el sueño empezó a vencerlo con una rapidez inesperada, como si estar allí bastara, como si abrazarla fuera suficiente.

Fiona permaneció inmóvil entre sus brazos escuchando la respiración de su esposo hacerse cada vez más profunda mientras el viento seguía rugiendo alrededor de Ironhold y el fuego permanecía vivo dentro de la chimenea.

La alcoba había dejado de sentirse inquieta y ahora parecía cálida, habitada, segura.

Al cabo de un rato, Fiona terminó abriendo los ojos despacio.

La habitación permanecía iluminada únicamente por el resplandor bajo de las brasas y las sombras anaranjadas de las velas. Lachlan dormía con el rostro hundido parcialmente entre su cabello y el brazo todavía rodeándole la cintura de forma instintiva, como si incluso dormido se negara a dejarla marchar demasiado lejos.

Fiona bajó la vista hacia la mano grande descansando sobre las mantas y sonrió dentro de la oscuridad.

Porque por primera vez desde que había cruzado aquellas murallas, aquel lugar empezaba a sentirse realmente como un hogar.

XXIV



Lachlan divisó las murallas de Ironhold cuando la nieve comenzaba a cubrir de blanco los senderos del norte y el cansancio de los últimos días se le asentaba en los huesos con la misma terquedad que el frío.

Llevaba tres jornadas vigilando la zona del valle alto, allí donde dos pastores juraban haber visto hombres armados moviéndose entre los pinos, demasiado cerca de los lindes del clan y demasiado lejos de cualquier camino honrado. No habían encontrado estandartes, ni caballos marcados, ni rastro suficiente para acusar a nadie ante el consejo, aunque él no necesitaba pruebas para reconocer la forma en que su tío se acercaba a una tierra ajena. Murchadh no avanzaba de frente. Nunca lo hacía. Primero enviaba sombras, después rumores, después hombres sin nombre, y cuando el miedo ya había podrido las puertas desde dentro, aparecía él reclamando aquello que nunca había sabido conservar.

El bayo grande avanzaba con la cabeza baja, resoplando contra el viento mientras Iain cabalgaba dos cuerpos por detrás y los otros tres hombres del clan cerraban la marcha en silencio. A aquellas horas, Ironhold parecía una mole oscura arrancada del acantilado, con las chimeneas soltando humo gris hacia un cielo lleno de nieve y las antorchas del portón encendidas pese a que aún quedaba claridad sobre las rocas. Lachlan se permitió respirar por primera vez en varios días cuando vio las almenas, no porque el peligro hubiera pasado, sino porque dentro de esos muros estaba aquello que empezaba a pesarle más que cualquier amenaza de frontera.

Su esposa.

La palabra le acudió sin permiso, firme, posesiva, instalada ya en el pecho con una naturalidad que todavía le molestaba admitir. Pensó en Fiona junto al fuego, en el cabello rojo cayéndole por la espalda, en la manera en que fingía serenidad cuando algo la alteraba y en aquel calor suyo, constante, imposible, que parecía capaz de ablandar hasta las piedras negras de Ironhold. Pensó también en la última noche, en el peso de su cuerpo dormido contra el suyo y en esa paz nueva que lo había sorprendido más que cualquier batalla ganada.

Apretó la mandíbula y espoleó al caballo.

El portón se abrió cuando los vigías lo reconocieron. Lachlan cruzó el patio interior sin reducir demasiado el paso y desmontó antes de que uno de los mozos alcanzara las riendas. Había nieve en los escalones, perros sacudiéndose junto al muro y dos muchachas cargando leña hacia las cocinas, aunque nada de aquello le importó en cuanto levantó la vista hacia las ventanas del ala oeste y no encontró allí ninguna señal de Fiona.

No era costumbre que saliera a recibirlo como una esposa sumisa ni que aguardara en una ventana con la mano sobre el pecho, aunque Ironhold había empezado a delatarla en pequeños detalles. Si ella estaba en la cocina, las muchachas corrían con más prisa. Si estaba en la sala del telar, Morag tenía la boca más apretada de lo habitual. Si estaba en la alcoba, el fuego de aquel ala parecía respirar distinto.

Esa mañana, el castillo no le dijo nada.

—¿Dónde está mi esposa? —preguntó mientras entregaba las riendas al primer mozo que se le acercó.

El muchacho levantó la cara con una torpeza que no le gustó.

—Mi señor, yo…

Lachlan no esperó a que terminara. Miró hacia la escalera del huerto, hacia el corredor de las cocinas, hacia la puerta que

comunicaba con el patio de servicio, y cada lugar vacío fue apretándole el pecho un poco más.

—He preguntado dónde está mi esposa.

La segunda vez, la frase cayó sobre el patio como hierro.

Una de las muchachas que cargaba leña se detuvo en seco. El mozo bajó la mirada. Iain, detrás de él, desmontó sin decir nada, aunque Lachlan notó su atención clavándosele en la espalda. Fue Morag quien apareció por la puerta de las cocinas, con una cesta de paños limpios contra la cadera y el rostro más serio de lo habitual. necesitó mirarlo para comprender que el *laird* regresaba con la frontera todavía en los ojos y que no había elegido un buen momento para encontrar ausente a su esposa.

—La señora ha bajado a la aldea —dijo.

Lachlan se quedó inmóvil.

—¿Sola?

Morag apretó la boca.

—Con dos muchachas y un mozo del establo.

Aquello no lo calmó. Al contrario, la idea de Fiona fuera de los muros, con dos criadas y un muchacho que no sabría cerrar la boca si el mundo dependiera de ello, le hizo sentir una furia helada y limpia.

—¿Por qué?

Morag no respondió de inmediato, y ese silencio fue mucho peor que cualquier explicación. Lachlan dio un paso hacia ella y la mujer, que no se amilanaba ante casi nadie en Ironhold, bajó un poco la voz.

—El hijo pequeño de Màiri, la lavandera de la aldea baja, cayó al río esta mañana. Lo sacaron tarde. Dicen que tragó agua y que dejó de respirar un rato antes de volver en sí, aunque seguía frío por dentro y sin fuerza para toser. La noticia llegó a la cocina. La señora la oyó.

Lachlan sintió que todo el patio se alejaba de él.

No necesitó preguntar qué había hecho Fiona después. La conocía lo suficiente para saberlo. Si había oído que un niño se apagaba a pocas millas del castillo, habría bajado, aunque tuviera que cruzar la nieve descalza. Si alguien le dijo que no, habría asentido con esa calma suya antes de hacer exactamente lo contrario. Y si el niño estaba tan mal como Morag insinuaba, Fiona habría puesto las manos sobre él sin pensar en quién miraba, sin medir el peligro, sin calcular el precio.

—¿Cuánto hace?

—Más de una hora.

Lachlan giró hacia el caballo. Iain se adelantó de inmediato.

—Voy con vos.

—No.

—*Laird*…

—No —repitió Lachlan, tomando las riendas de nuevo—. Cerrad el portón cuando salga. Que nadie abandone Ironhold hasta que vuelva.

Iain no discutió. Eso le dijo a Lachlan que había entendido lo mismo que él.

Montó de un salto y el bayo protestó al sentir otra vez su peso, aunque obedeció en cuanto Lachlan clavó los talones. Salieron por el portón con la nieve golpeándole el rostro y el viento entrando por debajo de la capa. A sus espaldas, Ironhold volvió a cerrarse con un sonido seco que resonó en el valle.

El camino hacia la aldea parecía más largo de lo que recordaba.

Lachlan conocía cada curva, cada piedra grande, cada tramo donde los caballos podían resbalar si la nieve se asentaba sobre barro helado. Aun así, esa mañana todo le pareció demasiado lento. El bayo corría cuanto podía, pero el viento soplaba de costado y la senda descendía hacia el río con un peligro que cualquier otro día lo habría obligado a ser prudente. Esa vez no lo fue.

Mientras cabalgaba, el miedo se le fue convirtiendo en imágenes.

Su mujer entrando en una cabaña llena de gente.

Su esposa arrodillándose junto a un niño empapado.

La futura madre de sus veinte hijos poniendo las manos sobre un pecho pequeño mientras todos miraban.

Las historias antiguas regresaron sin que pudiera detenerlas. Mujeres acusadas por curar fiebres que no debían curarse. Viudas expulsadas por encender fuegos con demasiada facilidad. Muchachas arrojadas al agua para demostrar una inocencia que nadie quería creer. Lachlan no era hombre de supersticiones y jamás había temido lo que no comprendía, aunque sí conocía a los hombres, conocía su necesidad de destruir aquello que los hacía sentirse pequeños y sabía que el don de su esposa, si caía en manos equivocadas, podía convertirse en arma contra ella.

La aldea apareció al fin entre los árboles, encogida bajo la nieve y el humo bajo de las chimeneas. Lachlan tiró de las riendas al entrar en la calle principal y el bayo resbaló un instante antes de recuperar el equilibrio. Había gente agrupada frente a la cabaña de Màiri, demasiada gente para un asunto que debía haberse mantenido dentro de cuatro paredes. Vio rostros pálidos, una niña llorando contra el delantal de una mujer, un hombre con las manos en el pelo y la puerta de la cabaña cerrada desde dentro.

Después la puerta se abrió.

Lachlan vio primero el vapor que salió, una nube tibia en mitad de la nieve, y después vio a su esposa.

Fiona cruzó el umbral despacio, como si cada paso le costara más que el anterior. Llevaba el vestido húmedo pegado a las piernas, el chal torcido sobre los hombros y el cabello rojo oscurecido por el agua, adherido a las sienes y al cuello. Una mano le buscó el marco de la puerta para sostenerse, mientras la otra permanecía apoyada sobre el vientre, cerrada con tanta fuerza que los nudillos se le veían blancos incluso desde la grupa del caballo.

El mundo se redujo a ella. A esa palidez imposible. A la ausencia de color en sus mejillas. A la forma en que el cuerpo de Fiona parecía haber perdido toda la llama que siempre llevaba dentro.

Lachlan saltó del caballo antes de que el animal se detuviera del todo. Cayó sobre la nieve, trastabilló y echó a correr hacia ella con el corazón golpeándole el pecho como si quisiera romperle las costillas.

Fiona levantó la cabeza.

Lo vio.

Durante un instante, solo uno, la tensión de su rostro cedió, como si al reconocerlo hubiera encontrado al fin el lugar seguro donde caer.

—Lachlan…

Su nombre salió de los labios de ella con un hilo de voz.

Después se desplomó.

Lachlan la alcanzó antes de que tocara el suelo y la sostuvo contra el pecho con una desesperación que no tuvo nada de digna. Le apartó el cabello de la cara, le buscó la respiración, le tomó las manos entre las suyas, y el terror se le metió en la sangre cuando notó que estaban frías.

Frías de una forma que no pertenecía a Fiona.

—Esposa —murmuró, y ni siquiera supo si lo decía para ella, para sí mismo o para el mundo entero.

La puerta de la cabaña volvió a abrirse. Màiri apareció en el umbral con el rostro deshecho por las lágrimas, aunque en sus ojos había una gratitud tan grande que Lachlan la odió antes de que pronunciara palabra.

—Mi señor… el niño vive. Vuestra esposa lo ha salvado. Le puso las manos en el pecho y el agua salió, y después respiró, mi señor, respiró como si…

—Callad.

Màiri se detuvo, no por la palabra, sino por la forma en que Lachlan la dijo.

El viento arrastró nieve entre ellos. Fiona permanecía inconsciente contra su pecho, demasiado liviana, demasiado fría, y Lachlan levantó la mirada hacia la mujer con una calma que solo aparecía en él cuando estaba más cerca de matar que de hablar.

—Si queréis que ese niño siga con vida cuando amanezca, si queréis que vuestra familia conserve techo, pan y protección bajo estas tierras, no repetiréis lo que habéis visto hoy. Ni a vuestra hermana, ni al cura, ni a la mujer que os trae leche, ni al hombre que duerme a vuestro lado. A nadie.

Màiri retrocedió un paso, horrorizada.

—Mi señor, yo no quería hacer daño. Ella lo salvó. Yo solo…

—Lo sé —dijo Lachlan, y quizá por eso su voz sonó todavía peor—. Por eso seguís hablando conmigo y no con Iain delante de una fosa.

La mujer se llevó una mano a la boca.

Lachlan bajó la vista hacia Fiona y ajustó el chal alrededor de ella con dedos que le obedecían peor de lo normal. Después miró al mozo que había bajado desde Ironhold con las muchachas y que se mantenía a varios pasos, blanco como la nieve.

—Vos. Cerrad esa puerta. Nadie entra ni sale de esta cabaña hasta que yo mande aviso. Si alguien pregunta, la criatura volvió en sí por el calor, por los rezos de su madre y por la misericordia de Dios. ¿Lo habéis entendido?

El muchacho asintió demasiado deprisa.

—Sí, mi *laird*.

—Decidlo.

—La criatura volvió por el calor, los rezos y la misericordia de Dios.

Lachlan no respondió. Levantó a Fiona con más firmeza contra su pecho y caminó hacia el bayo, que seguía resoplando en

mitad de la calle. Montar con ella inconsciente entre los brazos fue difícil, aunque no permitió que nadie la tocara. Nadie. Se acomodó en la silla, la sujetó contra él bajo la capa y notó otra vez el frío extraño de su cuerpo atravesándole la ropa.

Aquel frío no le pertenecía.

No a ella.

No a su esposa.

El bayo giró hacia el camino de Ironhold en cuanto Lachlan tiró de las riendas. La nieve caía más densa ahora, borrando las huellas casi al mismo tiempo que se abrían sobre el sendero. Fiona no se movió contra su pecho. Respiraba, o eso le pareció durante varios tramos en los que tuvo que inclinar la cabeza para sentir el aire débil que escapaba de sus labios.

—Aguantad —murmuró contra su cabello mojado mientras el caballo empezaba a subir hacia las murallas—. No os atreváis a dejarme ahora.

La aldea quedó atrás, envuelta en humo, nieve y silencio.

Lachlan no miró atrás.

Solo espoleó al caballo y cabalgó con su esposa entre los brazos, contando cada latido que todavía podía sentir bajo la palma y cada tramo de camino que le faltaba para devolverla al fuego.

XXV



El portón de Ironhold se abrió antes incluso de que Lachlan alcanzara la subida principal.

Alguien debió verlo llegar desde las almenas, porque cuando el caballo cruzó el patio interior encontró el castillo entero alterado por una actividad impropia de aquella hora; muchachas atravesando la nieve con cubos vacíos entre las manos, hombres del establo cargando leña hacia las cocinas y Aoife gritando órdenes desde el arco principal mientras el viento le agitaba el delantal contra las piernas.

Nadie se atrevió a acercarse demasiado al ver el rostro del *laird*.

Lachlan desmontó sin esperar ayuda y sostuvo a Fiona contra el pecho con una firmeza casi desesperada. Ella seguía inconsciente, demasiado quieta entre sus brazos, con el cabello húmedo pegado al cuello y las mejillas tan pálidas que cada vez que la miraba sentía algo cerrándose lentamente alrededor de sus costillas.

Aquello no podía estar ocurriendo.

—Agua hirviendo —ordenó atravesando el patio—. Toda la que tengáis.

Aoife levantó la cabeza hacia ellos y el color desapareció inmediatamente de su rostro. La cocinera subió los escalones casi corriendo hasta detenerse frente a Lachlan, aunque bastó una mirada a Fiona para que el miedo endureciera también sus facciones.

—¿Qué ha pasado?

—Está fría.

Solo eso. Aquello bastó para alterar todavía más el castillo. Porque Fiona nunca estaba fría.

La señora de Ironhold parecía llevar calor dentro de la piel incluso en mitad del invierno. Las muchachas habían empezado a bromear con ello en las cocinas, los hombres del clan sonreían cuando las chimeneas rugían demasiado fuerte cerca de ella y hasta Morag había terminado aceptando que las velas del ala oeste crecían de forma extraña cada vez que Fiona se alteraba.

Ahora Lachlan sostenía entre los brazos a una mujer helada.

Aoife giró inmediatamente sobre sí misma.

—¡Morag! ¡Quiero esa tina llena antes de que pueda volver a gritar vuestro nombre! ¡Y vosotras moveos de una vez, maldita sea! ¡Más leña, más agua y que alguien cierre esa puerta antes de que entre medio invierno en mis cocinas!

Las muchachas salieron corriendo otra vez y el castillo entero pareció ponerse en movimiento alrededor de ellos.

Lachlan no escuchaba nada.

Subió las escaleras con Fiona contra el pecho mientras la nieve se derretía sobre la capa de ambos y el miedo iba clavándole pensamientos cada vez peores dentro de la cabeza. Notaba la respiración de su esposa demasiado débil contra el cuello y cada vez que ella tardaba un poco más en exhalar sentía que algo se rompía dentro de él.

Cuando alcanzó la alcoba, el fuego de la chimenea sobrevivía entre las brasas.

Aquello consiguió helarle todavía más la sangre. Porque el fuego siempre respondía a Fiona.

Siempre.

Lachlan atravesó la estancia y la depositó con cuidado sobre el lecho antes de arrodillarse junto a ella. Le apartó el cabello

mojado del rostro con manos que no conseguían dejar de tensarse y sintió un miedo salvaje atravesándole el pecho al descubrir que la piel de Fiona seguía demasiado fría para una mujer que parecía vivir envuelta en calor incluso mientras dormía.

—Fiona…

Ella no reaccionó. Permaneció inmóvil sobre las mantas, sin una protesta, sin esa respiración cálida que normalmente parecía llenar la alcoba incluso en silencio.

Las puertas se abrieron detrás de él y varias muchachas entraron cargando cubos de agua humeante hacia la bañera de cobre. Morag apareció inmediatamente después con mantas secas entre los brazos y Aoife cruzó la habitación directamente hacia la chimenea. Agarró el atizador y removió las brasas con una violencia impropia de ella antes de lanzar dos troncos enteros dentro del fuego.

Las llamas crecieron un instante, después volvieron a debilitarse.

Aoife frunció el ceño.

—Ese fuego tendría que estar rugiendo ya.

Lachlan levantó lentamente la cabeza hacia la chimenea y comprendió inmediatamente lo que significaba. El castillo entero parecía apagarse con Fiona, igual que si Ironhold respirara al mismo ritmo que ella y aquella respiración empezara a debilitarse también entre las piedras. El miedo terminó de abrirse paso dentro de él de una forma completamente salvaje.

—Fuera.

Las criadas se quedaron inmóviles.

—Mi señor…

—He dicho fuera.

La voz no salió alta. Salió peor, fría y contenida, igual que una hoja apoyándose lentamente contra una garganta.

Morag tomó enseguida a las muchachas por los brazos y comenzó a empujarlas hacia la puerta. Aoife permaneció un segundo más junto a la chimenea antes de mirar otra vez a Fiona y salir también, cerrando la puerta tras de sí.

La alcoba quedó en silencio.

Solo permanecieron el viento golpeando las ventanas, el agua humeando dentro de la tina y Fiona respirando tan despacio que cada exhalación parecía demasiado larga.

Lachlan volvió junto al lecho y se sentó a su lado. Durante unos segundos se limitó a mirarla, incapaz de apartar los ojos de aquel rostro demasiado pálido, de los labios sin color y del cabello rojo extendido sobre las mantas igual que un incendio apagado.

No recordaba la última vez que había sentido auténtico miedo.

Sin embargo, allí estaba, incapaz de controlar el temblor leve que le tensaba las manos mientras observaba a su esposa.

Su esposa.

La mujer que había llegado a Ironhold envuelta en nieve y orgullo para transformar el castillo entero sin que él se diera cuenta.

Lachlan respiró hondo antes de levantarla entre sus brazos y llevarla despacio hasta la bañera. El vapor envolvió inmediatamente el cuerpo de Fiona cuando la introdujo en el agua caliente y comenzó a echarle agua sobre el cabello con las manos.

—Vamos, mi amor…

La voz le salió más rota de lo que pretendía. Aquello casi consiguió enfurecerlo más que el miedo. Nunca se rompía.

Nunca.

Aun así, allí estaba, arrodillado frente a una tina humeante con su esposa inconsciente entre los brazos y el terror devorándole el pecho igual que un animal.

Lachlan tomó entonces el rostro de Fiona entre las manos y empezó a frotarle las mejillas intentando devolverle algo de calor.

Después le apartó el cabello húmedo de la frente y apoyó la frente contra la suya mientras escuchaba aquella respiración demasiado débil.

—Fiona… venid a mí.

Nada cambió.

El fuego seguía débil detrás de ellos y el aire de la alcoba parecía extraño, pesado, casi muerto. Lachlan levantó lentamente la mirada hacia las brasas y comprendió que ya no le importaba entender nada de aquello, ni el don de Fiona, ni la forma en que el castillo reaccionaba a ella, ni las historias antiguas que Morag evitaba mencionar en voz alta.

Solo quería a su esposa viva.

—Escuchadme bien —murmuró mirando las llamas—. Si alguna fuerza vive todavía dentro de estos muros, devolvedme a mi mujer.

Las brasas crecieron dentro de la chimenea y el miedo volvió a cerrarle la garganta al comprender que no bastaba, que el fuego seguía demasiado débil y que Fiona continuaba helada entre sus brazos.

Lachlan volvió enseguida hacia ella y le sostuvo el rostro entre las manos.

—Amor mío, volved de donde estéis. Os quiero conmigo, ¿me oís?

La respiración de Fiona cambió un instante después. Fue algo mínimo, tan pequeño que otro hombre quizá ni siquiera lo habría notado, aunque Lachlan sintió aquel cambio igual que si alguien hubiera vuelto a poner el mundo en marcha.

Las llamas crecieron suavemente detrás de ellos.

Fiona frunció el ceño y después abrió los ojos despacio. Lachlan soltó el aire de golpe, igual que un hombre que llevaba demasiado tiempo ahogándose.

—Esposo…

La voz de ella salió débil y cansada, aunque viva.

Dios bendito. Viva.

Lachlan apoyó inmediatamente la frente contra la suya mientras el alivio le atravesaba el cuerpo con tanta fuerza que por un momento tuvo miedo de quedarse sin piernas.

—No voy a morir —susurró Fiona.

Él soltó una risa breve y agotada al mismo tiempo.

—Más os vale, mujer, porque iría al mismo infierno para traeros de vuelta si fuese necesario.

La abrazó contra el pecho y permaneció así varios segundos, escuchando cómo la respiración de Fiona empezaba poco a poco a recuperar fuerza mientras el fuego rugía otra vez dentro de la chimenea.

El castillo entero parecía volver a respirar con ella.

Fiona terminó apartándose para mirarlo y Lachlan sintió algo cerrándose con violencia dentro del pecho al ver el cansancio en aquellos ojos claros.

—He asustado a mi esposo —murmuró con una debilidad que intentaba disfrazar de ironía.

—No tenéis idea.

La respuesta salió demasiado rápida, demasiado sincera.

Fiona lo observó unos segundos y la mano fría de ella terminó apoyándose sobre su rostro mojado. Lachlan cerró los ojos un instante antes de besarle la palma.

Después respiró hondo y volvió a ponerse en pie.

—Mi señora, he de quitaros esa ropa mojada para llevaros al lecho.

Los labios de Fiona se curvaron.

—¿Eso es necesario, esposo?

Lachlan la observó unos segundos mientras el vapor seguía elevándose alrededor de ambos.

—Muy necesario, mi señora.

La levantó despacio fuera del agua y el vestido mojado cayó pesado contra el cuerpo de Fiona. Ella seguía demasiado débil para sostenerse correctamente y tuvo que apoyarse sobre sus hombros mientras Lachlan deshacía los cordones con una lentitud infinita, igual que si cualquier movimiento brusco pudiera romperla.

No había deseo en aquel momento, solo alivio y una necesidad casi desesperada de sentirla viva bajo sus manos.

La tela cayó finalmente sobre la alfombra y Lachlan tomó una manta gruesa para envolver inmediatamente a Fiona antes de llevarla hacia el lecho.

Ella se dejó acomodar entre las pieles sin protestar, agotada y todavía temblando mientras el cabello húmedo se extendía sobre las mantas.

Lachlan comenzó a apartarse entonces para quitarse la ropa empapada, aunque Fiona le sujetó la muñeca antes de que pudiera alejarse demasiado.

—Quedaos conmigo.

Aquello terminó de destruirlo.

Lachlan apagó la única vela cercana antes de desnudarse rápidamente y entrar bajo las mantas junto a ella. Luego, la atrajo inmediatamente contra el pecho, rodeándola con ambos brazos para compartir el calor de su cuerpo.

Fiona apoyó la cabeza sobre él y cerró los ojos despacio.

—¿Meteos en el lecho desnudo también era necesario, Lachlan?

Él enterró el rostro en su cabello todavía húmedo y la abrazó con más fuerza.

—Sí, mi señora. Esto es todavía más necesario que desnudaros.

Y permaneció despierto gran parte de la noche escuchando la respiración de su esposa mientras el fuego de Ironhold rugía otra vez dentro de todas las chimeneas.

XXVI



El amanecer entró gris por las saeteras y encontró la alcoba envuelta todavía en el calor espeso de la noche anterior. El fuego rugía nuevamente, vivo otra vez después de horas agonizando entre brasas débiles, y el aire bajo las mantas conservaba ese olor íntimo a humo, nieve derretida y piel dormida que parecía haberse instalado ya alrededor de ellos.

Fiona abrió los ojos despacio.

Durante unos segundos permaneció inmóvil, atrapada en esa frontera extraña entre el sueño y la vigilia mientras escuchaba únicamente el viento golpeando las murallas y la respiración profunda de Lachlan junto a ella. Después empezó a notar otras cosas; el peso firme del brazo masculino rodeándole la cintura bajo las mantas, el calor sólido del pecho contra su espalda y la forma en que las piernas de ambos seguían entrelazadas como si incluso dormido su esposo se negara a dejar demasiada distancia entre ellos.

Aquello consiguió ablandarle el pecho de una manera completamente absurda.

Giró la cabeza.

La penumbra azulada del amanecer marcaba los contornos severos de su rostro y el cabello oscuro caía desordenado sobre la almohada, suavizando la dureza habitual de sus facciones. Dormía profundamente por primera vez en muchos días. Fiona lo comprendió enseguida al observar las sombras bajo aquellos ojos cerrados y la tensión agotada que todavía permanecía en su mandíbula incluso en mitad del descanso.

Había pasado la noche vigilándola.

La idea le provocó una punzada cálida bajo las costillas.

Fiona bajó lentamente la mirada hacia la mano grande descansando sobre su vientre. Los dedos de Lachlan permanecían abiertos sobre ella de manera instintiva, protectora, igual que si incluso dormido necesitara comprobar que seguía allí, caliente y respirando entre sus brazos.

Con cuidado de no despertarlo, apoyó la mano sobre la de él.

El contacto bastó.

Lachlan se tensó entero antes incluso de abrir los ojos. La respiración cambió, el brazo alrededor de su cintura se endureció de inmediato y, un instante después, aquellos ojos oscuros se clavaron en ella con una intensidad todavía turbia por el sueño.

No hubo confusión.

Lo primero que hizo fue buscar calor en su piel.

Fiona vio exactamente el momento en que el miedo de la noche anterior regresaba a él antes de que pudiera ocultarlo. Lachlan le tomó el rostro entre las manos y apartó el cabello rojo de su cuello, como si necesitara comprobar otra vez que seguía tibia bajo sus dedos.

Solo entonces respiró.

Fiona sintió algo rompiéndosele dulcemente dentro del pecho.

—Esposo…

La voz le salió todavía dormida.

Lachlan no respondió enseguida. Permaneció observándola en silencio durante varios segundos, recorriéndole el rostro con la mirada igual que un hombre que todavía no termina de creerse aquello que tiene delante. Después le acarició la mejilla con el pulgar mientras sus hombros parecían perder por fin parte de la tensión de la noche anterior.

—Seguís caliente.

La frase salió baja y áspera, cargada todavía de un miedo que Fiona comprendió demasiado bien.

Ella sonrió.

—Os prometí que no iba a morir.

Aquello no ayudó. Al contrario, la mandíbula de Lachlan volvió a tensarse de inmediato y ella comprendió que el terror de la noche anterior seguía dentro de él, vivo todavía bajo la piel, esperando cualquier excusa para transformarse en enfado.

Su esposo apartó la vista hacia el fuego antes de hablar.

—El niño vive.

El alivio atravesó inmediatamente el pecho de Fiona.

—Gracias a Dios… ¿Cómo está?

Lachlan tardó unos segundos en responder.

—Dormido. Aoife envió caldo esta mañana y Màiri juró que respiraba mejor antes del amanecer.

Fiona cerró los ojos un instante. Aquello merecía cualquier precio.

Debió de reflejársele demasiado claramente en el rostro, porque Lachlan volvió enseguida la cabeza hacia ella y el enfado terminó apareciendo al fin dentro de aquellos ojos oscuros.

—Casi os cuesta la vida.

La dureza de la frase consiguió que Fiona levantara otra vez la mirada hacia él. Lachlan seguía observándola con esa quietud peligrosa que aparecía siempre antes de una tormenta y Fiona comprendió que llevaba horas conteniéndose.

Levantó despacio la mano y la apoyó sobre el rostro de su esposo para obligarlo a mirarla de verdad.

—No os enfadéis conmigo —murmuró con suavidad—. Debía salvarlo.

Lachlan sostuvo su mirada varios segundos y poco a poco algo cambió dentro de aquellos ojos oscuros.

Porque comprendió de golpe que jamás conseguiría impedir aquello. Podría llenar Ironhold de guardias, cerrar las puertas del castillo y prohibirle abandonar las murallas sola, aunque nada de eso cambiaría quién era Fiona. Ella habría vuelto a bajar a aquella aldea una y otra vez si un niño dejaba de respirar, porque cualquier otra persona con un poder semejante quizá habría aprendido a utilizarlo para dominar o destruir y, sin embargo, Fiona solo parecía pensar en salvar.

Aquello le apretó el pecho de una forma completamente inesperada y terminó tomando la mano que Fiona mantenía apoyada sobre su rostro para besarle lentamente los nudillos. El gesto resultó tan suave e íntimo que Fiona sintió el corazón deshaciéndosele dentro del pecho, porque su esposo no la estaba mirando con hambre ni con deseo, sino con una devoción silenciosa que consiguió dejarle el aire atrapado en la garganta antes de que él apoyara finalmente la frente contra la suya.

—¿Cómo lo hicisteis?

Fiona tardó un momento en responder.

—El agua seguía dentro de él y no podía respirar porque los pulmones estaban llenos. El cuerpo era demasiado pequeño y frío para expulsarla solo.

Lachlan escuchaba sin apartar los ojos de ella.

—Entonces puse las manos sobre su pecho e hice que el agua se convirtiera en vapor, muy poco a poco, lo suficiente para que pudiera volver a respirar sin ahogarse.

La mirada de Lachlan descendió inmediatamente hacia las manos de Fiona.

Aquellas manos pequeñas y delicadas que habían devuelto la vida unas horas antes. Lachlan volvió a tomarlas entre las suyas y empezó a acariciarle los dedos, igual que si todavía le costara aceptar lo que habían hecho.

—Y vos os quedasteis sin calor.

No fue una pregunta.

Fiona asintió.

—No había suficiente fuego dentro de mí para mantener ambas cosas.

El silencio que siguió resultó denso e íntimo. Lachlan levantó otra vez la mirada hacia ella y Fiona notó cómo algo cambiaba lentamente en el aire entre ambos, porque seguían desnudos bajo las mantas, porque las manos de él continuaban sosteniendo las suyas y porque el miedo había desaparecido al fin de aquellos ojos oscuros, dejando espacio a algo mucho más profundo y peligroso.

Algo cálido.

Masculino.

Intensamente contenido.

Lachlan le rozó la mejilla con los nudillos antes de bajar la mano hacia su cuello y detenerse en el hombro desnudo asomando bajo las mantas. Fiona dejó escapar el aire al sentir aquellos dedos ásperos recorriéndole la piel con una calma infinita, casi reverente, como si su esposo necesitara descubrir otra vez que seguía viva bajo sus manos.

El fuego crepitó dentro de la chimenea. Lachlan observó sus labios un instante antes de volver a mirarla a los ojos.

—No volváis a asustarme así nunca más, mi señora.

La voz salió grave y demasiado baja. Fiona sintió un escalofrío recorriéndole lentamente el vientre.

—No puedo prometeros eso, Lachlan.

Él abrió la boca, seguramente dispuesto a responder algo sobre prudencia, castillos cerrados o la absoluta incapacidad de Fiona para obedecer una sola orden sensata cuando alguien necesitaba ayuda, aunque ella no llegó a permitírselo.

Se incorporó sobre las mantas y tomó el rostro de su esposo entre las manos antes de besarlo con suavidad.

El mundo pareció detenerse un instante.

Lachlan permaneció inmóvil un segundo, sorprendido quizá por la delicadeza de aquel gesto después de una noche tan larga, y Fiona sintió cómo toda la tensión que él había estado sosteniendo desde la aldea seguía todavía atrapada bajo aquella quietud contenida.

Entonces su esposo terminó respondiendo al beso. Despacio. Con una suavidad que consiguió deshacerle algo dentro del pecho.

La mano de Lachlan subió inmediatamente hacia su nuca y sus dedos se perdieron entre el cabello rojo mientras profundizaba el beso con calma, como si todavía necesitara convencerse de que Fiona seguía allí, caliente entre sus brazos y respirando contra su boca. Ella se acercó más a él bajo las mantas y Lachlan soltó una respiración grave al sentir el cuerpo desnudo de su esposa rozándose contra el suyo, porque no había brusquedad en aquel movimiento ni hambre descontrolada, solo una necesidad profunda y casi dolorosa de mantenerla cerca, demasiado cerca, como si todavía existiera el miedo absurdo de que pudiera desaparecer otra vez en cuanto él dejara de tocarla.

Fiona deslizó con lentitud las manos por el pecho de Lachlan y sintió los músculos tensándose bajo su piel. Su esposo seguía conteniéndose incluso entonces y aquello consiguió enternecerla de una manera completamente inquietante, porque Lachlan podía partirle el aliento con una sola mirada y, aun así, seguía besándola como si fuese algo frágil.

La idea le apretó dulcemente el pecho.

Fiona volvió a buscar su boca y esta vez Lachlan respondió con menos cuidado. La atrajo hacia él con una mano firme sobre su espalda y el beso se volvió más profundo, más cálido, cargado ya de algo que llevaba demasiado tiempo creciendo entre ambos. El fuego comenzó a extenderse lentamente por la alcoba y las llamas crecieron suavemente dentro de la chimenea mientras el cuerpo de

Fiona recuperaba poco a poco todo aquello que había entregado la noche anterior.

Lachlan terminó apartándose de su boca y apoyó la frente contra la suya mientras intentaba recuperar el aire. Fiona aprovechó aquella cercanía para observarlo despacio, recorriendo con la mirada el cansancio todavía visible en su rostro, las sombras bajo sus ojos y la tensión agotada que seguía instalada en su mandíbula. Él debía de notar aquella mirada sobre la piel, porque terminó abriendo los ojos lentamente y una sonrisa mínima apareció en su boca.

—Mi señora… si seguís mirándome así voy a olvidar completamente que debéis descansar.

Fiona sonrió, todavía demasiado cerca de sus labios.

—Creo que ya lo habéis olvidado hace rato.

Aquello consiguió arrancarle una risa baja y cansada al mismo tiempo, la primera risa real desde la noche anterior, y Fiona sintió el corazón llenándosele de algo tan cálido que casi dolía. No recordaba haber visto nunca a un hombre mirarla de aquella manera, como si todavía siguiera sorprendido de tenerla entre los brazos, y la idea resultó mucho más amenazadora que cualquier beso.

Lachlan volvió a inclinarse hacia ella entonces, aunque esta vez ya no hubo espacio para demasiada contención. El brazo de él rodeó su cintura y terminó colocándola lentamente sobre su pecho mientras sus labios descendían hacia el cuello de Fiona con una calma infinita. Ella cerró los ojos al sentir aquella boca recorriéndole la piel y una respiración temblorosa escapó de sus labios cuando le besó el hombro desnudo antes de subir otra vez hacia su garganta.

Todo en él resultaba abrumadoramente masculino; el calor de su piel, la aspereza leve de la barba rozándole el cuello y la forma en que aquellas manos grandes recorrían lentamente su espalda desnuda igual que si todavía necesitara comprobar que seguía viva bajo ellas.

—Decidme si os hago daño.

La preocupación real en su voz consiguió desarmarla completamente.

Fiona abrió los ojos y lo observó unos segundos, contemplando el miedo que seguía escondido bajo aquellos ojos oscuros y la forma en que aquel hombre terrible parecía capaz de destruir el mundo entero mientras la sostenía como si fuera algo precioso. Después le acarició la mejilla y dejó que los dedos descendieran lentamente hacia el cuello masculino, sintiendo bajo la piel el latido fuerte y acelerado de su pulso.

—No podéis hacerme daño, esposo.

Aquello terminó de romper el último resto de control que Lachlan seguía conservando.

La besó otra vez, más profundo esta vez, y Fiona sintió cómo el cuerpo de ambos terminaba encontrando al fin el mismo ritmo bajo las mantas mientras el fuego seguía creciendo alrededor de ellos y la nieve golpeaba las ventanas de Ironhold varios mundos lejos de aquella cama.

Lachlan deslizó lentamente la mano desde su cintura hasta la curva suave de su cadera antes de volver a subir despacio por su costado, acariciándola con una calma casi reverente que consiguió acelerar inmediatamente la respiración de Fiona. Sus dedos rozaron la piel sensible bajo su pecho y ella se estremeció contra él mientras levantaba la mirada hacia su rostro, observando cada reacción igual que si nada en el mundo pudiera importarle más en aquel momento.

Fiona volvió a besarlo entonces, incapaz ya de soportar aquella manera suya de mirarla, y Lachlan respondió sujetándole la nuca mientras la hacía retroceder lentamente sobre las mantas. El peso cálido de su cuerpo terminó cubriéndola despacio y Fiona sintió un escalofrío recorriéndole el vientre cuando él apoyó la frente contra la suya antes de besarle otra vez la comisura de los labios, el mentón y la garganta.

Después descendió lentamente.

Los labios de Lachlan recorrieron el cuello de Fiona mientras sus manos acariciaban despacio la piel desnuda de sus brazos, de sus costados y de su cintura, como si quisiera memorizar cada parte de ella con una paciencia infinita. Fiona cerró los ojos al sentir aquella boca sobre su pecho y una respiración temblorosa escapó de sus labios cuando Lachlan la besó con una devoción tan intensa que el corazón comenzó a golpearle con fuerza bajo las costillas.

No había prisa en él, ni violencia, ni hambre brutal, solo una necesidad casi dolorosa de adorar cada parte de ella como si todavía siguiera agradeciendo al mundo que continuara viva entre sus brazos.

Aquello consiguió deshacerla por ompleto.

Fiona enterró los dedos entre el cabello oscuro de Lachlan y lo sintió respirar contra su piel antes de que él levantara otra vez la cabeza para mirarla. Sus ojos estaban completamente oscurecidos ahora y la forma en que observaba su cuerpo consiguió que el calor volviera a extenderse lentamente por toda la alcoba.

—Mi esposa…

Aquellas palabras ya no sonaban a contrato ni a obligación. Sonaban a pertenencia, a hogar, a algo tan profundo que Fiona sintió un nudo formándosele lentamente bajo las costillas.

Lachlan volvió a besarla mientras la mano de él descendía otra vez por su cuerpo, recorriendo la curva de su cintura y sus caderas con una ternura que conseguía volver todavía más intensa cada caricia. Fiona lo sintió temblar cuando ella deslizó las manos por su espalda y lo acercó todavía más hacia sí, eliminando el último espacio que quedaba entre ambos.

Entonces Lachlan se detuvo un instante.

Fiona abrió los ojos y lo vio observándola con una intensidad tan profunda que el aire pareció desaparecer lentamente de la alcoba.

—Aún podemos detenernos —murmuró él con voz grave—. No quiero que hagáis nada por miedo, ni por deber.

Aquello terminó de romperle el corazón. Fiona levantó las manos hasta su rostro y le acarició lentamente la barba antes de sonreír.

—Aunque no hubiese existido contrato alguno… habría venido con vos igualmente. Lachlan cerró los ojos un segundo. Fiona sintió cómo algo terminaba de quebrarse dentro de él de la manera más hermosa y peligrosa posible, porque cuando volvió a mirarla ya no quedaba distancia alguna en aquellos ojos oscuros.

El amanecer comenzaba a teñir de azul las saeteras de Ironhold, pero dentro de la alcoba el tiempo pareció detenerse. Bajo la pesada manta de pieles, sus cuerpos desnudos ya no buscaban el calor urgente tras la tormenta de la noche anterior, sino la confirmación silenciosa de que la espera había terminado.

Lachlan alzó una mano con lentitud. Deslizó las yemas de sus dedos, curtidas y marcadas por el acero, por la línea de la mandíbula de Fiona, ascendiendo hasta perderse en su cabello enredado sobre la almohada. Ella no se apartó; sostuvo aquella mirada fija y oscura que tantas veces había visto blindada frente al mundo, pero que ahora se abría ante ella desarmada.

—Fiona… —Su voz sonó más grave, un eco áspero que nacía del pecho—. Hace tiempo que dejé de pertenecerme por completo. No digáis esas cosas si pretendéis que os suelte.

—No deseo que me soltéis, Lachlan —respondió ella en un susurro firme, con la honestidad que siempre la había guiado—. Estoy aquí porque es mi elección. No hay ningún otro lugar donde quiera estar.

Él exhaló el aire que contenía y se inclinó hasta apoyar la frente contra la de ella. Sus respiraciones se mezclaron en el espacio mínimo que los separaba, dictando el único compás de la estancia. Cuando los labios de Lachlan buscaron los suyos, lo hicieron con una lentitud paciente, un roce cálido que pedía permiso sin necesidad de

palabras. Fiona entreabrió la boca, respondiendo al beso, y rodeó con sus brazos los hombros anchos del highlander, atrayéndolo hacia sí.

Las palmas de Fiona recorrieron la espalda de su esposo, reconociendo el mapa de cicatrices que cruzaban su piel. No había espacio para las dudas. Presionó las manos contra su pecho, sintiendo el latido acelerado y potente de su corazón, un eco exacto del suyo propio. Lachlan emitió un sordo quejido de rendición contra sus labios y la estrechó con más fuerza, adaptando la silueta de ella a su cuerpo con una firmeza protectora que eliminaba cualquier rastro de frío.

Se separó apenas unos centímetros para mirarla. Su mano descendió por el costado de Fiona, memorizando la curva de su cadera con una paciencia meticulosa, deteniéndose ante el menor cambio en su respiración.

—¿Estáis bien? —preguntó él en un susurro ronco, manteniendo el peso apoyado en los codos para no abrumarla, atento únicamente a su bienestar.

—Estoy donde quiero estar, Lachlan —aseguró ella, subiendo las manos para acunar el rostro de su esposo—. Miradme.

Él la obedeció, conmovido por la absoluta confianza que emanaba de sus ojos claros. En la mirada del guerrero no quedaba orgullo ni el peso del clan; solo la devoción desnudada ante la mujer que lo había cambiado todo.

—Creo que dejé de estar solo mucho antes de darme cuenta —confesó él, con una vulnerabilidad tan real que a Fiona se le encogió el pecho.

La unión definitiva llegó con el ritmo pausado e inevitable de las Highlands. Lachlan avanzó con una contención deliberada, midiendo cada movimiento, deteniéndose cuando ella tomaba aire y buscando en sus pupilas la guía para continuar. Fiona unió sus manos a las de él, entrelazando los dedos sobre la almohada,

anclándose a su firmeza mientras el dolor inicial se transformaba en un calor profundo que los envolvía a ambos.

El crepitar de la chimenea cambió de ritmo en la penumbra. Una ráfaga de aire tibio recorrió las sábanas de lino y las brasas del hogar, que hasta hacía un momento languidecían, comenzaron a brillar con una intensidad dorada, desprendiendo un aroma a madera vieja y verano que templó las paredes de piedra. Ninguno de los dos miró hacia el fuego. El vaivén compasivo de sus cuerpos, la piel húmeda y el roce constante eran lo único real en la alcoba.

Lachlan se movía con una ternura firme, transformando la intimidad física en el reflejo de la paciencia que habían sembrado durante meses. Era un espacio seguro donde el *laird* no tenía que ser fuerte y donde ella encontraba el respeto más absoluto a su entrega.

El clímax los alcanzó juntos, como el romper constante de las olas al pie del acantilado; un calor expansivo que les arrancó un suspiro unísono y los dejó exhaustos, con los corazones latiendo al mismo compás.

Lachlan se dejó caer a su lado sin romper el abrazo. La atrajo hacia su pecho, resguardándola bajo la manta de pieles, y ocultó el rostro en el hueco de su cuello, dejando un beso pausado sobre la piel templada. Fiona pasó los brazos alrededor de su cuello, acariciando su cabello oscuro mientras sentía cómo la respiración su marido recuperaba lentamente la calma.

XXVII



El sol llevaba un buen rato iluminando las murallas cuando Fiona despertó todavía envuelta en el calor del cuerpo de su esposo y comprendió, con una mezcla extraña de pudor y felicidad, que habían dormido más de lo habitual.

Permaneció inmóvil varios segundos, luego levantó la cabeza para observarlo mejor.

Lachlan seguía dormido boca arriba, con uno de los brazos descansando todavía sobre su cintura y el cabello oscuro desordenado sobre la almohada. La luz suavizaba la dureza habitual de sus facciones, aunque ni siquiera dormido parecía indefenso. Había demasiada fuerza en aquel cuerpo, demasiadas cicatrices atravesándole el pecho y los hombros como para olvidar la clase de hombre que era.

Y, aun así, Fiona seguía pensando en la manera en que la había sostenido la noche anterior mientras le rogaba que volviera.

Amor mío.

Aquella voz grave todavía parecía atrapada en algún lugar bajo sus costillas.

Fiona deslizó despacio los dedos sobre una de las cicatrices que cruzaban su pecho y Lachlan respiró más hondo sin llegar a despertar. El movimiento consiguió arrancarle una sonrisa pequeña. Le gustaba mirarlo así, sin tensión en la mandíbula, sin el peso constante de sus problemas sobre los hombros, tan solo dormido junto a ella como un hombre cansado después de demasiadas noches sin descanso.

—Os observo dormida cinco minutos y me acusáis de lascivo, mi señora, aunque vos lleváis mirándome desde el amanecer.

Fiona dio un pequeño respingo. Lachlan seguía con los ojos cerrados. Aquello la hizo reír.

—Creía que estabais dormido.

—Lo estaba hasta que comenzasteis a tocarme como si fuera un caballo en el mercado.

La risa de Fiona llenó la alcoba y el fuego rugió un poco más dentro de la chimenea. Lachlan abrió entonces los ojos despacio y volvió a contemplarla de esa manera que conseguía desarmarla más rápido que cualquier beso.

No había hambre salvaje en aquellos ojos oscuros. Lo que Fiona encontraba ahora resultaba muchísimo más temible; paz, alivio y una devoción silenciosa que seguía revolviéndole el pecho cada vez que él la observaba como si todavía no terminara de creerse que continuara allí, caliente y viva entre sus brazos.

Lachlan levantó despacio una mano hacia su rostro y apartó varios mechones rojos de su mejilla antes de acariciarle la piel con los nudillos.

—¿Cómo os encontráis?

La preocupación seguía escondida bajo la voz grave. Fiona apoyó la mano sobre la de él.

—Bien.

Lachlan permaneció observándola unos segundos más, como si necesitara asegurarse de que aquella respuesta era cierta, y ella comprendió que tardaría todavía algún tiempo en olvidar el miedo de haberla visto fría e inmóvil entre sus brazos.

Decidió besarlo antes de que volviera a pensar demasiado.

Se inclinó sobre él y rozó con suavidad su boca. Lachlan respondió de inmediato, aunque esta vez el beso resultó lento y tranquilo, cargado de una intimidad nueva que consiguió llenar el

corazón de Fiona de un calor dulce. Él le sujetó la nuca con una mano y profundizó el beso mientras la otra seguía descansando sobre su cintura bajo las mantas, como si todavía necesitara comprobar que seguía allí.

Cuando se separaron, Lachlan apoyó la frente contra la suya y cerró los ojos un instante.

—Aoife lleva despierta desde antes del amanecer —murmuró con resignación—. Si no bajamos pronto, subirá ella misma a comprobar que si sigo vivo.

Fiona soltó una risa baja.

—Creo que vuestra cocinera me quiere más a mí.

—Aoife os quiere porque habéis conseguido que coma verduras sin insultar a nadie durante tres días seguidos.

—Eso es mentira.

—Ayer llamó inútil a un muchacho por cortar mal unos nabos.

—Eso no cuenta.

Lachlan terminó riendo de verdad esta vez y el sonido consiguió revolverle algo cálido dentro del pecho. Fiona jamás habría imaginado que un hombre capaz de sembrar silencio en una sala con tan solo entrar pudiera reír así cuando estaba relajado. Lo observó todavía sonriendo y sintió algo suave expandiéndose bajo las costillas al comprender que empezaba a esperar aquellas pequeñas risas igual que otras mujeres esperaban la llegada de la primavera.

Se vistieron despacio entre conversaciones tranquilas y silencios cómodos. Fiona terminó frente al espejo de cobre intentando domar la masa imposible de cabello rojo mientras Lachlan ajustaba el cinturón de cuero alrededor de la cintura.

—Venid aquí.

Fiona levantó la cabeza.

Lachlan estaba sentado sobre el borde del lecho observándola.

—¿Qué ocurre?

—Os peináis como una mujer que desea iniciar una guerra contra los cepillos.

Fiona entrecerró los ojos.

—No todos nacimos con tres mechones oscuros y obedientes.

Aquello consiguió arrancarle otra sonrisa. Lachlan le tendió entonces la mano y Fiona terminó acercándose todavía sujetando el peine. Su esposo la hizo colocarse entre sus piernas antes de tomarle el cabello entre las manos.

Fiona notó un pequeño escalofrío recorriéndole la espalda.

El peso de aquellos dedos grandes deslizándose entre su cabello resultaba demasiado íntimo. Observó el reflejo de Lachlan en el espejo mientras él intentaba desenredar varios mechones rebeldes con una paciencia completamente inesperada en un hombre criado entre guerras y acero.

—Cuando era niño, mi cabello era tan largo como el vuestro y mi madre me peinaba así.

La confesión la sorprendió.

Permaneció completamente quieta mientras Lachlan comenzaba a trenzarle el cabello despacio. Varias veces pareció a punto de perder la paciencia y Fiona tuvo que morderse los labios para no reír al verlo concentrado de aquella manera, frunciendo el ceño mientras intentaba que la trenza no terminara convertida en una cuerda torcida.

Cuando terminó, observó su obra con expresión crítica.

—No os acostumbréis demasiado o terminaréis esperando que os peine cada mañana.

Fiona levantó una ceja mientras se volvía hacia él.

—Creo que sobreviviré a semejante tragedia, *laird*.

Aquello consiguió arrancarle otra risa baja.

Bajaron juntos hacia el gran salón mientras el castillo despertaba alrededor de ellos. Criadas atravesaban los corredores cargando cestas de pan caliente, hombres cubiertos todavía de nieve entraban y salían del patio principal y el olor constante a humo, avena y mantequilla comenzaba a extenderse por las galerías de piedra mientras Ironhold recuperaba despacio el ritmo de cada mañana.

Fiona empezaba a formar parte de aquel ritmo de una manera completamente natural. Aoife levantó la cabeza en cuanto los vio entrar en el salón y amusgó los ojos.

—Habéis dormido demasiado.

—Buenos días para vos también, Aoife —respondió Lachlan tomando asiento.

La mujer gruñó algo ininteligible antes de dejar un plato frente a Fiona.

—Comed.

Fiona observó el pan todavía caliente y sonrió.

—Gracias.

—No me deis las gracias todavía. Si el *laird* sigue mirándoos así durante el desayuno voy a tener que echaros a los dos de mi cocina.

Lachlan soltó una risa baja mientras Fiona sentía las mejillas calentándose inmediatamente.

Cathal apareció entonces por la puerta principal con varios pergaminos bajo el brazo y se detuvo un instante al verlos sentados juntos. Luego sonrió e inclinó la cabeza hacia Fiona.

Aquello fue importante, porque Cathal MacThane sonreía poco.

—Mi señora.

Cada vez ocurría más.

Ya nadie la miraba como a una extranjera llegada del este ni como a la mujer extraña que su *laird* había reclamado como esposa para evitar más enfrentamientos con su tío. Ahora la miraban como si siempre hubiera pertenecido allí, sentada junto a Lachlan mientras el castillo despertaba alrededor de ambos y el fuego rugía dentro de la gran chimenea del salón.

La normalidad de aquella escena golpeó de pronto a Fiona con una fuerza inesperada.

Semanas atrás jamás habría imaginado algo tan sencillo como desayunar junto a su esposo mientras Aoife discutía con los sirvientes y el norte entero parecía respirar tranquilamente al otro lado de las murallas.

Después del desayuno terminó en las cocinas ayudando con la masa del pan mientras varias muchachas lavaban verduras cerca del fuego.

—Más harina.

—Aoife, ya no queda espacio para más harina.

—Entonces rezad para que el pan decida cocinarse solo.

Fiona soltó una risa mientras intentaba despegarse masa de los dedos. El calor de los hornos llenaba las cocinas y las voces femeninas se mezclaban con el olor intenso a pan recién hecho y mantequilla derretida, creando una sensación extraña y acogedora que empezaba a resultarle familiar.

Morag apareció entonces por la puerta y se detuvo un instante al observar el desastre de harina sobre el vestido de Fiona.

—La señora de Ironhold parece haber perdido una batalla.

—Varias —murmuró Fiona.

Aoife gruñó mientras seguía amasando.

—Tiene manos demasiado bonitas para trabajar correctamente.

—Eso ha sonado casi como un cumplido.

—No os acostumbréis tampoco a eso.

Las muchachas comenzaron a reír y Fiona sintió algo cálido instalándose en su pecho al comprender que no se sentía sola en Ironhold.

XXVIII



El cielo seguía cubierto cuando Fiona descendió hacia la aldea acompañada por Morag y dos muchachas del castillo, ambas cargadas con cestas vacías para las hierbas que Aoife había decidido necesitar con urgencia, aunque Fiona sospechaba que la cocinera mayor utilizaba cualquier excusa razonable para obligar a medio Ironhold a moverse antes de que la humedad del invierno terminara instalándose en los huesos de todos.

La nieve acumulada durante los últimos días empezaba a derretirse sobre los caminos y el aire olía a humo húmedo, tierra removida y mar lejano mientras avanzaban por el sendero que bajaba desde el castillo hacia las primeras casas de piedra. Fiona se ajustó mejor la capa alrededor de los hombros y levantó la mirada hacia las murallas, visibles todavía desde la colina, con los estandartes negros agitándose sobre las torres y las chimeneas soltando humo gris hacia un cielo bajo que parecía prometer más lluvia antes del anochecer.

Aquel paisaje seguía siendo duro, frío y poco dispuesto a ofrecer belleza sencilla, aunque cada día le resultaba menos extraño. Ya reconocía el sendero por el que bajaban las mujeres al lavadero, la pendiente donde los niños resbalaban cuando nadie los vigilaba y el muro bajo junto al cual solía dormir un perro enorme que no se movía ni, aunque pasara por delante el propio *laird*. Todo aquello, de una manera lenta y silenciosa, empezaba a pertenecerle un poco.

—Las raíces más fuertes crecen cerca del arroyo —explicó Morag mientras apartaba con el bastón una rama húmeda del camino—, aunque si Aoife vuelve a mandarme a recoger hierbas en

pleno invierno terminaré echándola al mar y diciendo que la confundí con un saco de avena.

Una de las muchachas, Elspeth, soltó una pequeña carcajada y enseguida bajó la cabeza como si no estuviera segura de tener permiso para reírse delante de Fiona. La otra, Mairead, llevaba la cesta más grande contra la cadera y caminaba con una seriedad tan exagerada que parecía estar participando en una ceremonia religiosa en lugar de bajar a buscar plantas entre barro y nieve.

—Aoife dice que exageráis —murmuró Elspeth.

—Ella cree que todos sobrevivimos gracias a sus sopas y a sus amenazas, y quizá tenga razón, pero no pienso concedérselo en voz alta porque luego nadie la soportaría.

Fiona sonrió mientras descendían hacia la plaza. Le gustaban aquellas conversaciones sencillas, el frío en las mejillas, el roce de las capas agitándose con el viento y la sensación de caminar entre mujeres que ya no la observaban como a una extranjera llegada para ocupar un lugar incómodo. Ahora conocía nombres, rostros y pequeñas costumbres. Sabía qué anciana añadía miel al pan cuando creía que nadie miraba, qué niño robaba manzanas del patio de servicio para dárselas después a los perros del establo y qué hombres del pueblo fingían no tener miedo de Aoife, aunque bajaran la voz cada vez que la cocinera aparecía por la puerta de las cocinas.

La aldea bullía suavemente bajo el cielo cuando llegaron a las primeras casas. Varias mujeres lavaban ropa cerca de los barriles de agua, los hombres descargaban sacos desde un carro cubierto de barro y nieve derretida, y el olor a pan recién hecho escapaba desde una vivienda cercana, mezclándose con el humo de las chimeneas y el sonido de un martillo golpeando madera en la parte baja del molino. Fiona respiró despacio, sintiendo que aquella vida común, tan áspera y real, le llenaba el alma con una calma que no había esperado encontrar en el norte.

—Mi señora.

Fiona levantó la cabeza.

La madre del niño con el agua dentro caminaba hacia ella con una cesta pequeña entre las manos y el rostro todavía demasiado emocionado para alguien que llevaba toda la mañana intentando aparentar normalidad. A su lado venía el pequeño, bien envuelto en una manta de lana, con las mejillas de nuevo sonrosadas y una mirada curiosa que no se parecía en nada a la inmovilidad terrible con la que Fiona lo recordaba. El pequeño sujetaba un trozo de pan en una mano y miraba a la esposa del *laird* con esa mezcla de vergüenza y fascinación con la que los niños observan a los adultos que han aparecido en mitad de una historia que no entienden del todo.

Fiona sintió que el alivio le subía desde el vientre hasta la garganta.

La mujer se detuvo frente a ella y bajó ligeramente la cabeza antes de hablar, aunque sus ojos, húmedos todavía, se desviaron un instante hacia las casas cercanas, como si midiera quién podía escuchar.

—Buenos días, *milady*. Fue una suerte encontrarla para que me indicara qué rezos debía hacer para salvar a mi niño.

Fiona comprendió enseguida el cuidado de aquellas palabras. No había milagros allí, ni fuego, ni manos capaces de arrancar el agua de unos pulmones pequeños. Solo una madre que había orado durante mucho tiempo y una aldea entera dispuesta a repetir la misma mentira si alguien preguntaba.

—Entonces diría que se está recuperando como debe —respondió Fiona con una sonrisa suave.

El niño se escondió un poco detrás de la falda de su madre, aunque siguió mirándola con aquellos ojos redondos. Fiona se inclinó hacia él, no tanto como para asustarlo, y observó el color de su rostro, la respiración más firme, el movimiento inquieto de las manos. El alivio volvió a extenderse dentro de ella con una fuerza casi dolorosa.

—¿Habéis comido? —preguntó.

El pequeño asintió sin hablar.

—Demasiado —dijo su madre con una risa temblorosa—. Pan, caldo, leche y medio dulce de miel que no era para él.

—Eso también es buena señal.

La mujer levantó entonces la cesta hacia Fiona. Dentro había varias manzanas pequeñas, pan todavía caliente envuelto en tela y un tarro diminuto de miel sujeto con una cuerda fina. No era un regalo grande, aunque estaba colocado con tanto cuidado que Fiona entendió al instante cuánto significaba para aquella casa desprenderse de él en pleno invierno.

—No es mucho, mi señora, aunque quería agradeceros vuestra ayuda.

Fiona abrió inmediatamente la boca para negarse, porque aceptar comida de una familia que seguramente tendría que contar cada hogaza hasta la primavera le parecía casi indecente, pero Morag le dio un codazo seco en las costillas antes de que pudiera pronunciar palabra.

—Las gracias no se rechazan en estas tierras —murmuró la anciana, sin molestarse en bajar la voz—. Se aceptan, se bendicen y se llevan al castillo para que Aoife decida si las manzanas sirven para algo más que para atraer moscas.

Fiona cerró la boca y Mairead tomó la cesta con una solemnidad repentina, como si acabaran de entregarle una reliquia. La madre del niño pareció relajarse un poco al ver aceptado el regalo y bajó los hombros, agradecida quizá no solo por la salvación de su hijo, sino porque nadie la obligara a explicar más de lo que podía decir.

—Mi esposo dice que Ironhold tiene suerte de teneros —añadió con la voz más baja.

Aquello dejó a Fiona sin respuesta durante un instante, porque la mujer no hablaba como alguien que agradecía una ayuda

puntual, sino como una vecina que reconocía a su señora. El viento agitó varias hebras de cabello rojo alrededor de su rostro y Fiona sintió que algo cálido y vulnerable. Hacía unas semanas nadie en el norte la habría mirado así. Ahora empezaban a confiar en ella, a protegerla incluso, y aquella idea resultaba tan hermosa como aterradora.

—Yo también tengo suerte de estar aquí —respondió al fin.

Morag hizo un ruido bajo, casi un resoplido, aunque no dijo nada. Elspeth se limpió discretamente el rabillo de un ojo con el dorso de la mano y el niño, después de mirar a su madre como si pidiera permiso, dio un paso rápido hacia Fiona y le tocó la manga con los dedos antes de volver corriendo a esconderse detrás de la falda materna.

Fiona tuvo que respirar hondo para no emocionarse.

La mujer se retiró poco después y Morag las condujo hacia la parte baja de la aldea, donde el arroyo descendía junto al muro del molino y varias plantas resistentes crecían entre piedra húmeda y raíces oscuras. Durante un rato trabajaron en silencio, llenando las cestas con hojas amargas, pequeñas raíces pálidas y unas hierbas que Morag juraba útiles para el pecho, aunque Elspeth aseguró en voz muy baja que sabían exactamente igual que lamer una puerta vieja.

Fiona se rio, y aquella risa pareció integrarse sin esfuerzo en el ruido común de la aldea. Las mujeres saludaban al pasar, los hombres inclinaban la cabeza con respeto y las muchachas caminaban un poco más cerca de ella que al principio, como si ya no estuvieran acompañando a una señora distante, sino a alguien cuya presencia les resultaba cómoda. Cuando terminaron de recoger las hierbas, Mairead cargaba la cesta del regalo, Elspeth llevaba la de raíces y Morag avanzaba delante de todas con el bastón hundiéndose en el barro, maldiciendo al invierno, a Aoife y al arroyo por ese orden.

—Todo el mundo os mira diferente ahora —murmuró Elspeth mientras retomaban el sendero que atravesaba la plaza.

Fiona volvió la cabeza hacia ella.

—¿Diferente cómo?

La joven dudó unos segundos antes de responder.

—Como si hubierais nacido en este suelo.

Fiona no tuvo tiempo de contestar, porque el sonido de un caballo descendiendo con demasiada rapidez por el camino hizo que varias personas levantaran la cabeza al mismo tiempo. Ella también miró hacia la ladera y lo vio aparecer desde la parte alta, todavía cubierto con la capa oscura de caza, el caballo avanzando sobre la nieve húmeda mientras el viento agitaba el tejido negro alrededor de sus hombros.

Incluso desde lejos resultaba imposible no sentir aquella presencia masculina imponiéndose al paisaje; la tensión de su cuerpo sobre la montura, la mano firme en las riendas y esos ojos oscuros clavados directamente sobre ella desde el instante en que la encontró entre la gente.

Morag soltó una respiración resignada.

—Ahí viene vuestro marido como si el castillo estuviera ardiendo.

Y quizá para Lachlan había sido exactamente eso. Había regresado de la caza, seguramente con barro en las botas y frío en los huesos, esperando encontrar a su esposa dentro de Ironhold, y en cuanto alguien le informó de que Fiona había bajado a la aldea, debió de molestarse en entregar la pieza cobrada antes de volver a montar y salir tras ella.

Lachlan desmontó antes de que el caballo se detuviera del todo y cruzó directamente hacia ellas mientras varias personas de la plaza se apartaban de su camino. Fiona intentó mantener la compostura, aunque el cuerpo le reaccionó de esa forma absurda que ya no conseguía controlar cada vez que su esposo aparecía con aquella expresión de tormenta contenida.

—Mi señora.

La voz grave le recorrió la espalda.

—*Laird.*

Lachlan observó la cesta de comida, las hierbas recogidas, las botas embarradas de Fiona y la distancia hasta el castillo antes de volver a mirarla.

—Cathal dijo que habíais bajado a la aldea.

No hacía falta añadir nada más. Fiona entendió el resto en la tensión de su mandíbula y en la mano que se posó enseguida en la parte baja de su espalda para hacerla avanzar junto a él. Había vuelto, no la había encontrado y había salido a buscarla. Nada más. Nada menos.

—Solo íbamos a regresar al castillo —dijo ella.

Lachlan gruñó algo ininteligible y empezó a caminar a su lado, con Morag y las muchachas varios pasos por detrás. El viento soplaba con más fuerza en aquella zona y Fiona tuvo que sujetarse la capucha cuando una ráfaga fría le soltó varios mechones de la trenza.

—¿Cómo ha ido la caza? —preguntó, intentando no sonreír demasiado.

—Mal.

—¿No encontrasteis nada?

—Encontré un castillo sin mi esposa.

Fiona bajó la mirada para ocultar la sonrisa, aunque notó que Lachlan la observaba de reojo y que algo parecido a una curva mínima aparecía en su boca antes de desaparecer.

El problema llegó unos metros más adelante. El deshielo había convertido parte del camino en un barrizal imposible y uno de los carros había dejado un enorme charco atravesando prácticamente todo el sendero. Varias ruedas habían removido la nieve húmeda hasta transformarla en una mezcla oscura de barro y agua helada que amenazaba directamente el bajo de su vestido. Morag siguió caminando unos pasos más allá murmurando algo

sobre hombres incapaces de mantener limpio un camino durante el invierno, mientras las muchachas intentaban sujetar las cestas sin hundirse demasiado.

Fiona levantó la falda buscando dónde apoyar la bota cuando una voz masculina sonó frente a ella.

—Permitidme ayudaros, mi señora.

Uno de los hombres del pueblo, joven y claramente nervioso por estar dirigiéndose directamente a la esposa del *laird,* acababa de tenderle respetuosamente la mano desde el otro lado del barrizal. El muchacho ni siquiera parecía atreverse a sostenerle demasiado tiempo la mirada, y Fiona alcanzó a sonreír, agradecida por el gesto, mientras comenzaba a extender la mano hacia él.

No llegó a tocarlo, porque el cuerpo de Lachlan se tensó a su lado de una forma tan inmediata que Fiona comprendió el desastre justo un segundo antes de que ocurriera. Morag también lo vio venir, porque cerró los ojos lentamente con la resignación de una mujer agotada de convivir con hombres incapaces de comportarse con normalidad.

La mano de Lachlan se cerró alrededor de su cintura y, un instante después, ella soltó un jadeo escandalizado al verse levantada del suelo y colocada sobre el hombro del *laird* de Ironhold como si no pesara absolutamente nada.

Las carcajadas comenzaron alrededor antes de que Lachlan terminara de cruzar el barrizal. Él avanzaba con una tranquilidad insultante sobre el barro, mientras Fiona golpeaba inútilmente su espalda y las muchachas tenían que trotar detrás de ellos para seguir el ritmo de aquellas zancadas.

—¡Lachlan!

—No pienso permitir que terminéis cubierta de barro delante de media aldea.

—¡Bajadme inmediatamente, *laird*!

—No.

La respuesta fue tan tranquila que las risas aumentaron. Fiona sintió las mejillas ardiéndole mientras intentaba incorporarse lo suficiente para fulminarlo con la mirada, algo bastante difícil estando colgada sobre el hombro de un highlander completamente satisfecho consigo mismo.

—¡Todo el mundo está mirando!

—Exacto.

Antes de alejarse demasiado, Lachlan se detuvo y volvió la cabeza hacia el muchacho que seguía inmóvil junto al barro, y la diversión desapareció de su rostro con tanta rapidez que el silencio cayó sobre la plaza casi de inmediato.

—Recordad bien quién es vuestra señora —dijo con esa calma peligrosísima que utilizaba antes de partirle la cara a alguien —. La esposa de vuestro *laird* y la dueña de Ironhold.

El muchacho tragó saliva y bajó la cabeza.

—Sí, mi señor.

Solo entonces Lachlan retomó el camino como si nada extraño acabara de ocurrir, con Fiona todavía sobre el hombro y medio pueblo fingiendo que no se estaba riendo de la nueva señora de Ironhold.

—Os odio profundamente —murmuró ella contra su espalda.

La risa grave de Lachlan vibró directamente contra su cintura.

—Mentís fatal.

—Lachlan MacThane, bajadme ahora mismo.

—Dejad de retorceros o terminaré llevándoos así hasta el castillo.

Fiona volvió a moverse intentando recuperar algo de dignidad y Lachlan respondió dándole una sonora palmada en el culo que le arrancó un jadeo escandalizado y dejó a las muchachas completamente rojas detrás de ellos, mientras Morag lloraba de risa.

—Sois un salvaje.

—Y vos sois mi esposa.

La respuesta llegó tan rápida y segura que el corazón de Fiona tropezó dentro del pecho incluso en mitad de la humillación. Cuando Lachlan decidió por fin bajarla al suelo varios metros más arriba, ella se volvió hacia él con intención de asesinarlo con la mirada, aunque el efecto quedó arruinado al descubrir la expresión absurdamente satisfecha del *laird* de Ironhold, que la observaba como si cargarla al hombro delante de media aldea hubiese sido una decisión razonable, necesaria y, además, muy divertida.

Fiona abrió la boca para decirle exactamente lo que pensaba de él, de su orgullo y de sus formas de oso del norte, pero uno de los guardias del castillo descendía ya por el sendero hacia ellos con el rostro tenso y una urgencia que borró la risa de Lachlan antes de que ella pudiera pronunciar palabra.

El viento pareció enfriarse alrededor.

—Mi señor —dijo el hombre al detenerse frente a ellos—. Ha llegado un mensajero del este.

Fiona vio cómo la mano de Lachlan, todavía apoyada en su cintura, se quedaba inmóvil.

—¿Qué sello?

El guardia tragó saliva.

—Rojo, mi señor.

La paz recién nacida de aquella mañana se quebró en silencio, sin estruendo, sin gritos, sin que la aldea comprendiera todavía lo que acababa de llegar a las puertas de Ironhold. Fiona solo necesitó mirar el rostro de su esposo para saber que el invierno, el barro y las risas del pueblo acababan de quedar atrás, porque algo mucho más oscuro que la nieve se acercaba desde el este.

XXIX



El sello rojo permaneció sobre la mesa del gran salón durante toda la tarde como una herida abierta en mitad de Ironhold, y Fiona supo desde el primer instante que algo había cambiado dentro del castillo incluso antes de escuchar el nombre de Murchadh MacThane en voz alta. Bastó observar a Lachlan mientras rompía el lacre frente al fuego y recorría el contenido de la carta con aquellos ojos oscuros cada vez más inmóviles, porque el hombre que unas horas antes la había cargado al hombro delante de media aldea parecía haber desaparecido en cuanto aquel mensaje cruzó las puertas del norte.

El silencio fue lo primero que la inquietó.

No uno absoluto, porque Ironhold jamás callaba del todo; siempre había pasos atravesando galerías, hombres entrando desde el patio principal, leña crujiendo dentro de las chimeneas y el sonido constante de las olas chocando en las piedras.

Sin embargo, aquella tarde el castillo respiraba diferente. Los hombres hablaban más bajo, Cathal observaba demasiado a su hermano y hasta Aoife, que normalmente continuaba insultando a medio mundo, aunque estuviera derrumbándose el techo sobre su cabeza, dejó de gruñir varios segundos cuando vio el sello sobre la mesa.

Ella permaneció junto a la chimenea observando a Lachlan mientras él seguía leyendo sin mover prácticamente un músculo. La nieve húmeda todavía se derretía sobre los hombros de su capa de caza y una gota de agua descendió lentamente por el cuero oscuro antes de caer sobre la piedra. Nadie parecía dispuesto a romper el silencio que se había instalado alrededor del *laird.*

Lachlan terminó doblando la carta despacio y la dejó sobre la mesa.

—Hoy antes del anochecer.

La voz salió completamente plana.

Cathal soltó una respiración baja antes de apoyar ambas manos sobre la madera.

—¿Cuántos hombres?

—No suficientes.

Aquello consiguió arrancar una sonrisa torcida al segundo de los MacThane, aunque duró poco. Fiona observó el sello rojo otra vez y sintió una incomodidad extraña creciendo lentamente bajo las costillas.

—¿Es vuestro tío?

Lachlan levantó la mirada hacia ella un instante, aunque fue suficiente para que Fiona comprendiera que acababa de tocar una herida muchísimo más profunda de lo que había imaginado. No había miedo en aquellos ojos. Había algo peor.

Cathal recogió entonces varios pergaminos de la mesa y murmuró algo sobre revisar las guardias antes de abandonar el salón. Los hombres comenzaron a moverse otra vez alrededor de ellos, aunque la tensión permaneció instalada dentro de Ironhold como humo espeso entre las piedras.

Lachlan seguía sin apartar la vista del fuego.

Fiona esperó unos segundos antes de acercarse despacio hacia él.

—¿Debo preocuparme?

La mandíbula masculina se tensó.

—No mientras permanezcáis dentro del castillo.

Aquello no respondía a la pregunta y los dos lo sabían. Fiona observó el perfil de su esposo mientras el fuego iluminaba

parcialmente su rostro y comprendió entonces que estaba conteniéndose de una manera distinta a las veces anteriores.

No era la tensión de un guerrero antes de una batalla ni la calma peligrosa que precedía a la violencia. Aquello parecía más profundo, más antiguo, como si el simple nombre de Murchadh hubiera abierto dentro de él una puerta que llevaba años intentando mantener cerrada.

—Lachlan.

Él cerró los ojos un instante antes de mirarla.

—Mi tío no viene a Ironhold por cortesía familiar, Fiona.

—Eso ya lo había imaginado.

La comisura de la boca masculina se movió, aunque aquello no llegó a convertirse en una sonrisa.

—Murchadh no hace nada que no le beneficie de algún modo.

El fuego rugió dentro de la chimenea mientras el viento golpeaba las murallas exteriores del castillo. Fiona observó la forma en que Lachlan apoyaba ambas manos sobre la mesa, completamente inmóvil, y comprendió que incluso aquel gesto escondía tensión. Sus nudillos estaban demasiado rígidos. Sus hombros también.

—¿Os hizo daño?

El silencio posterior se volvió tan espeso que Fiona creyó durante un instante que Lachlan no respondería. Después él soltó una respiración baja y apoyó lentamente la mirada sobre las llamas.

—Mi tío cree que el afecto vuelve débiles a los hombres.

Aquello no era exactamente una respuesta, aunque decía demasiado.

Fiona permaneció callada mientras Lachlan seguía observando el fuego.

—Cuando mi padre murió, Murchadh pensó que Ironhold terminaría en sus manos. Yo tenía quince inviernos y decidió encargarse personalmente de mi educación.

La forma en que pronunció aquella última palabra consiguió que el frío se extendiera lentamente por el pecho de Fiona. Educación. Como si incluso ahora le costara llamar a aquello por su verdadero nombre.

—¿Qué hizo?

La mandíbula masculina volvió a tensarse.

—Lo necesario para convertir un muchacho en alguien capaz de conservar sus territorios.

Fiona observó las cicatrices que asomaban sobre el cuello de su esposo, la rigidez constante de sus hombros y aquella manera suya de permanecer siempre alerta incluso dentro de su propio hogar. De pronto comenzaban a encajar demasiadas cosas.

Lachlan soltó una respiración larga antes de enderezarse finalmente.

—No quiero hablar más de él.

Aquello sí sonó a orden, aunque no dura. Peor. Cansada.

Fiona comprendió entonces que estaba acercándose a heridas que ni siquiera el propio Lachlan parecía capaz de tocar demasiado tiempo, así que no insistió. Se limitó a acercarse un poco más y colocar la mano sobre la suya, sintiendo cómo los dedos masculinos reaccionaban inmediatamente cerrándose alrededor de los suyos con un movimiento instintivo, como si incluso en mitad de aquella tensión el cuerpo su marido siguiera buscándola antes de pensar.

La idea le apretó suavemente el pecho.

El resto de la tarde transcurrió bajo una tensión cada vez más visible dentro de Ironhold. Los hombres revisaban armas en el patio principal, Cathal discutía órdenes con los guardias y varios sirvientes comenzaron a moverse por el castillo con esa rapidez

silenciosa que aparece cuando una casa importante espera problemas. Fiona observó gran parte de aquello desde las galerías superiores mientras la nieve comenzaba a caer otra vez sobre los muros exteriores y el cielo se oscurecía lentamente sobre el norte.

Ironhold se preparaba.

Y aquello la inquietaba más de lo que estaba dispuesta a admitir.

Aoife apareció a media tarde cargando una bandeja con pan y caldo antes de dejarla prácticamente a la fuerza en manos de Fiona.

—Comed.

—No tengo hambre.

—Eso nunca ha detenido a nadie en esta cocina.

Fiona casi sonrió al escucharla. Aoife observó entonces el patio principal a través de una de las ventanas estrechas y resopló suavemente.

—Vuestro esposo tenía un hermano que decidió quedarse con ese malhechor.

Fiona volvió inmediatamente la cabeza hacia ella.

—¿Hermano?

La cocinera apoyó las manos sobre las caderas.

—Sí, el joven Ewan. Pero…—guardó silencio un instante antes de continuar—. No pudo soportar la educación que ese bastardo les ofreció. No duró ni dos inviernos. Esa fue la razón por la que su marido regresó a Ironhold y decidió ser responsable de estas tierras.

—¿Con tan solo diecisiete años?

—Tuvo que hacerse un hombre, *milady*.

Aquello consiguió revolverle algo incómodo dentro del pecho, porque sí, eso era exactamente lo que estaba ocurriendo. Fiona comenzaba a comprender que el hombre que aterrorizaba a

medio norte había aprendido aquella quietud mucho antes de convertirse en *laird.*

Aoife tomó entonces una de las manzanas de la bandeja y volvió a dejarla sobre la mesa con gesto brusco.

—Murchadh MacThane nunca trae nada bueno detrás.

Después se marchó. Sin añadir nada más.

La noche cayó temprano sobre Ironhold y el viento comenzó a golpear las murallas con fuerza cuando finalmente escucharon los cuernos. El sonido grave atravesó el castillo de una punta a otra y varios hombres cruzaron inmediatamente el patio principal hacia el portón exterior. Fiona salió hacia la galería superior casi al mismo tiempo que Cathal descendía las escaleras de piedra y abajo, junto a las puertas abiertas, Lachlan esperaba completamente inmóvil con la capa negra agitándose alrededor de sus piernas.

El cuerno volvió a sonar. Luego, aparecieron.

Nueve jinetes descendiendo lentamente entre la nieve, oscuros contra el blanco del camino y avanzando con la calma de hombres acostumbrados a entrar armados en territorio enemigo. El que cabalgaba delante llevaba el mismo cabello oscuro que Lachlan, aunque más corto y atravesado por varias hebras grises en las sienes. No parecía especialmente grande desde aquella distancia ni brutal en el sentido evidente de la palabra.

Y quizá por eso mismo resultaba todavía peor.

Porque incluso antes de verle el rostro completo, Fiona sintió peligro. No el peligro salvaje de un guerrero enfurecido.

Algo mucho más frío e inteligente.

Los caballos atravesaron el portón exterior y el patio quedó en completo silencio mientras los hombres desmontaban uno a uno. El desconocido permaneció varios segundos sobre la montura observando Ironhold antes de bajar al suelo y quitarse los guantes despacio, como si estuviera entrando en una casa que ya conocía demasiado bien.

A continuación, levantó la mirada y encontró a Fiona.

Aquello le heló la sangre.

Porque no había sorpresa en los ojos de aquel hombre, ni curiosidad ni interés evidente. Solo observación. Una mirada calculadora que recorrió su rostro un instante antes de descender hacia el cabello rojo, como si estuviera midiendo algo en silencio.

Evaluando.

La sensación consiguió tensarle lentamente la espalda.

Murchadh MacThane apartó entonces la mirada hacia Lachlan y una pequeña sonrisa apareció en su boca. No cálida. No amable. Peor. Educada.

—Sobrino.

La voz grave atravesó el patio como acero envuelto en terciopelo. Lachlan no se movió.

—Tío.

Ni un hombre respiraba alrededor de ellos.

Fiona observó la quietud absoluta entre ambos y comprendió entonces que aquello iba muchísimo más allá de una visita familiar, porque Murchadh MacThane acababa de cruzar las puertas de Ironhold con la misma calma con la que otros hombres entraban en territorio enemigo antes de una guerra.

XXX



La cena comenzó tarde, cuando la nieve ya golpeaba las murallas de Ironhold con tanta fuerza que el viento hacía vibrar las contraventanas y se colaba por las rendijas de piedra como un silbido oscuro atravesando el castillo entero. Fuera, el norte era una tormenta blanca de hielo y humo; dentro, las antorchas agitaban sus llamas sobre los muros del gran salón y proyectaban sombras enormes que se deslizaban sobre la piedra, deformando columnas, tapices y rostros bajo aquella luz inquieta que parecía respirar junto al fuego de la gran chimenea.

Fiona comprendió desde el instante en que cruzó las puertas que aquella no era una cena familiar, sino una medición de fuerzas preparada bajo el techo de Ironhold. La mesa principal había sido colocada sobre la tarima elevada desde la que los *lairds* de los MacThane gobernaban al clan en tiempos de guerra o invierno. Lachlan ocupaba el gran asiento tallado de su familia y Fiona se sentaba a su derecha como señora de aquellas tierras, mientras Cathal y varios hombres importantes del clan permanecían algo más abajo. Murchadh MacThane ocupaba un asiento frente a ellos, no a la misma altura, aunque tampoco lo bastante lejos como para parecer un invitado menor.

Todo en aquella disposición hablaba de jerarquía, territorio y poder, y ella sospechó que el tío de Lachlan lo había comprendido en cuanto cruzó las puertas del castillo.

Los sirvientes llenaban copas y retiraban platos vacíos bajo la mirada constante de los hombres del clan. Nadie hablaba demasiado. El ruido habitual de Ironhold parecía haberse apagado desde la llegada de Murchadh y hasta el fuego de la gran chimenea

sonaba extraño aquella noche, rugiendo a intervalos irregulares detrás de la mesa principal mientras las llamas se retorcían sobre los troncos consumidos.

Lachlan permanecía inmóvil a su lado. No parecía enfadado ni incómodo, aunque precisamente aquello conseguía inquietarla más. Su marido se había convertido en piedra desde que su tío había cruzado las puertas del castillo y Fiona empezaba a comprender que aquella quietud no era natural, sino aprendida. Había algo contenido en él, algo viejo y peligroso que parecía despertar cada vez que Murchadh abría la boca.

Incluso el modo en que observaba a su tío resultaba distinto; no había desafío evidente en sus ojos ni necesidad de demostrar fuerza. Lachlan lo vigilaba como un hombre acostumbrado a esperar el golpe antes incluso de que el otro moviera la mano.

La mano masculina descansaba cerca de la copa, relajada en apariencia, aunque Fiona alcanzaba a percibir la tensión escondida bajo aquella calma.

Nadie más parecía notarlo.

Ella sí.

Murchadh, por el contrario, parecía cómodo bajo el techo de Ironhold. Comía despacio, hablaba poco y observaba demasiado. No necesitaba levantar la voz para dominar el salón; bastaba con aquella mirada fría recorriendo la mesa mientras los hombres evitaban sostenerle los ojos demasiado tiempo.

Fiona comprendió enseguida que aquel hombre no poseía la brutalidad evidente de otros guerreros del norte. Resultaba mucho peor contemplar aquella calma elegante con la que parecía capaz de sonreír mientras destruía algo delante de todos.

Aoife apareció con una nueva bandeja de carne asada y dejó el plato frente a Cathal con más fuerza de la necesaria antes de retirarse hacia las cocinas. La cocinera ni siquiera intentaba ocultar la hostilidad cada vez que pasaba junto a Murchadh y Fiona

sospechó que aquella mujer llevaba años deseando lanzarle aceite hirviendo encima. El hombre no pareció darle importancia, o quizá sí y no le importó.

El silencio se prolongó varios minutos más hasta que Murchadh dejó finalmente la copa sobre la mesa.

—Así que era cierto.

La voz grave atravesó el salón sin necesidad de alzarse. Fiona sintió enseguida cómo varios hombres levantaban la cabeza mientras el tío de Lachlan observaba directamente a su sobrino.

—Tomasteis una MacLeod por esposa.

Nadie se movió. El viento rugió contra las murallas exteriores y una de las antorchas crepitó con fuerza sobre la pared de piedra. Lachlan sostuvo la mirada de su tío sin cambiar un músculo del rostro.

—Y volvería a hacerlo.

La respuesta cayó sobre la mesa con una calma tan firme que Fiona sintió un escalofrío recorriéndole la espalda. Murchadh apoyó ambos brazos sobre el asiento antes de volver a hablar.

—Vuestro padre se revolvería en su tumba viendo sangre MacLeod sentada en la mesa de Ironhold.

El salón entero se tensó de golpe. Los hombres dejaron de comer, Cathal levantó la mirada y Aoife quedó inmóvil junto a una de las columnas mientras Fiona comprendía que el tío de Lachlan acababa de cruzar una línea que nadie en aquella sala se habría atrevido a tocar.

El fuego rugió dentro de la chimenea y varias llamas crecieron entre la leña antes de descender otra vez. Fiona sintió el calor subiéndole por el pecho mientras observaba a Murchadh sostener aquella expresión tranquila, como si acabara de comentar el tiempo.

Ahora entendía.

Aquel hombre disfrutaba provocando. No necesitaba gritar ni humillar abiertamente a nadie; le bastaba con encontrar la herida correcta y presionar despacio.

Lachlan seguía inmóvil junto a ella, aunque Fiona alcanzó a notar cómo el aire alrededor de su esposo parecía endurecerse.

—Mi padre lleva muerto muchos inviernos —dijo finalmente Lachlan—. Haríais bien en no utilizar su nombre dentro de mi salón.

No levantó la voz. No hizo falta. El gran salón entero pareció quedarse todavía más quieto mientras Murchadh observaba a su sobrino varios segundos antes de beber un pequeño trago de cerveza.

—Los hombres muertos suelen tener opiniones útiles.

—No tanto como los vivos que saben cuándo cerrar la boca.

Aquello sí sonó peligroso. Muy peligroso.

Cathal dejó la copa sobre la mesa mientras varios hombres intercambiaban miradas tensas. Fiona observó a Lachlan de reojo y sintió algo extraño apretándole lentamente el pecho, porque empezaba a comprender el verdadero peso de aquella escena.

No estaba viendo simplemente a dos hombres discutiendo.

Estaba viendo al muchacho que Lachlan había sido enfrentarse otra vez al hombre que lo había obligado a sobrevivir solo durante media vida.

Y aun así seguía sentado recto en su lugar de la mesa, sin bajar la mirada ni retroceder un solo instante.

Murchadh soltó una pequeña risa baja.

—El norte os ha endurecido.

—No fue el norte.

La frase cayó tan fría que incluso las antorchas parecieron vibrar sobre los muros. Murchadh sostuvo la mirada de Lachlan varios segundos más antes de volver la cabeza hacia Fiona.

—¿Y vos qué opináis de todo esto, mi señora? —preguntó mientras hacía un pequeño gesto alrededor del salón—. ¿También creéis que unir clanes mantendrá la paz en estas tierras?

Fiona sintió inmediatamente el cambio en Lachlan. La mano masculina buscó la suya debajo de la mesa y entrelazó los dedos con firmeza antes incluso de que ella respondiera.

No había romanticismo en aquel gesto, sino control, calma y una forma silenciosa de pedirle que no dejara que Murchadh la arrastrara hacia donde deseaba.

Fiona bajó la mirada hacia sus manos unidas y algo cálido le atravesó el pecho al comprender que Lachlan ya conocía perfectamente cada reacción de su cuerpo. Él también estaba notando el calor creciente bajo su piel; lo sabía por la temperatura de sus dedos, por el modo en que las velas comenzaban a agitarse alrededor del salón y por aquella sensación sofocante que empezaba a instalarse bajo el techo de Ironhold.

Murchadh seguía observándola.

Esperando.

Midiendo.

Fiona volvió la cabeza hacia él.

—La paz nunca depende de un solo clan.

—No —respondió Murchadh—. Depende del miedo.

Las palabras quedaron suspendidas sobre la mesa mientras el viento golpeaba otra vez las murallas exteriores del castillo.

Fiona sintió la presión de los dedos de Lachlan alrededor de su mano, tranquila, firme, intentando contener algo que ambos empezaban ya a notar. Durante un instante estuvo a punto de obedecer. Sin embargo, volvió a mirar a Murchadh, volvió a escuchar el desprecio escondido en cada frase dirigida hacia su esposo y la rabia regresó de golpe, no por ella, sino por Lachlan y por la forma en que aquel hombre parecía decidido a reducirlo delante de todos.

La vela más cercana tembló.

Muy poco.

La mano de su marido se tensó alrededor de la suya mientras el calor comenzaba a extenderse por el gran salón. Uno de los hombres situados más abajo se aflojó la piel que llevaba sobre los hombros. Otro volvió la cabeza hacia la chimenea frunciendo el ceño, porque aquello no era normal.

Fuera nevaba.

Y, sin embargo, dentro del salón el aire empezaba a sentirse demasiado cálido.

El fuego rugió otra vez, más fuerte. Las llamas crecieron entre los troncos y varias antorchas vibraron al mismo tiempo sobre los muros. Las sombras comenzaron a deformarse sobre la piedra mientras la temperatura subía alrededor de la mesa principal como si el invierno hubiese desaparecido tras las puertas del castillo.

Cathal levantó enseguida la cabeza hacia la chimenea.

Aoife murmuró algo en gaélico desde el fondo del salón.

Uno de los hombres soltó una respiración incómoda antes de mirar hacia las ventanas.

—Es el viento —dijo alguien más abajo.

Pero otro respondió enseguida:

—No hay viento suficiente para esto.

Y entonces cayó el silencio, porque todos sabían que aquello no era el viento.

Murchadh también. Fiona lo vio en sus ojos. No miedo. Todavía no.

Incomodidad.

La primera verdadera incomodidad desde que había llegado a Ironhold.

La cera comenzó a deslizarse demasiado rápido por uno de los candelabros y las llamas de las antorchas se inclinaron al mismo tiempo, proyectando sombras enormes detrás de Fiona mientras el

calor seguía creciendo dentro del salón. Lachlan acarició los dedos de su esposa debajo de la mesa, calmándola sin palabras, y aquello consiguió romperle algo dentro del pecho a Fiona, porque comprendió de pronto algo terrible.

Lachlan había vivido toda su vida luchando solo.

Sobreviviendo solo.

Defendiéndose solo.

Incluso rodeado de hombres.

Incluso siendo laird.

Y ahora seguía sentado junto a ella soportando el veneno de Murchadh con aquella calma inmóvil que seguramente había aprendido siendo un muchacho.

La rabia terminó de incendiarle la sangre.

—La familia permanece unida cuando llegan tiempos difíciles —dijo Fiona sin apartar la mirada de Murchadh—. Los MacLeod cuidamos de nuestra sangre, mi señor, y quien pretenda amenazar a uno de los nuestros termina enfrentándose al resto.

El fuego respondió a sus palabras.

Las llamas rugieron dentro de la chimenea y varias antorchas del salón crecieron al mismo tiempo mientras el calor aumentaba de golpe bajo el techo de Ironhold. Las sombras comenzaron a moverse sobre los muros como figuras fantasmales agitándose entre humo y piedra y uno de los sirvientes dejó caer una copa al suelo cuando las antorchas del corredor exterior vibraron violentamente detrás de las puertas abiertas.

Entonces alguien apareció en la entrada del salón.

Uno de los guardias.

Respiraba agitado.

—Mi señor… las antorchas del patio…

Nadie respondió, porque incluso desde el interior alcanzaban a ver la luz rojiza agitándose Fuera de forma antinatural,

las llamas de los braseros rugiendo bajo la nieve y las antorchas exteriores inclinándose contra el viento como si todo Ironhold respirara al mismo ritmo que la rabia de Fiona.

Murchadh observó lentamente las llamas.

Después volvió a mirarla a ella.

Y Lachlan comprendió exactamente lo que estaba viendo su tío. No una muchacha enfadada ni una esposa obediente.

Fuego.

Fiona estaba defendiendo a su esposo delante del clan entero y el castillo respondía a esa furia como si Ironhold hubiese decidido ponerse de pie junto a ella.

La idea golpeó a Lachlan con una fuerza brutal, porque nadie había hecho jamás algo así por él.

Nadie.

El calor seguía creciendo dentro del salón y varios hombres comenzaron a levantarse incómodos mientras el aire se volvía casi sofocante. Fuera seguía nevando.

Dentro parecía verano.

Murchadh apoyó lentamente ambas manos sobre la mesa.

—La paz en estas tierras siempre es momentánea.

Dicho esto, abandonó el salón.

Fiona sintió otra oleada de calor atravesándole el cuerpo y una de las velas creció tanto que la llama se inclinó peligrosamente sobre el mantel. Lachlan reaccionó enseguida. Se levantó del asiento y tiró suavemente de Fiona hacia él antes de rodearla con ambos brazos, atrayéndola contra su pecho con una firmeza que consiguió cortar el aire ardiente que seguía creciendo alrededor de ella. La mano masculina subió hacia su nuca mientras el otro brazo se cerraba sobre su cintura, fuerte y protector, como si estuviera sujetando una tormenta entre las manos.

—Respirad, *mo chridhe* —murmuró contra su cabello mientras las llamas seguían agitándose detrás de ellos—, o tendré que explicar mañana por qué mi esposa decidió incendiar Ironhold antes de la primavera.

Aquello consiguió romper parte de la rabia de Fiona. Solo un poco. Lo suficiente.

El fuego respondió inmediatamente a su voz y las llamas comenzaron a descender despacio dentro de la chimenea mientras las antorchas dejaban de rugir con tanta violencia. Lachlan siguió abrazándola contra él y Fiona cerró los ojos un instante al sentir el olor familiar de cuero, humo y frío atrapado todavía en la ropa de su esposo.

Entonces todo el clan lo comprendió.

Por primera vez en toda su vida, el *laird* MacThane ya no estaba solo.

XXXI



Dos semanas después de la marcha de Murchadh MacThane, la aldea decidió celebrar el matrimonio de su *laird* como si el invierno no tuviera derecho alguno sobre Ironhold.

Fiona no supo quién había dado la orden, si es que alguien la había dado. Al caer la tarde, cuando la nieve comenzaba a descender sobre los tejados de la aldea y el cielo se cerraba en una oscuridad azulada sobre las murallas, el patio exterior del castillo ya estaba lleno de mesas largas, barriles de cerveza, cestos de pan, mantas de lana y hombres arrastrando troncos enteros hacia las hogueras.

Más abajo, entre las casas de piedra, brillaban otros fuegos, y el olor a cordero asado, humo, cerveza caliente y nieve derretida subía por la ladera hasta mezclarse con la música de las gaitas, los tambores pequeños y las voces de un pueblo entero dispuesto a fingir, aunque fuera por una noche, que no había amenazas al este ni inviernos capaces de doblegar al norte.

Aoife apareció junto a ella en la escalinata principal con los brazos cruzados bajo el pecho y una expresión de absoluta desaprobación que no engañaba a nadie, porque la cocinera había pasado dos días organizando aquella fiesta mientras fingía que todo le parecía una pérdida de tiempo. Había corderos girando sobre espetones, ollas de caldo junto a las hogueras, panes redondos cubiertos con paños limpios y barriles suficientes para hundir a medio clan antes de medianoche.

—No pongáis esa cara de sorpresa, mi señora —gruñó Aoife sin mirarla—. La gente del norte necesita tres cosas para sobrevivir

al invierno: fuego, comida y una excusa para beber. Vos les habéis dado las tres.

Fiona miró el patio lleno de vida y sintió algo cálido expandiéndosele bajo las costillas. Los niños corrían entre las mesas, las mujeres reían mientras repartían cuencos de guiso, los hombres se agrupaban alrededor de las hogueras con jarras en la mano y varias muchachas comenzaban ya a bailar al ritmo de la música, levantándose las faldas lo justo para no pisar barro ni nieve. Todo parecía demasiado grande, demasiado vivo, demasiado hermoso después de los días de tensión que habían seguido a la visita de Murchadh.

—Nadie me dijo que esto era por nosotros —murmuró Fiona.

Aoife soltó un bufido.

—Si se lo hubiesen dicho, habríais intentado prohibirlo por pudor, y si se lo hubiesen dicho al *laird*, habría mandado a todos a trabajar por no saber qué hacer con tanto afecto junto. Así que se ha hecho sin preguntar, como deben hacerse las cosas importantes.

Fiona sonrió, aunque la sonrisa se le quedó suspendida en la boca cuando vio a Lachlan junto a uno de los barriles principales, rodeado por Iain, Hamish, Cathal y varios hombres del clan que parecían estar disfrutando demasiado de algo que él acababa de decir. Su esposo llevaba el jubón oscuro sin abrochar del todo, la capa echada sobre un hombro y el cabello negro algo revuelto por el viento. Sostenía una jarra de cerveza en la mano derecha y, por la forma en que la levantó hacia Iain antes de beber, Fiona comprendió con una claridad terrible que aquella no era su primera jarra.

Tampoco parecía la segunda.

—Aoife —dijo sin apartar la mirada de su esposo—, ¿cuánto ha bebido?

La cocinera contempló al *laird* durante un segundo y se encogió de hombros.

—Lo suficiente para sonreír a la gente sin parecer que planea matarla.

—Eso no me tranquiliza.

—No debería.

Fiona bajó despacio el primer escalón mientras Lachlan levantaba la cabeza, como si hubiera sentido su presencia antes incluso de verla. En cuanto la encontró, algo le cambió en el rostro. No fue la sonrisa contenida que a veces le dedicaba en la intimidad de la alcoba ni aquella curva breve que intentaba esconder delante del clan. Fue una sonrisa abierta, lenta, torpe de cerveza y de felicidad, que le transformó toda la cara hasta hacerlo parecer más joven, menos cargado de sombras, casi el hombre que quizá habría sido si el norte no le hubiese exigido convertirse en piedra demasiado pronto.

El corazón de Fiona tropezó dentro del pecho.

Lachlan levantó la jarra hacia ella.

—¡Mi esposa!

Varias cabezas se volvieron de golpe hacia la escalinata, y antes de que Fiona pudiera pensar en retroceder, medio patio empezó a gritar su nombre, a golpear las mesas con las jarras y a pedirle que bajara. Aoife le dio un empujón nada sutil en la espalda y Fiona no tuvo más remedio que descender entre risas, nieve y olor a carne asada, intentando conservar una dignidad que empezó a perderse en cuanto Lachlan avanzó hacia ella con paso demasiado seguro para un hombre que había bebido tanto.

La alcanzó al pie de la escalinata y le rodeó la cintura con un brazo antes de atraerla contra su cuerpo, sin pedir permiso, sin importarle que todo el patio estuviera mirando. Fiona apoyó una mano en su pecho para marcar distancia, aunque él bajó la cabeza hasta rozarle la sien con la boca y soltó una risa grave que le vibró contra la piel.

—Estáis preciosa.

—Estáis borracho.

—También.

La respuesta fue tan sincera que Fiona no pudo evitar reír, y aquel sonido pareció entusiasmarlo. Lachlan la miró como si acabara de descubrir un tesoro en mitad del patio, apretó un poco más el brazo alrededor de su cintura y volvió la cabeza hacia sus hombres con una expresión orgullosa que hizo que Fiona presintiera el desastre antes de que comenzara.

—¿La veis? —preguntó Lachlan, alzando la voz lo justo para que lo oyera todo el círculo cercano—. Esta es mi esposa.

—Lo sabemos, mi *laird* —respondió Hamish con absoluta seriedad, aunque los ojos le brillaban de risa—. La habéis presentado varias veces desde que empezó la noche.

—No las suficientes.

Cathal soltó una carcajada y Fiona intentó taparle la boca a su esposo con la mano, pero Lachlan le atrapó los dedos y se los besó con una solemnidad absurda antes de dejarla todavía más roja.

—No hagáis esto —le advirtió ella entre dientes.

—¿Qué cosa?

—Hablar.

—Mujer, si me prohibís hablar en mi propia fiesta, el clan pensará que me gobernáis.

—El clan ya lo sabe —dijo Cathal.

Los hombres rugieron de risa y Lachlan señaló a su hermano con la jarra como si aquello fuese una acusación grave.

—Callad, traidor.

Fiona habría querido mantener la compostura, aunque era imposible. Lachlan tenía las mejillas algo encendidas por la cerveza y el frío, la mirada más brillante de lo habitual y una felicidad tan evidente que le dolía mirarlo. No había visto nunca a aquel hombre así, rodeado por su gente, sin la coraza habitual, sin el peso de

Murchadh, sin la sombra de la frontera clavada entre los hombros. Esa noche parecía capaz de respirar sin contar las salidas, sin medir los peligros, sin vigilar cada puerta.

El clan también lo veía.

Quizá por eso reían tanto.

Quizá por eso nadie intentaba detenerlo.

Las gaitas cambiaron de ritmo y varias parejas comenzaron a bailar cerca de la hoguera más grande. El fuego subió con un rugido alegre cuando Fiona se volvió hacia las llamas, y durante un instante se quedó inmóvil al comprender que aquella respuesta no nacía del miedo ni de la rabia, sino de la felicidad pura que le llenaba el pecho. Las chispas ascendieron hacia la noche entre copos de nieve y nadie sospechó nada, porque todo Ironhold estaba lleno de hogueras, antorchas, braseros y voces encendidas por la bebida.

—Hasta las llamas celebran —gritó un hombre del pueblo, echando otro tronco al fuego.

Fiona tragó una risa nerviosa. Lachlan, que seguía sujetándola por la cintura, bajó la mirada hacia ella.

—Estáis contenta.

—Y vos estáis demasiado atento para estar tan borracho.

—Estoy borracho, no muerto.

Aquello le arrancó otra risa, y Lachlan pareció tomar aquella risa como permiso para besarla delante de todos. No fue un beso largo, aunque sí lo bastante firme para que los hombres del clan golpearan las mesas y las mujeres gritaran desde el otro lado de la hoguera. Fiona se separó con el rostro ardiendo, mientras Lachlan la contemplaba con aquella satisfacción masculina que empezaba a ser peligrosa para su paciencia.

—Vais a arrepentiros mañana —murmuró ella.

—Imposible.

—¿Por qué?

—Porque mañana seguiréis siendo mi esposa.

Cathal soltó un gemido dramático desde la mesa cercana.

—Alguien quite al *laird* de la cerveza antes de que empiece a recitar.

—¿Recitar? —preguntó Fiona, alarmada.

Hamish asintió con la cabeza, disfrutando demasiado.

—Su padre cantaba. Él amenaza con discursos.

—No amenazo —dijo Lachlan—. Cumplo.

Fiona abrió la boca para suplicarle que no, aunque el daño ya estaba hecho. Lachlan soltó su cintura solo para subirse a uno de los bancos largos con una agilidad sorprendente para un hombre en su estado, y antes de que ella pudiera atraparlo, levantó la jarra hacia el patio. La música fue bajando poco a poco al notar que el *laird* iba a hablar, y en cuestión de segundos decenas de ojos se volvieron hacia él.

—No —susurró Fiona.

Aoife apareció a su lado con una jarra de cerveza en la mano.

—Sí.

—Aoife, haced algo.

—Estoy haciendo algo. Estoy mirando.

Lachlan alzó la jarra bajo la nieve, con el fuego iluminándole el rostro y el clan entero atento a cada palabra. Durante un instante pareció el *laird* de siempre, alto, oscuro, imponente, con aquella presencia capaz de someter el patio entero sin necesidad de gritar. Después sonrió hacia Fiona y el hechizo se rompió de la forma más peligrosa posible.

—Mi clan decidió celebrar mi matrimonio sin pedirme permiso, lo cual demuestra que Aoife manda más que yo en este castillo y que todos vosotros tenéis muy poco respeto por la autoridad de vuestro *laird*.

El patio rugió de risa y Aoife levantó la jarra como si aceptara el cumplido.

—Pero os perdono —continuó Lachlan, señalando a los hombres con la cerveza—, porque habéis elegido una buena razón para beber. La mejor razón, quizá, desde que tengo memoria.

Fiona sintió que la sonrisa se le deshacía poco a poco cuando la mirada de Lachlan volvió a buscarla. Ya no había solo humor en aquellos ojos. Había una emoción torpe, demasiado abierta por la cerveza, que él jamás se habría permitido mostrar con tanta claridad en otro momento.

—Mi esposa llegó a Ironhold en una tormenta —dijo, y su voz, aunque arrastraba un poco las palabras, conservaba esa hondura grave que hacía callar a todos—. Llegó enfadada, empapada, orgullosa y con una mirada capaz de hacer que un hombre sensato montara a caballo y huyera hacia el sur.

Las carcajadas estallaron alrededor de las hogueras y Fiona se llevó una mano a la frente.

—Y yo —prosiguió Lachlan, apuntándose a sí mismo con la jarra— no soy un hombre sensato.

—¡Eso lo sabemos! —gritó Cathal.

—Callad o cuento lo vuestro con la hija del molinero.

Cathal se atragantó con la cerveza y el patio estalló de nuevo. Fiona intentó aprovechar la risa general para acercarse al banco y tirar de la manga de Lachlan, aunque él le atrapó la mano, se la besó y continuó como si ella no estuviera intentando sabotearlo.

—La vi por primera vez y pensé dos cosas. La primera, que era demasiado hermosa para traer paz a mi vida. La segunda, que seguramente iba a darme más problemas que todos mis enemigos juntos.

—¡Y acertasteis! —gritó Aoife.

—Acerté —admitió Lachlan, solemne—. Pero también me equivoqué, porque no me dio problemas. Me dio hogar.

El patio se calmó un poco. Fiona dejó de intentar bajarlo.

El fuego de la hoguera más cercana creció con un chasquido cálido, y varias chispas ascendieron hacia la nieve como si el cielo se llenara de pequeñas estrellas anaranjadas. Nadie pareció extrañarse. Todos estaban mirando al *laird*.

Lachlan bajó los ojos hacia ella y se llevó la jarra al pecho.

—Y también me besó en el establo.

La calma duró menos de un segundo. Fiona se lanzó a taparle la boca, pero Lachlan giró la cabeza y la esquivó con una torpeza triunfal.

—¡No, mujer, el clan debe saberlo!

—¡El clan no necesita saber nada!

—¡El clan necesita saber que su *laird* fue derrotado en un establo por una MacLeod pelirroja!

El ruido fue tan enorme que los caballos del establo relincharon a lo lejos. Los hombres gritaban, las mujeres reían, Cathal golpeaba la mesa como si aquello fuese lo mejor que había oído en años y Aoife parecía al borde de llorar de pura diversión.

Fiona intentó agarrarle la pierna para obligarlo a bajar.

—Lachlan, por piedad.

—No hubo piedad en aquel beso.

—¡Por Dios!

—No invoquéis a Dios, esposa, porque bastante trabajo tuvo esa noche impidiendo que yo hiciera una locura.

—¿Qué locura? —gritó alguien.

Lachlan levantó la jarra con orgullo.

—¡Hacedla mi esposa allí mismo!

El patio entero se vino abajo.

Fiona escondió el rostro entre las manos, aunque por debajo de la vergüenza le subía una felicidad tan intensa que las hogueras volvieron a crecer con fuerza alrededor del patio. Las llamas se elevaron a la vez, rugiendo sobre los troncos, y varios hombres vitorearon creyendo que alguien había echado más leña.

—¡Más fuego! —gritó un anciano—. ¡Que esta noche se vea Ironhold desde el mar!

Lachlan bajó por fin del banco, no porque hubiera terminado, sino porque Fiona consiguió tirar de él con suficiente fuerza como para hacerlo reír contra su hombro. Cayó al suelo con una estabilidad dudosa, aunque enseguida la rodeó con ambos brazos y la sostuvo como si fuese ella quien pudiera perder el equilibrio.

—Me vais a matar de vergüenza —murmuró Fiona contra su pecho.

—No puedo morir avergonzado por amar a mi esposa.

La frase no fue gritada. Solo la oyó ella. Y quizá por eso le dolió más.

Fiona levantó la cabeza y lo encontró mirándola con la risa todavía en la boca y una ternura tan abierta que la dejó sin aire. Detrás de ellos, la música volvió a empezar, las gaitas subieron el ritmo y varias parejas comenzaron a girar alrededor de la hoguera. Lachlan le ofreció la mano con una inclinación torpe de cabeza.

—Bailad conmigo.

—No creo que podáis hacerlo recto.

—Entonces bailaremos torcido.

Fiona quiso negarse, aunque ya estaba sonriendo cuando tomó su mano. Lachlan la arrastró hacia el círculo junto al fuego y la hizo girar con menos elegancia que entusiasmo, provocando nuevas carcajadas cuando casi chocó con Hamish y tuvo que sujetarla de la cintura para no arrastrarla con él. Fiona reía tanto que podía respirar, y cada vez que lo hacía, las llamas parecían elevarse más, felices con

ella, escondidas entre las hogueras de la fiesta y el humo de los corderos que seguían girando sobre las brasas.

Por primera vez desde que llegó a Ironhold, su fuego no parecía un peligro.

Parecía celebración.

Y Lachlan, borracho, desvergonzado y feliz, no dejó de mirarla ni un instante mientras bailaban entre nieve, música y llamas.

XXXI



El amanecer llegó cubierto por una niebla húmeda que descendía lentamente entre las almenas de Ironhold y apagaba el color del cielo hasta convertirlo en una masa gris azulada sobre las montañas del norte. El invierno todavía no había cerrado del todo los pasos altos, aunque el frío de aquella mañana tenía ya la dureza de las jornadas largas, esas en las que los hombres comenzaban a hablar menos y a acercarse más al fuego sin darse cuenta.

Fiona abrió los ojos despacio y, todavía atrapada entre el calor de las mantas y el sueño, extendió la mano hacia el lado derecho del lecho buscando a Lachlan. Sus dedos solo encontraron las sábanas frías.

Aquello bastó para despertarla del todo.

Se incorporó despacio entre las pieles y el cabello rojo le cayó sobre los hombros mientras observaba la alcoba todavía sumida en la penumbra gris del amanecer. El fuego seguía vivo en la chimenea del muro norte y el olor a madera quemada llenaba la estancia, mezclándose con el perfume limpio del jabón que Aoife utilizaba para lavar las sábanas del castillo.

Lachlan estaba junto a la ventana. Vestido y listo para marcharse.

La espada descansaba apoyada contra el marco de piedra y él permanecía inmóvil frente al cristal empañado observando el patio de Ironhold bajo la niebla de la mañana. Llevaba el jubón negro ajustado hasta el cuello, las botas altas de viaje y el tartán oscuro cruzado sobre un hombro, aunque algo en su postura seguía transmitiendo tensión.

No parecía un hombre preparado para partir, sino un hombre obligado a hacerlo.

Fiona apartó las mantas y apoyó los pies descalzos sobre las pieles gruesas del suelo. El frío le recorrió inmediatamente las piernas desnudas bajo la camisa de dormir mientras avanzaba hacia él.

—Lleváis despierto mucho rato.

La voz le salió todavía cargada de sueño.

Lachlan volvió la cabeza hacia ella y Fiona sintió el cambio inmediato en sus ojos al verla acercarse. Ahora la miraba como un hombre que había descubierto demasiado tarde lo fácil que sería perder aquello que más ama.

—No conseguía dormir —murmuró él.

Fiona se detuvo justo delante.

—Eso explica por qué os movisteis toda la noche como un oso atrapado.

Una sombra de sonrisa cruzó lentamente la boca masculina. Muy leve, muy cansada, aunque real.

Ella levantó una mano y le acomodó distraídamente el borde del tartán sobre el hombro.

—Solo vais a marcharos cuatro días.

—Uno de ida, dos allí y uno de vuelta.

—Lo habéis contado demasiadas veces desde ayer.

Lachlan soltó aire por la nariz antes de bajar la mirada hacia ella.

—No me gusta dejaros aquí.

Fiona apoyó ambas manos sobre el pecho masculino y sintió el corazón de su esposo latiendo fuerte bajo el jubón de viaje.

—Ironhold está lleno de hombres armados.

—Lo sé.

—Y Morag vigila este castillo mejor que veinte soldados juntos.

Aquello consiguió arrancarle otra pequeña sonrisa. Morag llevaba dos días persiguiendo a Lachlan por los corredores con caldo caliente, mantas y órdenes constantes de «dejar de mirar a vuestra esposa como un condenado antes de partir a la guerra». La anciana parecía divertirse muchísimo observando cómo el *laird* del norte era incapaz de alejarse de ella, cuando había sido un hombre sin raíces en sus propias tierras.

Lachlan apoyó entonces ambas manos sobre la cintura de su esposa y terminó atrayéndola lentamente hacia sí hasta dejarla completamente pegada a su cuerpo.

—No es Ironhold lo que me preocupa.

La respuesta salió grave, baja y demasiado sincera. Fiona levantó lentamente la cabeza.

—Entonces ¿qué os preocupa?

Lachlan tardó varios segundos en responder. La miraba de esa forma intensa y silenciosa que conseguía desordenarle completamente el pecho, como si estuviera intentando memorizarle el rostro antes de marcharse.

—No estar aquí contigo.

Dios…

Aquello le dolió de una forma absurda. Porque él ni siquiera intentaba esconderlo. No estaba hablando como un *laird.* Ni como un esposo protector. Ni como un hombre orgulloso.

Estaba hablando como alguien que no quería alejarse de ella.

Fiona deslizó lentamente las manos hasta la barba oscura todavía húmeda del agua fría con la que seguramente se había lavado antes del amanecer.

—Voy a seguir aquí cuando regreséis.

Lachlan cerró los ojos un instante al sentirle las manos sobre el rostro.

—Eso espero.

—No sois muy tranquilizador para ser un hombre del norte.

—No estoy tranquilo.

La sinceridad de aquella frase le atravesó el pecho. Antes de que pudiera responder nada, Lachlan inclinó la cabeza y apoyó la frente contra la de ella. Fiona sintió inmediatamente cómo él buscaba el calor de su cuerpo casi de forma inconsciente.

—No me gusta marcharme sabiendo que no voy a veros hasta dentro de cuatro noches —murmuró él.

Fiona soltó una pequeña risa temblorosa.

—Eso ha sonado muy parecido a que me echáis de menos antes incluso de haberos ido.

La boca de él se curvó.

—No os acostumbréis demasiado.

—Demasiado tarde.

Aquello sí consiguió arrancarle una risa baja, grave, cálida, y Fiona sintió algo derritiéndosele dentro del pecho al escucharla. Le gustaba muchísimo cuando Lachlan se reía porque parecía otro hombre, más joven, menos endurecido por el norte y por todos los años que había pasado creyendo que debía soportarlo todo solo.

Él le acarició el cabello antes de bajar la mirada hacia sus labios.

Entonces la besó. Despacio al principio. Como si realmente intentara marcharse con aquel momento grabado dentro del cuerpo.

Fiona le rodeó inmediatamente el cuello con ambos brazos y sintió cómo Lachlan profundizaba el beso casi al instante, atrayéndola con más fuerza contra él. El frío del amanecer desapareció enseguida bajo el calor de sus manos, el olor a cuero

húmedo y el modo en que él parecía besarla como si estuviera intentando convencerse de que debía salir de aquella alcoba.

La respiración comenzó a romperse lentamente entre ambos.

Lachlan le deslizó una mano por la espalda hasta la cintura y Fiona terminó atrapada entre su cuerpo y el muro de piedra junto a la ventana mientras el beso se volvía cada vez más profundo, más necesitado, más difícil de terminar.

Entonces alguien golpeó la puerta. Tres veces.

Iain.

—*Laird*.

Lachlan no se apartó. Fiona soltó una pequeña risa jadeante contra su boca e intentó separarse de él.

—Os esperan.

—Que esperen.

Aquello consiguió hacerla reír de verdad.

—Lachlan…

Otro golpe en la puerta.

—Mi señor, si no pensáis salir nunca de esa alcoba, avisad para que mande guardar los caballos.

Fiona terminó apartándose lo justo para esconder la sonrisa contra el cuello de su esposo mientras Lachlan cerraba los ojos con visible resignación.

—Algún día voy a matar a ese hombre.

La voz de Iain llegó desde el otro lado de la puerta.

—No hoy, espero. Hace demasiado frío para morir en el patio.

Fiona soltó otra risa y Lachlan volvió a besarla enseguida, esta vez más breve, aunque mucho más intenso. Cuando se separaron ambos respiraban algo más rápido de lo normal.

Él le sostuvo el rostro entre las manos durante un instante más. Como si le costara físicamente soltarla. Después dio un paso atrás. Esta vez sí se marchó. Sin volver la cabeza.

Sin mirar atrás.

Como un hombre que sabía que, si lo hacía, no conseguiría salir de Ironhold.

Fiona permaneció inmóvil en mitad de la alcoba varios segundos más, escuchando el sonido de sus pasos alejándose por el corredor de piedra.

Luego se dirigió hacia la ventana.

El patio hervía ya de movimiento bajo la niebla del amanecer. Los hombres del clan preparaban las monturas mientras el portón del muro sur comenzaba a abrirse lentamente y el viento húmedo del norte se colaba dentro del castillo.

Lachlan apareció abajo junto al ruano oscuro y montó de un solo movimiento mientras Iain seguía hablando a su lado, seguramente burlándose todavía de él.

Incluso desde la altura de la alcoba Fiona pudo ver cómo su esposo buscaba instintivamente la ventana antes de marcharse.

Y cuando sus miradas se encontraron a través de la niebla gris del amanecer, Fiona levantó lentamente la mano hacia él.

El corazón le golpeaba fuerte dentro del pecho.

—Amor mío… —susurró contra el cristal frío—. Que el fuego te acompañe.

En el mismo instante en que las palabras abandonaron sus labios, una ráfaga cálida atravesó la alcoba y las llamas de la chimenea crecieron detrás de ella con un rugido suave y dorado, como si el propio fuego hubiese escuchado la orden.

XXXII



La niebla comenzó a espesarse poco antes del mediodía.

Descendía con lentitud desde las montañas altas del paso del lobo y se deslizaba entre los árboles desnudos como un animal silencioso y húmedo, tragándose el sendero bajo una masa gris que olía a tierra mojada y a invierno temprano. Los caballos resoplaban vapor blanco con más fuerza a cada tramo del camino y el sonido de los cascos quedaba amortiguado sobre el barro oscuro del sendero.

Iain avanzaba medio cuerpo por detrás de Lachlan, con el tartán empapado en los bordes inferiores y una mano apoyada cerca de la empuñadura de la espada. Vigilaba el bosque por costumbre, aunque la mayor parte de su atención llevaba toda la mañana fija en el hombre que cabalgaba delante de él.

Lachlan seguía igual que al salir de Ironhold, con la mandíbula tensa, los hombros rígidos y la mirada clavada en el camino como si galopar más rápido pudiera acercarlo antes de vuelta al castillo. No había mencionado a Fiona ni una sola vez desde el amanecer, aunque tampoco hacía falta. Iain llevaba demasiados años a su lado para necesitar palabras.

El segundo del clan escupió la raíz amarga que llevaba masticando desde primera hora y volvió la cabeza hacia el bosque cubierto de niebla.

—Si esta maldita niebla sigue cerrándose así, vamos a llegar al Sinclair con el culo congelado y los caballos medio muertos.

Lachlan no apartó la vista del sendero.

—Eso os pasa por hablar demasiado.

—Eso me pasa por acompañaros desde hace horas sin que os hayáis permitido respirar tranquilo ni una sola vez.

Aquello consiguió que el *laird* girara la cabeza hacia él. Muy poco. Pero suficiente para que Iain supiera que había acertado.

—Estoy respirando.

—Sí, claro. Igual que un hombre al que arrastran a su ejecución.

Uno de los muchachos del clan soltó una risa breve desde la parte trasera de la columna y Lachlan negó despacio con la cabeza mientras el caballo descendía una pendiente embarrada.

—Empiezo a sospechar que todos en Ironhold os habéis puesto de acuerdo para burlaros de mí.

—No todos. Morag estaba demasiado ocupada metiendo pan y carne seca en vuestra alforja mientras repetía que os veía más flaco desde que os casasteis.

Aquello sí consiguió arrancarle una exhalación parecida a una risa, breve, grave y cansada. Iain la oyó y sonrió para sí.

Mucho mejor.

Porque cuando Lachlan permanecía demasiado tiempo encerrado dentro de su propia cabeza, el norte entero terminaba pagándolo.

La columna continuó avanzando entre la niebla durante otra media hora. A ambos lados del sendero, los árboles desnudos se balanceaban bajo el viento húmedo y varias aves negras levantaron el vuelo desde una zona pantanosa al escuchar acercarse a los caballos. El aire olía a lluvia cercana.

Lachlan veía el camino. Su cabeza seguía en Ironhold.

En Fiona sentada frente al tocador al amanecer, con el cabello rojo cayéndole sobre los hombros mientras intentaba bromear para esconder lo poco que le gustaba verlo marcharse. Todavía sentía el calor de sus manos sobre el rostro y el sabor del último beso pegado a la boca como una maldita condena.

Dios…

Aquello empezaba a resultarle ridículo incluso a él mismo. Treinta años viviendo solo, marchando durante semanas enteras sin volver la cabeza hacia ningún castillo y ahora cuatro días lejos de su esposa parecían suficientes para ponerle el cuerpo entero de mal humor.

Iain debió notar algo en su expresión porque volvió a acercarse.

—*Laird.*

—¿Qué?

—Si seguís poniendo esa cara, el Sinclair va a pensar que os obligaron a venir encadenado.

—Quizá lo hicieron.

—No. Encadenado hablaríais menos.

Lachlan resopló por la nariz y el gesto hizo sonreír otra vez a Iain. El sendero comenzó entonces a ensancharse lentamente y la niebla se abrió lo suficiente para mostrar el castillo levantándose sobre la colina del este.

El Sinclair.

No era tan grande como Ironhold, aunque seguía siendo una fortaleza poderosa. Las murallas exteriores estaban construidas con piedra oscura del valle bajo y dos torres redondas protegían el portón principal, sobre el que ondeaba el estandarte azul y plata del clan Sinclair golpeado por el viento húmedo del norte.

Varias columnas de humo escapaban ya de las chimeneas superiores. El consejo de *lairds* había comenzado a reunirse.

Iain contempló el castillo con expresión resignada.

—Ahí lo tenéis. Demasiadas horas a caballo para terminar escuchando a viejos discutir sobre ovejas y límites de tierra.

—Hablad más bajo. Igual os hacen sentaros en la mesa principal.

—Antes me corto la lengua.

El portón exterior comenzó a abrirse despacio cuando los centinelas reconocieron el tartán MacThane bajo la niebla. El sonido grave de las cadenas resonó por todo el patio interior mientras varios hombres del clan Sinclair descendían los escalones del muro norte para recibirlos.

El primero en acercarse fue un hombre alto, ancho de hombros y barba gris recortada con cuidado. Debía rondar los cincuenta años, aunque seguía moviéndose con la firmeza de alguien acostumbrado a llevar espada desde niño.

Ewan Sinclair.

Sus ojos claros se posaron inmediatamente sobre Lachlan.

—MacThane.

Lachlan desmontó del caballo de un solo movimiento antes de inclinar la cabeza.

—Sinclair.

El otro hombre sonrió levemente.

—Creí que la niebla os retrasaría hasta mañana.

—Iain amenazó al clima durante medio camino.

—Y parece que el clima le teme más que vuestros enemigos.

Iain desmontó detrás de su *laird* mientras varios mozos se acercaban ya para tomar las riendas de las monturas.

—El clima me respeta porque yo sí tengo sentido común. A diferencia de algunos *lairds* del norte que creen que dormir es una pérdida de tiempo.

Sinclair soltó una carcajada breve.

—Vos debéis de ser Iain.

—Por desgracia para mi paciencia, sí.

—Mi padre habló mucho del segundo del clan MacThane.

—Espero que para bien.

—Dijo que sobrevivir junto a tu *laird* requería una paciencia cercana a la santidad.

Lachlan lanzó una mirada seca hacia ambos mientras comenzaba a quitarse los guantes húmedos.

—Veo que el vino todavía no ha empezado y ya estáis todos insoportables.

Eso hizo reír incluso a varios hombres del Sinclair que cruzaban el patio cargando barriles de cerveza y sacos de avena hacia los almacenes interiores.

El castillo entero hervía de movimiento bajo la niebla. Guerreros de distintos clanes ocupaban el patio y las galerías superiores; algunos entrenaban junto al muro oeste pese al frío, otros discutían alrededor de braseros encendidos mientras mozos y sirvientas corrían de un lado a otro preparando comida para más de cien hombres.

Lachlan observó una de las chimeneas principales expulsando humo oscuro hacia el cielo gris.

Pensó en Fiona.

La imaginó sentada junto al fuego de Ironhold con Morag insistiendo en servirle más desayuno mientras ella fingía molestarse. Imaginó sus manos acercándose distraídamente a las llamas y el calor respondiendo a sus emociones sin que lo notara ya.

El pecho volvió a tensársele. Iain lo vio de reojo.

Claro que lo vio.

Por eso se acercó un poco más a él cuando un grupo de hombres Fraser pasó demasiado cerca del *laird*.

No dijo nada.

Solo ocupó su sitio junto a Lachlan, vigilando alrededor mientras Sinclair continuaba hablando.

—Vuestra alcoba está preparada en la torre este. Habrá comida caliente dentro de media hora y el consenso comenzará antes del anochecer. Los Grant llegaron ayer. Los Fraser hace dos horas y los Gordon siguen sin aparecer, aunque eso tampoco sorprende a nadie.

Lachlan asintió.

—¿Muchos hombres?

—Demasiados egos y poco entendimiento, como siempre.

Iain soltó una risa nasal.

—Entonces el consejo marcha bien.

Sinclair volvió la cabeza hacia uno de sus hombres.

—Llevad las monturas del clan MacThane al establo norte. Quiero esos animales secos y alimentados antes de la caída del sol.

—Sí, mi *laird*.

El viento húmedo atravesó el patio justo cuando otro grupo de caballos apareció bajo la niebla exterior. Las conversaciones cercanas bajaron de volumen. No mucho. Solo lo suficiente para notarlo.

Iain levantó automáticamente la cabeza. Sinclair dejó de hablar y varios hombres del patio volvieron discretamente la vista hacia el portón.

Otra columna acababa de llegar.

Cinco jinetes. Caballos negros. Tartán oscuro y un estandarte azul profundo ondeando sobre el grupo mientras atravesaban lentamente el patio interior.

Lachlan observó la entrada en silencio.

El hombre que encabezaba la columna desmontó despacio bajo la niebla. Era alto, más mayor que él y llevaba una cadena de plata pesada descansando sobre el pecho oscuro del jubón.

No parecía impresionante ni peligroso.

Aun así, algo en la forma en que el patio reaccionó a su llegada hizo que Lachlan lo siguiera observando unos segundos más.

Sinclair soltó aire lentamente por la nariz.

—Ròric Cinaed.

Uno de los hombres Fraser murmuró algo por lo bajo a su compañero mientras varios guerreros del Sinclair descendían ya a recibir al recién llegado.

Iain cruzó los brazos sobre el pecho.

—¿Ese es el hombre que lleva diez años discutiendo por tierras del valle bajo?

—Por tierras, ganado, rutas y cualquier cosa que le permita seguir respirando —gruñó Sinclair—. Cinaed jamás ha sabido abandonar una obsesión.

Lachlan volvió la cabeza hacia él.

—¿Qué obsesión?

Sinclair guardó silencio un instante demasiado largo. El viento húmedo hizo ondear otra vez el estandarte azul profundo del Cinaed mientras el hombre comenzaba a subir lentamente los escalones del patio principal.

—Hay hombres que pasan la vida buscando oro —dijo al final, con la mirada todavía fija en el recién llegado—.Ròric Cinaed lleva veinte años buscando fantasmas.

El comentario quedó suspendido entre ellos mientras la niebla seguía descendiendo sobre el castillo.

Lachlan volvió a fijarse en el hombre del este profundo. Sin saber por qué, sintió una incomodidad lenta instalándose bajo las costillas mientras veía aRòric Cinaed desaparecer bajo las galerías interiores.

XXXIII



El ambiente dentro del gran salón se volvió más pesado a medida que avanzaba la tarde. Había demasiado humo acumulándose bajo las vigas, demasiados hombres encerrados alrededor del fuego y demasiadas horas escuchando discusiones que llevaban generaciones repitiéndose entre clanes vecinos.

Lachlan llevaba rato cansado de aquello.

No porque el consenso careciera de importancia. Varias cuestiones la tenían. Las enfermedades que se extendían entre el ganado del valle bajo preocuparían antes del invierno y los Gordon seguían insistiendo en mover las rutas comerciales hacia el este, algo que terminaría provocando problemas con los Fraser mucho antes de la primavera. Sin embargo, aquella tarde ninguno de los hombres presentes parecía dispuesto a dejar de escuchar su propia voz.

Lachlan permanecía sentado en silencio la mayor parte del tiempo, con la espalda recta, una mano alrededor de la copa y la mirada fija en quien hablaba. Parecía tranquilo, aunque en realidad estaba observándolo todo: quién bebía demasiado, quién evitaba ciertas preguntas, quién fingía reír mientras tensaba la mandíbula y quién callaba cuando otro hombre tomaba la palabra.

Gobernar un clan no consistía únicamente en sostener una espada. También era aprender a leer hombres antes de que esos hombres se convirtieran en un problema.

Detrás de él, Iain seguía de pie junto al muro como correspondía al segundo del clan MacThane. Llevaba horas sin moverse, aunque sus ojos recorrían sin desacando el salón mientras

vigilaba conversaciones, entradas y movimientos alrededor de su *laird*. No hablaba. Solo observaba, igual que Lachlan.

El Gordon pelirrojo golpeó finalmente la mesa con frustración.

—Si los Fraser siguen moviendo el ganado hacia el río bajo, tendremos problemas antes de la nieve.

—El río bajo pertenece a Fraser desde hace tres generaciones —gruñó el hombre aludido.

—Pertenece a quien pueda defenderlo.

Aquello arrancó varias risas cansadas alrededor de la mesa principal. Sinclair terminó vaciando la copa antes de martillear la madera con los nudillos.

—Por el amor de Dios, lleváis hablando de ovejas desde el mediodía.

—Porque son buenas ovejas —protestó Fraser.

—Si vuelvo a escuchar una sola palabra más sobre ganado, prenderé fuego al valle entero y así ninguno tendrá que seguir contándolas.

Las carcajadas resonaron esta vez con más fuerza e incluso Lachlan soltó aire por la nariz, algo parecido a una risa breve y controlada que Iain alcanzó a escuchar detrás de él.

Mucho mejor.

Porque cuando Lachlan permanecía demasiado tiempo encerrado dentro de su propia cabeza, el norte entero terminaba notándolo.

Los sirvientes comenzaron entonces a entrar al salón para retirar platos vacíos, mapas manchados de vino y varias jarras derramadas sobre la mesa principal mientras los *lairds* empezaban a levantarse de los bancos. La lluvia seguía golpeando los ventanales

altos del Sinclair y el cielo se había oscurecido tanto que las antorchas del patio ya estaban encendidas.

El anfitrión descendió finalmente de la mesa principal mientras ajustaba el broche de plata del tartán sobre el hombro.

—La sobremesa será en la sala oeste. Solo unos pocos.

Grant levantó con rapidez la cabeza.

—Ah, por fin una reunión donde podamos beber sin escuchar hablar de ovejas.

—No prometo nada —gruñó Sinclair—. Fraser parece enamorado de ellas.

—Porque alguien en este castillo debe tener criterio.

Otra ronda de risas atravesó el salón. Lachlan se puso en pie despacio y sintió un leve crujido recorriéndole la espalda después de tantas horas sentado. Iain se acercó por detrás.

—Tenéis cara de querer arrojaros desde la torre más alta de este lugar.

—Estoy valorando opciones.

—Pues procurad elegir una donde yo no tenga que bajar a recoger vuestro cadáver.

Lachlan volvió la cabeza hacia él.

—Cada día sois más insoportable.

—Cada día paso más tiempo rodeado de *lairds*. Algo termina pudriéndose en el alma.

Eso sí consiguió arrancarle una pequeña exhalación divertida, breve y controlada, aunque suficiente para que Iain supiera que todavía seguía teniendo paciencia para soportar una noche más de política, cerveza y hombres hablando demasiado alto.

El corredor oeste estaba mucho más silencioso que el salón principal. Las voces quedaban amortiguadas tras los gruesos muros de piedra mientras varios sirvientes cruzaban delante de ellos transportando bandejas de carne asada y enormes jarras oscuras hacia las salas privadas del castillo. El calor aumentaba cuanto más se acercaban al ala oeste y la chimenea de la sala ya debía de estar encendida.

Iain caminaba detrás de Lachlan con la misma atención constante de siempre. Permanecía cerca de su señor, observando hombres y recordándole al resto del mundo que MacThane jamás estaba solo.

La sala oeste era pequeña comparada con el gran salón del Sinclair, aunque mucho más cálida. El fuego rugía dentro de una enorme chimenea de piedra y varias velas gruesas iluminaban las paredes con una luz anaranjada que hacía danzar las sombras entre las vigas oscuras del techo. La estancia olía a humo, carne asada, cerveza negra y lluvia secándose sobre cuero mojado.

Había menos hombres allí: Sinclair, Grant, Fraser, un Gordon enorme sentado cerca del fuego yRòric Cinaed.

Lachlan lo observó mientras ocupaba lentamente su sitio en la mesa.

El hombre seguía sin parecer amenazador. No tenía el aspecto brutal de ciertos guerreros del norte ni la arrogancia de los jóvenes que necesitaban demostrar cada momento cuánto podían beber o matar. Lo inquietante en Cinaed era otra cosa: la calma, la forma silenciosa y cansada en que contemplaba el fuego mientras giraba la copa entre las manos, como si llevase demasiados años persiguiendo algo que el resto había decidido olvidar.

Iain ocupó su lugar detrás del hombro derecho de Lachlan y empezó a vigilar. Siempre atento a quién bebía más rápido, quién levantaba demasiado la voz y quién observaba a su *laird* más de la cuenta.

La cerveza comenzó a correr enseguida. También la carne.

La conversación tardó poco en relajarse bajo el calor del fuego y el alcohol. Grant empezó hablando de una pelea ocurrida el verano anterior durante un festival del valle bajo y Fraser terminó defendiendo a gritos que los Gordon no sabían criar caballos ni, aunque Dios mismo les sujetara las riendas.

Las carcajadas llenaron varias veces la sala e incluso Sinclair terminó golpeando la mesa con la copa mientras negaba con la cabeza.

—El día que los Gordon aprendan a criar algo que no sea problemas, levantaré una iglesia en mitad del valle.

—Entonces ahorraos la piedra —gruñó Grant—. Saldrá más barato.

Lachlan escuchaba. Eso era todo.

Atendía mientras bebía despacio y seguía el avance de la noche alrededor de la mesa. El fuego rugía dentro de la chimenea, la lluvia golpeaba las ventanas y las velas proyectaban sombras largas sobre los hombres.

Cinaed seguía callado. Hasta que Grant volvió la cabeza hacia él.

—Decidme una cosa,Ròric… ¿seguís persiguiendo fantasmas?

La pregunta arrancó algunas sonrisas cansadas alrededor de la mesa. Cinaed no respondió enseguida. Bebió primero y después dejó la copa sobre la madera con una lentitud extraña.

—No persigo fantasmas.

—Claro que sí —resopló Fraser—. Lleváis media vida haciéndolo.

—Media vida no basta para abandonar ciertas cosas.

La frase cayó sobre la sala mientras el fuego crepitaba detrás del hombre. Todos se mantuvieron en silencio. Grant terminó sirviéndose más cerveza antes de volver a apoyarse sobre la silla.

—Mi esposa sigue diciendo que estáis maldito.

—Vuestra esposa cree que los cuervos anuncian tormentas.

—A veces acierta.

Eso arrancó algunas risas. No a Cinaed. Él continuaba observando las llamas como si estas tuvieran la obligación de hablarle.

—Mi padre cometió un error hace muchos años —dijo finalmente—, uno que todavía no he conseguido reparar.

Gordon dejó de comer, Fraser levantó la cabeza y Sinclair permaneció quieto junto al fuego mientras la sala iba quedándose más silenciosa alrededor de aquella conversación.

—La mujer que vivió con él, esa que decían tener poderes —murmuró Grant a todos los presentes por si no conocían la historia.

Lachlan siguió completamente inmóvil, solo escuchando.

—¿Seguís creyendo que dejó descendencia? —prosiguió Grant.

—De mi padre. Él se encargó de que la tuviera. Pero la muy maldita se escapó. Cuando la encontré, ya no los tenía. Su hija los había heredado —explicó apretando los puños.

—Con lo cual, tenéis una medio hermana con poderes —intervino Fraser con burla.

—Una bastarda que encontraré —aseguró solemne.

Otra vez silencio. Cinaed cogió su copa y la giró sin apartar la mirada del licor.

—El día que la atrape, sufrirá las consecuencias de su traición.

Algo cambió entonces en el rostro de Lachlan, muy poco, tan poco que cualquier otro hombre de la sala quizá no habría llegado a notarlo. Pero Iain sí, porque llevaba quince años viendo esa cara antes de una batalla: la mandíbula endureciéndose lentamente, la mirada fija y el cuerpo inmóvil.

Cinaed siguió hablando.

—La última pista apareció hace dos inviernos en el sur. Un hombre habló de una joven capaz de hacer arder una chimenea sin tocar el fuego.

Grant soltó aire lentamente.

—Y todavía seguís creyendo esas historias.

—He visto demasiadas cosas para dejar de creerlas.

La lluvia golpeó con más fuerza los ventanales del Sinclair. Lachlan dejó la copa sobre la mesa despacio, demasiado despacio, mientras una sensación fría comenzaba a extenderse bajo sus costillas pese al calor brutal de la sala oeste. No pensó en leyendas, ni en descendencias, ni en historias antiguas. Su mente se centró en Fiona, en Roselyn y en Isla. En las llamas moviéndose alrededor de su esposa, el agua inundando el salón y en el viento levantándose en el interior. Y, de pronto, comprendió algo que no le gustó en absoluto.

Si hombres comoRòric Cinaed descubrían que existían más mujeres con dones, jamás dejarían de buscarlas.

XXXIV



La conversación continuó alrededor del fuego como si nada hubiera cambiado.

Grant seguía bebiendo cerveza y burlándose de Fraser, Sinclair maldecía cada vez que alguno golpeaba la mesa demasiado fuerte y varios sirvientes entraban y salían de la sala oeste cargando bandejas de carne asada mientras el calor de la chimenea volvía el aire casi irrespirable.

Pero Lachlan había dejado de escuchar.

Continuaba sentado exactamente igual que antes, con una mano descansando cerca de la copa y la mirada aparentemente fija en el fuego, aunque en realidad ya no veía las llamas ni a los *lairds* sentados alrededor de la mesa.

Veía a su esposa y a sus cuñadas. Y hombres buscando mujeres capaces de hacer cosas que el resto no comprendía.

Aquello bastaba.

No necesitaba historias completas ni nombres antiguos para entender el peligro.

Iain lo observó y sintió cómo algo incómodo comenzaba a invadir a su *laird*. Había visto a Lachlan furioso, herido y preparado para matar. Incluso lo había visto regresar cubierto de sangre después de una emboscada en el paso alto sin perder aquella calma brutal que parecía acompañarlo siempre.

Pero aquello era distinto. Porque Lachlan estaba demasiado quieto. Y cuando un hombre como él se quedaba tan inmóvil, normalmente significaba que ya había tomado una decisión.

Cinaed terminó su copa.

—Las Highlands olvidan demasiado rápido ciertas historias.

—Las Highlands olvidan lo que no les interesa —gruñó Fraser.

—Ese suele ser el principio de muchos errores.

Grant resopló por la nariz.

—O el principio de dejar de vivir asustados por cuentos.

Cinaed no respondió.

Solo volvió la vista hacia el fuego.

La sala quedó en silencio unos segundos mientras las llamas crepitaban dentro de la chimenea y el calor seguía aplastando el aire bajo las vigas de madera oscurecidas por el humo.

Entonces Lachlan se puso en pie.

Solo dejó la copa sobre la mesa y se incorporó con una calma tan medida que durante un instante nadie pareció encontrar extraño el movimiento.

—Me retiraré a mis aposentos —dijo.

Grant levantó inmediatamente una ceja.

—¿Tan pronto? Empiezo a pensar que vuestra esposa os tiene peor domado de lo que parecía.

Aquello arrancó varias risas alrededor de la mesa. Incluso Sinclair sonrió. Lachlan sostuvo la mirada de Grant sin molestarse en responderle enseguida.

—Mi esposa tiene mejores conversaciones que vosotros.

—Eso no es difícil.

Las carcajadas volvieron a llenar la estancia. Iain ya se había separado del muro antes incluso de que Lachlan terminara de hablar. Se colocó detrás de él automáticamente, como si fueran a retirarse a descansar.

Sinclair también se puso en pie.

—Os acompaño, MacThane. Necesito aire antes de terminar estrangulando a Fraser con mis propias manos.

—Sería una pérdida para las ovejas —gruñó Grant.

—Y para vuestro hígado —añadió Fraser.

Las voces quedaron atrás cuando los tres hombres abandonaron finalmente la sala oeste.

El corredor exterior estaba mucho más fresco. Las antorchas sujetas a los muros proyectaban sombras temblorosas sobre la piedra y, desde alguna parte del castillo, llegaba el sonido apagado de varios hombres riendo cerca de las cocinas inferiores.

Sinclair esperó hasta alejarse lo suficiente antes de hablar.

—Ahora decidme qué ocurre de verdad.

Lachlan continuó avanzando varios pasos más antes de detenerse junto a una ventana estrecha desde la que podía verse parte del patio interior del Sinclair. Las antorchas del muro sur se agitaban bajo el viento y varios mozos corrían entre los establos llevando cubos de agua y mantas secas.

—Me marcho esta noche —determinó.

Sinclair soltó una exhalación incrédula.

—¿Estáis loco?

—Iain lleva preguntándomelo desde que llegamos.

—Y con razón. Los caminos estarán hechos barro antes de medianoche.

—Aun así, marcharé.

Sinclair observó el rostro de Lachlan varios segundos. No vio miedo. No vio duda. Solo aquella firmeza fría y silenciosa que convertía a Lachlan MacThane en un hombre difícil de mover una vez tomaba una decisión.

—¿El motivo? —preguntó al final.

Iain respondió antes.

—Mi señor lleva pocas nupcias con su esposa y no soporta un lecho frío más tiempo del necesario.

El Sinclair lo miró un instante y después soltó una carcajada grave que resonó por todo el corredor.

—Ah, muchacho… —negó con la cabeza mientras seguía riendo—. Todo eso cambia con los años.

—Eso espero —respondió Iain con absoluta seriedad—, porque si no terminaré cabalgando detrás de él hasta mi muerte.

Incluso Lachlan permitió que una sombra mínima de humor le cruzara la expresión. Muy poca. Demasiado breve. Sinclair terminó secándose la barba con una mano antes de volver a mirarlo.

—Entonces al menos dejadme ofreceros caballos frescos antes de que vuestra fiebre matrimonial mate a medio clan MacThane de agotamiento.

—Os lo agradeceré.

—¿Cuántos hombres?

—Solo los míos.

Sinclair asintió despacio.

—Haré preparar el portón norte.

Lachlan guardó silencio unos segundos antes de añadir:

—No habléis de mi marcha hasta el amanecer.

La sonrisa del Sinclair desapareció un instante.

—Tan serio es.

Lachlan no respondió. Y aquello bastó. El anfitrión inclinó la cabeza.

—Tendré los caballos preparados.

Iain descendió hacia el patio para reunir a los hombres del clan MacThane mientras Sinclair desaparecía por otra galería en dirección a los establos.

Lachlan permaneció unos segundos completamente solo junto a la ventana estrecha. El castillo seguía lleno de vida debajo de él. Hombres cruzando el patio. Antorchas agitándose sobre las murallas. Sirvientes entrando y saliendo de las cocinas. Y, aun así, todo aquello empezó a parecerle absurdamente lejano.

Su cabeza ya estaba en Ironhold.

Pensó en Fiona dormida junto al fuego de la alcoba.

Y algo frío se le instaló lentamente en el pecho al imaginar hombres comoRòric Cinaed acercándose demasiado a su esposa o a las hermanas de esta.

No permitiría aquello.

Descendió hacia el patio. El aire nocturno golpeó su rostro en cuanto atravesó el arco principal del corredor y el olor a barro húmedo, caballo y humo llenó sus pulmones.

Los hombres del clan MacThane ya esperaban junto al portón norte con las capas ajustadas y los caballos preparados bajo la luz temblorosa de las antorchas.

Iain apareció junto a él mientras terminaba de colocarse los guantes.

—Todo listo.

—¿Los caminos?

—Una mierda.

—Perfecto.

Iain resopló por la nariz.

—Algún día vais a terminar matándonos a todos.

—No esta noche.

—Eso decís siempre.

Sinclair apareció poco después desde los establos acompañado por dos mozos que llevaban las riendas de varios caballos frescos.

—Si el paso medio empeora, deteneos hasta el alba.

—No lo haré.

—Ya imaginaba esa respuesta.

Le tendió entonces una pequeña bolsa de cuero.

—Carne seca, sal y yesca. El orgullo sirve de poco cuando el frío os atraviesa el pecho.

Lachlan aceptó la bolsa.

—Os debo una.

—Espero que no penséis pagarla invitándome a vuestro castillo mientras seguís en plena fiebre matrimonial.

Iain soltó una pequeña carcajada.

—Por favor, no le deis ideas.

Sinclair volvió a reír antes de golpearle el hombro a Lachlan con firmeza.

—Marchad entonces, MacThane. Y procurad no romperos el cuello antes de llegar junto a vuestra esposa.

El portón norte comenzó a abrirse lentamente bajo el sonido grave de las cadenas. La noche esperaba al otro lado.

Lachlan montó sin volver la vista hacia el Sinclair. Iain hizo lo mismo inmediatamente detrás de él y los cuatro hombres del clan cerraron la pequeña columna mientras el viento recorría el paso abierto del portón.

—Ironhold —ordenó.

Y espoleó el caballo hacia la oscuridad.

XXXV



Lachlan cruzó el corredor del segundo piso sin hacer ruido.

El castillo entero dormía todavía bajo ese silencio espeso que precedía al amanecer y solo algunas brasas seguían vivas dentro de los soportes de hierro sujetos a los muros. Las antorchas nocturnas se habían consumido casi por completo y el aire olía a piedra fría, humo viejo y madera húmeda.

Iain se detuvo detrás de él.

—¿Queréis que despierte a Mhairi para el agua caliente?

Lachlan negó con la cabeza.

—No.

—¿Y comida?

—Después.

Iain observó a su *laird* durante un instante largo. Llevaban horas cabalgando casi sin detenerse y el barro del paso medio seguía seco sobre las botas y el borde de las capas. Lachlan tenía el cabello húmedo pegado a la nuca, la barba oscurecida por el cansancio y los ojos de un hombre que llevaba demasiadas horas pensando cosas que no deseaba pensar.

Pero ya estaban en Ironhold y aquello parecía sostenerlo de pie.

Iain inclinó la cabeza.

—Descansad entonces.

Él no respondió. Se limitó a abrir la puerta de la alcoba grande y entrar en silencio.

El calor suave de la habitación lo envolvió al instante. Las brasas de la chimenea seguían vivas bajo la ceniza y una única vela permanecía consumiéndose sobre el pequeño banco junto al muro oeste, proyectando una luz cálida y temblorosa sobre la estancia. El aire olía a lavanda seca, lana limpia y humo apagado.

A hogar.

La cama grande estaba medio cubierta por las mantas gruesas del invierno temprano y Fiona dormía de lado, de espaldas a la puerta, con el cabello rojo extendido sobre la almohada como una sombra cobriza bajo la luz de la vela.

Lachlan se quedó quieto un instante.

Dios…

El pecho le dolió de una forma extraña al verla allí, dormida, completamente ajena a hombres comoRòric Cinaed y a las historias que podían arrastrar consigo. Ella seguía en paz, segura, respirando tranquila bajo las mantas de Ironhold mientras él traía consigo el peso de una amenaza que todavía no sabía cómo nombrar.

Cerró la puerta con cuidado y empezó a desvestirse despacio. La espada fue lo primero. Luego el cinturón, el jubón pesado del viaje y las botas cubiertas de barro. Cada movimiento le recordaba el cansancio acumulado en el cuerpo. Tenía las piernas rígidas del galope, los hombros tensos y las manos heladas pese al calor de la alcoba. Incluso desabrocharse la camisa terminó costándole más de lo normal por culpa de los dedos entumecidos.

Fiona se movió entre las mantas. Lachlan se quedó quieto. Ella no despertó. Solo soltó una respiración más profunda antes de acomodarse otra vez sobre la almohada. Él terminó de quitarse la ropa restante y cruzó finalmente la alcoba hacia la cama. Las mantas se hundieron cuando se deslizó junto a ella. El frío de su cuerpo debió alcanzarla al instante. Fiona abrió los ojos antes incluso de girarse.

—Lachlan… —murmuró con voz dormida.

Él no respondió enseguida. Se acercó más porque necesitaba sentirla.

Fiona terminó de despertarse poco a poco al notar el cuerpo helado de su esposo pegándose al suyo bajo las mantas. Soltó una pequeña exhalación sorprendida y levantó inmediatamente una mano hacia su rostro.

—Dios mío… estáis congelado.

Aquello casi consiguió hacerlo sonreír.

Casi.

Ella se acercó sin pensarlo siquiera, buscando calentarlo con el propio cuerpo mientras le rodeaba el cuello con los brazos. Lachlan cerró los ojos un instante al sentir el calor de Fiona envolviéndolo y hundió el rostro contra su cuello, permaneciendo así varios segundos, inmóvil, respirando el olor de su piel, de su cabello y de las mantas calientes de Ironhold como un hombre que acababa de regresar de demasiado lejos.

Fiona empezó a acariciarle la nuca.

—Habéis llegado demasiado pronto —susurró todavía medio dormida—. Pensé que regresaríais dentro de dos días.

—Lo sé.

La voz le salió grave, cansada y más ronca de lo habitual.

Ella se apartó para mirarlo mejor en la penumbra y algo dentro de Fiona se tensó al instante. Conocía demasiado ya a su esposo para no ver lo que escondía detrás del agotamiento. La mandíbula seguía dura pese al cansancio, los ojos demasiado despiertos para un hombre que acababa de cruzar medio norte sin descanso y, sobre todo, aquella necesidad casi desesperada con la que continuaba pegado a ella, como si el viaje entero hubiera sido soportable únicamente porque terminaba allí, en aquella cama, tocándola.

—¿Qué ocurrió? —preguntó en voz baja.

Lachlan sostuvo su mirada unos segundos demasiado largos antes de apartarle un mechón de cabello del rostro con una lentitud extraña.

—No que sea importante ahora mismo.

Fiona supo inmediatamente que mentía; aun así, no insistió. Le pasó la palma por la mejilla áspera y acercó la boca a la suya.

Lachlan la besó al instante, no despacio ni con paciencia, sino como un hombre que llevaba demasiado tiempo pensando en estar a su lado, añorándola. Fiona soltó una respiración suave contra sus labios al sentir cómo él le sujetaba la cintura y la acercaba más bajo las mantas. El beso sabía a frío, cansancio y necesidad contenida, y algo dentro de ella comprendió enseguida que su esposo no había cabalgado dos días enteros únicamente porque la echaba de menos.

Había algo más que todavía no quería contarle.

Lachlan volvió a besarla una y otra vez mientras las manos parecían incapaces de quedarse quietas sobre ella. Le acarició la espalda bajo el camisón fino de dormir, le recorrió la cintura y terminó sujetándole la nuca mientras la besaba con una intensidad que empezaba a quitarle el aire.

Fiona se acercó todavía más a él.

El cuerpo seguía frío por el viaje, aunque debajo de aquella piel helada podía sentir la tensión acumulada de un hombre que llevaba demasiado tiempo sosteniéndose únicamente por voluntad.

—Esposo… —susurró contra su boca.

Lachlan cerró los ojos un instante al escucharla llamarlo así. Después volvió a besarla. Más lento esta vez. Más profundo. Como si necesitara convencerse de que ella seguía allí.

Fiona le hundió los dedos en el cabello húmedo y lo sintió temblar cuando le rozó la nuca. Aquello terminó de romper algo dentro de ella.

Dios. Estaba agotado.

Le pasó una mano por la espalda desnuda, notando los músculos tensos bajo la piel y el cansancio duro acumulado en cada movimiento.

—Debisteis descansar en el camino.

—Quería llegar.

La respuesta fue inmediata y sincera. Fiona sintió cómo el pecho le apretaba suavemente al escucharlo.

Lachlan apoyó la frente contra la suya y permaneció así unos segundos largos, respirando cerca de su boca mientras las brasas crepitaban suavemente dentro de la chimenea. Después volvió a besarla y esta vez Fiona sintió claramente cómo el beso cambiaba.

La necesidad seguía allí y el cansancio también, aunque ahora había hambre. No brutal ni salvaje. Era una necesidad más profunda, más peligrosa incluso, porque no nacía solo del deseo. Necesitaba tocarla, besarla y sentirla debajo de él después de dos días enteros cabalgando con pensamientos que todavía no sabía cómo poner en palabras.

Le subió lentamente el camisón por el muslo y Fiona arqueó la espalda al sentir la mano grande y áspera recorriéndole la piel caliente bajo las mantas.

—Os he echado de menos —murmuró él contra su cuello.

Aquello la desarmó porque jamás decía ese tipo de cosas.

Fiona le rodeó el rostro con ambas manos y lo besó con suavidad esta vez, dejando que el cuerpo de su esposo encontrara poco a poco la calma dentro del suyo. No hubo prisa. Solo respiraciones entrecortadas, besos largos y manos buscándose bajo las mantas mientras el fuego crepitaba suavemente al otro lado de la habitación.

Lachlan se movía sobre ella con una mezcla extraña de desesperación y cuidado, como si una parte de él quisiera perder

completamente el control mientras la otra siguiera recordando constantemente que era Fiona. Su esposa. La mujer que dormía a su lado, la mujer que calentaba su cuerpo helado en mitad de la noche sin hacer preguntas, la mujer a la que ahora sentía amenazada, aunque todavía no comprendiera del todo por qué.

Fiona notó cómo le temblaba la respiración cuando le besó la mandíbula áspera por el viaje.

—Amor mío… —susurró.

Aquello terminó de destruirle cualquier distancia.

Lachlan escondió el rostro contra su cuello y la abrazó con fuerza antes de volver a besarla con más deseo, más ansiedad. Fiona sintió el peso de su cuerpo, el agotamiento duro en cada movimiento y también aquella necesidad feroz de sentirse vivo junto a ella.

Lo dejó hacer…

Lo dejó besarla como si necesitara borrar dos días enteros de miedo y cansancio. Lo dejó tocarla como si quisiera memorizar cada parte de ella antes de contarle algo capaz de romper la paz de aquella alcoba.

Cuando Lachlan terminó entrando en ella, lo hizo con un gemido bajo y contenido contra su cuello, como un hombre que llevaba demasiado tiempo deseando regresar exactamente a ese lugar. Fiona lo rodeó inmediatamente con las piernas y le pasó ambas manos por la espalda mientras él permanecía inmóvil unos segundos, respirando con dificultad.

Dios…

La sensación de ella alrededor suyo terminó de vaciarle la cabeza.

Lachlan empezó a moverse despacio al principio, todavía agotado por el viaje, besándole la garganta, la clavícula y la boca entre respiraciones cada vez más pesadas. Fiona se aferró a sus

hombros y lo sintió perder poco a poco el control contenido con el que había entrado en la cama.

Porque ya no estaba cabalgando. Ya no estaba escuchando historias sobre mujeres perseguidas. Ya no estaba imaginando hombres acercándose demasiado a su esposa.

Ahora estaba allí. Con Fiona debajo de él, caliente, viva y suya.

Dios lo ayudara, porque jamás había necesitado tanto a otro ser humano.

Mucho después, cuando Fiona terminó dormida contra su pecho y las brasas de la chimenea empezaban a apagarse despacio, él seguía despierto. Tenía un brazo rodeándole la cintura y la mirada fija en la oscuridad del techo de roble.

No podía dormir porque al amanecer tendría que destruir la paz de aquella habitación.

Y por primera vez en muchos años, Lachlan MacThane descubrió que existían verdades que preferiría no pronunciar jamás.

XXXVI



El sol ya se había elevado sobre el mar cuando Fiona despertó.

Durante unos segundos permaneció inmóvil bajo las mantas, todavía envuelta en el calor de la alcoba y en el recuerdo del cuerpo de su esposo sobre el suyo durante la noche. Las brasas de la chimenea seguían vivas bajo la ceniza y una luz gris azulada atravesaba las ventanas altas del dormitorio, extendiéndose lentamente sobre la piedra y los muebles de roble.

Pero él ya no estaba en la cama.

Fiona abrió los ojos del todo.

El lado izquierdo seguía caliente todavía, señal de que se había marchado hacía poco, y eso bastó para que una inquietud lenta comenzara a instalarse bajo sus costillas. La noche anterior había intentado ignorarlo, había permitido que el cansancio, el deseo y la necesidad de su marido llenaran la alcoba sin hacer preguntas, pero aquella sensación seguía allí.

Porque había regresado demasiado pronto.

Y porque durante horas lo había sentido abrazándola como si temiera perderla.

Se incorporó despacio y se cubrió con una bata ligera antes de abandonar la habitación. Ironhold despertaba lentamente alrededor de ella. Varias doncellas cruzaban los corredores transportando cubos de agua caliente, el olor a pan recién hecho comenzaba a subir desde las cocinas inferiores y algunas voces masculinas resonaban amortiguadas desde el patio central, donde seguramente los hombres ya entrenaban pese al frío de la mañana.

Pero él no estaba allí.

Lo encontró finalmente en uno de los corredores altos del ala oeste, el más alejado del ruido del castillo. Aquel tramo terminaba en una abertura estrecha desde la que podía verse el mar extendiéndose hasta el horizonte, inmenso y gris bajo el cielo de otoño.

Permanecía inmóvil frente al muro de piedra, con las manos apoyadas sobre el borde y la mirada perdida en la lejanía. El viento del mar atravesaba el corredor y agitaba el cabello oscuro de su esposo mientras la luz del amanecer perfilaba la dureza de sus hombros.

Fiona se detuvo unos segundos contemplándolo. Parecía tranquilo. Sin embargo, empezaba a descubrir que la calma de aquel hombre muchas veces era precisamente lo más peligroso.

Se acercó despacio hasta quedar detrás de él y le rodeó la cintura con ambos brazos, apoyando la mejilla entre sus omóplatos.

Él cerró los ojos un instante al sentirla.

Después se giró hacia ella y la abrazó con fuerza, enterrando el rostro en su cabello rojo como si necesitara respirar allí unos segundos antes de hablar.

Fiona le rodeó el cuello con suavidad.

—¿Qué os preocupa?

Él no respondió enseguida. Ella sintió cómo tomaba aire antes de apartarse para mirarla. Los ojos grises seguían cargados de algo oscuro, algo que llevaba horas intentando ordenar dentro de sí.

—En el consejo…Ròric Cinaed contó una historia que me preocupó.

Fiona notó inmediatamente cómo el cuerpo se le tensaba entre sus brazos.

—¿Qué historia?

Su esposo no se separó de ella mientras hablaba. Mantenía ambas manos alrededor de su cintura, como si necesitara seguir

tocándola incluso para pronunciar aquellas palabras.

—El padre de Cinaed raptó hace años a una mujer que, según cuentan, poseía dones extraños. Al parecer, estaba convencido de que esos poderes lo ayudarían a convertirse en el dueño de todo el norte.

El viento atravesó otra vez el corredor y levantó varios mechones del cabello de Fiona. Ella guardó silencio.

—Esa mujer escapó estando embarazada y consiguió esconderse durante mucho tiempo —continuó él—. Cuando la encontraron, ya no conservaba aquellos poderes. Según Cinaed… los heredó su hija.

Fiona se apartó despacio, lo suficiente para caminar hacia el muro abierto y quedarse mirando el mar.

Las olas golpeaban muy abajo contra las rocas negras y el viento húmedo parecía llegar desde un lugar infinitamente lejano. Fiona se abrazó a sí misma mientras observaba el horizonte y el miedo apareció en su rostro.

Él la contempló varios segundos antes de acercarse hasta quedar detrás de ella. La rodeó con ambos brazos y apoyó el mentón sobre su cabello.

—Tengo miedo de que descubra que vos y vuestras hermanas también tenéis dones y decida ir a por vosotras olvidando a esa mujer —confesó en voz baja.

Fiona cerró los ojos un instante. El mar rugía abajo, inmenso y constante, y durante varios segundos ninguno de los dos habló.

Después ella rompió el silencio sin apartar la vista del horizonte.

—Aunque la encuentre… no hallará poderes en ella.

El abrazo alrededor de su cintura se tensó. Él la giró despacio para verla mejor.

—¿Por qué?

Fiona levantó finalmente los ojos hacia los suyos.

—Porque los heredaron sus tres hijas.

El viento atravesó el corredor en ese mismo instante, haciendo agitar violentamente una de las antorchas apagadas del muro y levantando el cabello rojo alrededor del rostro de Fiona.

No hizo falta nada más. Lo supo. Comprendió que la mujer de aquella historia era la abuela de Fiona. Entendió que la hija nacida de aquella huida había sido Margaid. Y concluyó también que las tres hermanas MacLeod eran exactamente aquello queRòric Cinaed llevaba años buscando.

Dios…

La respiración se le endureció de golpe. La atrajo hacia su pecho y la abrazó con una fuerza casi brutal, como si el simple hecho de sostenerla así pudiera mantener el peligro lejos de ella.

Fiona escondió el rostro contra él y notó cómo el corazón de su esposo golpeaba con fuerza bajo la tela oscura del jubón.

—No dejaré que nada ni nadie os haga daño —dijo con voz grave—. Tendrán que atravesarme antes de acercarse a vos.

Ella cerró los ojos un instante. Aquello debería haberle dado paz; aun así, no era suficiente.

—No puedo confiar solo en vuestra protección —susurró al final.

Él se apartó para mirarla.

—Necesito informar a mis hermanas de que las buscan. Necesito contarles quién mató a mi abuela.

El *laird* frunció lentamente el ceño.

—¿Vuestra madre no lo sabe?

Fiona negó despacio.

—Mi abuela jamás desveló quién fue su captor. Cuando descubrió que estaba embarazada, escapó y terminó escondiéndose en una cabaña situada dentro de las tierras de mi padre. Nadie sabía

que vivía allí hasta que un día él cabalgó hacia esa zona y encontró el cuerpo sin vida de mi abuela… y a mi madre herida junto a ella.

El silencio cayó entre ambos.

El viento seguía entrando desde el mar y el olor a sal impregnaba el corredor mientras Fiona permanecía inmóvil entre sus brazos, intentando contener el miedo que amenazaba con subirle lentamente por el pecho.

—No quería que esto alcanzara Ironhold —confesó en voz baja.

Aquello le atravesó el alma. Su esposo le tomó el rostro entre ambas manos y apoyó la frente contra la suya.

—Vos sois Ironhold.

Fiona sintió cómo algo se quebraba dentro de ella al escucharlo.

Él respiró hondo una vez antes de mirar hacia el mar, como si ya estuviera calculando caminos, tiempos y hombres capaces de protegerlas. Cuando volvió a hablar, la decisión ya estaba tomada.

—Preparad un arcón de viaje —determinó con firmeza—. Partimos hoy.

Fiona lo miró en silencio y comprendió entonces que ya no existía regreso posible hacia la paz que habían conocido hasta ese momento.

XXXVII



Cabalgaron durante tres días.

No hubo descanso verdadero entre Ironhold y Dun Ailean, solo pequeñas detenciones junto a los arroyos, cambios rápidos de caballo y algunas horas robadas al sueño mientras la primevera comenzaba a despertar en las Highlands. La niebla descendía sobre los valles al amanecer y el viento llegaba desde las montañas con un frío húmedo que terminaba pegándose a la piel incluso junto al fuego.

Fiona habló durante el trayecto. Cabalgaba sobre la yegua gris con el chal verde de Dun Ailean sujeto sobre los hombros y la mirada fija en el sendero. Algunas veces levantaba la cabeza al escuchar caballos a lo lejos y otras permanecía inmóvil, perdida dentro de pensamientos que ya ni siquiera intentaba ocultar.

Su esposo la observaba sin parar. No de forma evidente. Nunca lo hacía.

Aun así, Fiona notaba cómo el caballo negro aparecía siempre un poco más cerca cuando el camino se volvía estrecho, cómo él comprobaba en silencio que el fuego nocturno quedara protegido del viento o cómo terminaba cubriéndole las manos con su propia capa cuando el frío comenzaba a entumecerle los dedos durante las madrugadas.

No pronunciaba grandes promesas ni intentaba tranquilizarla. Solo permanecía cerca, siempre cerca, y aquello le dolía todavía más, porque una parte de Fiona no conseguía dejar de pensar que había arrastrado el peligro hasta Ironhold, hasta él y hasta todos los hombres que ahora cabalgaban alrededor suyo sin comprender realmente aquello de lo que intentaban protegerlas.

El tercer día, poco después del mediodía, divisaron finalmente las torres de Dun Ailean al otro lado del valle.

El castillo MacLeod se alzaba sobre la colina rocosa igual que siempre, orgulloso y firme frente al mar del sur. El humo ascendía desde varias chimeneas y las banderas verdes del clan se agitaban bajo el viento húmedo que llegaba desde los acantilados.

Fiona sintió cómo el pecho le apretaba al verlo.

Hogar.

No había comprendido cuánto necesitaba regresar hasta aquel instante.

La columna descendió despacio por el sendero de piedra mientras el olor a sal y humo comenzaba a envolverlos poco a poco. Más abajo, cerca de las murallas, varios perros empezaron a ladrar al reconocer los caballos y algunos hombres del clan levantaron inmediatamente la vista hacia el camino principal.

Las puertas de Dun Ailean permanecían abiertas, como siempre durante el día y, aun así, Fiona sintió algo parecido al alivio atravesándole el cuerpo cuando cruzaron al fin el portón.

El patio estaba lleno de vida. Dos muchachos entrenaban junto al muro sur con espadas de madera, varios hombres descargaban sacos de grano cerca de las cocinas y el olor a pan recién hecho llegaba desde el edificio inferior donde las mujeres del castillo trabajaban desde el amanecer.

Aileas apareció la primera. Salió casi corriendo desde la cocina pequeña con harina todavía sobre los brazos y el delantal mal colocado sobre las faldas.

—¡Santa madre bendita…!

Fiona tuvo tiempo de desmontar antes de que la mujer la abrazara con fuerza.

—¿Qué hacéis aquí? ¡Pensábamos que tardaríais unas semanas más!

Fiona sonrió. Una sonrisa pequeña, cansada, pero real.

—Yo también lo creí.

Bridie apareció detrás de Aileas secándose las manos contra el delantal mientras varios muchachos del patio empezaban a recoger los caballos del clan MacThane.

Entonces Roselyn salió al corredor este. Llevaba un vestido azul oscuro ajustado a la cintura y el cabello recogido en una trenza alta que dejaba el rostro completamente despejado. Se quedó inmóvil un instante al ver a su hermana cruzando el patio junto al *laird* del norte.

Después comenzó a bajar las escaleras.

Isla apareció detrás de ella casi de inmediato, con el cabello claro suelto sobre los hombros y una expresión de sorpresa que desapareció en cuanto vio el rostro de Fiona, porque ambas comprendieron al instante que algo iba mal.

Roselyn fue la primera en llegar hasta ella.

—¡Fiona!

Ella tuvo tiempo de responder antes de que la joven la abrazara con fuerza.

Y, en el mismo instante en que Isla se unió al abrazo, el ambiente del patio cambió alrededor de ellas.

Primero fue el viento. Descendió desde las almenas con una fuerza repentina, haciendo agitar violentamente las banderas del clan y obligando a varios hombres a sujetarse los tartanes. Después llegó la humedad, una llovizna fina que empezó a caer sobre la piedra del patio pese a que el cielo continuaba despejado sobre Dun Ailean.

Las antorchas sujetas a los muros vacilaron al mismo tiempo. Los perros dejaron de ladrar y, desde el interior del castillo, detrás de las ventanas altas del salón principal, el fuego de la gran chimenea rugió con tanta fuerza que varios sirvientes se volvieron sobresaltados.

Lachlan observó a las tres hermanas en silencio.

Dios santo.

Si otros hombres hubieran visto aquello…

El pensamiento le atravesó el pecho con una dureza tan brutal que sintió el impulso inmediato de apartarlas del centro del patio y esconderlas del resto del mundo, porque ahora comprendía algo que antes jamás había entendido realmente. Aquellas mujeres eran peligrosas y, al mismo tiempo, terriblemente vulnerables.

Fiona empezó entonces a reír. Era una risa pequeña, húmeda y cansada contra el hombro de sus hermanas, pero bastó para que algo dentro en el corazón de su esposo terminara de quebrarse.

Roselyn se apartó para mirarla.

—Está lloviendo.

—Lo veo.

—Y hace viento —añadió Isla mientras apartaba el cabello claro de su rostro.

Roselyn soltó aire por la nariz.

—Eso es culpa tuya.

—No es verdad.

—Estamos las tres juntas —susurró Fiona al final.

Ninguna volvió a hablar. Permanecieron abrazadas mientras la llovizna seguía cayendo suavemente sobre el patio de Dun Ailean y el viento recorría las almenas como si el propio castillo respirara alrededor de ellas.

Margaid apareció entonces en el corredor superior. No descendió inmediatamente. Primero observó el patio desde arriba: las tres hermanas abrazadas, la lluvia imposible, el viento recorriendo las murallas y el *laird* del norte inmóvil junto a los caballos.

Y entonces el miedo le atravesó el pecho.

Porque comprendió que algo había alcanzado por fin a sus hijas.

Comenzó a bajar las escaleras despacio y el patio entero pareció calmarse alrededor suyo. Incluso los hombres dejaron de hablar cuando la señora de las tierras cruzó el último tramo de piedra con el chal verde oscuro descansando sobre los hombros y aquella serenidad antigua que siempre había hecho callar incluso a los guerreros más orgullosos del clan.

Fiona levantó la cabeza al verla. Roselyn se tensó e Isla dejó de sonreír.

Margaid no preguntó nada. No necesitó hacerlo.

Sus ojos encontraron los del *laird* MacThane y permanecieron allí varios segundos. Él sostuvo aquella mirada sin apartarse y ella comprendió enseguida que no habían regresado hasta Dun Ailean por nostalgia familiar.

Habían traído algo más. Algo peligroso.

Cruzó el patio directamente hacia él.

—*Laird*.

—*Milady*.

—¿Es grave?

Lachlan inclinó la cabeza.

—Sí.

Margaid cerró los ojos un instante, solo uno, antes de dar un paso hacia atrás.

La llovizna seguía cayendo sobre el patio. Y entonces comprendió otra cosa. Las tres habían dejado de contenerse.

El miedo le atravesó el pecho tan rápido que casi le costó respirar, porque aquello significaba que sus hijas empezaban a olvidar la prudencia que llevaba veinte años enseñándoles. Se volvió inmediatamente hacia Aileas.

—Preparad el comedor grande.

La mujer parpadeó confundida.

—¿El comedor del consejo?

—Sí.

No hizo falta añadir nada más. Aileas inclinó la cabeza y desapareció enseguida hacia las cocinas.

Callum regresó al castillo poco después. había cruzado el portón cuando vio a Lachlan esperándolo junto al patio interior y supo con rapidez que algo serio ocurría. No era solo por la presencia de Lachlan. Era la expresión de Fiona, la mirada de Margaid y el extraño silencio de Roselyn e Isla.

Demasiadas cosas fuera de lugar.

Desmontó despacio y caminó directamente hacia ellos.

—Lachlan.

—Callum.

MacLeod le sostuvo la mirada varios segundos antes de hablar otra vez.

—¿Qué ocurrió?

Lachlan no respondió y aquello bastó. Callum miró entonces hacia Fiona. Ella intentó mantener la calma, aunque él la conocía demasiado bien para ver el miedo escondido bajo la serenidad.

Algo frío empezó a instalarse dentro de su pecho.

—Entremos —ordenó finalmente.

Y mientras el viento seguía recorriendo las torres de Dun Ailean y la lluvia fina desaparecía despacio sobre el patio, Fiona comprendió que, cuando aquella noche terminara, ninguna de ellas volvería a ser simplemente una MacLeod más.

XXXVIII



El comedor grande todavía conservaba la claridad del atardecer cuando las puertas se cerraron tras ellos.

Fuera, el viento recorría las almenas de Dun Ailean con una fuerza húmeda y constante, haciendo vibrar las antorchas sujetas a los muros exteriores mientras el mar golpeaba los acantilados bajo el castillo con un rugido profundo, antiguo, casi interminable. Dentro de la estancia, sin embargo, el calor del fuego conseguía aliviar la tensión que parecía haberse instalado sobre la mesa desde el mismo instante en que Fiona había cruzado nuevamente las puertas de su hogar.

Callum ocupaba la cabecera. Margaid permanecía sentada a su derecha con las manos descansando sobre el regazo y aquella serenidad contenida que siempre había conseguido imponer calma incluso durante los inviernos más duros. Las tres hermanas se sentaban juntas al otro lado de la mesa y Lachlan frente a MacLeod, todavía cubierto con la ropa del viaje y el cansancio adherido a los hombros como una segunda piel.

Nadie habló de inmediato.

El fuego crepitaba detrás de ellos y las sombras de las llamas se extendían sobre las paredes de piedra, oscilando al ritmo del viento que recorría las torres del castillo.

Fue Callum quien terminó rompiendo el silencio.

—Ahora vais a decirme qué sucede.

La voz sonó tranquila, aunque Fiona percibió enseguida la tensión escondida bajo aquella calma. Su padre observaba a cada

uno de los presentes como un hombre que ya había comprendido que algo peligroso acababa de entrar en Dun Ailean.

Lachlan tomó aire antes de comenzar a hablar. No lo hizo deprisa ni intentó suavizar nada. Les contó lo ocurrido en el Sinclair, la reunión de *lairds* y la conversación nacida después del consenso, cuando los hombres bebían junto al fuego y las lenguas comenzaban a relajarse bajo la cerveza y el cansancio del viaje. Habló deRòric Cinaed, del padre del *laird* y de la obsesión enfermiza que aquel hombre había desarrollado décadas atrás con una mujer a la que consideraba poderosa.

Mientras avanzaba el relato, el comedor pareció volverse cada vez más silencioso. Roselyn había dejado de moverse por completo, Isla mantenía la vista fija sobre las llamas, Fiona observaba a su madre y Margaid permanecía inmóvil, con una quietud tan perfecta que resultaba más inquietante que cualquier sobresalto.

—Esa mujer escapó estando embarazada —continuó Lachlan—. Cuando lograron encontrarla, los dones habían desaparecido. Según Cinaed, los heredó la hija nacida durante la huida.

Nadie respondió.

El viento golpeó una de las ventanas altas del comedor y el rumor del mar pareció ascender todavía más cerca del castillo.

Callum volvió la cabeza hacia su esposa. No necesitó preguntar. La expresión de Margaid bastaba.

MacLeod apoyó ambas manos sobre la mesa y permaneció así varios segundos, respirando despacio, como si intentara contener algo mucho más peligroso que la rabia.

—¿Sabe quiénes sois? —preguntó Lachlan fin.

—No —respondió Margaid.

—La única persona que siempre ha sabido la verdad ha sido mi esposo. Cuando nacieron mis hijas, evitamos que se hablara

sobre lo que ocurría cuando ellas estaban presentes.

—El busca una mujer.

—En ninguna de las historias que contó mi madre hablaba de un nacimiento de tres. El mío, tal vez, halla sido el primero en nuestra estirpe.

—Tres poderes divididos en mujeres distintas… —reflexionó Lachlan mirando a su esposa y cuñadas—. Ha de haber un motivo para ello.

—Los poderes en una sola mujer es peligroso, si se dividen, el riesgo de controlar las fuerzas es menor.

—Tal vez la abuela invocó a las fuerzas para que no volviera a suceder otra situación como la de ella —intervino Isla.

—Lo único que puedo contaros de ella es que se pasaba las noches ocultando tres piedras de diferentes colores bajo su almohada —confesó Margaid.

—¿Qué colores? —pregunto Fiona.

—Cobrizo, negro y amarillo.

Las hermanas se miraron entre sí, incluso Lachlan las miró para confirmar lo que todos pensaban: el color de las piedras era iguales al de sus cabellos.

Isla volvió la vista hacia su madre y una ráfaga descendió por la chimenea, haciendo vacilar las velas repartidas sobre la mesa. Fiona sintió el calor creciendo detrás de ella y las llamas comenzaron a elevarse dentro del hogar. Y Roselyn hizo que las piedras desprendieran agua.

Callum se puso en pie. No parecía asustado sino devastado

Observó a sus hijas durante varios segundos mientras el viento seguía golpeando las ventanas y el fuego crecía detrás de ellas como si el propio castillo hubiera despertado junto a las tres hermanas.

—Toda mi vida creyendo que había conseguido daros un hogar seguro… —murmuró.

Fiona sintió aquellas palabras en el pecho. Porque era verdad.

Habían cambiado de hogar, habían aprendido a esconderse y habían vivido fingiendo normalidad entre hombres incapaces de comprender aquello que corría por la sangre de las MacLeod. Aun así, el pasado había terminado encontrándolas.

Roselyn levantó la vista.

—Si ese hombre aparece en Dun Ailean…

La silla de Lachlan raspó la piedra cuando se puso en pie. El sonido bastó para que toda la sala callara. No levantó la voz y tampoco le hizo falta, porque había algo en la firmeza de su expresión capaz de imponer silencio incluso a las hijas de Margaid.

—No terminaréis esa frase.

Roselyn sostuvo su mirada varios segundos.

—¿Esperáis que permanezcamos quietas mientras nos cazan?

—Espero que sobreviváis.

La respuesta cayó sobre la mesa con una dureza tranquila que apagó cualquier reacción.

Lachlan sostuvo la mirada de las tres hermanas una por una.

—Ese hombre no sabe quiénes sois, no sabe dónde está vuestra madre y tampoco imagina que existan tres hijas. Mientras eso continúe así, seguís teniendo ventaja.

El viento comenzó a debilitarse, la humedad dejó de avanzar sobre la mesa e incluso el fuego descendió poco a poco dentro de la chimenea.

Margaid cerró los ojos un instante. Porque el *laird* tenía razón y eso era lo que más miedo le daba.

—Si utilizáis vuestros dones delante de hombres equivocados, las historias volverán a despertar —continuó él—. Y

entonces todo aquello que vuestra madre ha protegido durante veinte años desaparecerá.

El silencio regresó al comedor.

Roselyn relajó las manos, Isla apartó la vista hacia las llamas y Fiona observó a su esposo, comprendiendo con una emoción difícil de sostener que ya no intentaba proteger solo a su mujer.

Ahora protegía a todas.

Callum también lo comprendió.

Observó al esposo de su hija durante varios segundos y, por primera vez desde que aquel hombre había puesto un pie en Dun Ailean meses atrás, dejó de verlo solo como el compañero de Fiona. Ahora veía algo distinto: un hombre dispuesto a enfrentarse al mundo entero antes de permitir que alguien dañara a su familia.

Margaid se puso en pie. Nadie habló. Caminó hacia la chimenea y permaneció varios segundos observando las llamas mientras el viento seguía recorriendo las torres del castillo. Cuando volvió a hablar, la voz sonó más cansada de lo habitual, más antigua.

—Pasé veinte años enseñándoos a esconder vuestras habilidades para que pudierais vivir entre hombres normales.

Roselyn bajó la cabeza, Isla apretó los labios y Fiona sintió cómo los ojos empezaban a humedecérsele.

Margaid guardó silencio antes de continuar.

—El mundo nunca perdona aquello que teme.

Las palabras quedaron suspendidas sobre el comedor mientras el fuego crepitaba detrás de ella.

—Vuestra abuela lo comprendió demasiado tarde. Cuando descubrió que estaba embarazada, huyó sabiendo que jamás volvería a tener una vida tranquila. Vivió escondiéndose, ocultando su sangre y enseñándole a mi madre a hacer lo mismo, porque sabía que hombres como Cinaed jamás dejarían de perseguir aquello que deseaban poseer.

Callum cerró una mano alrededor del respaldo de la silla. La mandíbula se le endureció.

El viento golpeó otra vez las ventanas. Más fuerte esta vez.

Fiona sintió el brazo de su esposo rodeándole la cintura y comprendió que él también acababa de entenderlo. No buscaban una bruja. Buscaban un linaje.

Margaid volvió entonces la vista hacia sus hijas. Las observó una por una, despacio, como si intentara grabarlas dentro de sí. Después contempló las llamas varios segundos antes de hablar.

—Hoy descansaremos todos.

Nadie se movió. Nadie habló.

Sin embargo, Fiona sintió cómo el pecho comenzaba a tensársele, porque conocía demasiado bien aquella voz. Margaid ya había tomado una decisión.

—Mañana, antes del alba, debemos subir a la colina.

El silencio cayó sobre el comedor con una pesadez casi insoportable.

Nadie preguntó a qué colina se refería. Nadie necesitó hacerlo. Todos sabían qué descansaba allí y todos comprendieron también lo que aquello significaba.

La tumba de la abuela. El origen de todo.

Fuera, el mar siguió golpeando los acantilados bajo Dun Ailean mientras el viento recorría las torres del castillo y el fuego descendía dentro de la chimenea.

Y la familia MacLeod comprendió que el pasado acababa de encontrarlos.

EPÍLOGO



El alba todavía no había terminado de romper sobre las Highlands cuando las cuatro mujeres abandonaron Dun Ailean. El castillo permanecía envuelto en una quietud gris azulada y solo algunas antorchas seguían ardiendo junto al portón principal mientras el viento descendía desde las colinas con olor a sal, tierra húmeda y brezo mojado.

Ninguna habló durante la partida.

Margaid avanzaba al frente sobre la yegua oscura con el chal verde cubriéndole los hombros y el cabello oculto bajo la capucha de lana. Fiona cabalgaba a su derecha, envuelta también en silencio, mientras Roselyn e Isla las seguían unos pasos más atrás con los caballos avanzando despacio por el sendero estrecho de la loma septentrional.

Detrás de ellas, a cierta distancia, Callum y Lachlan avanzaban sin interrumpirlas. Ninguno había preguntado si podía acompañarlas. Simplemente lo habían hecho, porque ambos comprendían que aquella mañana no pertenecía solo a las mujeres MacLeod, sino también a los hombres que dedicarían el resto de sus vidas a protegerlas.

La niebla cubría parte de la subida y el sonido de los cascos contra la piedra húmeda parecía perderse entre el viento que recorría las montañas. A medida que ascendían, el mar iba desapareciendo poco a poco detrás de las colinas hasta quedar reducido a un rumor lejano bajo el amanecer.

Fiona levantó la vista hacia la espalda de su madre y sintió un nudo formándose en el pecho, porque jamás la había visto tan silenciosa. No era tristeza ni tampoco miedo. Era algo mucho más

antiguo, como si Margaid hubiera pasado media vida caminando hacia aquel instante exacto.

Cuando alcanzaron el claro de la loma septentrional, el viento pareció detenerse alrededor de ellas.

Las cuatro mujeres desmontaron sin intercambiar palabra y avanzaron despacio hacia la pequeña tumba de piedra blanca cubierta de musgo que descansaba en mitad del claro. Fiona sintió un escalofrío recorriéndole la espalda al contemplar el lugar, porque toda la sangre de las MacLeod, toda la huida y todo el miedo nacido generaciones atrás habían comenzado en aquel lugar.

Callum y Lachlan permanecieron junto a los caballos, observándolas desde cierta distancia sin intentar acercarse más. Aquel momento no les pertenecía.

Las cuatro mujeres formaron el círculo despacio. Margaid tomó la mano de Fiona, Fiona la de Roselyn, Roselyn la de Isla e Isla cerró nuevamente el círculo sujetando a la madre.

El viento regresó entonces, suave al principio, descendiendo desde el norte hasta rodear lentamente el claro mientras levantaba los extremos de los vestidos y movía el cabello claro de Isla sobre sus hombros.

Margaid cerró los ojos y empezó a cantar.

La voz surgió baja, antigua y quebrada por recuerdos demasiado viejos para pronunciarlos en voz alta. Cantó en gaélico antiguo utilizando palabras que ninguna de sus hijas había escuchado jamás dentro de Dun Ailean y que, aun así, parecían despertar algo enterrado profundamente dentro de ellas.

Era una nana.

Una melodía suave y triste que Sorcha había cantado muchos años atrás en una pequeña cabaña perdida entre las montañas mientras intentaba enseñarle a una hija aterrorizada cómo sobrevivir en un mundo que jamás perdonaría aquello que no comprendía.

El viento comenzó a girar más deprisa alrededor del círculo y Fiona sintió el pecho apretándose mientras la voz de su madre llenaba la loma septentrional. Antes incluso de comprender lo que hacía, terminó uniéndose al canto.

Las palabras brotaron solas.

No necesitó aprenderlas ni recordarlas. Simplemente estaban allí, escondidas dentro de la sangre de las MacLeod igual que el fuego que llevaba años intentando contener.

Roselyn levantó la cabeza y comenzó también a cantar. La humedad apareció entonces sobre la hierba del claro y pequeñas gotas cubrieron las piedras mientras el aire se volvía más frío alrededor de las mujeres.

Isla fue la última en unirse.

Su voz se mezcló con la de las otras tres justo cuando el viento descendía desde el norte y comenzaba a rodear el círculo con una fuerza que ya no parecía natural.

Callum observó la escena en silencio.

Nunca había escuchado aquella lengua y jamás había visto a su esposa cantar de aquella forma. Comprendió entonces que existía una parte entera de la vida de Margaid que nunca había conseguido tocar y entendió también el tamaño del miedo con el que aquella mujer había aprendido a vivir durante veinte años, ocultando a sus hijas, enseñándoles a esconderse y esperando cada invierno que el pasado no terminara encontrándolas.

El agua llegó después.

A pocos pasos de la tumba, el pequeño arroyo que descendía desde la loma comenzó a aumentar lentamente el caudal pese a que no había llovido durante toda la mañana. El agua avanzó despacio sobre la tierra húmeda, rodeando el claro con una calma extraña hasta detenerse alrededor de las cuatro mujeres como si obedeciera a algo mucho más antiguo que la voluntad humana.

Roselyn abrió los ojos y el agua siguió avanzando, no con violencia ni furia, sino con la serenidad de algo que llevaba demasiado tiempo esperando regresar a casa.

El fuego apareció al final.

Fiona sintió el calor brotándole desde el pecho mientras la nana continuaba elevándose sobre la colina y, antes de poder contenerlo, pequeñas llamas comenzaron a deslizarse sobre sus dedos entrelazados con los de su madre.

Callum dio un paso involuntario hacia delante. Lachlan le sujetó el brazo. No hizo falta hablar.

El fuego avanzó lentamente sobre las manos unidas de las cuatro mujeres, pasando de Fiona a Roselyn, de Roselyn a Isla y de Isla a Margaid sin quemarlas. Las llamas parecían vivas y el reflejo naranja comenzó a iluminar la niebla húmeda del amanecer mientras el viento seguía girando alrededor del círculo y el agua protegía el exterior del claro.

Las cuatro mujeres continuaron cantando y las voces se mezclaron con el viento de las Highlands mientras el amanecer terminaba de romper sobre las montañas del norte y el claro entero parecía despertar alrededor de la tumba de Sorcha.

Entonces ocurrió.

El fuego abandonó las manos de Fiona y descendió lentamente hasta la hierba húmeda, rodeando la tumba con un anillo perfecto de llamas que iluminó el claro entero sin consumir la piedra ni quemar la hierba. El viento giraba alrededor del círculo, el agua protegía el exterior y el fuego sellaba el centro mientras las tres fuerzas parecían responder al mismo latido nacido dentro de la sangre de las hermanas MacLeod.

Lachlan sintió algo estremeciéndole la piel mientras observaba el círculo levantado alrededor de la tumba. Ahora lo comprendía. No estaba protegiendo únicamente a Fiona ni tampoco únicamente a las MacLeod. Protegía algo mucho más antiguo que cualquiera de ellos.

La sangre de aquellas mujeres.

La nana continuó unos segundos más hasta llegar al último verso y entonces las cuatro voces pronunciaron juntas una frase que ninguna de ellas había aprendido jamás.

—Que vuestra sangre sea guardada por las tres.

El viento comenzó a debilitarse despacio mientras el agua retrocedía hacia el arroyo y el fuego descendía poco a poco alrededor de la tumba hasta desaparecer entre la hierba húmeda del amanecer.

El silencio regresó a la loma.

Las cuatro mujeres permanecieron inmóviles varios segundos antes de soltarse lentamente las manos. Margaid fue la primera en arrodillarse frente a la tumba. Sacó un pequeño paño de lino de la alforja que llevaba colgada al hombro y lo extendió cuidadosamente sobre la piedra blanca. La tela conservaba una antigua mancha de sangre oscurecida por el tiempo.

Fiona comprendió inmediatamente lo que era. La última tela que había pertenecido a Sorcha. Margaid apoyó ambas manos sobre el lino durante varios segundos antes de cerrar los ojos.

—Madre… gracias.

La voz fue un susurro. Sin embargo, el viento volvió a recorrer la loma justo después de escucharla.

Roselyn levantó entonces la vista hacia el cielo del amanecer y permaneció observándolo varios segundos antes de hablar.

—Marchémonos.

Isla sonrió.

—¿Tan rápido queréis abandonar este momento? ¿Ya habéis pensado qué libro de flores os vais a leer antes del anochecer?

Roselyn soltó aire por la nariz y giró la cabeza hacia el sendero que descendía hasta Dun Ailean. Después miró a sus hermanas y al final habló.

—Mi esposo está al llegar.

El silencio terminó rompiéndose.

Fiona empezó a reír primero, después Isla e incluso Margaid terminó sonriendo mientras, a pocos pasos detrás de ellas, Callum observaba a su esposa y Lachlan rodeaba la cintura de Fiona con un brazo.

Las Highlands seguían cubiertas por el viento del norte. Sin embargo, sobre la loma septentrional, mientras el amanecer terminaba de romper sobre Dun Ailean y la sangre de Sorcha dejaba por fin de esconderse, la familia MacLeod comprendió que la guerra acababa de comenzar.

Próxima novela:


El Agua del
LAIRD
SERIE LAS HERMANAS MACLEOD - II
Dama
D B
Beltrán

Otros títulos
Novelas históricas

•

Serie los caballeros:

La soledad del Duque (volumen I)
La sorpresa del Marqués (volumen II)
La tristeza del Barón (volumen III)
El corazón del inspector O´Brian (volumen IV)
Mi amada pícara (volumen V)

•

Saga las hermanas Moore:

La maldición de Anne (volumen I)
El deseo de Mary (volumen II)
La batalla de Elizabeth (volumen III)
La valentía de Josephine (volumen IV)
El despertar de Madeleine (volumen V)

•

Serie Las hijas:

La hija del Marqués (Las hijas 1)

La hija del Barón (Las hijas 2)

La hija del Duque (Las hijas 3)

•

Títulos de novelas históricas independientes

El secreto de lord Bestia
El verdadero amor de lord Westlin (2024)

Novelas contemporáneas

•

Serie Old-Quarter:

Mi ángel (volumen I)
Mi infierno (volumen II)
Mi sangre india (volumen III)
Mi libertad (volumen IV)
Mi lado salvaje (volumen V) PRONTO

•

Títulos independientes

#TanaLove (comedia romántica)
Engañada (thriller)
Crónica de un deseo (thriller romántico)
Enamorado de ella (novela erótica)

¡Gracias!